

La Esposa

del Pastor

por

SABINA WURMBRAND

Copyright © 1970 por Sabina Wurmbrand.
Primera edición en inglés 1970.
Segunda edición en inglés 1972.
Primera edición en español 1999.

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

CONOCÍ AL EJÉRCITO SOVIÉTICO	7
EL TERROR	19
RICHARD DESAPARECE	31
MI ARRESTO	40
JILAVA	55
MI CONVERSIÓN	68
PROMESAS	74

SEGUNDA PARTE

EL CANAL	80
EL CALABOZO	95
CAMPO K4: INVIERNO	101
EL DANUBIO	114
CAMPO K4: VERANO	120
LA PLANICIE BARAGAN	130
EL TREN	140
TIRGUSOR	147
LA GRANJA DE CERDOS	151

TERCERA PARTE

DE NUEVO EN CASA	160
LA IGLESIA SUBTERRÁNEA	173
EL CONTRAATAQUE	187
EL NUEVO TERROR	200
HACIA LA LIBERTAD	214
EPÍLOGO	223

Por orden de mantener segura a la gente y protegerla para no ser identificada por las autoridades comunistas, los nombres de personas y lugares han tenido que ser deliberadamente cambiados.

Sabina Wurmbrand

PRIMERA PARTE

Conocí al ejército soviético

En el verano de 1944, cuando la Alemania de Hitler empezó a colapsar, un millón de soldados de las tropas soviéticas entró en Rumania. Cuando las primeras columnas se acercaron a Bucarest, fuimos a encontrarlos en el tramo nº 7. Era el último día de agosto. Despejado y caliente. Las armas guardaban silencio. En algún lugar entre los campos las campanas sonaban.

Mi esposo Richard, pastor de guerra, había conocido muchos rusos en los campos de prisioneros de Rumania. Los rusos eran por naturaleza instintivamente religiosos, decía, aun con veinticinco años de disciplina atea.

“Debemos salir a su encuentro”, decía Richard. “Hablarles de la gloria de Cristo en la Tierra.”

Cuando nos sumergimos en las calles de los suburbios, vi un grupo de banderas rojas, cargadas por comunistas locales que habían salido de sus escondites para saludar el “glorioso Ejército Rojo”. Nos miraron con duda. La mayor parte de la gente se había apartado de los libertadores para ese entonces, sin embargo una gran recepción oficial se había preparado en Bucarest.

Richard era un joven impresionante. Alto y de hombros anchos, con un aire de confianza que brotaba de la seguridad en su fe. Yo junto a él, medía la mitad. Sonreía, pues la guerra había terminado y ahora todos seríamos amigos de nuevo.

En una sombra, dos o tres oficiales rusos esperaban. De manera nerviosa repetían algunas frases en ruso. Habían venido a ofrecer el antiguo regalo a los extraños: un trozo de pan, y un puñado de sal.

Miramos la carretera vacía, preguntándonos qué esperar. Los rusos eran nuestros aliados ahora. Pero también eran conocidos como un ejército conquistador con gusto por el hurto y el rapto.

En la distancia, apareció un niño en su bicicleta, pedaleando a toda prisa.

“Ya vienen”, chillaba. “¡Ya vienen los rusos!”

Los comunistas se alinearon. Levantaron sus banderas rojas. Los oficiales, quienes habían estado discutiendo los planes para las

celebraciones en la capital, se pusieron de pie como víctimas de un sacrificio bajo el ardiente sol. Las ruidosas motocicletas se acercaron. Luego los primeros tanques.

De sus torres sobresalían sus cascos con estrellas rojas. Los comunistas vitoreaban la "Internacional". La carretera de macadán se estremecía por el peso de los invasores. Las grandes entreruedas se detuvieron.

El tanque líder se dirigió hacia nosotros. Acero gris polvoriento y alarmante. Un inmenso cañón apuntando al cielo. Cuando el discurso de recibimiento terminó, un oficial se reclinó y tomó el pan y la sal que se habían preparado. Miró el pan como si este fuera a explotar. Y se rió.

El sargento joven junto a él captó mi mirada.

"Bueno, dulzura", gruñó. "Y, ¿qué tienes tú para ofrecer?"

Muy pocas mujeres habían salido a la calle ese día. Le dije: "He traído la Santa Biblia". Y le di una copia.

"Pan, sal y Biblias. ¡Todo lo que queremos es un trago!" Se rió ruidosamente y echó para atrás su casco. Su cabello brilló en el sol. "¡Gracias de todas formas!" me dijo.

Las ruedas de metal mordieron la carretera. Los motores escupieron humo negro. La columna pasó como trueno. Nos sacudimos y limpiamos los ojos.

De camino a casa vimos los rusos saqueando; toneles de vino tirados por el pavimento, gallinas, jamones, salsas desapareciendo en sus sacos.

Los soldados señalaban emocionados hacia las ventanas de las tiendas de los suburbios. Bucarest era entonces como una vieja concha enclaustrada en sí misma, pero para estos grandes niños rusos era más rica de lo imaginable.

Richard hablaba con algunos de ellos cuando salíamos, pero su única respuesta era: "¿Dónde podemos encontrar vodka?" Entonces regresábamos a casa a hacer nuevos planes. Porque estas pobres almas de Dios habían sido robadas a cambio de la promesa de un paraíso terrenal, él nunca puede ser alcanzado con tan solo medios humanos.

Todos sabíamos una cosa: El terror nazi había al fin terminado. La gente esperaba que los rusos se calmarían pronto y seguirían su camino en paz. Muy pocos temían que una nueva y más larga tiranía había empezado. Ciertamente yo no sabía que habíamos preparado el camino que nos llevaría a prisión y que estaría marcado por las tumbas de nuestros amigos.

No le creía a Richard cuando me previno, antes de casarnos, "No tendrás una vida fácil conmigo".

En aquellos días nos preocupábamos poco por Dios. Tampoco,

mucho por la demás gente. No queríamos hijos. Queríamos placer.

Luego nos convertimos al cristianismo. Richard trabajó para misiones noruegas, suizas y británicas. Se convirtió en pastor. Jugó un papel importante en el Concilio Mundial de Iglesias. Predicó en iglesias de muchas denominaciones, y en bares, burdeles y prisiones.

Yo tenía treinta y un años cuando los rusos llegaron, y para entonces Richard era muy conocido como predicador y autor.

Sufrimos tanto como judíos que como cristianos bajo los fascistas rumanos encabezados por Marshal Antonescu, un títere de Hitler. Richard fue arrestado en tres ocasiones. Ambos fuimos parte del grupo de judíos enjuiciados por los cargos de "sostener reuniones religiosas ilegales". Una mujer rumana acudió a la estación de policía y le dijo al oficial: "Usted ha detenido mis hermanos judíos. Sería un privilegio para mí sufrir con ellos."

Fue suficiente. Fue arrestada y enjuiciada con nosotros. Dios puso tal clase de buenos amigos en nuestro camino. Parecían ángeles con forma humana, trabajando de día y de noche por nuestro bien, apareciendo en cada recodo de nuestras vidas. Dios tiene miles de miles de esos ángeles y usa una multitud de ellos para hacernos lo que somos.

Uno de ellos fue un cura influyente de la iglesia ortodoxa, que era favorecido por Antonescu. Él intervino por nosotros en el juicio, dijo que éramos sus hermanos en Cristo. Un bautista alemán, el pastor Fleisher, y otros, dieron testimonio sobre nosotros, dijeron que hacíamos un gran trabajo por la Cristiandad. Arriesgaron sus vidas, y avergonzaron a los jueces, que sabían que éramos inocentes, haciéndoles absolvernos.

Cada vez que Richard estaba en problemas, había un poderoso trío que intercedía por él: el pastor Solheim y su esposa, y el embajador Suizo, von Reuterswärd, a quien ellos mismos nos habían presentado. Sin sus repetidas intervenciones, Richard habría pasado la era Nazi completa en prisión. El embajador tenía considerable influencia, puesto que Marshal Antonescu usaba su neutral embajada para mantenerse en contacto con Moscú. (La alianza de Antonescu con Hitler, después de todo había perdido la guerra.) Una vez que Richard fue apresado en una reunión de judíos y fue puesto a trabajar en un pelotón de labores, las fuertes protestas de Reuterswärd lo salvaron. Nos ayudó incontables veces.

Bucarest tenía suerte. Terribles levantamientos contra los judíos tomaron lugar en las provincias. En tan solo un día, casi 11.000 judíos fueron masacrados. Quizás, en Bucarest estaban las diez personas de bien por las que la Biblia dice que había que salvar Sodoma y Gomorra. Oímos hablar de siete jóvenes muchachas que habían sobrevivido en Tassy con una misionera noruega, la hermana Olga, quien las había

traído a Cristo. ¿Cómo podíamos traerlas a escondidas a Bucarest antes de la próxima masacre? A los judíos no se les permitía viajar.

Un amigo cristiano que estaba en la policía las arrestó y las envió a la capital. Fuimos al encuentro del tren y las trajimos a nuestro hogar y a la seguridad. Otro hombre joven logró llegar a la capital desde este distrito y se hospedó con nosotros. Qué ayuda y consuelo serían en los años por venir, en especial el joven. Él se convirtió en mi sucesor como pastor cuando fui arrestada.

Cuando hay ganas siempre hay una forma, y nos ideamos esto: podíamos salvar estas jóvenes del peligro de las masacres. Pero tanta gente deseaba evitar el involucrarse, que fallaban a su deber cristiano y permitían que miles, que pudieron haber sido salvados, perecieran. No había nadie que rescatara las decenas de miles de judíos deportados desde pueblos provinciales, incluyendo mi propia familia que vivía cerca del pueblo fronterizo de Czernowitz. Era invierno. Muchos de los presos colapsaban en la nieve. Otros morían de hambre. Los soldados masacraron el resto. Mis padres, mi hermano y tres hermanas, muchos amigos y familiares nunca regresaron. Aún hoy el recuerdo es como una herida, sangra cada vez que se le toca.

La historia de los judíos está llena de tales eventos traumáticos. El recuerdo de estos eventos está inscrito en el corazón de cada judío. Esto puede llevarlos más allá de ellos y unirlos en llanto con las multitudes de otras naciones que sufren tragedias similares.

Nuestro único hijo, Mihai, tenía cinco años para cuando el nazismo fue derrocado. Había pasado por más de lo que cualquier niño hubiera pasado en tiempos normales. El miedo y la muerte estaban por todos lados. No se perdió de nada. Nuestro apartamento era un lugar de reunión y cada noche venían personas a contarnos sus problemas. Él escuchaba y pronto aprendió sobre la crueldad y el sufrimiento. Richard le enseñaba, le contaba historias. Mihai adoraba a su padre, quien a pesar de estar siempre ocupado con su misión, encontraba tiempo cada día para hablar y jugar con él. Una vez le explicó como Juan el Bautista dijo que un hombre con dos abrigos debía “darle al que nada tiene”. “Tú tienes dos trajes, papi”, dijo Mihai. “Sí, los tengo”, Richard le contestó. Él había comprado su primer traje nuevo en años. “Puedes darle el nuevo al viejo señor Ionescu, quien siempre usa aquella olorosa chaqueta.” Richard le prometió que lo haría y Mihai se fue contento a la cama. Él siempre se tomaba en serio lo que se le decía y sacaba sus propias conclusiones. Le ponía mucha atención a como su padre trabajaba con los corazones de otros. Algunas veces las conversiones producidas por el trabajo de Richard tenían resultado en Mihai; se convirtió en un favorito de los conversos a los cuales siempre llevaba juguetes y golosinas.

Durante la guerra debimos cambiarnos a un apartamento más pequeño. Nuestros vecinos en la nueva calle eran anti judíos violentos. Este odio que se expandió por Rumania y aun por los cristianos, particularmente los prelados cristianos, jugó un papel en la exaltación de los ánimos. Muy pocos evitaron sucumbir a esta fobia.

En nuestro patio, pusimos letreros de Corneliu Codreanu, el líder de la Guardia de Hierro, un símbolo de todo lo anti semita. Y la palabra JUDÍO fue estampada en nuestros carnés de identidad, así como en nuestros corazones. No nos sentíamos muy a gusto. Pero Richard fue de vecino en vecino rompiendo el hielo. Él confiaba en que las almas pueden ser ganadas para Cristo, y era una confianza que no desmayaba fácilmente por el mundano cinismo y la brutalidad. Él podía encontrar la palabra precisa sobre el Salvador para las diferentes personas o para aconsejar sobre los castigos de Dios sin ofender. Él podía encantar o halagar, y aun así ser muy directo. Sus ojos azules podían mirar en tu alma.

Richard iba a trabajar estratégicamente, primero con nuestro nuevo arrendatario, y luego con uno a uno de nuestros vecinos. Empezaba por tratar de hacerlos reír.

El señor Parvalescu, del tercer piso, explotó: “¡Ustedes judíos nunca han hecho ni una maldita cosa buena!”

Richard, quien estaba frente a su puerta, simplemente respondió: “Esa máquina de coser es muy fina. ¿Cuál es su marca? ¡Una Singer!” Esperó un momento, “¿no fue acaso inventada por un judío? Señor Parvalescu, si en realidad piensa que los judíos somos tan inútiles, mejor se deshace de eso!”

Frente a nosotros estaba la avispada señora Georgescu, una señora de mediana edad, quien se quejaba de “esos judíos”. Pero pronto estaba confesándole sus pecados a Richard. Su esposo la había dejado. Su hijo joven era un salvaje. Ella temía que pudiera contagiarse de alguna enfermedad venérea. Richard le prometió hablar con él. “Pero aun si se contagia de algo”, le decía Richard, “hay cosas que se pueden curar ahora. Aunque el remedio fue inventado por un judío.”

Él derribó sus prejuicios. Luego les habló del mensaje del Evangelio. Pronto empezaron a cambiar. Primero fueron educados con nosotros y luego afectuosos. Los letreros de Codreanu fueron reemplazados por versículos de la Biblia. Y en aquella pequeña calle, aun cuando el infierno rugía afuera, nosotros vivíamos como en otro mundo de amistad y paz.

Uno de nuestros nuevos amigos era un policía que tenía una motocicleta. Bebía y le pegaba a su esposa, hasta que Richard le habló de Cristo y le dio un nuevo corazón. Entonces llevaba a Mihai a pasear en su motocicleta. Una motocicleta era una rareza en aquellos tiempos.

Mihai era el niño más feliz.

Cuando los ataques aéreos empezaron, no podíamos salir de la ciudad. Los judíos no podían viajar. Pero el policía se llevó a Mihai para que estuviera con unos amigos en el campo hasta que lo peor terminara. Si eran interrogados, Mihai debía decir como que su nombre era el antiguo y distinguido nombre rumano de "Jon. M. Vlad". Él estaba encantado con la aventura.

Mihai escuchaba mucho sobre la crueldad y el sufrimiento pero en su casa encontraba también gran bondad. Estaba rodeado por amigos, y de su amor aprendió muchas lecciones de gran valor para él más tarde.

Anutza, una de mis más cercanas amigas, me llamó para que compartiéramos un café en nuestro apartamento. Pequeña y graciosa, bonita y feliz, llegó de Noruega. Y hablaba como fluye el agua de los ríos.

"¡Oh, esos rusos! ¿Has escuchado acerca de nuestro nuevo trato con Moscú? Ellos toman todo nuestro trigo y a cambio les damos nuestro petróleo. Ayer vi un hombre del ejército Rojo con tres relojes en cada muñeca. ¡Los toman de la gente en las calles como si estuvieran recogiendo los boletos del autobús!"

Se reía, pero para las personas en el campo esto no era cuestión de risa. El ejército soviético saqueaba bienes valorados en millones de dólares. Luego, por orden del Kremlin, nuestra marina, nuestra flota mercante, la mitad de los vehículos de ruedas y todos los autos fueron llevados a Rusia. Las tiendas estaban vacías. Interminables filas de personas esperaban en todas partes. Pero Stalin decía que el ejército Rojo se iría cuando Alemania fuera finalmente vencida. Quizás todo terminaría pronto.

"¡Oh, hablemos de algo agradable! Sabina, te escuché hablar en la asociación de damas. ¡Qué abogado perdió el mundo en ti! Fue muy bello, y el sermón de tu esposo fue maravilloso también. Tanta historia, arte y filosofía, y ¿no es acaso dos horas demasiado tiempo? Nosotros en Noruega no estamos acostumbrados a sermones tan largos, sin embargo hubiera deseado que siguiera y siguiera."

A Anutza le encantaba charlar. Ella había recolectado otro grupo de revistas de nuestra iglesia, El Amigo. Los fascistas lo habían confiscado. Ahora todos estábamos trabajando en sacar a circular otros ejemplares.

Por un corto tiempo disfrutamos de libertad de religión. El dictador Antonescu fue llevado a Moscú, luego traído de vuelta y muerto a tiros. Los prelados de la iglesia Ortodoxa que habían ejercido su tiranía sobre los judíos y Protestantes perdían ahora su absoluto dominio.

Al fin teníamos un gobierno democrático. Para complacer los rusos, los comunistas ocupaban unos pocos cargos. Raramente todos sabíamos

lo que nos esperaba.

“Después de todo”, decían, “este es un país de veinte millones de personas. No tenemos suficientes verdaderos comunistas para llenar un estadio de fútbol.”

Durante todo el año, habíamos trabajado para ayudar a las víctimas de los nazi, los judíos en campos de concentración, niños que habían quedado huérfanos por la masacre, protestantes rumanos, los cuales fueron muy perseguidos durante el mandato de Antonescu. Organizamos el primer centro de caridad para los judíos húngaros y para otra minoría oprimida, los gitanos.

Pero ahora una nueva minoría había surgido. El cazador se había convertido en presa. Las tropas alemanas que quedaron atrás en la retirada debieron defenderse y muchos murieron.

Estábamos completamente en contra de los nazi; habían matado millones, habían devastado países completos, dejando las ciudades en ruinas; nuestros amigos y familiares habían sido lanzados a sus cámaras. Pero ahora estaban vencidos y no presentaban ninguna amenaza. Muchos de los soldados que quedaron eran como nosotros, simplemente víctimas de la guerra. Estaban muriendo de hambre y aterrorizados. No podíamos negarnos a ayudarles.

La gente nos decía: “Están tomando un riesgo muy tonto al ayudar a los asesinos”.

“Dios está siempre del lado del perseguido”, les contestaba Richard.

No eran tan solo Martin Bormann y compañía los que estaban siendo cazados como animales; eran también los tontos muchachos que habían desfilado con Camisas Café en las tardes de domingo y que se habían convertido en soldados por orden. Y no todos fueron lo suficientemente valientes para preferir la muerte a tomar parte en las masacres nazi. El anti semitismo había prevalecido entre los rumanos y los rusos, pero existían también pequeños grupos que habían arriesgado sus vidas por ayudar a los judíos. ¿Por qué odiar a todo un pueblo por un Hitler y su grupo de seguidores? ¿Por qué no en cambio amar esta gente por el bien de sus santos y los pocos que resistieron su tiranía?

La Biblia nos dice lo que en realidad significa ser un judío. La palabra bíblica para Hebreo (Ivri) significa etimológicamente, paraíso del otro lado. El primer hebreo fue Abraham, y él fue uno en el verdadero sentido de la palabra, que estaba en el otro lado. Cuando todos los hombres adoraban ídolos, Abraham adoraba el Dios vivo. Cuando los otros estaban dominados por la venganza, buscando formas de hacer más daño a su vecino, Dios les daba a algunos la habilidad de devolver bondad por maldad.

Una vez tres oficiales alemanes se ocultaron en una minúscula casetilla de nuestro jardín. Era un garaje oscuro y pequeño, casi cubierto por la nieve. Los alimentamos, vaciamos sus baldes de desechos por las noches. Odiábamos las atrocidades que habían cometido. Nosotros mismos habíamos sido sus víctimas. Pero ahora les hablábamos, tratando que no se sintieran como bestias enjauladas.

Una noche cuando toqué la puerta, su capitán dijo: “Debo decirle algo que pasa por mi mente. Ustedes saben que se pena con la muerte alojar un soldado alemán. Aun así lo hacen, ¡y son judíos! Debo decirle que cuando el ejército alemán retome Bucarest, lo que seguramente hará, nunca haré por ustedes lo que han hecho por nosotros.”

Me miró extrañamente. Pensé que debía explicarle. Sentada en una caja volteada, le dije: “Soy su anfitriona. Mi familia fue asesinada por los nazi, pero aun así, mientras estén bajo mi techo, debo protegerlos por el respeto que se le debe a un huésped. Ustedes sufrirán. La Biblia dice, el que derrama la sangre de un hombre, por un hombre verá su sangre derramada. Los protegeré de la policía tanto como pueda, pero no puedo protegerlos de la ira de Dios.”

“Farsante”, me contestó.

Me dio unas palmadas en el hombro. Di media vuelta. Su mano había derramado sangre inocente. Se disculpó: “No lo dije en serio. Tan solo me preguntaba por qué una judía arriesgaría su vida por un soldado alemán. No me agradan los judíos. Y no le temo a Dios.”

“Olvidemos eso”, le dije. “Nosotros recordamos la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento: ‘Da amor a los desconocidos, pues tú, también, has sido extraño en la tierra de Egipto’.”

Parecía estar desconcertado.

“Eso sucedió hace miles de años. ¿Qué tiene que ver con usted el que sus ancestros sufrieran en Egipto?”

Le contesté: “Para Dios, mil años son tan solo un día. Los sabios nos dicen que guardamos experiencias de las generaciones pasadas como libros de recuerdos. En nuestro subconsciente están escritos los eventos del pasado. No los conocimos, pero ellos determinan nuestros sentimientos y nuestros juicios.

“Y además, Dios dice con mucha razón, ama a los extraños, pues al fin todos somos extraños unos a otros... aun a nosotros mismos.”

“¡Espere un segundo!” dijo el oficial. “Los judíos han cometido crímenes en contra de los alemanes y de la humanidad. Mi honestidad me pide que le diga esto en su propia cara. Pero usted debe vernos como hombres que han cometido crímenes en contra de los judíos. ¿Y los perdona todos?”

Le contesté muy diligente: “Aun los peores crímenes son

perdonados por la fe en Jesucristo. No tengo autoridad para perdonar. Jesús puede hacerlo si ustedes se arrepienten.”

El suave crujido de pasos se escucharon en la nieve del patio. Me asomé por una grieta. Era tan solo el conserje sordo de la casa de al lado. El capitán encendió uno de los cigarrillos que Richard había encontrado para ellos (a pesar que él odiaba fumar). Lo inhaló y pasó la colilla a su amigo. Dijo: “Gnädige Frau, no diré que la entiendo. Pero quizás si nadie tuviera el don de devolver bondad por maldad de que usted habla, no habría final para esta matanza.”

Cuando me levanté para irme, se levantaron y me hicieron una inclinación de respeto. Puse su ropa sucia en una bolsa de hacer compras y salí.

Estos hombres eventualmente cruzaron la frontera de Alemania a salvo. Pero muchos de ellos fueron apresados y murieron después de pasar años en campos de concentración soviéticos, junto a cristianos rusos que deben haberlos adoctrinado después.

Cada alemán quería deshacerse de su uniforme Wehrmacht. Tan orgullosamente que habían usado esas tan bien cortadas túnicas, las insignias y medallas. Qué duro era ahora aceptar las ropas civiles tan pobres que les ofrecíamos.

Fue por ese tiempo que Richard empezó a traer soldados rusos a nuestra casa. Estaba resuelto a hablarles de Cristo. Otros acertadamente pensaban que debíamos deshacernos de ellos.

“¡Debes tener cuidado, Sabina!” decía Anutza. “¿Qué harán si los dos ejércitos se encuentran en tu casa?”

Cuidamos que eso no sucediera.

Richard empezó por entrar en las barracas del ejército Rojo haciéndose pasar por un vendedor del mercado negro, vendiendo relojes baratos. Un grupo le rodeaba. Luego de un rato, desviaba la conversación de la venta hacia la Biblia.

“No has venido por un reloj”, un hombre más viejo le decía. “Quieres hablarnos de los santos.”

Cuando Richard hablaba, alguno le ponía la mano en la rodilla como señal de advertencia.

“Habla de relojes. El informante de la compañía viene hacia acá.”

El ejército Rojo estaba lleno de ellos. Espiaban a los camaradas y reportaban todo lo que ellos decían. Los soldados jóvenes no sabían nada acerca de Dios. Nunca habían visto una Biblia, o estado dentro de una iglesia. Ahora sé por qué Richard decía que “era el Paraíso en la tierra” traer el Evangelio a los rusos.

Conocí algunos hombres educados que hablaban alemán o francés. Les enseñé el Credo.

Comienza con la palabra 'Creo'. Eso no era como las órdenes del Partido que les decían qué pensar. Dice que debes convertirte en un Yo, una personalidad por derecho propio. Deben pensar por ustedes mismos.

"Un ejército se mueve a la velocidad del tanque más lento. Y si los hombres avanzan en grupos, será al paso del hombre más lento. Cristo te saca del montón. El privilegio más grande del hombre es el derecho de decir 'sí' o 'no', aun a Dios."

Era hermoso ver hombres despertando a la Verdad.

El trabajo involucraba gran parte de la iglesia. Usar evasiones para engañar la censura, imprimíamos miles de Evangelios en ruso. Los soldados iban de un lado a otro en grupos. Era difícil acercárseles. Inventábamos maniobras. Las tropas se trasladaban a la par de los trenes de carga. Cuando un tren empezaba a mover sus vagones, ellos se sentaban por horas a esperar. Entonces apresuradamente, sacábamos el Evangelio.

Los soldados rojos muchas veces dormían en nuestra sala de estar. Una vez seis de ellos se quedaron con todo y sus bostas y rifles. Tuve mucho trabajo evitando que la casa se llenara de pulgas. Pero eran los soldados, y no nosotros quienes estaban nerviosos. Había pasado mucho tiempo desde que no vivían en una casa. Qué felices estaban de estar lejos de las barracas ruidosas por una hora. Pero eso no los detenía de robar. Dos muchachos con uniforme con cara de campesinos llegaron a la puerta.

"¿Quiere usted comprar una sombrilla?" preguntaron, ofreciendo tres muestras robadas.

"Ah, pero somos cristianos", les contestó Richard. "No compramos, tenemos algo para vender." Los invitó a pasar. Les traje algo de leche para que bebieran. Entonces el más viejo, que tenía mucho pelo y no más de veinte años de edad, me miró fijamente.

"¡Pero, fue usted quien me dio la Biblia!" exclamó. En ese mismo instante le reconocí.

"¡Tú eres el sargento del primer tanque en Bucarest!" le dije.

Todavía tenía la Biblia en su armario. La había leído, y tenía una duda que le seguía.

Iván nos contó durante la cena como había peleado en su camino a través de Europa del Este. En su compañía había un judío quien, como el resto de ellos, había crecido sin religión.

"Un hombre más viejo de nuestra unidad solía gritar a este judío: 'Ustedes mataron a Cristo'. Él judío pensaba que el hombre estaba loco. Él había estado matando gente todo el camino desde Estalingrado hasta Bucarest. ¿Cómo sabía a quién había matado?"

El nombre de Cristo era totalmente desconocido para él.

Iván trajo este judío a la casa. Richard le contó todo, desde Adán hasta la Revelación. Stalin dejó de ser su Dios.

Venían a menudo a vernos. Cuando su regimiento se fue a otro lugar, Iván nos dejó un regalo de despedida, una reluciente estufa eléctrica nueva.

Miré a Richard. Sabía que no la había pagado.

“¡Es bella!” exclamó Anutza. “¡Justo lo que los Liebman necesitan! Esta familia ha regresado de Auschwitz, desterrados.” Les enviamos la estufa. Había sido robada en gratitud por haber sido instruido sobre la ley de Cristo. Un amor de un alma simple puede mostrarse de maneras extrañas. Si Dios realmente juzgara al hombre por todas sus obras, escasamente uno se salvaría. Qué bueno era que la sangre de Jesucristo cubriera aun esos pecados.

Richard y su colega de la iglesia Luterana, el Pastor Magne Solheim, iniciaron una fonda para alimentar víctimas de la guerra. Nuestro apartamento, que en realidad era una casa de huéspedes, siempre estaba rebosando de amigos y extraños. Muchos eran ex convictos ganados para Cristo, por el trabajo realizado en prisión con gran entusiasmo por parte de otra amiga, Milly. Nunca nos sentamos a almorzar un domingo con menos de una docena de personas alrededor de la mesa.

Muchachas jóvenes trabajaban con nosotros. Algunas veces nos pedían consejos sobre la vida moral. Hubo una en particular que no podía contestar, porque había sido un problema para mí, también.

Cuando tenía diecisiete años vivía en París. Por primera vez, estaba libre del control de mis padres. Había sido criada bajo la estricta moral de una familia judía ortodoxa en un pueblo pequeño, rodeada por prohibiciones y reglas. Y ahora estaba en la universidad, y el primer muchacho en mi vida me llevó a una cita. Él quería besarme, y me le escabullí. Le conté un poco sobre cómo había sido criada.

El muchacho simplemente me preguntó: “Si crees en Dios, ¿no dirías que el mismo Dios creó las manos y los labios? Y si puedo tocar tu mano con la mía, ¿por qué está mal que mis labios te besen?”

Maestros, padres, nadie me había alertado sobre esta pregunta. No tenía respuesta para ella. Y el muchacho me gustaba mucho; entonces, alteré mis convicciones, para encajar en la vida feliz de París. Una atea es libre de besar y de actuar como quiera.

Sus manos y labios fueron los que trajeron el pecado. Y mis ojos y manos fueron sus sirvientes.

Pero la conciencia no puede ser sofocada para siempre. El problema me encoró. ¿Por qué debe una muchacha mantenerse pura? Está en las entrañas de muchos códigos morales. Pero, ¿qué propósito persigue?

No lo sabía. Sólo años después conocí la respuesta.

La esposa de un pastor por lo general no discute asuntos sexuales. Aun menos se espera que experimente tales tentaciones ella misma. Pero ambos, el pastor y su esposa, son humanos. Y en el pasado Richard y yo tuvimos tales vidas descarriadas y auto indulgentes. Nos habíamos convertido, inseguros sobre algunas cosas que los que han sido criados como cristianos no perciben. La sexualidad es vital para la naturaleza humana, y en nuestro matrimonio la tensión que nos causaba era muy grande. Richard era tan bueno, tan apuesto y brillante que yo temía que toda la adulación que le daban lo cambiara. Muchas muchachas se enamoraban de él. Una en particular le atraía mucho a él. Vi que Richard se estaba partiendo en dos. En silencio traté de ayudarlo. El pecado es muchas veces fruto de la ocasión. Es obligación de la esposa estar cerca de su esposo en momentos de crisis como estos.

Nunca dije nada, pero un día, cuando tocaba un himno cristiano en el piano, empezó a decir: "Te necesito en cada momento"; y todas las teclas del piano parecían sonar a la vez, y él lloraba. Lo abracé y le dije: "Richard, tú no eres un ángel, no lo tomes tan mal. Eres tan sólo un hombre. Estas cosas pasarán." Y pasaron. Pero, cuando me quedé sola durante catorce años después del arresto de Richard, las tentaciones llegaron a mí también. Y casi sucumbí a alguna en mi soledad. Entonces, lo entendí mejor.

El terror

Mi familia creció en un santiamén de un hijo a cuatro; y tres hijas. Miles de huérfanos judíos estaban regresando de los campos de concentración, a menudo envueltos en papel para protegerse del frío, con tan solo harapos puestos. Amo los niños. Por tanto estamos felices de acoger seis. Era muy bueno tenerlos en casa.

Mihai estaba encantado. Decía: “¡Pero, Mamá, dijiste que no tendría otros hermanos y hermanas y mira los que tengo ahora!”

Eran niños adorables, pero delgados. Y con ojos tan asustados. ¿Qué habían visto? Todos sus familiares y amigos habían sido asesinados.

Muy pronto sus mejillas huecas estaban llenas. Empezaron a reír y a jugar. Los soldados rusos los amaban. Ellos tenían familias propias que no habían visto en años. En ocasiones los rusos hablaban con Mihai y los otros niños en la calle.

“Toma un dulce”, les ofrecían. Y les tocaban sus pequeñas cabezas. Los niños sonreían y les daban las gracias. Y a cambio, les daban a los soldados Evangelios.

Era peligroso para los adultos, pero los niños estaban a salvo. Los rusos adoraban los niños, y muchos soldados que no habrían aceptado la Palabra de Dios, lo hacían por este medio. Entonces Mihai comenzó a trabajar como misionero a la edad de cinco años.

Los miembros de nuestra iglesia salían casi todas las noches a pegar carteles en puertas, muros, a los costados de los autobuses, en las salas de espera de ferrocarriles. Cada uno contenía versículos de la Biblia o un mensaje cristiano. A pesar de que algunos amigos habían sido arrestados por trabajar con los rusos, ninguno nos delató. Tan pronto como los comunistas arrancaban los carteles, los volvíamos a poner. Una de nuestras trabajadoras, Gabriela, era muy bella. Ella no tenía dificultad en acercarse a los soldados rusos, y les dio Biblias a muchos oficiales de alto rango. Pero un día fue arrestada y enviada por los soviéticos a la milicia Rumana. Mientras esperaba en prisión a ser juzgada, un hombre llegó a su celda. Le preguntó por qué se encontraba allí. Cuando ella le explicaba, una sonrisa apareció en el rostro del hombre. “Trataré de

ayudarte”, le dijo. Muy pronto un segundo extraño se acercó y abrió su celda. La dejó salir por una puerta a un costado del edificio.

“¡Ahora, desaparece, rápido!” Ella se alejó caminando, libre, agradeciendo a Dios. El hombre era jefe de policía que se había convertido recientemente.

Presenciamos muchos milagros. Una amiga, la señora Georgescu, estaba enferma, pero no quería ver al médico. Ella pertenecía a una secta muy estricta que se negaba a aceptar la medicina humana. Ellos creían que era para Dios curar las enfermedades. Todo su tiempo libre lo dedicaba a trabajar en las misiones de los rusos. Fue apresada y llevada ante el Comandante, un petulante hombre de cara roja. De pronto, cuando él le estaba gritando, ella sufrió una fuerte hemorragia. El oficial vio la sangre y palideció. “¡Tírenla a la calle!” gritó. La señora Georgescu fue empujada a la calle. Por voluntad de Dios, logró escapar.

“¡Mis pobres pies! Hice fila cinco horas en la calle Victoria esta mañana y esto es todo lo que conseguí.” Anutzta tenía un poco de café y algo de salsa grísea en su bolsa, lo primero que veíamos en semanas.

Era el aniversario de la “liberación” rusa. Durante dos días hubo comida en las tiendas. Luego los estantes estaban vacíos de nuevo, y las ventanas mostraban cartones de carne polvorientos y botellas de vino vacías. Rumania estaba frente a la carestía.

Encima de los saqueos y las extorsiones rusas (declarados “daños de guerra”), había sequías, cosechas marchitas, dando como resultado miles de personas que vivían al borde de morir de hambre. La gente hacía sopa de hojas y raíces de árboles.

Una sección del Consejo Mundial de Iglesias nos envió comida, ropa y dinero y organizamos una forma de aliviar al hambriento. Un comedor dirigido por el pastor Solheim y por Richard alimentaba a 200 personas cada día en el salón mayor de la iglesia. El trabajo administrativo era duro y el gobierno comunista trataba de sabotear el esfuerzo, pero teníamos muchos trabajadores voluntarios.

Se acordó que los niños de las áreas más golpeadas por el hambre debían ser traídos a Bucarest a vivir en casas de hermanos. Nosotros alojamos a una pequeña de seis años. Era delgada como un listón y llegó a nosotros tan solo con lo que llevaba puesto. Para comenzar, le di comida buena, cereal con azúcar y leche. Se negaba a comer. Era una niña del campo y lo que quería era su propia comida: mamaliga, un tipo de pastel de maíz que era todo lo que conocía. Tuvimos que hablarle con severidad para lograr que probara nuestra comida. Lentamente, empezó a ganar peso.

Llegamos a quererla mucho. Una vez nos dijo: “A ustedes los

querré hasta la primavera”. Para entonces las nuevas cosechas llegarían y ella regresaría con sus padres.

Cuando los rusos ocuparon Budapest, nosotros necesitamos tomar dinero para el trabajo de ayuda que tenía la misión ahí. Richard no podía salir de Bucarest, y nadie podía tomar la responsabilidad. Yo debía ir.

“¡No debes ir!” exclamaba Anutza. “¡Esos soldados rusos están hambrientos de mujeres. ¡Caminas por las calles y encuentras muchachas con sus gargantas cortadas y nadie hace nada!”

En tiempos normales no era un viaje largo. Pero el ejército Rojo estaba tomando cada tren y carro para su uso. En las estaciones había una inimaginable confusión y pánico cuando los enjambres de hambrientos y despojados trataban de subir a los pocos vagones que estaban disponibles. Luego de una larga búsqueda encontré una esquina. Por días enteros retumbamos a través del país para llegar a Budapest. Era la única mujer en un vagón lleno de soldados rusos.

Cuando llegué a Alemania, las tropas todavía estaban enfrascadas en una pelea de una casa a la otra. Todo estaba en ruinas. No había autobús, ni taxi, ni transporte de cualquier tipo. Caminé por entre las ruinas humeantes, sin poder encontrar a las personas que buscaba. Los alemanes habían deportado a muchos que nunca regresaron. Otros habían sido asesinados en los últimos días de batallas callejeras. Al fin encontré al pastor Johnson, líder de la misión noruega, y al pastor Ungar, un cristiano hebreo que era líder de una iglesia libre donde judíos y de otras nacionalidades adoraban a su Dios. No lo podían creer. Decían que yo parecía un ángel enviado por Dios, llegado de la nada con la ayuda justo cuando el hambre estaba peor. Cuando la gente salió de los sótanos y bodegas, la comida escaseó. No había nada. Un caballo que había perecido en la batalla, fue cortado en pedazos y comido.

Muchos edificios de iglesias habían sido destruidas por completo y muchos hermanos no tenían hogar. La ayuda que llevé fue recibida con regocijo.

Conocí al profesor Langley, el representante de la Cruz Roja en Budapest, quien nunca se agotaba de realizar su trabajo de caridad. Tuvimos una comida juntos antes de mi partida. Le dije: “Que Cristo te premie por lo que has hecho”.

Langley me contestó: “Cuando abordé un vagón una vez, me di cuenta de que no tenía dinero para pagar el pasaje, alguien pagó por mí. Cuando traté de agradecerle me dijo: ‘No me agradezcas a mí, estoy retornando lo que alguien hizo por mí ayer que estaba en la misma situación’. Por lo tanto, no es Cristo el que debe premiarme, soy yo el que le pago a él mi deuda.”

De Budapest me fui a Viena. Normalmente, este era un viaje de cuatro horas. ¡Ahora tomaba seis días!

Encontré un tren a punto de partir una mañana. La gente colgaba de las puertas y se sentaba en el techo. Parecía imposible que alguien más subiera a bordo.

Entonces escuché que alguien decía mi nombre. Sobre el techo de un vagón de carga había un grupo de muchachas, todas refugiadas de Auschwitz, que habían estado hospedadas en nuestra casa en Bucarest. “¡No hay espacio, pero lo haremos!” se rieron. Entonces, de martes hasta domingo nos sentamos en ese techo y nos encaminamos a Viena. Esta ciudad también, estaba muriendo de hambre y gravemente dañada. Contacté amigos y líderes cristianos después de muchas aventuras y regresé solo cuando el trabajo estuvo completo.

Durante semanas había estado fuera de contacto con mi hogar. Richard me dijo: “Temimos terriblemente por ti. Te vi en visiones, en sueños despierto.” Cuando abrió un libro, vio mi cara. Cuando una rama golpeó el cristal, despertó creyendo que yo había regresado. “Caminé por las montañas”, me dijo, “y te llamé a gritos. Me pareció que te escuché contestándome.”

Y yo había escuchado, yo había contestado. Me encontré a mí misma buscando en las calles sucias y llamando: “¡Richard!, ¡Richard!” Estábamos así de unidos.

El país estaba ahora gobernado desde Moscú. Pero los comunistas locales jugaban a la democracia. “¡Queremos amistad con todos!” decían. ¿Libertad de credo? Ciertamente. ¿Un gabinete de todos los partidos con el rey Michael como monarca? ¿Por qué no? Esto lo hacían tan solo para engañar los poderes del occidente.

La máscara les fue quitada cuando el ministro soviético, Vishinsky, entró marchando al palacio una mañana y dio órdenes. El ejército y la policía debían ser disueltos. El rey debía convocar comunistas fieles para ocupar puestos de importancia, si no... Nosotros sabíamos como en Rusia la Iglesia se había convertido en una arma del estado. ¿Cuánto tiempo tomaría para que empezarán a trabajar en Rumania?

Yo estaba arreglando la iglesia para el servicio del domingo cuando el pastor Solheim entró. Parecía perturbado.

Dijo: “Extrañas noticias. El gobierno está convocando lo que llaman un Congreso de Culto. A cada culto, a cada religión, de hecho, se le pide que envíe una gran delegación. ¡Y la conferencia se debe realizar en el edificio del Parlamento! ¿Quién ha oído cosa igual? ¿Qué pueden estar planeando ahora?”

Todos teníamos una conjetura o un rumor que contar. Muchos hombres de iglesia creían que el gobierno había hablado de “libertad religiosa total”.

Pero Richard se preguntaba: “¿Acaso no está pasando aquí lo que sucedió en Rusia? Lenin defendió fuertemente las sectas perseguidas, hasta que llegó al poder. Entonces decenas de miles murieron en campos de concentración. Primero la iglesia es arrullada para que acepte. Luego, la explosión llega.”

Nos confederamos con Solheim. Él era la cabeza de la misión y él debía decidir qué hacer.

“Iremos, y hablaremos claro”, decía.

En la mañana elegida, subimos la calle del Parlamento. Ahí todos ellos se sentaron, amontonados en las galerías y en el piso del gran salón, musulmanes y judíos, protestantes y ortodoxos, alrededor de 4000 obispos, pastores y sacerdotes, rabinos y mullahs.

Por todos lados había banderas rojas. Stalin fue formalmente escogido como presidente honorario del Congreso. Presidiendo la mesa de conversaciones estaban todos los comunistas poderosos: el Primer Ministro títere, Petru Groza, el poderoso Ministro del Interior, Theoharo Georgescu.

Hasta hubo antes un servicio en el Patriarcado. Los líderes comunistas se persignaron unos a otros. Besaron los iconos. Besaron la mano del Patriarca.

Los discursos comenzaron. Groza, que era simplemente un traidor de Moscú, explicó que el nuevo gobierno rumano estaba a favor de la fe, cualquier fe, y que ellos continuarían pagándole al clero. De hecho, planeaban elevar la cantidad de dinero dada al clero por sus servicios. Un caluroso aplauso se ofreció por la noticia.

Los sacerdotes y pastores respondieron. Uno tras otro dijeron lo felices que estaban por esta nueva apreciación de la religión. El Estado podía contar con la Iglesia si la Iglesia podía contar con el estado. Un obispo hacía notar que en la historia, las tendencias políticas de todos los colores se habían unido a la iglesia. Ahora los Rojos se unían, y él estaba complacido. Todos estaban complacidos. Toda su complacencia había sido difundida al mundo por los medios de comunicación desde la sala de conferencias.

Fue absurdo y horrible. El comunismo estaba dedicado a la destrucción de la religión. Su verdadera cara se había mostrado en Rusia. Ellos hablaban de miedo, miedo por sus familias, trabajos, salarios. Por lo menos debieron quedarse callados, en vez de llenar el ambiente con lisonjas y mentiras.

Era como si ellos abofetearan a Cristo en la cara. Podía sentir que Richard hervía. Por eso dije lo que ya estaba en su corazón:

“¿No lavarás acaso esta vergüenza de la cara de Cristo?”

Richard sabía lo que sucedería: “Si hablo, perderás a tu esposo”.

De pronto le respondí, no era mi resolución, pero de momento lo sentí: “No necesito a un cobarde por esposo”.

Él pidió la palabra. Los comunistas estaban encantados. Un representante del Consejo Mundial de Iglesias, y de las misiones extranjeras iba a hacer propaganda a su favor. Richard fue a hablar y de repente hubo un silencio completo en la sala. Era como si el Espíritu de Dios estuviera muy cerca.

Richard dijo que cuando los hijos de Dios se reúnen, los ángeles también se juntan en ese lugar para escuchar acerca de la sabiduría de Dios. Por lo tanto era deber de todos los presentes evitar el adorar poderes terrenales de los que van y vienen, en cambio debían glorificar a Dios el Creador y a Cristo el Salvador, que murió por nosotros en la cruz.

Mientras hablaba, toda la atmósfera de la sala empezó a cambiar. Mi corazón se llenó de gozo al pensar que este mensaje estaba llegando a todo el país.

De repente, el Ministro de Cultos, Burducea, saltó sobre sus pies.

“¡Su derecho de hablar es retirado!” le gritó. Balbuceó órdenes desde el estrado a sus policías.

Richard lo ignoró y continuó. La audiencia comenzó a aplaudir. Él estaba diciendo lo que ellos habían querido decir.

Burducea vociferó: “¡Corten ese micrófono!”

El congreso le hizo callar.

“¡Pastorul! ¡Pastorul!” gritaban a coro. ¡El pastor! ¡El pastor! De “un pastor”, Richard se había convertido en “el pastor”.

El alboroto duró varios minutos. El griterío y los aplausos siguieron después de que los cables del micrófono fueron cortados y de que Richard bajó del estrado. Eso terminó el congreso ese día. Buscamos la salida por entre el ruido y la confusión.

En casa, la madre de Richard había escuchado todo por radio. Cuando la transmisión fue interrumpida, ella pensó que no lo vería de nuevo.

“Pensé que los arrestaron a los dos. ¿Qué sucederá ahora?” nos preguntó con la cara pálida.

“Madre”, le contestó él, “tengo un Salvador poderoso. Él hará lo que es mejor para mí.”

No se llevó a cabo ningún movimiento oficial. Pero muy pronto enviaron intrusos comunistas a interrumpir nuestras reuniones. Recientemente habíamos inaugurado una sala nueva y más grande en nuestra iglesia. Semana tras semana unos jóvenes de apariencia ruda se acomodaban en los asientos de atrás para silbar, abuchear e interrumpir.

“Debemos estar contentos”, decía Solheim. “¡Es mejor una audiencia mal educada que escucha, que una silenciosa que sólo pretende

escuchar!”

Trabajamos en nuestras tácticas de predicación callejera. Muchas almas eran muy tímidas como para unírse nos en la iglesia. En esta forma podíamos llegar a ellos. Nos reuníamos con un grupo en una esquina para cantar himnos. Esto era totalmente desconocido en Rumania y una gran multitud siempre se reunía a escucharnos. Entonces, yo decía mi mensaje, el cual debía ser corto y penetrante.

Una tarde, afuera de la gran fábrica Malaxa, hubo una protesta en contra de la toma del poder de los comunistas. Yo hablé a los trabajadores que se acercaron acerca de la salvación. Para algunos, esta era la última llamada. El día siguiente la policía abrió fuego a una multitud en la fábrica. Muchos trabajadores murieron por las balas.

Y una vez hablé desde las gradas de la Universidad. La multitud creció hasta llenar la plaza. Nunca había tenido una audiencia tan grande. La gente llegaba corriendo por las calles de los costados. El tráfico se detuvo en uno de los bulevares más grandes de Bucarest. No hubo interrupciones. Tan solo un aplauso prolongado.

Mientras le contaba Richard sobre mi éxito, Anutza llegó.

“¡Se dice en toda la ciudad que Ana Pauker dio un discurso afuera de la Universidad. Dicen que fue enviada de vuelta de Moscú para gobernar Rumania para Stalin!”

La señora Pauker era una maestra de escuela comunista que se había ido para Rusia. Se había convertido en oficial del Ejército Rojo. Era una morena, judía, y cuando empecé a hablar en un lugar tan público, el rumor esparció de que la conocida Ana Pauker, la cual había disparado a su esposo Marcel por “desviacionista”, estaba de vuelta.

Pero nadie podía entender por qué la camarada Pauker les estaba pidiendo que se arrepintieran de sus pecados. Nosotros nos reímos muchísimo.

En 1947 empezaron los arrestos. Elecciones arregladas, en las cuales cada elemento fraudulento y violento se usó, pusieron a los comunistas en completo control. Los líderes de la oposición, jefes de policía honestos y deshonestos, y sirvientes civiles fueron liquidados en una ola de terror. Luego le llegó el turno a los obispos católicos y a innumerables personas del clero, monjes y religiosos. La noche que fueron arrestados, las transmisiones religiosas que se enviaban al Oeste, se dieron como de costumbre. Decenas de miles de personas ordinarias desaparecieron de las cárceles y de los campos de concentración. Otros se unieron a los guerrilleros en las montañas.

Los judíos, que no habían podido salir de Rumania en días anteriores de confusión bajo el dominio ruso, eran atrapados ahora.

Cerraron las fronteras. Para entonces, miles habían huido, dejando todas sus posesiones, prefiriendo la vida como refugiados desterrados que la “libertad” bajo el régimen soviético.

Anutza tenía razón al pensar que ella estaba en la lista de judíos que debían ser arrestados, sospechosos de Dios sabe que “crímenes en contra del estado”. Todos los que tenían algo que ver con extranjeros eran considerados sospechosos, aun los barberos que les afeitaban.

Fue una triste despedida. Estábamos tan unidos.

“Como David y Jonatán”, gimió Anutza. “Sólo que yo soy Jonatán. ¡Jonatán amó más!”

Nos fundimos en un abrazo de lágrimas. Anutza dijo: “Trabajaré para sacarlos a los dos del país. Nos encontraremos de nuevo en libertad.”

Richard estuvo enfermo en cama ese día. Ella sabía que él estaba en riesgo grande de ser arrestado. Se reclinó sobre su cama y le besó, y le hizo varias promesas.

Y en realidad trabajó y en realidad nos reunimos. Solo que nos tomó veinte años.

El terror se esparció. La policía secreta irrumpió en las casas e hizo grandes pesquisas. Luego te llevaban a “declarar”.

Ellos decían: “No traiga nada, tomará tan solo unas horas”.

Los periodistas extranjeros verían camionetas en las calles con letreros “Carne”, “Pescado”, “Pan”, por lo que podían reportar que se llevaba suministros a la población; pero lo que no sabían era que las camionetas no transportaban comida sino prisioneros.

Para ese entonces tuvimos nuestra primera advertencia. Richard estaba trabajando en la misión cuando un hombre con ropas normales entró.

“Inspector Riosanu”, se presentó. “¿Usted es Wurmbrand? Entonces es el hombre que más odio en esta vida.”

Richard se quedó mirándolo.

“No nos hemos visto antes. ¿Qué quieres decir?”

“¿Recuerda usted hace como diez años que usted solía salir con Betty, una rubia de pelo ensortijado que hablaba mucho?”

“Bueno, y ¿qué con eso?”

“Dígame, ¿por qué no se casó con ella?”

“Nunca pensé en eso.”

“¡No, pero yo sí lo hice! Wurmbrand, si usted se hubiera casado con ella, me habría hecho un hombre feliz.” Y en realidad quiso decir eso.

“Pero sólo para mostrarle que no hay resentimientos”, dijo el magnánimo inspector, “he venido a advertirle en secreto. Existe un grueso expediente sobre usted en los cuarteles de la policía secreta. Yo lo he visto. Alguien le ha denunciado recientemente. Le ha estado

hablando a muchos amigos rusos. ¿No es así?”

Riosanu se frotó sus ásperas manos.

“Pero pensé que podemos llegar a un acuerdo.”

El hombre estaba dispuesto a destruir el reporte a cambio de un soborno.

Me uní a la discusión, y acordamos una suma de dinero. Al poner el dinero en su bolsillo, Riosanu dijo: “Ha hecho un trato. El nombre del informante es...”

“¡No!” interrumpí con rapidez. “No queremos saber.”

Deseé no sentir resentimiento hacia ese hombre. Tonta, quizás. Pero en aquellos días no podíamos saber cuantas vidas destruían los informantes.

Riosanu encogió los hombros. “Como usted quiera”, dijo. Y se fue.

Poco tiempo después de esto, Richard fue llevado a un interrogatorio. Nada se dijo acerca de “subversión” al Ejército Rojo. Todavía teníamos algunos amigos influyentes, y a través de ellos obtuvimos la liberación de Richard después de tres semanas. Pero sabíamos que era tan solo un respiro.

Más y más de nuestros amigos y ayudantes fueron arrestados.

Recuerdo el día que por primera vez vi un hombre que había sido torturado por la Policía Secreta. Le era difícil hablar a través de sus labios hinchados y morados. Él había sido agradable, un hombre amistoso, con una palabra de aliento para todos. Ahora en sus ojos se podía ver solo odio y desesperación.

Con sobornos y amenazas, los comunistas pusieron ciertos líderes de la iglesia a trabajar para ellos. Lanzaban sospechas de traición a aquellos que se negaban a convertirse en traidores. Los más obstinados fueron a prisión primero. Quedaba sólo un obstáculo político. Nuestro amado joven Rey Michael no se rendiría sin pelear. Sólo en diciembre de 1947, después de que los Estados Unidos y Gran Bretaña reconocieron como el títere del Kremlin a Groza, éste fue forzado a dejar el poder. Groza y Gheorghiu-Dej, un abogado fraudulento y ex ferroviario, eran los que dirigían al país. Le ordenaron al rey abdicar. El palacio fue rodeado por las tropas. Él no tuvo opción. Ese día nació la “República Popular Rumana”.

Recordé un proverbio: La tierra tiembla cuando un sirviente se convierte en rey.

Parecía tan solo una muy pequeña tos, y había tanto por hacer. Pero en una semana estaba en cama con bronquitis. Hambre, escasez y la aventura en Budapest me empujaron con un dedo. Entonces estaba en cama, sintiéndome exhausta y etérea, cuando un visitante inesperado

llamó. Una mujer rusa que era médico. Su cara era una máscara de tragedia.

La señora Vera Yakovlena solo nos conocía de vista. Ella había venido de un pueblo en Ucrania, donde incontables sacerdotes y gente de la iglesia, incluida ella, habían sido deportados a campos de trabajo en Siberia, de los cuales muy pocos regresaban.

Ella no estaba interesada en mi enfermedad. Tenía un mensaje que dar.

“Trabajamos para limpiar los bosques, hombres y mujeres juntos. Teníamos derechos iguales: podíamos morir de hambre o congelarnos hasta morir.”

La señora Yakovlena tocó mi mano con una mano que tenía cicatrices groseras blancas y que temblaba ante los recuerdos. “Todos los días la gente moría, colapsaban en la nieve por el exceso de trabajo.”

Su castigo, por haber sido encontrada dando testimonio de Cristo, fue pararse en el hielo descalza por horas. Cuando no logró hacer su cuota de trabajo, los guardianes la golpearon con sus puños. Ella cayó en la nieve. Y se tuvo que retirar sin su ración de caldo aguajoso que se les daba cuando volvían del campo.

Llorando, se escondía en el césped para estar sola. Y en su miseria, cruzó al área prohibida cerca del alambre, donde a los prisioneros se les disparaba al verles.

Una voz áspera le preguntó: “¡Oye! ¿Es su madre creyente?”

Asustada, la señora Yakovlena dijo sofocada: “¿Por qué lo pregunta?” Pues en ese momento ella estaba pensando en su madre.

El guardián le dijo: “Porque la he estado mirando durante diez minutos, pero no he podido dispararle. No puedo mover mi brazo. Es un brazo sano. Lo he movido todo el día. Así que su madre debe estar rezando por usted.” Su voz simpatizó. “Corra de vuelta. Yo miraré por otro lado.”

La señora Yakovlena vio al soldado otra vez ese mismo día. Él sonrió y levantó su brazo. “Ahora puedo moverlo de nuevo.”

Ella sobrevivió diez años en ese campo. La mayoría de los otros murieron. Pero ella regresó para contar cómo, en sufrimiento y necesidad, Dios había mostrado su poder. Ahora ella era doctora del Ejército Soviético.

Me dolía la cabeza. En vez de reflexionar sobre el milagro, sólo podía pensar en su sufrimiento. ¿Qué significaba? ¿Por qué había venido a contarme tales cosas?

Cuando se levantó para irse, luché con mi debilidad y le pedí que se quedara esa noche o que esperara por lo menos a que Richard regresara. Pero ella ya estaba en la puerta. Rápidamente, se detuvo para decir: “Mi

esposo también fue llevado por la GPH. Ha estado en prisión durante doce años. Me pregunto si nos volveremos a ver en la tierra.” Entonces, se fue.

¿Doce años? No podía entenderlo. Mucho tiempo después comprendí que ese mensajero de Dios quería contarme sobre los sufrimientos que mi esposo y yo podíamos esperar. A Ananías, el jefe de la Iglesia Cristiana en Damasco, le fue avisado también hace dos mil años: “Muéstrale al que se acaba de convertir, Pablo, el futuro Apóstol, cuánto le es necesario padecer por mi nombre”.

No era demasiado tarde para salir del país. A pesar que cada día era más difícil, miles compraban la forma de salir. Yo sabía que Richard no quería realmente irse. Pero me dijo:

“Bajo el mandato de Antonescu nunca estuvimos presos por más de dos o tres semanas cada vez. Con los comunistas, esto puede durar años. Y podrían llevarte a ti también. Y Mihai, ¿quién se haría cargo de él y de los otros niños?”

Entonces, sucedió otra cosa extraña. Un pastor, que no habíamos visto en un año, llegó a nuestra casa. Dios había usado a Richard para convertirlo. Él había sido un alcohólico, iba de bar en bar, y Richard, al encontrarlo una noche, se fue con él también. Hablando, discutiendo, persuadiéndolo. Cuando se despertó el día siguiente de su borrachera, él era otro hombre.

Ahora él nos recordaba esto. Y muchas veces habló y nos repitió: “Lo que más me conmovió de lo que ustedes me dijeron entonces fue ese versículo: ‘Escapa por tu vida; no mires atrás’, las palabras que el ángel le dijo a Lot” (Génesis 19:17).

Cuando se fue, Richard me dijo: “¿No crees que ese puede ser un mensaje de Dios? ¿Por qué habría de venir él después de tanto tiempo a vernos, y a repetirnos una y otra vez, ‘Escapa por tu vida’? ¿No es esa acaso una advertencia que tengo que salvar mi vida huyendo?”

Le dije: “¿Escapar de cuál vida?” Entonces me fui a la habitación y abrí las Escrituras donde Jesús dice: “Aquel que salve su vida la perderá, y aquel que pierda su vida por mí la encontrará”.

Le pregunté a Richard: “Si te vas ahora, ¿serás alguna vez capaz de predicar sobre este texto?”

No hablamos más esa noche sobre nuestro escape.

Pero algunos días después, Richard me dijo: “Si nos vamos al Occidente, ¿no seremos capaces de hacer más por la iglesia de Rumania? Si nos quedamos, iré a prisión como los demás. Eso será el final de nuestra vida juntos. Seré torturado, quizás me maten. Y si te toman

prisionera también, ese será el fin de la misión. Los Solheim son extranjeros. No les permitirán quedarse. Mihai crecerá en las calles, un comunista. ¿Qué bien hará esto a alguien?”

Le dije: “Creo que debemos quedarnos”.

Entonces nos llegó la última señal. Habíamos empezado a tener reuniones privadas en casas cerca de Bucarest. Eran más seguras que las iglesias. Y nunca habíamos tenido cultos tan bendecidos, ni tantos convertidos. Como si Dios, sabiendo lo que estábamos por enfrentar, nos daba gran consuelo antes del más grave problema.

Una noche nos reunimos en casa de un hombre muy rico que había perdido todo excepto su gran casa, pronto la perdería también. Teníamos turnos para hacer guardia. Una reunión secreta para orar, como ésta, podía hacer que todos fuéramos a dar a la cárcel.

Éramos alrededor de cincuenta personas reunidas para hacer una vigilia durante toda la noche. Casi a medianoche, una mujer que estaba arrodillada con el resto dijo en voz alta: “¡Y tú, el que ha pensado en huir! Recuerda que el buen pastor no abandona a su rebaño. Él se queda hasta el final.”

Ella no tenía conocimiento del problema de Richard. Todos la miramos, extrañados, pero no volvió a decir nada.

Cuando amaneció, caminamos a casa por entre calles frías. Era enero y finos copos de nieve caían. Dije: “No podemos irnos ahora”.

Richard estuvo de acuerdo. Le dijimos a todos: “Estamos aquí para quedarnos”. Todos estaban muy felices.

La mujer que dio este presagio a Richard estaba en la estación cuando él regresó catorce años después. Fue a recibirlo con flores. Él la recordó y le dijo:

“No me arrepiento de haber seguido tu consejo. Estoy agradecido por eso.”

Richard desaparece

“Richard, ¿qué piensa que es el infierno?” Habíamos pasado la noche con algunos amigos y la charla había caído inevitablemente en el tema de los comunistas. Un político que todos conocíamos, un hombre bueno y correcto, había sido arrestado y, luego de unos días, se había ahorcado en su celda. ¿Qué había sufrido que lo había llevado a cometer suicidio? Alguien había dicho: “Él debió pasar por un infierno”.

“El infierno es sentarte a solas en la oscuridad y recordar toda la maldad que has cometido”, respondió Richard.

En pocos días él pasó por ese infierno también.

Una mañana de domingo, 29 de febrero de 1948, Richard caminaba solo hacia la iglesia. Lo seguí y encontré al pastor Solheim en la pequeña oficina. Se veía molesto.

“Richard no ha aparecido”, dijo. “Pero tiene tanta preocupación. Debe haber recordado alguna reunión importante que olvidó que debía venir aquí.”

“Pero me prometió que me vería aquí en media hora.”

“Quizás encontró a algún amigo que quería ayuda”, dijo Solheim. “Ya vendrá.”

El pastor Solheim se hizo cargo del servicio. Yo telefoneé a amigos, pero no estaba con ninguno de ellos. El miedo creció en mi corazón.

En la tarde Richard debía casar una joven pareja de amigos.

“Vamos, no te preocupes”, me dijo Solheim. “Nunca sabes qué pasará con Richard. ¿Recuerdas cuando tuvimos aquel campamento de verano, y él salió a comprar el periódico en la mañana y después telefoneó al medio día diciendo que no regresaría para el desayuno?”

Sonreí con el recuerdo. Richard había recordado algún asunto urgente y alguien le llevó gratis a Bucarest. Él debe haber hecho algo igual esta vez. El almuerzo los domingos en nuestro apartamento era usualmente una ocasión feliz y con mucha gente. No había mucha comida. Pero cantábamos y hablábamos, y para muchos de los que venían, era el gran evento de la semana.

Ahora nos sentábamos en silencio, esperando a Richard. Pero no llegó. La noche anterior habíamos tenido muchos invitados. Richard

estaba hablando felizmente. De repente se detuvo. Alguien dijo: "Richard, te veo triste. ¿Por qué?" Él contestó de manera extraña, con una cita de Eclesiástico: "A la risa dije: 'Enloqueces'" (Eclesiastés 2:2). Eso estaba fuera de toda discusión. Salió de lo más profundo de su corazón. Y ahora comprendíamos qué necio es reír. Nadie habló.

El pastor Solheim se hizo cargo del matrimonio esa tarde. Telefonamos a todos los hospitales. Fui de hospital en hospital, pensando que podía haber tenido un accidente en las calles. No había huellas.

Al fin admití lo que debía hacer. Debía ir al Ministerio del Interior. Él había sido arrestado.

Entonces empezaron las horas y semanas y años de búsqueda. Ir de una oficina a otra. Empujar cualquier puerta que se abriera.

Me di cuenta de que los presos importantes eran mantenidos en celdas en el sótano del Ministerio del Interior. Tantas mujeres estaban buscando sus esposos arrestados, hijos y padres que se abrió una "oficina de información" para manejar las averiguaciones. Las escaleras estaban llenas de madres y niños. Ellas se paraban sin esperanza esperando para preguntar sobre las nuevas noticias. Un lema decoraba una pared completamente vacía:

SEREMOS DESPIADADOS CON EL ENEMIGO CLASISTA

Cada una en su turno hacía su pregunta. Los oficiales pretendían examinar las listas de nombres escritos a máquina. Ellos se asomaban en sus llenos gabinetes. Pero no podían encontrar ni una pista de todos esos hombres desaparecidos.

Se dispersó el rumor de que Richard había sido llevado a Moscú. (Eso le había pasado a Antonescu y a otros.) Pero yo no podía creer que él se hubiera ido de mi vida. Noche tras noche, hacía la comida y me sentaba en la ventana. Pensaba, "Él vendrá esta noche. Él no ha hecho nada. Pronto estará libre. Los comunistas no pueden ser peor que los fascistas, los que siempre lo dejaron libre luego de una o dos semanas."

Él no llegó. Recosté mi cabeza en el cristal de la ventana y lloré. Fui a la cama muy tarde, pero no pude dormir. En la mañana, el pastor Solheim me acompañó a pedir ayuda al embajador Suizo, nuestro aliado en el pasado. El señor Reuterswärd dijo que hablaría de inmediato con la Ministra de Extranjería, Ana Pauker.

La respuesta de la señora Pauker estaba lista: "Nuestra información es que el Pastor Wurmbbrand se ha fugado del país con una maleta llena de dólares que le fue entregada para su trabajo voluntario contra el hambre. Dicen que está en Dinamarca."

El embajador llevó el caso al Primer Ministro. Groza repitió la versión de Pauker, con una jovial promesa: "¿Entonces se supone que Wurmbbrand está en nuestras cárceles? ¡Si pueden probar eso, lo

liberaré!”

Los comunistas estaban tan seguros de ellos mismos. Una vez en las celdas de la Policía Secreta, un hombre dejaba de existir.

Nadie más podía intervenir ahora. La única esperanza que quedaba, la cual miles estaban usando, era el soborno.

“¿Conoces a Teohari Georgescu, el Ministro del Gabinete?” preguntó Klari Meir, un amigo de mis tiempos de escuela. “Su hermano vive cerca de nosotros, y he escuchado que él puede abrir las puertas de las prisiones por la cantidad correcta. Hablaré con su esposa por ti.”

El señor Georgescu estaba dispuesto a hacerlo. Con tal de que todo se mantuviera en secreto absoluto. Pero el precio de su favor era muy alto.

Me reuní con él, como lo acordó, en una casucha escuálida en las afueras del pueblo. Él era un hombre pequeño y gordo, vestido con un elegante traje nuevo.

“Yo soy Georgescu”, me dijo. “Arreglo las cosas. Con una conversación con mi hermano, todo estará hecho. ¿Garantía? Tiene mi palabra.”

Pudimos recoger la suma que pedía, pero con gran dificultad. Le di el dinero.

Nada sucedió.

No era la primera vez que éramos timados en esta forma. No había nada que pudiéramos hacer. Había conocido ladrones y criminales, pero estos estafadores profesionales eran de otro tipo. Algunos eran oficiales de alto rango. Muy pocos eran comunistas en algo más que el nombre.

“¿Quién sabe lo que sucederá?” decía un hombre, que nos visitó una noche en nuestro apartamento y que tenía poder en el Partido. “Quizás los británicos y los americanos.”

Con esto en mente para el futuro (y un premio en efectivo para el presente) él trató de ayudar. Él haría lo que pudiera, con tal de que no se pusiera en peligro su trabajo.

A un tercer oficial comunista lo contactamos por medio de una mujer amiga nuestra que lo había conocido cuando él era estudiante. Ellos mantenían reuniones secretas, como si fueran amantes, para disfrazar sus negociaciones.

Nada obtuvimos con esto.

Después de algunos meses de esfuerzos inútiles, un extraño llegó una noche a la puerta. El hombre no se había rasurado y apestaba a brandy de ciruela. Insistió en que debíamos hablar a solas.

“He conocido a tu esposo”, me dijo. Y mi corazón dio un vuelco. “Soy carcelero; no me pregunte de qué prisión. Pero le llevo a él su

comida, y me dijo que usted me pagaría bien por una pequeña noticia.”

“Depende... ¿cuánto?” le dije. Habíamos tenido tantos fracasos.

“Estoy arriesgando mi cuello por esto, usted lo sabe.”

La suma que mencionó era enorme. Él no haría una rebaja.

El pastor Solheim estaba tan dudoso como yo. Le dijo al carcelero: “Tráeme unas pocas palabras escritas por Wurmbrand.”

Le dio una barra de chocolate de las provisiones de la lucha contra el hambre.

“Llévale esto a Wurmbrand y tráemelo de vuelta con un mensaje con su firma.”

Dos días después el hombre regresó. Se quitó la gorra. Tocó el forro y me entregó la envoltura de la barra de chocolate. Lo leí:

“Mi amada esposa, te agradezco tu dulzura. Estoy bien. Richard”.

Era su letra. Bien escrita, resuelta y aún inquieta. No había posibilidad de equivocar la tempestuosa serenidad de esas líneas.

“Él está bien”, dijo el carcelero. “Algunos no pueden soportar la soledad. No les gusta su propia compañía.” Él olía a brandy. “Le envía su amor.”

Accedimos a darle el dinero si continuaba trayendo los mensajes. Finalmente nos dijo: “Está bien. Pero a algunas personas les han dado doce años por esto. Ustedes saben, no es tan sólo por dinero.”

Él arriesgó su libertad por su amor dividido: amaba el dinero y amaba también la bebida que éste le daba. Y también amaba a Richard. Algunas veces le deslizaba pan de más. Continuó trayéndonos mensajes verbales.

“¿Qué haces con el dinero que te pagamos?” le pregunté.

“¡Emborracharme!” se rió. Pero el Señor había tocado su corazón, aunque no todavía sobre su manera de beber.

Solheim y su querida esposa Cilgia, amigos en tiempos de problemas, dejaron de lado todo y trabajaron solo para mantener mi coraje y rescatar a Richard. El pastor Solheim fue conmigo a la Embajada Suiza donde fuimos atendidos de inmediato por el embajador. Cuando vio el pedazo de papel con la letra de Richard, con rapidez escribió una nota para el Premier:

“Usted prometió liberar al Pastor Wurmbrand si podíamos probar que él está en una prisión rumana. Ahora tengo esa prueba en mis manos.”

Groza pasó la nota a Ana Pauker en el Ministerio de Extranjería. Su broma había fallado. Ella envió a llamar al señor von Reuterswärd y se descargó con él. Si ella decía que Wurmbrand había huido a Dinamarca, entonces era así. Ella no sería insultada por el enviado de un subalterno que estaba metiendo sus narices en un asunto de índole puramente

interna. ¡Ella no era una mentirosa!

El embajador fue declarado una persona non grata. Sus superiores cuestionaron la inteligencia de intervención. Richard era de nacionalidad rumana, aunque trabajara para la misión extranjera. Von Reuterswärd respondió que su conciencia lo obligaba a ayudar a un hombre que él sabía que era inocente. El Ministro de Estado le había mentido sobre el asunto, y su obligación era protestar. El embajador era un hombre de Dios, los gobiernos no siempre aceptan los hombres de este tipo. Fue llamado a Estocolmo y retirado del servicio diplomático.

Poco tiempo después de esto, Groza fue promovido al aun más vacío cargo de Presidente de la Gran Asamblea Nacional. Una vez conoció a Pastorel, el gran satirista rumano, y le denunció por hacer bromas maliciosas sobre él.

“Merezco respeto; soy el Presidente.”

Pastorel: “Esa es una broma que jamás he hecho”.

Con bromas amargas, su corazón encontró su revancha. Esto es lo que inspiró las bromas trágicas por las cuales son conocidos los judíos. Ahora lo podían encarcelar a uno por decir una broma. Pastorel fue enviado a prisión por seis años.

Luego, Solheim, que pensaba que Richard era su otro yo y que Rumania era su segundo hogar, fue obligado a salir del país. Él se había identificado con nosotros y con su misión, como a todos los buenos misioneros les sucede. No podía ayudar más. Pero todavía teníamos amigos fieles, a pesar de que ser amistosos con nosotros era exponerse al peligro.

La esposa de un preso político no podía obtener su tarjeta para su ración. Eran solo para “trabajadores”. La esposa de un prisionero político no podía trabajar. ¿Por qué? Porque no tenía tarjeta, y por lo tanto no existía.

No me molestaría apuntar que las altas autoridades del país negaran que Richard estaba en prisión.

“¿Cómo se supone que viva? ¿Y mi hijo?”

“Ese es su problema.”

Mihai era de nuevo mi único hijo. Antes del arresto de Richard habíamos perdido los niños huérfanos que habían llegado a nosotros desde las masacres Nazi en Rumania del Este. Al escuchar que los rusos habían decidido repoblar, con refugiados, las dos provincias del este (Bessarabia y Bucovina) las cuales habían sido anexadas, nos dimos cuenta de que tarde o temprano los niños nos serían quitados. Cientos de huérfanos judíos enfrentaron esta situación. ¡Sería mejor si podíamos enviarlos a Palestina, donde el nuevo Estado de Israel estaba a punto de

nacer! Con agonía en nuestras mentes, decidimos dejar ir a nuestros niños y niñas. Parecía mejor que esperar el futuro desconocido que les esperaba si los soviéticos los atrapaban.

Se unieron a un pequeño ejército de refugiados que se embarcaron en el buque de vapor turco llamado Bulbul. Las semanas pasaron. No recibimos noticias de su arribo. Cada día Richard se veía más agobiado. Una búsqueda internacional empezó, recorriendo desde el Mar Negro hasta el este del Mediterráneo. Gradualmente, la esperanza se desvaneció. Se creía que el Bulbul había golpeado una mina de las que quedaban de la guerra y que se había hundido con todos sus pasajeros a bordo. Pero hasta estos días, nadie sabe lo que ocurrió. El buque emprendió su camino. No arribó. No hubo sobrevivientes.

El dolor era terrible. Los habíamos amado como hijos propios. Cuando finalmente aceptamos la verdad, que los habíamos perdido, yo no quería ver ni hablar con nadie. Son raros los hombres que pueden confortar otros hombres. Todas mis creencias, en la Resurrección, y en la vida eterna, fueron puestas a prueba. Tuve que comprender que no es entre los muertos donde debes buscar tus hijos perdidos, sino más bien entre los vivos. Muchas veces creí que no podría sobrevivir a este dolor; pero el Señor me dio la fuerza para continuar. Entonces, un día la palabra de Dios entró lentamente en mi corazón, y me dijo: "Mi paz te doy" (San Juan 14:27). Comprendí de nuevo la palabra paciencia, la cual se repite tantas veces en el Nuevo Testamento. En griego esta palabra, hypomone, significa "quedarse bajo"; aceptar, soportar el dolor que Dios nos da. Dios nos da tanto como toma, y él me había dado mucha gente joven. Sólo me quedaba recordar: tener un corazón compasivo después de todo lo que había aprendido.

En mi dolor tuve que dar consuelo a Mihai. Lloraba con tanto dolor. Lo tomé en mis brazos y le conté una historia que había escuchado muchas veces en labios de Richard. Viene del Talmud, un libro con gran sabiduría humana.

Se dice que en la ausencia de un famoso rabino de su hogar, sus dos hijos murieron, ambos de una belleza poco común e iluminados por la Ley. Su esposa los llevó a sus camas y cubrió sus cuerpos con un manto blanco. En la noche, el rabino regresó a su casa.

"¿Dónde están mis hijos?" preguntó. "Los busqué varias veces en la escuela, y no los vi allí." Ella le trajo una copa. Él rezó a Dios durante la celebración del Sabbat, bebió, volvió a preguntar: "¿Dónde están mis hijos?"

"No deben estar lejos", ella dijo, y puso comida delante de

él para que comiera.

Cuando él había dado las gracias después de la cena, ella le dijo: “Con su permiso, quisiera hacerle una pregunta”.

“Pregunta entonces”, le contestó él.

“Hace algunos días una persona me confió algunas joyas, y ahora me las ha pedido de vuelta. ¿Debo acaso devolverlas?”

“¿Qué?” dijo el rabino. “¿Dudarias acaso en devolver a alguien lo que le pertenece?”

“No”, respondió ella. “Aun así creí que era mejor si te informaba antes de devolverlas.”

Entonces lo guió a la habitación, y le quitó la manta blanca a los cuerpos sin vida. “¡Mis hijos! ¡Mis hijos!” se lamentó el padre a duras voces. “¡Mis hijos, la luz de mis ojos!” La madre se alejó y lloró amargamente.

Al rato ella tomó a su esposo por las manos y le dijo:

“¿No me enseñaste acaso que se debe estar dispuesto a devolver lo que se nos ha dado para que cuidemos? El Señor da y el Señor quita; bendito sea el nombre del Señor” (Job 1:21).

Para esta época, cuando tantas tragedias nos presionaban, encontré gran alegría en uno de los eventos más maravillosos de la historia. El estado de Israel nació en 1948, cumpliendo así las profecías de la Biblia sobre el retorno de los judíos a su tierra.

“Los reuniré de entre todos los países a donde los esparcí con mi furia”, dice Dios al profeta Jeremías. El regreso era parte del plan de Dios, cuando bendijo al padre de los judíos, Abraham, y todo el mundo tomó parte en esa bendición. Ahora yo veía el plan de Dios convertirse en realidad, y quedarse así para siempre. Cuando los profetas predicaron que Dios reuniría a su gente desde los cuatro rincones del planeta, no sabían a todos los países y continentes en que los judíos serían esparcidos. La gente estaba ansiosa por interpretar los grandes eventos de que estaban siendo testigos. Hombres que no habían leído la Biblia en años empezaban ahora a buscar en las Escrituras como si éstas acabaran de ser publicadas. Ezequiel, Jeremías, Amós eran meditados cuidadosamente, en una búsqueda de pistas sobre el próximo paso que debía darse.

Un nuevo gran éxodo empezó en Rumania. Los Nazi habían masacrado medio millón de judíos rumanos. Aquellos que quedaban habían tenido suficiente de los comunistas, que alguna vez parecieron libertadores. Los judíos de las provincias del este que habían sido capturados por Rusia, eran reunidos en las calles y llevados a trabajar a las minas rusas. La diferencia ahora era que los soviéticos estaban

tomando judíos tanto como rumanos. Los llevaban en camiones sin darles tiempo de avisarles a sus familias. Muy pocos regresaron.

Un hombre joven de mi pueblo en Bucovina me dijo: “Mi hermano pasó cuatro meses escondido en un agujero detrás de una alacena para evitar la deportación. Salí con tan solo mi ropa en mi espalda. Le dije a un burócrata soviético que podía quedarse con mi apartamento, con todas sus cosas y con cada centavo que poseía si me daba a cambio un pasaporte. Lo obtuve y salí de allí. Demasiado para el comunismo: es simplemente robar todo por todos a todos.”

Así eran las cosas: la gente daba todo a cambio de una forma de salir.

No mucho tiempo después del nacimiento del estado de Israel, Ana Pauker firmó un pacto con el nuevo estado. Este permitía a los judíos dejar el paraíso comunista, a cambio de dinero en efectivo. La República del Pueblo Rumano necesitaba dinero extranjero. Este vendía judíos por cantidades determinadas de dinero por cabeza, dependiendo de cuánto cerebro tuvieran en sus cabezas. Los científicos, doctores y profesores eran los que más costaban.

Cada noche multitudes esperaban fuera de la oficina de visas. Ancianos y jóvenes, abuelos con bebés envueltos en sábanas dormían en el pavimento. Contaban una historia de un extraño que vio la fila de judíos que se extendía de la estación de policía hasta la Plaza del Parlamento. “¿Para qué es esta fila?” preguntó. “Naranjas.” “Pero en aquella tienda al otro lado de la calle venden naranjas sin hacer fila.” “Ah, pero nosotros queremos comerlas de los árboles.”

El gobierno deseaba mantener la “Operación Israel” en secreto. Trenes especiales salían de estaciones apartadas y de apartaderos oscuros. Ninguno de los trenes salió de la estación central de Bucarest, solamente de los suburbios y al anochecer. Pero todos iban llenos.

Noche tras noche, íbamos a despedir amigos con lágrimas en nuestros ojos.

“¡El próximo año en Jerusalén!” El lamento hizo eco en los gettos y sinagogas durante años. Saber que esta época era una realidad le daba mucha alegría a mi corazón.

En el libro de Éxodo dice que una “multitud mezclada” salió de Egipto con los judíos. Lo mismo sucedía ahora. Muchos huyeron del comunismo con visas de salida falsificadas, pretendiendo ser judíos. Una multitud de extraños encontró refugio en las multitudes que partían.

Un policía de alto rango me dijo: “Si usted me da dinero y me ayuda a obtener una visa, como si fuera judío, para salir del país, puedo sacar a su esposo de la cárcel”. Un amigo en quien confiaba me dijo que ese oficial podía cumplir su promesa. La oferta me dio nuevas esperanzas.

Le conté todo a Mihai.

Para ese entonces ya tenía diez años, alto para su edad, con sus mejillas perfiladas y ojos interrogantes. En la escuela estaba aprendiendo a ser un hijo del “destierro social”. Era una lección dura para él. Mihai adoraba a su padre. No era fácil explicarle porqué su padre había sido apresado y alejado de nosotros. Algunas veces temía por la fe de Mihai. Cuando le conté sobre la nueva esperanza que teníamos, estaba emocionado. La mañana siguiente el regocijo se había esfumado.

Me dijo: “Mamá, tuve un sueño. Vi a nuestro vecino sosteniendo su sombrero y rogándole a dos pájaros que se metieran en él. Los pájaros revolotearon alrededor y luego se alejaron.”

Él dijo que eso significaba que las cosas no sucedían como las planeábamos. Pocos días después escuchamos que el policía que había ofrecido ayudarnos estaba bajo arresto. Mihai ha tenido muchas revelaciones en sus sueños.

Cada día más gente desaparecía. Una vez un número de prisioneros muy conocidos fueron liberados. Llegaron a sus casas en ambulancias, mostraron sus contusiones, cicatrices y contaron las torturas que habían sufrido. Cuando hicieron la impresión que se esperaba, fueron arrestados de nuevo.

Lloré al pensar que Richard podría estar sufriendo torturas en ese momento. Temí que pudiera desboronarse y traicionar a sus amigos. Él había prometido que moriría antes de hacer eso, pero, ¿quién puede saber cuánto puede soportar un hombre? San Pedro prometió que no negaría a Cristo.

Si Richard moría yo sabía que nos encontraríamos en la otra vida. Habíamos acordado esperar al otro en una de las doce puertas del Cielo. Habíamos decidido que nuestro encuentro sería en la Puerta de Benjamín. Jesús hizo una cita como ésta con los discípulos de encontrarse en Galilea después de su muerte. Y la había cumplido.

Mi arresto

Una noche de agosto regresé a casa tarde. Mihai estaba con unos amigos en el campo por lo que yo era libre para hacer mis asuntos. Las mujeres hacíamos trabajo pastoral para la iglesia, en secreto, con disfraces de enfermeras y jornaleras. Las horas eran pesadas. Eran casi las once de la noche cuando terminé de limpiar la casa y de ocuparme de los seis niños y del hombre cuya esposa estaba en el hospital. Él tenía tierras y dinero, pero todo había sido confiscado por los comunistas.

Caminé a casa por entre calles que estaban siendo decoradas con Banderas Rojas para la celebración anual de la llegada del Ejército Rojo. Estaba muy cansada para comer y había planeado ir directo a la cama.

Pero encontré a mi primo muy alarmado. Él estaba en nuestra casa esperando su salida a Israel. Un visitante sospechoso había llamado.

“Él dijo que venía de parte de la Oficina de Espacio para Vivir”, mi familiar me dijo. “Habló sobre poner más gente en el apartamento. Pero estoy seguro que lo que realmente quería era saber si había alguna otra salida además de la puerta delantera.”

Entonces supe qué esperar. Una redada policial. No estaba sorprendida. Solamente demasiado cansada para preocuparme. Mihai estaban en las manos buenas de Dios. Era todo lo que importaba. Me fui a dormir, encomendando a mi esposo, mi hijo y a todos mis amados al cuidado de Dios.

A las cinco de la mañana golpearon la puerta. Mi primo abrió. Escuché gritos y botas resonando en las escaleras.

“¿Cuál es su nombre?”

“Hitler”, tartamudeó mi primo, quien en realidad tenía ese penoso nombre.

“¡Qué! ¡Arréstenlo!”

Mi pobre primo trató de explicar, su madre se había casado con un judío ortodoxo con barba y rizos llamado Haskel Hitler, el cual se negó a cambiar su nombre, a pesar de las terribles complicaciones que éste le producía. Pero la farsa terminó. Ellos se dieron cuenta de que él no tenía conexión con su homónimo. Lo empujaron a un lado y buscaron el camino a la habitación.

Yo compartía el dormitorio con una invitada, una querida hermana de la fe. Nos sentamos en la cama, arropándonos con las sábanas.

“¿Sabina Wurmbrand?” gritó un hombre de cuello grueso que estaba a cargo y que nunca paró de gritar mientras estuvo en el apartamento. “Sabemos que está escondiendo armas aquí. ¡Muéstranos donde están, ahora!”

Antes de que pudiera discutir ya estaban volcando los baúles, abriendo los estantes, vaciando las gavetas en el piso. Un estante de libros se estrelló con el suelo. Mi amiga se encorvó sobre la cama para recogerlos.

“¡No se preocupe por eso! ¡Póngase la ropa!”

Tuvimos que vestirnos frente a seis hombres. Patullaron con nuestras cosas. De vez en cuando gritaban, como si para alentar unos a otros a seguir con su búsqueda sin sentido.

“¡Entonces no nos dirá dónde esconde las armas!”

“¡Destrozaremos el lugar!”

Les dije: “La única arma que tenemos en esta casa está aquí”, y recogí una Biblia de entre sus pies.

El de cuello grueso rugió: “Usted viene con nosotros para dar una declaración completa sobre esas armas”.

Puse la Biblia en la mesa y dije: “Por favor permítanos unos momentos para orar. Luego los acompañaré.”

Se pararon a hablar bajo mientras mi amiga y yo orábamos juntas. Abracé a mi primo y a su madre.

“¡El próximo año en Jerusalén!”

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

“¡Leshana haba be-Jerushalaim!” me contestaron.

Cuando me llevaban hacia afuera, lo último que hice fue sacar un paquete pequeño de un estante. Contenía un par de medias y ropa interior. Uno o dos días antes una joven de nuestra iglesia me lo había regalado. Lo había puesto en ese lugar, sin abrirlo, y sin adivinar que eso sería la cosa más importante que llevé conmigo a prisión.

Me empujaron en la parte atrás de un auto (Oldsmobile). Me pusieron unos lentes de motocicleta tapados para que no pudiera ver dónde me llevaban. El camino fue corto. Minutos después me sacaron y me arrastraron por el pavimento. Mis pies casi no tocaron las escaleras cuando me arrastraron arriba como a una oveja destinada a morir. Me magullé las espinillas cuando me empujaron en una esquina. Los anteojos cayeron. Había un empellón de atrás. Una puerta se cerró detrás de mí.

Estaba en una habitación larga llena de mujeres. Estaban sentadas en bancas y en el piso. La puerta siguió abriéndose para dar paso a más personas. Vi la esposa de un político liberal, una mujer de sociedad cuya fotografía había visto en los periódicos, una actriz con un vestido legado

con un corte bajo y una camarera del Palacio.

Éramos las peligrosas, los elementos “socialmente corruptos” de Rumania. Para el atardecer muchos cientos de mujeres fueron atracadas en la habitación. La redada era a escala nacional por el aniversario del 23 de agosto, Día de Libertad, como lo llamaban los comunistas. El día de la capitulación ante Rusia.

Nos amontonamos alrededor de la única luz en el techo. No nos dieron ni agua ni comida.

Cada mujer se sumergía en sus propios miedos.

¿Cuánto tiempo duraría esto? ¿Qué sucedería a nuestros hijos? Mihai había perdido a su querido padre. Ahora su madre le era arrebatada. Nuestra casa y todo lo que teníamos sería confiscado. Él estaría en las manos de la bondad de nuestros amigos, quienes también estaban en peligro. Mientras oraba por él, una mujer saltó y golpeó la puerta con sus manos.

Gritó: “¡Mis hijos! ¡Mis hijos!”

Otras lloraban por sus esposos, amantes, hijos. Una mujer junto a mí colapsó histérica. Otra estaba enferma. El único servicio sanitario se derramó. La puerta solo se abrió para dejar entrar más mujeres, que le gritaban indignadas a los guardianes: “¡Pero no he hecho nada!”

La actriz decía confiada: “Seré liberada. ¡Ya verán!”

¡Ellas pensaban que su inocencia las salvaría! Como si no fuera el año 1950 y un Estado Comunista.

A todas se les dijo: “Usted es requerida por la policía para rendir declaraciones”. Algunas pasaron diez años dando declaraciones.

La mañana siguiente escuchamos el sonido de bandas militares. El desfile del Día de la Libertad (de asistencia obligatoria) había empezado. Las ventanas habían sido pintadas. Pero si el desfile estaba pasando debajo de nosotros, entonces debíamos estar en el encierro de la policía en la Calle Victoria, la calle principal de Bucarest.

Miles de botas resonaban. Las consignas eran repetidas a coro: “EL 23 DE AGOSTO NOS TRAJO LA LIBERTAD”.

Uno de los lemas era una rima:

“¡MUERTE A LOS LADRONES Y A LOS TRAIADORES QUE ESTÁN EN PRISIÓN!”

“¡Qué vergüenza!” murmuraban los elementos corruptos.

Rugieron el nuevo himno nacional durante la marcha.

“LAS CADENAS ROTAS QUEDARON ATRÁS...”

Nunca en toda la historia de Rumania había habido tanta gente encadenada.

Pasaban las horas sin nada que hacer más que esperar. El día y la noche que pasé en esa habitación fueron interminables, un sabor a

infierno que nunca termina.

Al fin los guardianes dieron pan negro y una sopa aguada en unas latas de metal pesado.

El día siguiente un sargento empezó a llamar algunas mujeres. ¿Nos estaban dejando salir?

Mi nombre estaba en la primera lista. De nuevo me pusieron los lentes tapados. Me metieron en una microbús y me llevaron a donde supe después quedaban los cuarteles de la Policía Secreta, en la Calle Rahova.

Antes de empujarme en una celda pequeña, una guardiana le preguntó a las otras que estaban adentro: “¿Alguna de ustedes conoce a esta mujer?”

Nadie me conocía. Me permitieron entrar. La política era nunca poner a los amigos juntos. No nos permitían ningún tipo de comodidad. Debíamos estar solos. Durante las investigaciones nunca estábamos en una celda el tiempo suficiente como para tener un amigo en quien confiar. Cada recién llegado podía ser un informante, dispuesto a espiar a los prisioneros.

A excepción de una joven estudiante de medicina, todas mis compañeras eran campesinas, arrestadas al azar. Estaban usando el terror como una forma de forzar la colectivización de las tierras. Se peleaban duras batallas contra los oficiales que eran enviados a despojar las propiedades agrícolas. Un número desconocido de campesinos fueron ejecutados en juicios sumarios, y alrededor de 100.000 recibieron sentencias de cárcel.

Días después me cambiaron al confinamiento solitario. Mi celda sólo tenía un catre de acero. No había balde, la primera cosa que busca un prisionero. Como sufrí por el balde. Significaba más que la comida, el calor o la luz. Los dolores de estómago causados por la comida, “miedo al interrogatorio” al oír que nombraban nuestros nombres no significaban nada para los guardianes. Nos dejaban salir a las cinco de la mañana, a las tres de la tarde, y a las diez de la noche.

En lo alto de la pared había una pequeña ventana, asegurada por fuera por una malla de acero. A pesar de que estábamos en agosto, la celda era húmeda y helada. Yo estaba agradecida de tener mi abrigo de verano y mis medias de lana.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que me llamaran? ¿Qué me preguntarían? Recordaba todos los problemas que habíamos tenido con la policía en el pasado: esperando a Richard en el café que estaba frente a la estación, temiendo de que nunca saliera. Él había dicho: “El infierno es estar sentado en la oscuridad recordando los pecados del pasado”. Tenía tantos y ahora todos pasaban vívidos frente a mis ojos.

El carcelero que traía la comida, avena hervida, era un hombre más

viejo. Ellos eran mejor que los jóvenes. Muchas veces me dijo palabras de aliento.

“¡Hoy está más espesa!” murmuraba, guiñándole un ojo a la avena. Seguro, él era uno de esos hombres que aún creyó que los americanos podrían venir y cambiar la situación.

Una vez se ofreció a llevar una carta mía. Pero sospeché que podría usarla para atrapar a los amigos que la recibieran.

Me contó en voz baja una historia de cómo le había preguntado a un oficial: “¿Por qué hay tantas personas en la cárcel?”

“Preocúpese por sus propios asuntos, o será su problema”, dijo el oficial.

El carcelero hizo una mueca de gozo. “¿Y qué pasó? ¡El día siguiente lo arrestaron a él!” Nadie sabe por qué. ¡Nunca lo volví a ver! ¡Ah, juzga hoy y mañana serás juzgado!”

En la noche me acostaba tratando de tapar mis oídos para no escuchar el chasquido de las puertas de hierro, el sonido de las botas, las obscenidades de los guardianes.

Escuchaba cómo abrían puertas cerca de mí. Cada vez pensaba: la mía será la próxima. Pero pasaron muchos días de claustrofobia antes de que vinieran por mí.

La puerta de la celda se abrió.

“¡Dese vuelta!”

Pusieron lentes sobre mis ojos. Sentí un pánico profundo cuando me llevaban por los pasillos sosteniendo mis piernas y brazos. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Doblaban en las esquinas. ¿Iban a matarme? ¡Morir sin aviso en la oscuridad!

Nos detuvimos. Me quitaron los lentes. Quedé ciega por la luz del sol en una habitación grande. Guiada por el carcelero, me senté en una silla de verdad y puse mi mano en un escritorio de verdad. Era un escritorio de roble muy grande y manchado de tinta. Detrás del escritorio había dos hombres con el uniforme azul de la Policía Secreta. Uno era un mayor gordo, de edad madura que estaba dejando crecer su bigote; el otro, un teniente joven con pelo rubio que había estado presente en la redada en mi apartamento. El teniente me miró con una familiaridad curiosa. Tenía ojos azules muy claros. Su cara y su pelo claro me recordaban a alguien. Sonrió inexplicablemente.

Temblé de miedo. Luego me di cuenta: se parecía al joven que yo había amado en París. El parecido era extraordinario.

Esperaba escuchar que algún cargo se había levantado en mi contra. Pero el mayor dijo con marcada paciencia: “Usted sabe, señora Wurmbrand, cuál ha sido su ofensa contra el estado. Ahora nos escribirá una

declaración completa sobre eso.”

“Pero, ¿qué debo escribir? No sé por qué me trajeron aquí.”

“Usted lo sabe muy bien”, me dijo. A un lado de la mesa había un lapicero y papel. Escribí unas pocas palabras diciendo que no sabía por qué me habían arrestado. Él las miró, movió su cabeza y pidió que trajeran al próximo prisionero.

De vuelta a la celda, el guardián me empujó contra las paredes y me gritó. Yo tenía los ojos cubiertos. Cuando cerró la puerta pude ver sus ojos por un pequeño agujero.

“¡Ahora siéntese y piense hasta que escriba lo que el oficial le pidió! ¡O recibirá el tratamiento!”

Tortura. Amenazas, desprecios, humillaciones. Tortura mental para suavizar la mente para la interrogación. Grabaciones de voces gritando. Un ruido de descargas de escuadrones disparando en los altavoces de los pasillos. La tortura de ser un madre apartada de su hijo.

Tortura física. Yo había visto los resultados de lo que hacían en esas celdas.

El problema de qué decir a los interrogadores no era nuevo. Lo habíamos vivido en la era Nazi. Algunos pensaban que no se debe mentir, ni aún para salvar a otros. Ellos actuaban siguiendo esta creencia. Pero el amor es más poderoso que la verdad. No se dice a un ladrón donde se esconde el dinero en la casa. Un doctor está en lo correcto cuando le engaña a un hombre loco que está armado, para poder desarmarlo. El odio comunista es una locura sin sentido. Tenemos el deber de desviar a aquellos que sólo quieren destruir.

El mayor y su asistente estaban esperándome el día siguiente. Él me hacía preguntas de una lista que tenía en un cuaderno de apuntes. Su propósito era obtener información que pudiera ser usada en contra de Richard.

Recuerdo una cosa que el mayor dijo: “Todos los hombres tienen su punto débil”. Y el teniente volvió su rubia cabeza bien formada y me dio su ladina sonrisa.

Ellos estaban tratando de encontrar la debilidad de Richard. Su interrogatorio sería cruel. El mayor dejó pasar mucho tiempo antes de tocar su punto. Me dio un pequeño discurso sobre las bendiciones del comunismo. Me aseguró que ellos eran mis amigos y también amigos del pastor Wurmbbrand. Deseaban dejarlo en libertad, pero primero necesitaban algo de información. Me preguntó qué le había dicho Richard en una u otra ocasión a sus colegas.

Le contesté que discutíamos sobre religión, nunca sobre política.

El mayor sonrió, con sinceridad, y dijo: “Señora Wurmbbrand, la

Biblia está llena de política. Profetas se rebelaron y se quejaron contra el dominio egipcio. Jesús habló en contra de la clase apoderada de su tiempo. Si su esposo es cristiano, debe tener muy claro lo que es el gobierno.

“Mi esposo no está interesado en la política.”

“Aun así tuvo una reunión con el Rey Michael antes de que éste saliera del país. ¿Por qué?”

“No es un secreto. El rey dio audiencias a mucha gente.”

“¿Cuánto duró esta audiencia?”

“Cerca de dos horas.”

“¿Y en todo ese tiempo no se refirieron a la política?”

“Como le dije, mi esposo no está interesado en la política.”

“Bueno, ¿sobre qué hablaron?”

“Acerca del Evangelio.”

“¿Y qué dijo el rey?”

“Él está a favor del evangelio.”

El teniente dejó escapar una corta bufida de risa y se tapó la boca con sus manos. Por la mirada del mayor, pude deducir que le esperaba una dura reprimenda después.

La sonrisa del mayor brotó aun más sincera.

“Ahora, señora Wurmbrand, usted es una mujer muy inteligente. No puedo comprender su actitud. Usted y su esposo son judíos. Nosotros los comunistas los salvamos de los Nazi. Deberían estar agradecidos. ¡Deberían estar de nuestro lado!”

Sus ojos se cerraron. Habló muy despacio.

“¡Su esposo ha sido acusado por realizar actividades contra-revolucionarias. Podríamos fusilarlo. Sus colegas han declarado. Ellos están de acuerdo con los cargos en su contra!”

Mi corazón dio un vuelco. Él estaba mintiendo, por supuesto, y esperando ver mi reacción. Traté de parecer impávida. Él continuó:

“Ellos deben estar tratando de salvarse. Quizás ellos son los verdaderos contra-revolucionarios. No podemos juzgar, a menos que usted nos diga todo lo que la gente que trabajaba en la misión había dicho. Todo. Hable, denuncie a los verdaderos contra-revolucionarios y su esposo será puesto en libertad mañana mismo.”

El mayor volteó a ver a su ayudante, invitándolo a unirse a su feliz visión. Su pupilo dijo con convicción: “Usted podría irse a casa con su familia”.

Qué dulce era pensar en eso. Dejé el pensamiento de lado y dije: “No sé nada”.

De vuelta en la celda esa noche, cuidando las heridas que me provocó el guardián, sentí mis pies rozando el borde del catre y pensé,

“Pobre Richard, sus pies estarán fuera del catre”. El era tan alto. ¿Qué le estarán haciendo ahora? Por un momento estuve dispuesta a decir cualquier cosa para estar a salvo con él de nuevo; después temblé. Quería que él viviera y quería que resistiera, y los dos deseos me causaban gran confusión.

El mayor se veía cansado, sus ojos estaban un poco lagrinosos, pero en ellos había también un destello de triunfo. Golpeaba sus dedos con impaciencia contra la mesa. Esta vez el interrogatorio se centró en los Nazis. ¿Cuales alemanes conocía? ¿Cuales eran nuestras conexiones con ellos? ¿Estaba enterada de que algunas personas eran fusiladas por esconder alemanes? ¿Por qué había escondido oficiales en mi casa? Podía decir con verdad en mis palabras que no había escondido Nazi. Para mí ellos eran simples hombres. Necesitaban ayuda, y tratamos de ayudarles sin importar cuales fueran sus creencias, como antes lo habíamos hecho con algunos judíos y gitanos.

“Entonces, usted niega los cargos. Bueno, le tenemos una sorpresa.” Presionó un timbre en la parte baja del escritorio. Los guardias tra- jeron un hombre que reconocí al instante: Stefanescu, había estado con nosotros en 1945. El sabía todo lo que habíamos hecho por los alemanes. Caminó hacia adelante. Sus ojos nerviosos miraron al mayor, a su ayudante y a mí. Tragó, y cerró sus ojos, dejando el mundo afuera. “Ahora, Stefanescu”, dijo el mayor, encendiendo un puro. “Dinos como los Wurmbrand mantuvieron Nazi en su casa. ¿Conoces a esta mujer, por supuesto?”

“No.”

“¿Qué!”

“Nunca la he visto.”

“Estas mintiendo.”

“No, señor.”

Stefanescu cerró sus ojos de nuevo.

El mayor gritó y gritó. Puso su cara a unos centímetros de la de Stefanescu y gritó, vociferó con toda la fuerza de sus pulmones. Aturdido, Stefanescu siguió repitiendo que no me conocía. Aunque me conocía bien. Y no tenía buenas intenciones para mí. Dios lo había cegado por el momento.

Finalmente, el mayor le pidió impacientemente a los guardias que se lo llevaran. Me miró con especulación en los ojos, apagando su puro. Después de todo, parecía pensar, es absurdo: una judía, que pierde su familia en las masacres Nazi, escondiendo Nazi en su solar. Arriesgando la vida de su esposo y la suya. Empezó a preguntarme sobre nuestro trabajo en el Ejército Rojo.

Conseguí la forma de desviar las preguntas peligrosas.

Acostada despierta en la celda más tarde, recordé a los muchachos delgaduchos del Ejército Rojo que llenaron una vez nuestro apartamento. Con qué maravillosa simpleza habían escuchado la Palabra de Dios. Uno de ellos bailó de gozo alrededor de la habitación cuando Richard le contó que Jesús había resucitado al tercer día.

Los acontecimientos del día me dieron coraje. Tenía fuertes sensaciones de la presencia divina en la soledad de la celda. Dios me había dado fuerzas para rechazar las preguntas sobre las impresiones de evangelios y de cómo recibíamos fondos para nuestra labor social. Quizás lo peor ya había pasado.

Un pedazo de engrudo de la pared me sirvió como tiza para dibujar una cruz en mi cobija, en agradecimiento.

El nuevo interrogador era un hombre calvo y sudoroso. Estuve mucho tiempo de pie frente al escritorio descolorido de tinta mientras leía los documentos de un archivo café.

El teniente rubio estaba tomando notas de un libro de texto grueso. De vez en cuando me miraba, astutamente, como si supiera algo que yo no sabía. La mirada de su hermosa cara era excitada y asombrada como la de un niño en un cine que sabe que algo espléndidamente malo va a suceder de inmediato.

Los brazos del interrogador calvo estaban cubiertos de vellos. Al fin empezó. Todas las preguntas eran personales: mi familia, mis amigos, los viajes al exterior, los días de estudiante en París. Él era cálido y amistoso. Delicado.

“Y ahora”, me dijo, en esa voz indescriptible de oficial al que le han dado instrucciones sobre cómo llenar una fórmula, “queremos que escriba todo acerca de su vida sexual”.

Me costó trabajo entenderle. Me explicó con paciencia.

“Su historia sexual. ¿Usted tiene una, supongo? Su primera experiencia. El primer muchacho con que estuvo. Cómo la acarició. Cómo usted le devolvió sus besos. Lo que sucedió después. ¿La tocó en un lugar especial, y en cuál lugar? Cuéntenos sobre sus abrazos. Compare los dos hombres. O los tres. Continúe con los otros amantes. Queremos una lista completa, cada momento, así que hable.”

Su calma educada era como una bofetada en mi cara.

El teniente me miraba. Pasó su lengua por su boca hasta que se detuvo en una úlcera roja en la punta del labio.

“Escríbalo todo. Queremos cada detalle. Estoy seguro de que hay muchos.”

Traté de mantener la calma.

“No tiene derecho a preguntar tales cosas. Ustedes pueden acusarme de ser contra-revolucionaria o de lo que quieran, pero esto no es una corte sobre moral.”

Sus dedos peludos golpeaban el escritorio.

“Esto es lo que queremos que sea. Hay un rumor de que usted es un tipo de santa. Creemos que no lo es. Sabemos que no es así. Ahora queremos que nos lo diga con sus propias palabras.”

Me miró sin pestañear.

“Como una puta”, dijo el teniente.

“No haré lo que me piden, por supuesto.”

“¡Ya veremos!”

El interrogado calvo me insultaba, lanzándome preguntas obscenas. Un río de palabras indecentes salía de su boca. Me hacía las preguntas mientras daba golpes con su puño amplio en la mesa.

Yo estaba bañada en sudor. Mi cabeza daba vueltas. Pensé que me desmayaría. Seguía negándome a escribir.

Después de una hora se detuvo. Ya para entonces, el teniente estaba de nuevo dedicado a su libro. Habían hecho esto antes, era muy aburrido.

“El tiempo está de nuestro lado”, dijo el interrogador calvo.

Había guardado el último filo de su cuchillo para el final.

“Su esposo ya confesó ser un traidor y un espía. Está en camino a los desperdicios.” Dio la vuelta al escritorio y se paró tras de mí, respiró en mi cara. “Pero no saldrás de este lugar sin decirnos todo sobre su vida sexual.”

Me miró con el ceño fruncido por largo rato.

Yo temblaba convulsivamente.

De vuelta en la celda, pasé por los corredores con olores amargos. Los lentes cayeron por un momento antes de que me empujaran a la celda, y por primera vez vi el número de la puerta.

Siete.

Estaba en la celda 7, el número bendito, el número de días de la creación y el candelabro de siete brazos.

Me recosté en el catre y lloré. Después de un rato me calmé. Mi cuerpo estaba en la oscuridad, pero mi espíritu se elevó y pasó las fronteras de la prisión.

Recordé las palabras: “Somos crucificados con Cristo”. Si llegaba el momento en que tuviera que decir: “Todo ha terminado”, quería darle mis últimas palabras de amor a padres, amigos y al ladrón cerca de mí, como Jesús. Dios estaba conmigo en mi aflicción.

“¡Levántese!”

Mielu, el carcelero de cara roja, estaba a la puerta. Me levanté y miré la pared.

“Esto no es un hotel. Si todos se recostaran para ponerse gordos estarían peleando por entrar. Aprenderá para qué es la prisión.”

Mielu significa en rumano “cordero”, pero él no era un cordero. Además de la inspección matutina él recorría los pasadizos haciendo cheques ocasionales.

“Dese la vuelta y míreme. ¿Tiene algo que reportar?”

“¿Puede darme una cuchara para tomar la sopa?”

“Si quiere hablarme, mantenga la boca cerrada.”

Se rió con ganas de su broma. Él era muy conocido por su humor en las prisiones rumanas. Decía que antes de la guerra vendía cordones para zapatos en los cafés. Le debía su puesto a su eficiencia como informante. Él tenía que probar su importancia a todos en todo momento.

Al mediodía llegó una sopa grasienta. Debía tomarla toda. Esa era la regla. Los que hacían huelga de hambre eran forzados a comer. Dos personas les sostenían mientras la tercera les metía la comida a la boca a la fuerza. Cuando te negabas a comer, te daban una sopa más rica: le agregaban yemas de huevo y azúcar para mantener a los “pacientes” con fuerza. Decían que contenía tantos nutrientes como la comida normal de tres días. ¡Por esto, la gente se rehusaba a comer para ser “alimentados a la fuerza”!

Yo sonreía, al recordar lo fastidioso que era Richard con la comida cuando nos casamos. ¡Qué feliz estaría de volver a comer comida casera ahora!

Ambos sabíamos de memoria los pasajes del segundo libro de Moisés, en Éxodo. En los que dice cómo los hijos de Israel se libraron de la esclavitud en Egipto. Dios los libertó.

Cada noche en la celda 7 recité esos versos. Sabía que Richard, en algún lugar, estaba haciendo lo mismo. Dios nos libertaría.

“¿Está lista para responder a mis preguntas ahora?” Dedos peludos se acercaban, dejando escapar el olor a alcohol y tabaco. “¿Seremos edificados por la vida sexual de una santa?”

El teniente rubio miró su colega más viejo, parecía estar asombrado por las palabras de éste.

Tenía de nuevo su libro de texto y cuaderno de notas. Supuse que era uno de los nuevos “líderes proletarios”. Un brillante hombre de la fábrica, tratando de aprobar los exámenes y ganar una promoción mientras el molino del interrogatorio giraba alrededor de él.

El interrogador calvo recorrió su rutina de preguntas obscenas durante veinte minutos. Continué repitiendo que no tenía derecho a preguntar esas cosas. Entonces se detuvo y encendió un cigarrillo. Imaginé que el teniente tomaría el cargo. Pero cuando el hombre más viejo salió, él continuó estudiando.

Lo miré, temblando un poco. Mis ojos no lograban enfocar lo apropiadamente y mis rodillas parecían no poder resistir. No había dormido.

Cómo me recordaba el muchacho de París, tiempo atrás. ¿Dónde estaba él ahora? Ambos eran muy apuestos. Pero una cara hermosa puede esconder tantas cosas. De vez en cuando apartaba sus ojos del libro, me miraba y me daba su acostumbrada sonrisa. Como si supiera todas las respuestas a las preguntas de su colega.

Estuve parada ahí durante tres horas. Esta era una práctica muy común. Evitar el malgastar su tiempo libre, llamaban una prisionera y la dejaban ahí de pie mientras ellos estudiaban. Firmaban un recibo cuando ésta llegaba, y otro cuando se iba. Eso les servía de manera oficial para contabilizar el tiempo.

El hombre más viejo regresó y me interrogó durante otra hora. Con quién había dormido, y qué había hecho con ellos.

Estaba muy cansada. El cansancio viene en olas negras. Pero encontré fuerza para decir: "No le diré lo que usted quiere oír". Pero había una información que podía darle, la peor "historia sexual" no evitaría que una persona se convirtiera en santa si Dios lo quería. María Magdalena fue una ramera una vez. Pero sería redimida cuando ya a nosotros nos hayan olvidado.

El interrogador dijo una obscenidad. "Llévensela", dijo.

El teniente rubio bostezó y escribió algo mientras me sacaban.

Días después me llevaron a una celda comunal de nuevo. Era helada como un congelador. Se acercaba el invierno, mi abrigo de verano y mis medias de lana era la envidia de la celda. ¡Yo era rica!

Traté de compartir mis riquezas. El abrigo le servía a otras de cobija, y de vestido de gala, para ser usado en los interrogatorios, le ofrecí las medias a una muchacha que sólo tenía un vestido delgado de algodón. Lágrimas recorrieron su blanca cara.

Las otras cuatro mujeres en esta celda, para mi asombro, llevaban trajes de noche. Sólo que no estaban completos. Talles bajos, vestidos de satín blanco sin mangas y tan largos que arrastraban por el piso, no era la mejor ropa para usar en la prisión.

"Habíamos ido a ver una película en la Embajada Americana", una de ellas me contó. "Se trataba de osos polares. Cuando íbamos de vuelta, en un taxi, nos detuvieron y nos sacaron a la calle. Nos llevaron a los cuarteles de la Policía Secreta. 'Sabemos todo. ¡Ustedes son espías americanos!', nos dijeron."

Al ser interrogadas hasta el cansancio, casi dejadas morir de hambre, y sin dormir, ellas negaron los cargos. Ahora estamos esperando el juicio. Los vestidos elegantes se habían convertido en andrajos. Ellas les habían rasgado pedazos de tela para convertirlos en pañuelos, toallas y

otras necesidades.

Cada mujer en turno tomaba el abrigo con llantos de deleite. Parecía ser una estola de visión.

“¿Quieres usarlo en tu próximo interrogatorio?”

“Oh, es tan amable. Me siento tan desnuda con los hombros descubiertos en frente de esas bestias. ¡Me dará coraje!”

La puerta se abría un poco y todos nuestros corazones saltaban.

“Usted”, decía el guardián. Nunca podían pronunciar mi nombre. Como muchos nombres judíos, Wurmbrand es de origen alemán, y el sonido de la “w” les confundía.

“Póngase los lentes.”

Y comenzaba el ciego recorrido por los pasillos olorosos.

Entré en una habitación llena de voces de hombre. Hicieron silencio. Podía sentirlos mirándome. Era algo misterioso. Sin oír nada, con los ojos vendados, y segura de los ojos puestos en mí. ¿Ahora qué?

“Quítese los lentes.”

Las luces brillantes me cegaron por un momento. La nueva sala de interrogación no tenía ventanas. Parecía estar bajo tierra. Había diez oficiales uniformados sentados detrás de una mesa larga, entre ellos los tres que ya conocía. Todos me miraban.

“¿Sabe usted lo que le sucedió a su esposo?”

“Pero ustedes saben”, les dije. “Ustedes deberían decirme.”

“Siéntese”, dijo el mayor que tenía bigote. “Si coopera con nosotros podríamos permitirle verlo.”

En realidad creí que lo harían. No habíamos cometido ningún crimen. Quizás, le había procesado, le habrían absuelto. Qué ingenua era en esos días.

Tenían montones de fotografías regadas en la mesa. Hombres y mujeres. Un sargento las sostenía, una a una.

¿Quién es él?

¿Quién es ella?

¿Conoce este hombre?

¿Conoce este hombre?

Reconocí un hombre del montón. Traté de mantener mi mente en blanco y seguí diciendo no.

Él era un amigo muy querido. Un soldado ruso que fue bautizado en nuestro hogar. Era un registro policial completo y con una foto de su perfil, pero no era nada bueno. ¡Pero como había cambiado él! ¿Dónde está él ahora? Continué diciendo no, no, no y moviendo mi cabeza.

Ellos gritaron, intimidándome con amenazas. Preguntas. Algunas que yo no podía responder. Algunas que no debía responder. Fue una sesión larga y confusa por el ruido y la luz que parpadeaba. Mi cabeza

daba vueltas.

“Tenemos métodos para hacerla hablar, los cuales no le gustaría que usáramos. No trate de hacerse la inteligente con nosotros. No sólo desperdicia nuestro tiempo. Desperdicia su vida.”

La repetición, la insistencia me estaban volviendo loca. Mis nervios estaban a punto de explotar.

Pasaron horas antes de que me enviaran de nuevo a mi celda. Me acosté en el colchón de paja y sollocé con fuerza, como un salvaje.

“¡No le está permitido llorar!”

El guardián se paró en la puerta.

Pero yo no podía parar. Mis lágrimas afectaron a las demás. Empezaron a llorar, también.

El guardián, con cara de madera, se dio la vuelta y cerró la puerta.

Lloré durante dos horas. Luego me levanté y traté de pensar. El interrogatorio iba de una cosa a otra, de persona a persona. Cualquiera que yo mencionara sería arrestado y esposado. No debo mencionar ningún nombre. No pensé poder resistir más sesiones como aquella.

Pero el siguiente interrogatorio se realizó con nuevas tácticas. El interrogador calvo estaba solo y sonriendo.

“Señora Wurmbrand, tan solo tiene treinta y seis años. Los mejores años de la vida de una mujer están frente a usted. ¿Por qué es tan obstinada? ¿Por qué se rehusa a cooperar con nosotros? Podría ser liberada mañana si tan solo nos da los nombres de estos traidores...”

No contesté.

“Hablemos con sentido. Cada hombre tiene un precio, al igual que cada mujer. Conoce usted la historia del hombre que en un bar le dijo al mesero: ‘¿Cuánto cuesta la rubia que está por el bar?’ ‘Ella cobra 100 francos.’ ‘¿Y la de cabello negro?’ ‘Muy especial. 500 francos.’ ‘Bueno, y ¿qué de aquella muchacha que está en la esquina con el hombre?’ ‘¡Oh, no señor, ella está casada con él, no podría tenerla por menos de 1000!’”

Se rió de su broma, y se secó la cara con un pañuelo.

“Usted es una mujer honesta. Puede subir su precio. Judas fue muy tonto al vender a su jefe por treinta piezas de plata. Pudo haber obtenido hasta 300. Pídanos lo que quiere. ¿Libertad para usted y su esposo? ¿Una buena parroquia para él? Nosotros podríamos velar por su familia. Usted podría ser muy valiosa para nosotros. ¿Bien?”

Cuando terminó de hablar hubo un silencio en la habitación. Por fin lo rompí.

“Gracias, pero ya me he vendido. El Hijo de Dios fue torturado y dio su vida por mí. A través de él puedo llegar al cielo. ¿Puede ofrecerme un precio más alto?”

El hombre calvo de repente pareció estar muy cansado. Su voz

estaba ronca, frustrada. Apretó su puño y pensé que me golpearía. Su mano se detuvo. Tan solo rozó su cabeza y suspiré profundamente.

El 23 de octubre era nuestro aniversario de boda. Pero el recordar la felicidad de ese día solo me hizo sentir más miserable.

El invierno había llegado. Mihai siempre se resfriaba con facilidad. Dormía como duermen los jóvenes, con muchos movimientos, y muchas veces tiraba sus cobijas al suelo. ¿Quién las pondría sobre él de nuevo?

A veces Mihai era voluntarioso. Una vez fue a un día de campo, y tomó agua de un riachuelo estancado a pesar que le advertí que no lo hiciera. Tuvo problemas con la garganta durante semanas. Después subió a un árbol y se cayó de él. Casi muere esa vez. ¿Quién lo detendría de tomar esos riesgos ahora? Estaba la tía Suzanne, a quien él amaba. Pero ella tenía sus propios problemas. Un centenar de dudas y ansiedades me traspasaban cada día.

En noviembre, el director de la prisión fue personalmente a la celda. Le pidieron a un pequeño grupo de mujeres estar listas para salir en diez minutos. No se permitían las preguntas. Con miedo, recogimos nuestras pobres migajas y pedazos. Esperábamos ser liberadas o muertas a balazos.

De hecho, yo había sido sentenciada a labores forzadas. Un jurado simplemente decidió, en ausencia mía, que yo debía servir durante veinticuatro meses. Cuando ese tiempo transcurriera, una nueva sentencia sería dictada. Yo era una de los miles de prisioneros clasificados como "administrativos". Fuimos llevados a campos de esclavitud sin el beneficio de un juicio. En aquel momento todavía no sabíamos que nos habían sentenciando.

Ahora éramos parte esencial de la economía. Los campos estaban en todo el país. "Saboteadores" que fallaban en cumplir las normas de trabajo, gitanos, criminales, sacerdotes, prostitutas, burgueses adinerados, una completa gama de personas que no encajaban en el mundo comunista eran enviados allí para ser reeducados. Los campos eran inmensos, con una población permanente de 200.000 personas. Hombres, mujeres y niños. Sus edades oscilaban entre los doce años y los setenta y más. Con tales métodos la "reconstrucción social" avanzaba en todos los países satélites.

El Estado hacía lo que quería y publicaba lo que quería. No se decía nada en los periódicos sobre juicios y sentencias. Tan sólo felicitaciones para el gobierno por crear trabajos para todos. Qué maravillas estaban haciendo. Ni parecido al occidente, donde había millones sin empleo.

Las personas prominentes en el occidente señalaban Rumania como un ejemplo de país que había resuelto satisfactoriamente los problemas de desempleo.

Antes de tomar parte en esta satisfactoria solución, me transfirieron a una prisión pasajera, Jilava, la prisión más temida en el país.

Jilava

Cuando el camión se detuvo repentinamente y bajó la rampa todas las mujeres chillamos. Cortaron la luz. Hubo un sonido hueco de acero. Nos detuvimos, esperando las órdenes en silencio.

“¡Quítense los lentes!”

Era un sótano grande sin ventanas. Las paredes brillaban de la humedad. Pisos de piedras grasientos. Mujeres guardianes sin uniforme se movían en círculo. Una figura musculosa de cuclillas con el cabello de color jengibre nos señalaba con el dedo y nos alertaba:

“Soy la sargento Aspra¹, dura de nombre y por naturaleza. No lo olviden.”

Se sentó tras de una mesa caballete con una colega, tan atractiva como ella. Una empleada escribía nuestros nombres en una lista.

“Todos los artículos superfluos de ropa”, decía Aspra con voz ronca, “son depositados al unirse a este establecimiento. Así que quítense la ropa.”

Me quitaron mi abrigo de verano. Pero me dejaron el vestido delgado, y las medias que estaban ahora llenas de huecos. Hicieron un inventario. Horas después nos condujeron por pasillos oscuros, abovedados y arqueados. Un olor a podredumbre colmaba el aire húmedo. Tras rejas de acero se paraban tropas de seguridad con gorras militares color caqui.

No era completamente extraña en Jilava. Era una fortaleza construida en el siglo pasado. Las celdas estaban en lo profundo del suelo. Había venido cuando los arrestos masivos comenzaron, una joven amiga pensó que uno de sus amigos estaba arrestado aquí. Recorrieron con un dedo los archivos y nos dijeron que el hombre no estaba aquí.

Recorrí el camino de doce kilómetros desde Bucarest después de que Richard desapareció. Llené formularios largos y esperé largas horas, para que me dijeran que no sabían nada sobre él.

Una vez dos niñas escolares de quince años compartieron nuestra celda en el centro de interrogación. Se unieron a un grupo patriótico secreto. “Que Dios le ayude si llega a saber cómo es estar en Jilava en la Celda Cuatro”, me dijo la muchacha mayor.

La sargento Aspra abrió una puerta gruesa cruzada por barrotes de acero.

1. Aspra en rumano significa cruel.

“¡Este lote es para la Celda 4!”

Era media mañana, pero la celda estaba casi completamente oscura. Un bombillo eléctrico muy débil colgaba del techo. Había dos largas hileras de tablas para dormir a los lados de la habitación con forma de bóveda. Había un corredor angosto en el centro. Y en una extremidad había una ventana pequeña, pintada, con barrotes.

Decenas de ojos me miraron.

“Soy Viorica, la jefe del dormitorio”, dijo una voz. Una mano se movió. “Dale el último lugar.”

En el lugar más oscuro de la celda había un balde que servía de lavatorio, al lado de un desagüe abierto. El camastro que me dieron estaba justo sobre él. El balde era compartido por cincuenta mujeres, la mayoría con problemas estomacales debidos a la mala alimentación.

No había aire y el calor era sofocante en la fila de arriba. Mujeres sudorosas se recostaban medio desnudas. Dondequiera que volteabas podías ver brazos delgados, piernas torcidas, pechos caídos y ulcerosos. Parecía una casa sepulcral de la era medieval.

Había marcas y heridas en algunos cuerpos, producto de las torturas.

Las mujeres se recostaban en el suelo de la puerta, deseando poder respirar un poco de aire.

“¡Son tontas!” dijo una muchacha que se encontraba cerca de mí. “La humedad del piso es más mortal.”

Jilava es una palabra en rumano que significa “húmedo”. El fuerte estaba rodeado por una fosa. Allí, colgando de lo que parecía ser una picota, había una línea de ferrocarril. Cuando fue golpeado con una barra de hierro a las cinco de la mañana, nos levantábamos. Formábamos una fila para usar el balde. La celda se llenaba de conversaciones y discusiones. Las cantimploras sonaban al ser llenadas de agua para bañarnos. Durante la primera mañana que pasé en Jilava escuché a alguien cantando un himno.

“¡Ahí van las monjas!”

Mi corazón se levantó de gozo. “¿Monjas, aquí en Jilava?” pregunté.

“Sí, y si Aspra las escucha cantando les atará las manos a sus espaldas. La última vez las dejó así por tres horas.”

Una muchacha pálida de alrededor de dieciocho años detuvo el masticar de corteza de pan y dijo:

“Eso no es nada. En mi última prisión, Mislea, ataban las manos a las mujeres religiosas y ponían máscaras de gas en sus caras. Era horrible.”

Otras monjas fueron puestas en las celdas al lado de la nuestra. Las mujeres se podían comunicar a través de las paredes de doce pies de ancho, con gran riesgo, al golpear una taza de lata contra las piedras y

escuchar los sonidos en la clave. El sonido se amplificaba y podía ser escuchado con facilidad. Pero una tenía que vigilar constantemente, por si algún guardián se asomaba por el agujero para espiar.

Pasaban los mensajes en un tipo de clave morse de la prisión. Nos dimos cuenta que había 200 mujeres en cuatro celdas en nuestra ala. Y más de 3000 hombres en los demás lugares. ¡En una fortaleza dispuesta para alojar a 600 personas!

La gente aprendía lo que es vivir en la tierra sin tener nada que hacer cuando llegaba a prisión. No había que lavar ropa, coser, o trabajar. Las mujeres hablaban con pesar sobre las tareas como cocinar y limpiar. Cómo les gustaría hornear un pastel para sus hijos, después andar por la casa con un sacudidor, limpiar las ventanas, y fregar las mesas. No teníamos ni siquiera algo que mirar. El tiempo no pasaba. Se quedaba quieto.

“Cuando pienso sobre cómo me quejaba por el exceso de trabajo”, decía mi vecina. “¡Debo haber estado loca!”

Una madre comprende, cuando los hijos se van de casa, el gozo que era trabajar para ellos. Qué miseria es no tener nada que hacer.

Hacíamos fila a las 11 de la mañana para recibir la sopa. Cada mujer recibía una rebanada de pan negro. Esperaban con paciencia, pensando en la comida que estaba por llegar.

El momento en que llegaba el tonel de vapor a la puerta de la celda, se formaban las peleas. Las mujeres peleaban por el pedazo de pan que parecía ser el más grande. Siempre comenzaba de la misma manera: “Tú, perra, sabes que es mi turno de primera”. Los insultos eran gritados. La celda se llenaba de chillidos maliciosos.

La puerta se abría de golpe. Los guardianes se apresuraban a entrar, abriéndose paso con varillas. Aspra gritaba: “Somos muy buenos con ustedes, ustedes ***. ¡Si esto continúa, morirán de hambre mañana!”

La sopa derramada formaba pozos en el suelo. Se escucha el sonido de los sorbos en la oscuridad. Cuando los guardianes se habían ido, con un chasquido de puerta, el alboroto se formaba de nuevo. Cincuenta mujeres gritaban sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, hasta que Aspra llegaba de nuevo, con sonidos de trompeta. “¡No habrá más comida por hoy, ni mañana tampoco!”

Cuando se iban, las discriminaciones se escuchaban por todos lados. La muchacha de al lado tocó mi brazo.

“Tú, pobre cosa, no comiste.”

“No te preocupes, no tenía mucho apetito.”

“Son zanahorias podridas. El depósito de vegetales del Estado tiró a la basura 33 toneladas aquí. Nadie las habría comprado ni siquiera para los cerdos. Hemos estado comiendo esto durante semanas. Mire, mi

piel está casi amarilla. ¡Los llamamos ‘zanahoritis!’”

Me dijo que su nombre era Elena.

Una mujer grande autoritaria me miró como una basura.

“¿Y quién eres tú? ¿Por qué estás aquí?”, me preguntó. “No has dicho ni una palabra desde que llegaste.”

Les dije mi nombre, y que era esposa de un pastor.

“Religiosa, ¿eh? ¿Sabes alguna historia de la Biblia?” me preguntó una mujer campesina de pelo gris.

“Sí, cuéntenos algo”, dijeron otras voces. “Es tan aburrido aquí.”

Pero una mujer masculina se puso más hostil.

“Convertirás este lugar en un vicariato.”

Y se alejó, llena de rabia.

“No te preocupes por Elsa Gavrioiu”, dijo Elena. “Ella es un antiguo miembro del Partido. ¡Alguna vez estuvo agradecida por tener la oportunidad de estudiar sus errores ideológicos en el instituto reeducacional de Jilava!”

Las otras damas se rieron y se confortaron por un momento, hasta que recordaron que no habría comida durante las siguientes treinta y seis horas.

Para alegrarlas, les conté la historia de José y sus hermanos, que nos enseña como la rueda de la vida puede girar cuando parece no haber esperanza. Mientras sus caras se iluminaban con interés, les expliqué algunas de las enseñanzas de esa historia.

“Ustedes recuerdan que el padre de José le dio un abrigo de muchos colores. En él había hilos oscuros y brillantes, pues ambos pertenecen a la vida. A pesar de que sus hermanos le vendieron como esclavo, José sobrevivió para convertirse en el gran líder de la familia en Egipto.”

“De nuevo la rueda giró, y fue enviado a prisión. Aun así se levantó para ser el líder de todo Egipto y salvar al país de la hambruna. Cuando sus hermanos, que no lo reconocieron, vinieron en busca de maíz, temieron porque el gran amo de Egipto podría robar sus burros. Lo mismo sucede a menudo con nosotros. Nos preocupamos por cosas sin importancia, y perdemos de vista el sentido oculto que pueden tener. Algunos sufrimientos son grandes tan solo porque los miramos desde la angosta perspectiva humana. No podemos ver el desenlace. José al final fue el primero ministro de Egipto y el rescatador de los hermanos que lo vendieron como esclavo.”

Mientras un puñado de mujeres escuchaba, el resto de la celda susurraba y se quejaba con chillidos como un aviario.

Pude ver de reojo a Viorica.

“Ten cuidado”, susurró una campesina. “Si Aspra te escucha hablando de Dios habrá grandes problemas aquí.”

La mañana siguiente Viorica apareció en la fila para usar el balde.

“¡Ya sé quién eres!” me señaló con un dedo. “He estado preguntándome durante horas. Ahora sé quién eres.”

Pensé que podía haber escuchado mi pequeño sermón sobre la entrega de justicia.

“Sabía que tu nombre me era familiar. Me dije a mí misma, ‘¿dónde he escuchado ese nombre...?’”

Las otras me miraron. Me senté en lo alto del camastro como algo en un mostrador.

“Sí”, dijo Viorica triunfante. “Ella es una predicadora. ¡La esposa del pastor Wurmbrand!”

La jefe de salón explicó con orgullo que su tío tenía un puesto en la iglesia Ortodoxa en Bucarest. Él había escuchado el discurso de Richard en el Congreso de Cultos.

“El único que se levantó y habló como un hombre de Dios, cuando todos los demás aplaudían a los comunistas”, dijo Viorica. “¿Sabías que despidieron al Ministro de Cultos después de eso?”

Se volvió hacia mí.

“He estado en su iglesia. Pensé que la ceremonia fue hermosa.”

Por esto fui la heroína del momento. Me cambiaron del purgatorio sobre el balde. Viorica me encontró una litera que estaba vacante como a diez pies de distancia. Así ella me pagó una visita al estado.

“No es broma ser la jefe de la celda”, me dijo. “Otro día como el de ayer, querida, y me hubiera enloquecido.”

Los poderes de Viorica se hicieron enormes. Ella le recomendaba a la sargento Aspra quién debía hacer el codiciado trabajo de lavandería. Con qué humildad las mujeres pedían que se les permitiera lavar la ropa interior sucia de los guardianes. Era un trabajo duro, pero infinitamente preferible a estar sentada en la oscuridad y hediondez de la Celda 4, sin hacer nada.

Recibí mi primer plato de tertch, maíz hervido en agua, y busqué algo para comerlo.

“¡Quiere una cuchara!” se burló la señora Gavriloiu. “¡Lámelo!”

Traté de comer el engrudo casi líquido y con olor a humedad del fondo del plato. Pero me corría por la barbilla. Lamerlo me pareció muy animal, y regalé mi tertch de la mañana.

Pero me llegó un pensamiento salvador. ¿Por qué no ser humilde? Nuestro Señor lo fue hasta no más. Recordé a Gedeón, el héroe bíblico que peleó contra los enemigos de Israel. Dios le pidió que llevara con él como soldados solo a aquellos que lamieran el agua de los ríos con sus lenguas, “Como lame el perro”, pues aquellos eran los que estaban preparados para aceptar las peores humillaciones.

Cuando la próxima comida llegó, la lamí.

Después, Elena me enseñó cómo se puede esculpir un pedazo de madera con un vidrio para que tome forma como de una cuchara.

Una mujer de la cárcel Mislea nos contó que ahí les daban una porción extra de comida a las mujeres que estaban amamantando o embarazadas. “Pero después no lo hicieron más.”

“¿Qué sucedió?”

“La mitad de las mujeres inmediatamente dijeron que estaban embarazadas, las otras estaban celosas y causaban escenas.”

Ninguna de nosotras estaba lo suficientemente gorda como para pasar por embarazada, a pesar de que algunas estaban hinchadas de hambre. Sólo después nos dimos cuenta de que matarnos de hambre era una política oficial. Nos hacía menos listas y así no podíamos causar problemas. Luego, cuando querían gente para los campos de labores, el pensar en mejor alimentación nos suavizaba ofrecernos como “voluntarias”.

Usualmente nos reuníamos alrededor de las literas de las monjas.

“Pon tu experiencia a trabajar junto al gremio de las damas; ayúdanos a no reñir”, decía la aliada más cercana de Elena, la señora Stupineanu.

Era una mujer que se quedó rica cuando se hizo viuda, hasta que el comunismo llegó. Después, al quedarse sin nada, sobrevivió vendiendo candelas y barriendo la iglesia de la cual había sido una gran contribuyente. Nos contó una historia muy extraña.

Una mañana mientras estaba en la iglesia parada frente a la mesa de las candelas, vio un hombre extraño. Él se persignó, no de derecha a izquierda como los ortodoxos, sino de izquierda a derecha como los católicos. Compró una candela, parecía saber muy poco rumano. Se supo que era un seminarista de Francia, que estaba viajando por Europa. ¡Qué angustiado estaba de haber visto la persecución de la iglesia!

La señora Stupineanu practicó su francés, diciéndole más sobre el asunto. ¡Como, en esa misma iglesia, frente a ese mismo altar, los matones de la policía habían torturado con obscenidad al sacerdote!

El día siguiente la señora Stupineanu fue arrestada. El francés era un agente comunista. A la viuda le ofrecieron las alternativas de convertirse en informante de la policía secreta y decirles quiénes acudían a la iglesia con frecuencia, quiénes eran y lo que decían, o ir a la cárcel.

“He estado un año en Jilava”, decía. Aunque tenía cuarenta y seis años, su pelo era completamente blanco.

Había dos hermanas católicas que brillaban por su bondad. Cuidaban sin quejarse de las mujeres más viejas. Lavaban cuerpos cubiertos de heridas. Cantaban himnos. Traían consuelo donde nadie lo pedía.

“¿Pero, les permiten cantar?” les pregunté durante nuestra primera charla.

“Nos permiten cantar, y a ellos les está permitido pegarnos”, me respondió la hermana Verónica.

La hermana Sofía, la más joven de las dos, tenía heridas lívidas en sus brazos y cuello.

“Cantamos muy bajo”, me dijo. “Pero alguien les informó sobre nosotras. Se apresuraron a golpearnos, patearnos y a abofetearnos. Después de eso, la sargento Aspra prohibió hablar. ¡Pero cómo puede alguien mantener a cincuenta mujeres en silencio!”

Sofía había tocado el órgano en iglesias y era la que nos guiaba en los himnos. Otras conocían canciones escritas por el Ejército del Señor, un movimiento algo como el Ejército de la Salvación que estaba arraigado entre los campesinos.

La mayoría de las mujeres eran de denominación ortodoxa. Las mujeres del campo que eran analfabetas tenían mucho miedo de morir sin los últimos ritos de un sacerdote. Creían que se convertirían en fantasmas y así no podrían entrar al cielo. Las monjas repetían las palabras de los servicios funerales, y a pesar de que las mujeres no estaban seguras de que esto funcionaría, era mejor que nada.

“Señor, da descanso entre los santos a tu siervo que se ha dormido”, las monjas cantaban. “Dale descanso en verdes pastos.”

Verdes pastos. Estábamos bajo tierra. El pasto crecía sobre nuestras celdas. Las vacas pastaban ahí. ¡Qué felices deben ser de estar bajo el sol con mucha comida!

Las monjas de Jilava incluían Madres Superiores, novicias, hermanas laicas que hacían trabajo social: jóvenes de dieciocho, mujeres de sesenta. Cuando el gobierno abolió la Iglesia Católica Griega, los monjes, sacerdotes y monjas que se negaron a unirse a la Iglesia Ortodoxa (que estaba bajo el control comunista) fueron arrestados. Allí se unieron a su hermandad de la Iglesia Católica Romana.

La teniente de la sargento Aspra era Corporal Georgescu, una muchacha tonta y lenta con cara chata y voz bembolada. Ella reunía los prisioneros para que hicieran ejercicio.

“Cuando les diga que salgan, nadie se quede de última. Salgan todas juntas.”

Cincuenta mujeres no pueden pasar juntas por una puerta. Pero tampoco pueden discutir con Georgescu.

“Cuando doy una orden, ustedes obedecen”, zumbaba. Detrás de sus espaldas las mujeres se reían, imitando su tono nasal, hasta que rompieron en risa histérica. Pero se corrieron con rapidez cuando ella

empezó a gritar. Siempre las más viejas y enfermas recibían sus golpes por llegar últimas a la puerta.

“¡No conoce lo que es la compasión!” le dije llorando. “Está escrito que quien no tenga compasión no tendrá ninguna de Dios al final.”

“No, no conozco la compasión”, me contestó. “Y no la quiero conocer.”

Pero aún ella tenía su punto débil. A pesar de que no permitía los tratamientos médicos mientras estuve en la Celda 4, le permitía a las mujeres que sufrían de dolor de muelas que visitaran al dentista.

Ella también había sufrido dolor de muelas. Sabía lo que era.

¡Qué duras que eran estas mujeres guardianes!

Fui usada por las personas que amaban, odiaban, reaccionaban en forma personal. Pero esas jóvenes en uniforme se habían convertido en títeres. Si la orden era tomar las cosas con calma, nos ignoraban. Habían pasado por escuelas de seguridad policiales donde les enseñaban la obediencia ciega. La mayoría eran campesinas, que nunca habían poseído nada tan listo como sus uniformes, ni tampoco habían tenido juguetes tan caros como sus revólveres. Ellas dominaban Rumania, y Rumania era su mundo.

Sus demostraciones de dictadura del proletariado en acción eran dirigidas por los maestros, las esposas de los profesores y otra gente con cultura. No era simplemente el resentimiento de los iletrados. Eran adoctrinados con la idea que “los burgueses intelectuales” amenazaban el progreso del Comunismo mundial. Todavía creían en el Partido y en sus promesas.

Al mirar a Sanda se podría decir que era una de las personas más sanas de la celda. Era joven y de ojos claros, alta, con cabello oscuro largo. Me contó que un mes antes de su arresto había obtenido un título de ciencias. Su voz suave parecía tocar ligeramente todas las cosas. Nunca sabías donde se pararía después. Había sido arrestada a causa de su hermano, que estaba con los guerrilleros del Coronel Arsenescu que luchaban por la libertad en las montañas. Algunos de las observaciones de ella en la universidad habían sido reportados a la policía.

A menudo, cuando hablábamos, una turbación asombrante glaseaba los ojos. Su voz se acababa en media frase. Eso lo había visto antes por parte de prisioneras y me asustaba.

Una noche, desalojaron las literas alrededor de la Sanda.

Una mujer subió a unirse conmigo en la segunda fila.

“Por favor, permítame sentarme con usted”, me rogó. “Sanda ha estado tan extraña que temo que vaya a tener otro de sus desvanecimientos.”

Fui a verla. Las lágrimas bajaban por sus mejillas. Sus dedos largos daban vuelta a un mechón de su cabello de manera nerviosa.

De repente gritó: “No sé, no recuerdo, nunca antes lo he visto...”

Viorica corrió por el pasillo.

“Eso está muy mal”, se quejó. “¿Por qué no se la llevan? Como si yo no tuviera suficientes cosas que manejar.”

Las mujeres se persignaron con pánico.

Sanda estaba respirando con fuerza; su cara se tornó roja. De pronto, con un grito penetrante, como un animal que tiene una pata en una trampa, saltó de la litera. Sus brazos se movían con fuerza. Se pelo negro flotaba. Golpeaba a cualquiera que se pusiera en su camino. Agarró una pila de tazas del antepecho y las tiró en la cabeza de Viorica. Falló su tiro y las tazas golpearon la puerta.

Las cabezas desaparecieron bajo las sábanas. Gritos y llanto ruidoso llenaron el ambiente.

Dos muchachas fuertes lucharon con ella para detener a Sanda. Lucharon por el pasadizo para detenerla. Viorica gritó consejos sin sentido.

“¡Atrápenla, envíenla! ¡Oh Dios, oh Dios!”

Parecía que una legión de demonios se hubieran apoderado de ella.

Fue la hermana Verónica la que tuvo la mente clara finalmente para tirarle una sábana a la cabeza de atrás. Se retorcieron en el piso. Las dos muchachas la mantuvieron en el piso. Sus movimientos se detuvieron. Estaba quieta. La levantaron y la pusieron en la litera, inconsciente, con su ropa desgarrada y bañada en sudor.

Entonces me empezó a temblar la carne.

Del fondo, una voz masculina llegó a mis oídos.

La fría y controlada voz del interrogador. Haciendo preguntas. Las mismas preguntas. Una y otra vez.

Temblando, fui al otro lado de la celda. Una joven pálida se estremecía en la litera, con las rodillas en el pecho, rígida de miedo.

Empezó a dar las mismas respuestas, con su propia voz: “No sé. No estaba ahí.”

Luego gritos: “¡Por favor no me pegue! ¡No, por favor! POR FAVOR. ¡AhhhhhhH!”

Sus ojos estaban abiertos. Estaba viviendo de nuevo en su memoria, en un trance de terror, su interrogatorio en una celda de la policía secreta. Reproducía la voz ronca del interrogador con exactitud espectral y mecánica, y contestaba con su incansable letanía de “Yo no sé”. Y hacía ruidos chocantes y sonidos de toso como expresando dolor por algún tipo de tortura.

Eso fue tan solo el principio.

Durante una hora la celda se llenó de una aterrada cacofonía de gritos y llantos. Las mujeres sucumbieron una tras otra. Una fuerza diabólica parecía rodearnos en la fétida oscuridad. El único bombillo reflejaba sombras en el techo de bóveda.

Primero me sentí entumecida en choque.

Después, sentí algo que se hinchaba en mi pecho como el hierro que se enrojece en el fuego, me encontré viviendo de nuevo mi interrogatorio. Las noches de miedo, preguntándome qué le estarían haciendo a Richard, qué estaba pasando a Mihai.

Luché contra mi locura con oraciones. No actuaba conscientemente, sino dejando que las palabras fluyeran de un riachuelo. Las monjas estaban haciendo lo mismo.

Como si estos fueran lugares seguros en el infierno, las mujeres se agrupaban alrededor de nuestras literas. Las prisioneras se escurrían para estar cerca de mí, cogiendo mis manos; parecían estar escapando de una pesadilla de pogrom².

Los guardianes habían experimentado antes estas trágicas escenas. No entraron.

Sanda, quien había prendido la mecha, dormía en su litera, no escuchando nada.

El sonido de los llantos empezó a desaparecer. En una hora sólo se escuchaban los restos de llanto en la oscuridad. El sentimiento de miedo se disipó.

Me mantuve despierta por un largo rato, rezando en silencio: “Señor, si me has dado alguna influencia sobre estas mujeres, dame también sabiduría en mi corazón para ganar sus almas para ti”.

Afuera, en el largo corredor, los pasos de los guardianes se desvanecieron, y en algún lugar de la prisión, se cerró una puerta grande produciendo un estruendo. Creí poder escuchar a una mujer tosiendo en otra celda. Diminutos, débiles sonidos de jungla hacían eco en el vasto y poblado edificio de Jilava, mientras 3000 almas trataban de dormir y olvidar.

La mañana siguiente me encontré cara a cara con Elsa Gavrioiu, la antigua miembro del Partido. Se rumoraba que era una antigua oficial de la policía secreta que había caído en desgracia. Muchas víctimas de las purgas del Partido estaban en prisión.

Elsa sacó el gran maxilar.

“Empieza con esa rezadera aquí de nuevo, y martillaré la puerta hasta que vengan los guardianes.”

Le dije: “Elsa, ¿todavía crees en el Partido?”

2. Un pogrom era un levantamiento contra los judíos en la Europa del Este.

“Ciertamente. No he cambiado mis creencias. Mi arresto fue todo un error.”

“Ni tampoco mi arresto ha cambiado mi fe. De hecho, mi fe es más fuerte. Quiero que la gente sepa el amigo que tienen en Jesús.”

“Harás que castiguen a toda la celda. No pretendo sufrir por ti y tu Dios. De todas formas, no te ha ayudado mucho.”

“Ese es el Dios que tanto te disgusta”, pensé. “¿Qué tipo de ser es él? Si dices: ‘No me gusta Jack’, sabes qué tipo de carácter tiene Jack. ¿Cuál es tu idea de Dios?”

“¡Ha!” Ella aprovechó la oportunidad para darme una respuesta de libro de texto. Dios era el fanático que no dejaría que la ciencia dijera la verdad. El patrón de los explotadores del proletariado. Construían iglesias para él con el dinero que exprimían. Él bendice armas de destrucción de ambos lados.

Le dije: “Lo que llamas Dios es ciertamente un ser que no se puede querer. El Dios que amo es otro. Él comparte la pobreza con los trabajadores. Él surgió de los oprimidos. Él alimentó los hambrientos y sanó los enfermos. Él enseña a amar. Murió por nosotros...”

“¡Amor!” Su voz se quebró. “¿Qué tan bueno es eso, para mí, de todas formas? ¡Te digo, soy toda odio! Si supieran cómo quería a esos apreciados camaradas que me pusieron aquí. ¡Deseo que se vayan al infierno! Le di toda mi vida al Partido, y esto es lo que me hacen.” Escondió su cabeza. Era una señal de que había una lágrima en sus ojos. No parecía haber nada que yo pudiera hacer en ese momento.

“¿Oraciones? ¿Perdónalos, Padre?” trataba de contener el llanto. “No acepto el perdón, son mentiras.” Empezó a llorar.

“Todo da igual”, sollozaba. “Si los yanquis vienen, seré colgada. Si los comunistas se quedan, estoy atascada en la cárcel. ¡Perdón!”

Las lágrimas le corrían. Luego de un rato se sentó y limpió su cara gris con la orilla de su falda. Después empezó a mirarme con miradas de especulación.

“Sabina Wurmbrand, eres astuta. Te digo que dejes de orar y al minuto siguiente estás orando por mí.”

Pero la señora Gavrioiu no amenazaba esta vez con llamar a los guardianes.

Ahora todas en la celda 4 me conocían. Las mujeres se acercaban a mí para que les enseñara francés y alemán.

“Todas las lecciones de la señora Wurmbrand empiezan con la palabra ‘Dieu’ o ‘Gott’”, se reía Fanny Marinescu, mi mejor alumna.

Algunas venían a mí como una forma de pasar el tiempo. Otras pensaban que sería útil cuando fueran liberadas. Con Bucarest lleno de tropas aliadas, los intérpretes estarían en demanda.

La madre y el esposo de Fanny estaban en prisión. Ella tenía veinticinco años, callada y tímida, con el cabello corto y grandes ojos redondos.

La primera vez que hablamos fue en el patio, después del conteo matutino. La sargento Aspra y sus ayudantes estaban vociferando sobre sus apuestas como si fueran profesionales en esto.

“Mira, una hoja de hierba”, me susurró. “Es maravilloso que crezca aquí abajo.”

“¡Qué maravillosa que es la vida!” Puso la hierba en sus labios.

Nos hicimos muy amigas. Nuestras clases de francés las realizábamos escribiendo en la suela de los zapatos que engrasábamos con jabón. No nos daban nada en Jilava; ni papel, ni ropa, ni telas, ni siquiera los paquetes que nos enviaban de casa. Pero esparcían DDT en el piso con regularidad. Si lo esparcías en las suelas enjabonadas podías escribir bien sobre las suelas con una astilla.

Algunas veces debíamos detener la lección porque ella tenía dolores.

“No sé lo que es”, decía sofocada. “El dolor viene y se va.”

Ver a un doctor era virtualmente imposible. Raramente aparecían los asistentes médicos. Las mujeres enfermas se acercaban en montón, gritando, rogando para que las ayudaran y les dieran algo para el dolor. Los asistentes permitían dos o tres “casos urgentes”, las que causaban más alboroto, ir a la enfermería.

El tratamiento era una de dos cosas; píldoras de sulfuro para la diarrea; aspirinas para todo lo demás.

Entonces Fanny Marinescu colapsó. Se la llevaron en una sábana. Pocos días después estaba de vuelta; un doctor le diagnosticó tuberculosis intestinal.

“Me prometieron que operarán”, me susurró tratando de sonreír.

Semanas después llevaron a Fanny a una prisión hospital donde murió.

La enfermedad reveló ser cáncer en lugar de tuberculosis.

Después, conocí la madre de Fanny Marinescu en un campo de labores, y tuve que darle la mala noticia.

La señora Ioanid estaba en la litera que quedaba frente a la mía, al otro lado del pasillo. Su hijo estaba en las montañas con los maquis del coronel Arsenecu. Sus dos hijas también estaban en la cárcel; una en Mislea, y la otra con nosotros en Jilava, pero en otra celda contigua.

La madre podía ver a su hija en el patio de ejercicios. Ella había raspado un pequeño agujero en la pintura de la ventana. Cualquiera que fuera encontrada cerca de ese lugar era duramente castigada. Pero la señora Ioanid, que tenía sesenta años, estaba dispuesta a tomar cualquier

riesgo con tal de ver a su hija menor. Cuando la miraba las lágrimas brotaban de sus ojos y bajaban por sus mejillas.

Algunas veces se trepaba con dificultad a mi litera y me hablaba de su esposo y sus hijos. Me preguntaba sobre Richard, pues él era conocido por muchos prisioneros por su nombre. ¿Cómo nos conocimos? ¿Fue él siempre un pastor? ¿Un judío convertido a la cristiandad? ¿No era eso muy extraño?

“Es una larga historia”, le decía yo. “Y tiene momentos tristes y malos tanto como felices.” Hasta ahora no me había permitido a mí misma recordar cosas tan lejanas. Pero la señora Ioanid me escuchaba tan callada, sentada bajo la luz tenue, su perfil dibujado en sombras, que era como estar hablando conmigo misma.

De vez en cuando murmuraba, “¿Sí?” o hacía una exclamación de sorpresa a lo que, yo tenía que recordar, era una historia extraña. Comenzó con nuestra primera reunión. Richard tenía veintisiete años y yo era más joven cuatro años.

Mi conversión

Di la vuelta a la esquina sobre la calle donde vivía la familia Wurmbrand. Un tío mío les visitaba con regularidad y era la primera vez que lo acompañaba. Miré la casa. Había un hombre joven, parado en el balcón y tenía una expresión tan fea que deseé no mirarlo. Al ver a mi tío, le saludó con su mano y bajó a abrir la puerta. Cuando terminaron los saludos y presentaciones me dijo por qué estaba tan enojado.

“Mi madre me está molestando para que me case. Ella ya tiene a la chica; una heredera de una familia de negocios, dos casas y una dote de un millón.”

“Suena muy bien.”

“Sí, no me molesta tener los negocios y la herencia.” Se rió. “¡Es la chica la que no me gusta! Pero mi madre dice que es lo mejor si quiero que todos seamos ricos. Y salí al balcón y te vi.”

Agregó, bromeando: “Tuve la idea de que si pudiera tener a una chica como tú no me preocuparía por el millón”.

No regresé a París. Tomé un empleo en Bucarest, y nos vimos cada noche. Richard y yo nos dimos cuenta que teníamos todo en común. Ambos habíamos tenido infancias pobres, y ambos éramos judíos que habían dejado de lado su religión.

Richard era un prominente hombre de negocios, usaba su ingenio entusiasta para obtener dinero por primera vez. Él disfrutaba gastando su dinero. Íbamos juntos a clubes nocturnos y teatros; no nos preocupábamos mucho por el futuro. De pronto algo le hizo decirme una noche: “No soy una persona fácil. Sufrirás mucho conmigo.”

Estábamos tan profundamente enamorados que no pensábamos en nada más. Tuvimos una boda religiosa. Rompimos una copa de vino sobre el piso de la manera tradicional. Esto para recordarnos sobre la opresión de Jerusalén bajo los pies de los Gentiles.

La felicidad nos duró menos de un año. Para ese entonces Richard tenía una tos muy molesta. Regresó del doctor con la cara pálida. Era tuberculosis; había una mancha en el pulmón. Debía ir a un sanatorio de inmediato.

En ese entonces la T.B. era una enfermedad prolongada que muchas

veces resultaba ser fatal. Sentí como si Richard hubiera sido sentenciado a muerte. Parecía la peor tragedia de mi vida, era como si me estuvieran jugando un truco cruel y horrible en el momento de mayor felicidad.

Cuando Richard se marchó hacia el sanatorio en las montañas, me fui a vivir con su madre. Ella era buena conmigo, pero muchas noches me iba a la cama a llorar a solas hasta caer dormida.

Cada quince días iba en tren a visitarlo. El lugar era hermoso. Calmado, con vistas maravillosas de valles y colinas cubiertas de bosques verdes. Después de un tiempo Richard parecía estar contento de estar ahí. Me decía: "Por primera vez en mi vida, estoy descansando".

Él parecía estar agradecido, y se mejoró. Pero un cambio extraño se acercaba.

"He estado pensando sobre el pasado. Toda la gente que he lastimado. Mi madre. Y muchas chicas de las que no sabes nada. Sólo he pensado en mí mismo."

"No te aflijas por eso", le dije. "Yo también he vivido esa vida, es parte de la juventud."

Un día le encontré leyendo un libro que le había dado una mujer que era paciente en el sanatorio.

"Se trata sobre los hermanos Ratisbonne", me dijo. "Ellos fundaron una orden para convertir judíos. Otros han estado orando por mí mientras yo desperdiciaba mi vida."

Me habló sobre Jesucristo. Ese fue el choque más grande que pudo haberme dado. En las familias judías ortodoxas como la mía era prohibido, en ese entonces, mencionar el nombre de Cristo. Debíamos desviar la mirada cuando pasábamos frente a una iglesia. Yo había dejado de lado mi crianza judía estricta. Pero que Richard pudiera tan solo pensar sobre eso me molestaba terriblemente.

Sabía toda la historia de cómo los cristianos habían perseguido mi gente. Cómo los judíos eran bautizados a la fuerza, y cómo habían matado a sus hijos y a sí mismos, miles, para no tener que cambiar de religión. Cómo eran forzados a escuchar las misas católicas, y cómo se llenaban las orejas con cera para no escuchar lo que creían ser una blasfemia.

Y lo que estábamos viendo a nuestro alrededor no era alentador. La iglesia ortodoxa era fuertemente antisemita; lo mismo que la luterana. La organización antisemita más grande del país se llamaba "Liga Nacional de Defensa Cristiana". Su actividad parecía ser azotar estudiantes judíos y destruir las tiendas de los judíos.

Por eso no podía ver lo que, en el pasado o en el presente, podía persuadir a Richard de convertirse en cristiano. Nadie me había explicado nunca lo que significaba ser cristiano.

Richard se recuperaba con lentitud. Yo trataba de hablarle sobre los buenos tiempos que tendríamos cuando regresara a Bucarest. Él trataba de hablarme sobre su descubrimiento del Nuevo Testamento, y de lo que decía sobre la vida de Cristo. Antes, nunca habíamos pensado en tener hijos. Ahora Richard estaba hablando de que debíamos tenerlos.

Convaleció en una villa en las montañas. Y una cosa poco usual sucedió allí. Un hombre viejo, un carpintero, pasaba parte del tiempo con nosotros. Cuando escuchó que Richard era judío, sus ojos se iluminaron de gozo. Poniendo su tosca mano sobre su brazo le dijo este pequeño discurso: “Le pedí a Dios concederme un favor al final de mi vida. Porque Cristo era judío, yo quería traer un judío a Él. Y como no hay judíos en esta villa, y yo no puedo salir de aquí, Dios debía de enviarme uno. ¡Y aquí estás, en respuesta a mis oraciones!”

Richard estaba conmovido profundamente, pero mi corazón se deprimió. Antes de irnos, el carpintero le dio una Biblia vieja y le dijo: “Mi esposa y yo hemos orado por horas sobre esto, pidiendo por tu conversión”.

Richard leía y leía la Biblia.

Yo no sabía qué hacer. Estaba completamente desanimada. Muy pocas personas que no son judías pueden adivinar lo fuertes que son los sentimientos anti-cristianos en los corazones judíos. Aparte de las razones históricas, casi siempre hay razones personales. Cuando era una niña, debía caminar hacia la escuela y pasar por una esquina donde dos niñas mayores me esperaban para tirar de mi cabello, “Porque eres una pequeña sucia judía”. Y ellas eran cristianas. Era un tipo de juego. Y después, cuando crecí, empezó la persecución nazi a los judíos.

Richard me dijo que el mismo Jesús había sido una víctima de la injusticia, pero yo no podía soportar el escuchar aquel nombre prohibido en sus labios.

“No lo necesito”, le decía. “No lo necesito. No es natural. ¡Somos judíos; esta es otra forma de vida!”

Y cuando me habló acerca de ser bautizado casi perdí la cabeza. “Prefiero morir antes de verte convertido en cristiano. ¡Eso no es natural!”

Le dije que si necesitaba tener religión, podía practicar su propia fe judía. Y lo hizo durante un tiempo. Fue a la sinagoga, pero aun ahí hablaba de Cristo. Entonces me persuadió, temerosa pero también con curiosidad, de visitar una iglesia.

Estaba llena de pinturas de santos, y él me mostró que la mitad de ellos eran judíos, como lo eran Jesús y su madre María. Los mandamientos enseñaban que los hijos de Dios eran aquellos del Libro Judío de Moisés. Los salmos eran los salmos del rey David. El Antiguo

Testamento estaba lleno de argumentos y profecías sobre Cristo.

“El hecho es”, decía Richard mientras me guiaba por el extraño edificio con forma de bóveda, “que la religión cristiana es simplemente nuestra fe judía abierta para todas las naciones de la Tierra.”

¿Quién hizo posible que los valores judíos, la moral y la sabiduría prevaleciera en todo el mundo? ¿Qué llegara a tantos cientos de millones durante casi dos mil años? Sólo Cristo pudo hacerlo. Porque de su obra, el Libro Sagrado de los judíos ha sido traducido del hebreo a mil idiomas y dialectos. Y ahora la Biblia era leída por los gentiles ignorantes y por los grandes científicos como Pasteur y Einstein...

Entonces con argumentos pacientes y durante muchas noches, Richard tiró abajo mis objeciones. Leía el Nuevo Testamento. Admiré y amé al Salvador. Pero también simpatiqué con Gandhi cuando dijo: “De los cristianos, denme a Cristo, y quédense con el resto”. No quería saber nada sobre sus seguidores que habían maltratado a mi gente.

Richard no podía aceptar esto. “No puedes aceptar a Cristo sin aceptar sus discípulos. Él no les dejaría para venir a ti. Y no puedes aceptar sus discípulos si no llamas amigo aun a Judas, como lo hizo Cristo.”

Con el tiempo, mis objeciones intelectuales fueron superadas, pero sabía que las sentimentales prevalecerían. En lugar de debilitarse se hicieron más fuertes, pero al mismo tiempo que mi mente me decía: “Él tiene la razón”, mi corazón y mi educación estaba en conflicto. Esta lucha interna duró muchas semanas.

Una noche Richard regresó de una reunión de oración en la Iglesia Anglicana Misionera para los Judíos. Tomó mis manos entre las de él y me dijo que había “entregado su corazón a Cristo”. Muy pronto sería bautizado.

Pensé que yo era un personaje resentido y duro. Pero las noticias eran más de lo que podía soportar. Me encerré sola en la habitación durante horas. Y decidí que el día que él se bautizara, yo me mataría.

Cuando llegó el día, y quedé sola, me encerré con llave y me tiré al piso, hundida en sollozos secos. Un terrible vacío, un desierto con viento, se desataban dentro de mí. En mi desesperación grité: “¡Jesús, no puedo venir a ti, no quiero que Richard sea tuyo, no puedo soportar esto más tiempo!”

Entré en choque con la fuerza de mi llanto, y sollocé durante horas. Y después, lentamente, me calmé.

Algo había cambiado dentro de mí. La vida empezó a fluir de nuevo.

Cuando Richard regresó de su bautizo, que había sido en otra ciudad, fui a recogerlo a la estación con flores. Él estaba tan feliz. Nos

sentamos a discutir lo que había sucedido hasta muy tarde esa noche. Ahora yo entendía que este cambio se estaba dando dentro de mí desde hacía algún tiempo, por una fuerza que yo no entendía, a pesar de que todo el tiempo pensé que mi mente estaba a cargo.

Pero aunque estaba en el camino, aún no estaba preparada para llamarme a mí misma Cristiana. Era joven, quería ir a fiestas, bailes y a los cines. No quería sentarme en una iglesia a escuchar sermones.

Para agrardarme, Richard aceptaba ir a fiestas. Una noche, en una fiesta a la que habíamos ido un domingo por la noche, me di cuenta de que no estaba disfrutando nada. El ruido, las bebidas, el humo y las bromas se pusieron cada vez peor. Y todas las conversaciones eran aburridas o molestas. Mis pensamientos ya no estaban ahí. Le dije a Richard: “¿Podemos irnos?”

Para mi sorpresa, me dijo que sería descortés irnos tan temprano. Leyó mi mente y me mantuvo en la fiesta con uno u otro pretexto, hasta que me sentí enferma de toda la situación, hasta que casi me sentí físicamente sucia.

Cuando íbamos de regreso a casa, muy tarde, impulsivamente le dije: “¡Richard, me gustaría ser bautizada de inmediato!”

Me sonrió.

“Has esperado tanto tiempo. Esperemos hasta mañana.”

Me llevó el siguiente día a conocer a sus nuevos amigos de la Misión Anglicana, al pastor Adency, un hombre santo, y al pastor Ellison, que también me parecía que pertenecía a otro mundo. Ambos habían abandonado todo por el ministerio, y de ellos aprendí una cristiandad que significa sacrificio y auto-renuncia.

Estaba tan rebosante de alegría que tenía que compartirla con alguien. Un día después de mi bautizo, me apresuré a llegar al trabajo, y le conté a una amiga, una muchacha judía, sin dudar que ella sería convertida también. (Olvidaba por lo que yo había pasado.) Pero entre más le contaba sobre mi cambio de corazón, menos quería escuchar.

“¡Entonces ahora te he perdido!” me dijo, y se dio vuelta, llorando. Éramos muy unidas.

Esa era tan sólo la primera lección.

Después de mi conversión, tuvimos un hijo. En el pasado no habíamos querido tenerlos porque interferirían con nuestra vida feliz. Nuestro hijo, Mihai, nació en 1939. Ya las oscuras nubes se posaban sobre Rumania. Estábamos en la ruta de Hitler, y sabíamos que los judíos serían desterrados pronto. Estaba en contra de la razón tener un hijo. Pero tuvimos a Mihai. ¡Qué felices estamos de tenerlo hoy!

La madre de Richard estaba casi tan orgullosa como nosotros. Ese

mismo día corrió a contarle a todos los familiares: “¡La misma imagen de Richard, y tan inteligente!”

Richard me dijo: “Es moreno como tú, y muy bello. Pero sólo llora. ¿Cuándo dirá algo inteligente?”

Estábamos tan felices.

Para cuando terminé mi historia, la noche casi se había ido. En la celda, las peleas y discusiones estaban tomando su inevitable curso. Brazos y manos gesticulantes llenaban el techo de sombras y la celda sonaba como un panal enojado, las mujeres se preparaban para ir a dormir.

Promesas

Escuchamos las voces de muchos hombres en el corredor. Sonidos claros de botas. La gran puerta se abrió.

“¡Levántense!”

Un grupo de guardianes entró. Detrás de ellos había nueve oficiales. Se pararon en un semicírculo en el centro de la celda. El cordoncillo de sus uniformes limpios y aplanchados brillaba. De cara a ellos era el grupo de mujeres con harapos, el pelo largo y grasoso. Ninguno habló. Los oficiales nos miraron con disgusto, y uno de ellos se tapó la nariz con un pañuelo. Después salieron, sin decir una palabra. La puerta se cerró de nuevo.

Habíamos sido inspeccionadas por primera y última vez en Jilava.

¡Bullicio! Todas tenían teorías sobre lo que esto significaba, porque en prisión significa algo hasta que la sopa tenga dos frijoles en vez de tres.

“No me pregunten como lo sé, queridas”, Viorica le dijo a sus amigas. “¡Pero los americanos enviaron un ultimátum a Moscú! Lo escuché ayer, pero entonces no lo creí. ¡Esto es sólo para sus oídos!”

El “secreto” se regó por la celda como un rayo. Las mujeres decían infinitas variaciones del tema en cada litera. Se veían libres y aclamadas como heroínas nacionales. ¡Los americanos estaban en camino! Si era que todavía no habían llegado.

Esto nos mantuvo felices hasta que la puerta se abrió.

“¡Vengan y tomen! ¡Sopa de zanahoria, mis damas!”

El hedor del barril de la sopa había precedido su llegada. Muchas de las mujeres más viejas no la tomaron. Estaban muy débiles. Esa dieta letal, aunque no lo sospechábamos para entonces, era parte de nuestra preparación para los campos de labores. Ciertamente exponían a las más débiles. La “inspección” también, era un movido preliminar. Nuestro destino se había decidido sin tomar en cuenta a los americanos. “Es un campo de esclavos, por supuesto”, una maestra joven decía. “Pero en el Canal te dan una libra y media de pan al día. ¡Y macarrones!”

¡Qué felicidad! Jilava se inundó de rumores. Cada recién llegada tenía algo que agregar sobre las maravillas del Canal. Se había hablado

mucho sobre el inmenso proyecto, que iba a costar millones de millones. El Canal recorrería sesenta kilómetros por las planicies desnudas del sur de Rumania, para unir el Danubio con el Mar Negro.

Millones de toneladas de rocas debían ser voladas con dinamita. Se habían construido fábricas especiales para hacer el cemento. Habían contratado una planta de Rusia con tarifas exorbitantes. Ya estaban trabajando un ejército de ingenieros, empleados, y administradores. Habían organizado un nuevo departamento del gobierno, y toda la economía rumana se centraba en el Canal.

En los campos de labores que se extendían a lo largo de la ruta, se decía que hasta darían parcelas.

“¡Lo que quieres de tu casa!”

“¡Chocolate!”

El chocolate era un sueño de todas.

Se decía que tendríamos ropas calientes, y atención médica, en el Canal.

Pero lo mejor de todo: en el Canal podías ver a tus hijos y a tu esposo, no tan solo una corta visita, sino más bien el día entero.

Creíamos todo esto. No pensábamos en otra cosa.

“Pero no todas tendremos el derecho de ir”, alertaba Viorica, “como me dijo el oficial político el otro día, ‘en una sociedad socialista el trabajo es un privilegio que no se le da a los bandidos’ ”.

La sobrepoblación de Jilava se puso peor. La Celda 4 tenía espacio para treinta personas. Para la Navidad de 1950 había ochenta. No te podías mover sin pisar cuerpos que yacían en el suelo. ¡Cómo se estancaba el aire!

Estábamos muy felices porque nos sacarían, una mañana, para ser bañadas. Pero nuestra felicidad, como todos los placeres de la prisión, duró poco. Nos apresuramos por los oscuros pasillos, empujadas por carceleros, hombres que nos empujaban y nos presionaban para que camináramos rápido. El ejercicio repentino era demasiado para algunas, pues habíamos estado recostadas en nuestros costados durante mucho tiempo y algunas colapsaban.

“¡Cinco minutos! ¡Cinco minutos!” nos gritaba una teniente joven con cara de gitana. “Desvístanse, báñense, y salgan de nuevo. ¡Y no hablen! ¡O serán castigadas!”

Inmediatamente una mujer chilló. Y miró a la mujer que estaba detrás de ella.

“¡Pisaste mi talón herido!”

Una disculpa murmurada se escuchó.

“¿Quizás no sabes quién soy yo?”

Pero todas sabíamos quién era; ella era una de las peores informantes de la celda. Con calma, aunque jadeante por la carrera por los pasillos, la mujer que la ofendió, quien tenía alrededor de setenta años, le contestó:

“Querida, a duras penas sé quién soy yo. ¿Cómo podría saber quién eres tú?”

Un frenético chillido llenó el aire. El teniente sopló su silbato con fuerza. Rojo de furia, gritó:

“¡No habrá duchas! ¡De vuelta a sus celdas! ¡Muévanse!”

De nuevo los guardianes nos condujeron por los pasillos oscuros, oloroso a orines. Y nos maldijeron.

De vuelta en la Celda 4, escuchamos gritos en la puerta de al lado. Algunas pedían venganza para la informante. Otras querían castigar a la dama frágil que, al parecer, era la esposa de un antiguo líder del Partido Nacional, uno de los demócratas más importantes del país. ¡Pobre señora Mihalache! Ella sólo hacía un papel por accidente en la farsa.

La verdad se supo después; las duchas no funcionaban. La tubería estaba rota. Pero la orden había venido de los superiores: ¡Baño! ¿Cómo podían bañar tantas mujeres sin agua? El carcelero en jefe resolvió el problema arreglando que la informante creara los disturbios.

La respuesta picante de la señora Mihalache se dispersó por la cárcel. ¿Cómo podíamos saber quiénes éramos? Nos habían quitado nuestras familias, nuestras pertenencias, nuestra identidad. ¿Pero sabe la oruga que se convertirá en mariposa? Quizás en la Celda 4, en un capullo de sufrimiento, estaban naciendo las futuras santas.

El cabo Georgescu llegó la mañana siguiente con una hoja de papel en su mano. “¡Todas las que están en esta lista deben prepararse para salir de inmediato!”

Silencio en espera.

“¿Podríamos saber quién está en la lista?” le rogó la señora Gavriloiu.

“¡No me dé órdenes!” Tiró del vestido de la señora Gavriloiu para atemorizarla. “¡Tome!” le tiró la lista. “Siga, lea esto a las demás. ¡Todas ustedes me enferman!”

Georgescu leía con dificultad, y la lista estaba escrita a mano.

Leyeron los nombres y el grupo salió de la celda. No hubo reacciones a su partida. Muy pocas creían todavía que irían a casa. ¡Pero nada era peor que Jilava!

Las miramos llenas de envidia. Sintiendo lástima por las que se quedaban, algunas nos dieron parte de sus más preciadas pertenencias.

“¿Te gustaría tener este pañuelo, Sabina? Temo que no está muy limpio.” La señora Ioanid me ofreció el artículo que le había servido de

toalla, servilleta de mesa, y de mucho más.

La hermana Verónica, la monja, me dio un largo refajo negro. “¡Tómalo, tómalo!”, me rogó. “Yo tengo otro, y debe estar como a diez grados bajo cero afuera.”

Lo tomé. La enagua se me arrastraba por el suelo, pero mis piernas estaban calientes. La hermana Verónica me besó con esperanza y se apresuró a salir, quizá hacia su muerte.

Continué esperando, día tras día, a que dijeran mi nombre.

Recuerdo que el 6 de enero de 1951 estaba recostada en mi litera con mi mente llena de recuerdos. Ese día era el día del cumpleaños de Mihai. Richard había decidido antes de su nacimiento que tendríamos un varón, y para cuando debíamos tenerlo. Una tarde me dijo: “Suficiente es suficiente. Si no aparecen para las 9 de la noche, llamaré un taxi y te llevaré al hospital.” “¡Pero no tengo contracciones!” Entonces de verdad me llevó al hospital y cuando regresó la mañana siguiente tenía un hijo para mirar.

Yo estaba en la sala pos-operatoria, después de un parto difícil. “¿Qué te parece tener otro?” me dijo. “Quisiera dos, pero más rápido esta vez.” Y yo le sonreí y le dije: “Lo siento, eso no se puede hacer”. Pero qué felices habíamos sido. Ahora Mihai tenía once años.

Ese día mi nombre estaba en la lista.

Para las ocho de la mañana ya estaba fuera de la Celda 4, esperando en el pasillo. Me devolvieron mi abrigo de verano. Georgescu y los guardianes se veían muy cómicos, tan educados, entre la fila de mujeres que esperaban. No sabían más que nosotras acerca de nuestro futuro. Y quizá nos veríamos de nuevo en circunstancias diferentes. ¡Los americanos podrían haber llegado ya!

Esperamos todo el día, con un amargo frío. Se nos unían mujeres de otras celdas. Por fin subimos a los camiones que nos llevarían a Ghencea, un campo de tránsito cerca de Bucarest.

Vi barracas donde mujeres y hombres se sentaban a trabajar. Nos condujeron por entre tierra dura como el hierro, bajo las estrellas del invierno. ¡Qué paraíso! Después de estar tantos meses bajo tierra en Jilava, podía mirar hacia arriba y ver la luna navegando entre las nubes. ¡Amiga de los amantes! ¡Cuántas veces había escondido su cara en los viejos tiempos cuando Richard me besaba en la calle!

Ghencea era un grupo de viejas barracas del ejército alemán, un espacio grande, cercado con alambre de púas lleno de chozas de madera y baños afuera. La disciplina era poca. Podías caminar por la puerta y hablar con las personas de otra choza sin tener que esconderte. Se nos borró la tristeza de las mentes por un momento. Los llantos de felicidad por saludar a alguien se podían escuchar por el aire claro y frío.

“¿Liberadas?!” gritaba una muchacha demacrada de ojos oscuros, al escuchar las noticias sobre los nuevos arribos.

“¡Qué idea! Este es el punto de partida para el Canal. Las enviarán allí en unos pocos días.”

Ahora había más noticias sobre el Canal. Cómo estaban construyendo nuevos campos de labor y pueblos a lo largo de toda la ruta del Canal. Estaban construyendo un nuevo muelle marino en Tasaul. Todo el Valle Karasu debía estar siendo drenado.

El tercer día me llevaron frente al comandante, Capitán Zaharia Ion, quien era un miembro del Partido desde lo años veinte. Su cuerpo emancipado se movía con descuido entre el carapacho de su grandioso uniforme. Debo haberlo mirado con asombro. Me sonrió desde su cabeza que más bien parecía una calavera.

“¿Sabe por qué me veo así?” me preguntó. “¡Porque casi me moría de hambre en la cárcel cuando los burgueses gobernaban! ¡Gente como usted!”

Le dije que lo sentía si había sido encarcelado injustamente. “Pero no pertenezco a la burguesía.” Me miró como si reflexionara.

“Le haré una oferta.”

A cambio de ir a trabajar al Canal yo podría quedarme en Ghencea como una detenida privilegiada con muchas comodidades. Todo lo que tenía que hacer era reportarle a él, en confianza, datos sobre los prisioneros.

“Gracias”, le dije. “Pero en la Biblia usted puede leer sobre dos traidores, uno que traicionó al Rey David y otro que traicionó a Jesús. Ambos se ahorcaron ellos mismos. No quiero un final como ese, por lo tanto no me convertiré en informante.”

“¡Entonces no será libre de nuevo!”

Como el capitán Zaharia Ion, ninguno de sus perseguidores “burgueses” era tan mercenario como sus camaradas comunistas habían probado ser, porque le arrestaron bajo cargos falsos después, y murió en la cárcel. Ahora había estado oficialmente “rehabilitado”. ¿Confortaría esto el alma en cuya existencia no creían ni él ni sus amos brutales?

En un campo apartado cerca de Bucarest, abordamos un tren que nos llevaría por fin al Canal. La larga y oscura “duba” (vagón de prisioneros) estaba repleta no sólo con “políticos” sino también con ladrones, personas callejeras y gitanos. Los guardianes de temperamento enfermo, nos empujaron por las puertas corredizas. Nos sentamos en la oscuridad a esperar movernos. La luz se filtraba por unas pequeñas ventanas con barrotes que estaba en lo alto del vagón. Por fin empezamos a movernos lentamente, hacia el sur.

En una ocasión, pude ver un riachuelo que brillaba y bancos de ríos

con pasto espeso muy verde. Recordé el Río Prut, que corría cerca del pueblo en que nací. Solíamos recoger fresas silvestres para comer con crema y azúcar.

Fue muchas horas después, que el tren se detuvo y nos lanzaron afuera, cansados y doloridos. Leí un letrero en la plataforma que decía CERNAVODA. Era el nombre de un pueblo pequeño cerca del Danubio. El campo estaba a varios kilómetros de ahí. Empezamos a marchar por entre la negra noche del invierno. Al final, pasamos a través de un portón rodeado por alambres, bajo una torre de vigilancia. Las luces de los reflectores alumbraban las hileras de chozas idénticas.

SEGUNDA PARTE

El canal

Cuando el grupo entraba a una de las chozas del final de la hilera, escuchamos un grito de saludo que provenía de la multitud que estaba adentro.

“¡Valiea! ¡Valiea, mi buena vieja amiga!”

Corrió para que la abrazaran.

Valiea era una muchacha gitana de alrededor de veintiséis años, y era una ladrona experimentada. Muchos gitanos robaban, pero los atracos de Valiea eran famosos. La guiaron al ala de la líder gitana, una mujer más vieja con una nariz respingada adorable y torrentes de cabello negro. Le encontraron una cama, le dieron comida, y hablaron como cotorras.

No conocía a nadie, y nadie me conocía a mí. Ni me miraban. Era una noche de sábado, y ellos estaban descansando después de un día de trabajo. Busqué un lugar, pero había muchos prisioneros y muy pocas camas. Entonces, me senté en el suelo, y de inmediato una mujer que estaba en una cama cercana empezó a contarme sobre su hija. Ella no sabía si la chica había sido arrestada también, o si la habían tirado a la calle.

“Pero lo bueno aquí es que podemos esperar un vorbitor (permiso oficial para recibir visitas de los familiares). ¡Hasta podemos pedirles que nos traigan ropa!”

Esta noticia, el pensar en que podría ver a Mihai, me mantuvo despierta toda la noche. La idea me daba vueltas por la cabeza. Dormí solamente hasta al amanecer. Y desperté con el corazón latiendo muy rápido. Había apuro y ruidos en la oscuridad.

“¡Bestia!” gritó la mujer junto a mí. “¡Me saltó a la cama!”

Entonces reconocí ese olor animal. ¡Ratas!

Una voz educada que venía de lejos dijo con gentileza: “En realidad, las ratas tienen más razón de considerarnos una molestia que nosotros a ellas. Ellas llegaron aquí primero. Muchas generaciones antes.”

Otra voz dijo con gracia: “Deberías guardar algo de pan para ellas en las noches. Eso hace que no te muerdan.”

La mañana del domingo, después de una noche en el suelo, esperé con ansias el descanso y la posibilidad de bañarme y de reparar nuestra

ropa. Pero era un deseo en vano.

Toda la sección de mujeres del campo era dirigida por una prisionera que tenía un amplio récord criminal. Rina fue elegida por el comandante del campo debido a su odio hacia los políticos. Mientras los prisioneros que eran criminales descansaban por allí, los políticos estaban arrodillados fregando y lavando el piso.

“Todos los recién llegados se reunirán para una visita a los baños”, gritó.

Nos alineamos y marchamos sobre el barro congelado, mientras un escuadrón de guardianes armados nos vigilaban.

Entre el grupo de mujeres educadas y de fina crianza, había un montón de prostitutas. Chillaban y hablaban en voz alta, y en su obscenidad mostraban lo bueno que tenían.

Los guardianes se reían, y golpeaban el suelo con sus botas. Rina tenía su cabeza envuelta en una bufanda de colores, de la cual sobresalía su nariz como el hocico de un cerdo. Se reía descaradamente, le urgía a los guardianes.

El mundo daba vueltas. El concreto húmedo del piso subió y me golpeó. El cansancio del viaje, el hambre, y la vergüenza me hicieron desmayarme. Me llevaron de vuelta a la choza y me pusieron en una cama.

Entonces, me sucedió algo muy extraño. Me tiraron una chaqueta y una enagua de un material parecido al que utilizan para hacer los sacos, de color gris sucio y rayas blancas. Mis medias estaban llenas de huecos. Pero aún usaba la enagua larga negra que me dio la monja en Jilava. Con mi cabello negro y mi apariencia judía, debo haber parecido una aparición espectral.

Los políticos me miraron y decidieron que no era uno de ellos. Por eso, los gitanos asumieron que yo era una de ellos.

Les dije: “Les aseguro que no lo soy. No puedo hablar su lenguaje.”

La mujer con nariz de gancho me miró con astucia, y me palmeó en la espalda. “Lo sabemos, querida. Nosotros sabemos.” Ellos estaban convencidos de que, por alguna razón, yo estaba tratando de negar mi raza. Desde ese momento, fui una gitana adoptada en Cernavoda.

En cualquier parte que estén, los gitanos viven una vida aparte. Pero en Europa del Este, Rumania era su país favorito. Viajaban en caravanas, los hombres con su pelo largo y lleno de aceite, las mujeres con faldas hasta los tobillos y peticotes muy bellos. Ellos eran impresionantemente bellos, y muchos robaban cuanto estuviera a su alcance.

Los comunistas enviaban a miles de ellos a prisión a los campos de concentración, donde continuaban robando. Era imposible tender una pieza de ropa o un harapo para que se secara. Cualquier cosa, todo

desaparecía bajo sus espaciosos peticotes.

Fui la única de los políticos en el Canal que no perdí nada.

Richard y yo ayudamos a los gitanos cuando fueron echados de los campos Nazi al final de la guerra. Ahora tenía mi recompensa.

Decían que yo me reuniría con mi esposo y mi hijo y que viajaría por los mares en busca de la felicidad. Sin embargo, nunca pensé que pasarían quince años para que esto sucediera.

Hacían un buen negocio leyendo el futuro. Las mujeres estaban dispuestas a darle su ración de pan por el placer de escuchar que serían liberadas pronto, y sus familias prosperarían. Los gitanos no tenían cartas, pero predecían el futuro por un medio aun más antiguo, el cual se remontaba a los tiempos de Tamerlane y Genghis Khan. Lanzaban granos de maíz al suelo y encontraban maravillas esperanzadoras en los patrones que estos hacían.

Por ser nómadas, los gitanos se acomodaban en cualquier parte. Aun en prisión, eran como una gran familia. Después, cuando se nos permitió enviar tarjetas a los familiares, les serví de escribiente. Ninguno de ellos sabía ni leer ni escribir. Y todo los mensajes debían empezar: “¡A todos los amigos gitanos, saludos!”

Algunas veces surgían grandes peleas entre ellos. No es una leyenda que algunas veces las mujeres gitanas usen a sus bebés como cachiporras para golpearse entre ellas y no se detienen hasta que ambos niños mueran. Otras veces bailaban y cantaban como salvajes para olvidar que estaban ahí.

Con el tiempo, llegué a conocer a todas en la choza, incluyendo a las muchachas de la calle. Algunas tenían una naturaleza hermosa, y cuando escuchaban el llamado de Jesús, hacían lo que podían para levantarse del fango donde la vida las había arrojado.

El día siguiente, salimos del campo muy temprano. Nos llegaba un viento frío que atravesaba las planicies desde el Mar Negro. Los guardianes se frotaban las manos mientras esperábamos que nos transportaran, resentidos por tener que salir de sus tibias literas. Si nos estirábamos, demostraban sus sentimientos con gritos y amenazas.

En los portones, bajo las torres de vigilancia, el guardián en jefe nos gritaba: “¡Sacando 2.000 criminales y contra revolucionarios!” O cualquiera que fuera el número de presos de ese día.

El viento amargo soplaba sobre nuestras caras y nos rasgaba las ropas. La columna parecía ser interminable. Para cualquier lugar que mirara, sólo alcanzaba ver grupos de prisioneros con guardianes armados a sus costados. Algunas veces me atrevía a mirar atrás (lo que estaba prohibido) y vi la columna alargándose en la distancia como si fuéramos una sola cosa, una enorme bestia, una entidad con vida propia.

Una bestia ciega, sin esperanza, la suma de todos esos cuerpos, brazos y piernas, sin otro propósito que trabajar hasta caer. Pensaba en los esclavos en tiempo antiguos y en mis antepasados en Egipto que labo-
raban en los trabajos para el Faraón.

Estábamos construyendo un terraplén, hombres y mujeres juntos.

Debía mantener una carretilla llena de tierra. Cada vez que la carretilla estaba llena un prisionero debía empujarla 200 metros, después correr con ella por una inclinación muy pronunciada hacia lo alto del dique. Debía tirar la tierra y regresar corriendo por más. El trabajo de los hombres era más pesado que el nuestro, pero después de cargar las primeras carretillas yo tambaleaba cada vez que trataba de levantar la pala de tierra.

Cada grupo tenía un “jefe de brigada” con muchos ayudantes para ayudarle a controlar cuánto trabajo podías hacer. La “norma” requerida podía ser más que ocho metros cúbicos por día. Si, después de tremendo esfuerzo, llegábamos a la norma, ésta era elevada el siguiente día por algunas cargas de carretillas más. Si no podíamos llegar a la norma nos castigaban.

Los “generales de brigada” eran prisioneros de confianza. Tenían raciones especiales, y aun algo de salario. Y nunca levantaban ni una paja del suelo. Gobernaban con el poder de vida y muerte. Rina ejercía su poder al máximo.

Hablar, y cualquier otro tipo de contacto humano eran prohibidos, pero yo me arriesgaba a decir algunas palabras de aliento a mi compañero y le citaba la Biblia. Él era un hombre de mediana edad, parecía ser campesino, me miraba fijamente. Después tomaba la carretilla y se daba vuelta. Llegaba otro hombre y otra carretilla. Y otro.

Entonces, el cuarto hombre me dijo: “El Conde Rakosi le agradece sus palabras y quiere saber quién es usted”.

El “campesino” era un aristócrata húngaro de Transilvania, una provincia rumana que estaba poblada por muchos húngaros que habían estado bajo el poder de Habsburgo por muchos siglos. Estaba tan sorprendida que dejé mi pala en la tierra por un momento.

“¡Vamos! ¡Despierta!” era la voz de Rina que estaba como a veinte metros de distancia. “¿Quieres pasar la noche en el calabozo?”

Empecé a excavar con una fuerza frenética. El hombre levantó su carretilla y se fue.

“Calabozo” era una palabra que helaba la sangre. Una caja de seis pies de alto por dos y medio de ancho. Era usada como un castigo común en los campos del Canal. Ahí, después de un día de trabajo, debías estar de pie sin moverte durante toda la noche. El día siguiente regresar al trabajo con la posibilidad de volver al calabozo si no

trabajabas lo suficientemente rápido.

Nos daban una libra de pan al mediodía, con algo de sopa y avena. Era una mejora comparado con Jilava, pero un golpe a nuestras esperanzas. Con esto teníamos que trabajar el resto del día.

Mirando alrededor en nuestro enflaquecido grupo, no era sorprendente que no reconocí al conde. Era difícil reconocer un hombre de otro. Todos estaban vestidos con harapos rotos y con parches. Todos tenían la misma expresión, en la cual una expresión blanca de anhelo sólo era reemplazado por el miedo.

Algunos habían sido profesores de universidad, y otros editores; algunos sacerdotes, o hombres de negocios, o empleados civiles de alto rango. Ahora era imposible reconocerlos de entre los ladrones, alcahuetes y carteristas que trabajaban junto a ellos.

Nos fatigamos durante cuatro horas más. La luz desfallecía, y la gran columna se formaba para retornar al campo. Varios prisioneros colapsaban en el regreso. Uno cayó junto a mí. Sin decir palabra, dos de los hombres más fuertes lo recogieron, pusieron sus brazos alrededor de sus cuellos y continuaron caminando. Cargaron a una mujer vieja en sus espaldas. Sus piernas sobresalían con sus medias llenas de huecos. Hubo un disturbio adelante de nosotros. Un hombre había caído y no podían revivirlo. Lo arrastraron al lado del camino. Y lo levantaron a las espaldas de tres sombras refunfuñando al ocaso del sol. El viento nunca paraba de soplar.

En la entrada, el guardián en jefe gritaba: “Regresan los 2.000 bandidos”.

Estaba oscuro. El cielo aún brillaba con tonos rojos en el oeste.

“¡Brisa fortificante!” gritó uno de los guardianes con voz alegre, envuelto en su abrigo.

Yo estaba congelada hasta la médula. Mis manos y pies estaban llenos de ampollas. Me dolían todos los músculos y sentía como si mi cabeza fuera propiedad de alguien más. Mañana, tendré un resfrío grave.

Y ahora debíamos esperar, un hato oscuro, temblando de frío, mientras la cabeza de la columna pasaba por el portón. Otras columnas de diferentes puntos de trabajo llegaban en ese mismo momento y causaba un retraso largo.

Cuando por fin llegamos a la choza, se formó un alboroto. Una de las muchachas de la calle se dio cuenta de que algo que había escondido bajo su cama ya no estaba ahí.

“Gitanos ladrones”, gritó. “¡Yo seré una puta pero por lo menos no tomo lo que no me pertenece!”

Esto trajo una respuesta de Tania, una joven gitana, que agregó: “Yo podré haber robado, pero por lo menos no he dormido con nadie que no

sea mi hombre”.

Lisa, una moldoviana, gritó: “¿Quién es ese? ¿Tu hermano?” Y se rió de su broma mala. Los gitanos tenían que dormir en una habitación muchas veces; el hombre, su esposa, su madre, su suegra, su cuñada, algunas veces en la misma cama.

Pero Lisa era una asesina. Había disparado con escopeta, por celos, a su esposo que corría detrás de las mujeres.

“¡No me digas como debo actuar!” lloraba Tania. “Puedo devolver lo que tomo si quiero. Tú que le quitaste la vida a un hombre, ¿puedes devolverla?”

Traté de no escuchar esta pelea de alta moral. Después del rudo intercambio de palabras, Tania regresó a la esquina de los ladrones. Las otras la recibieron con hurras, y ella les correspondió con una mueca.

Tania era muy respetada por sus colegas, era alta y hermosa, con cabello negro brillante. Y también temible. Las aventuras que contaba con tanto gusto le habían ganado el apodo de Tania Mano Negra. Cualquiera que la ofendiera corría el riesgo de ser sacado del círculo. Cualquiera que le jugara una trampa corría el riesgo de pasar la noche en el calabozo, porque Tania no evitaba darle un informe a los guardianes sobre algún crimen real o inventado para hundir a un enemigo. Pero a pesar de toda su lealtad hacia sus amigos era absoluta y conmovedora. Estaba muy orgullosa de sus habilidades. Mantenía a las muchachas más jóvenes muertas de risa cuando les contaba cómo había vaciado la mitad de una tienda de vestidos ella sola. Escogía a las más inteligentes para enseñarles en privado, y mostraba un juicio de carácter muy mordaz.

Las muchachas tenían una admiración casi mística por sus habilidades. Decían que Tania estaba “siempre leyendo libros y cosas” antes de ir a prisión, y que una vez había entrado a una casa a robar cuando los dueños no estaban y había encontrado la biblioteca. Empezó a leer y se entusiasmó, pero se durmió en un sillón con un libro en las manos. Después de un rato, los dueños regresaron del teatro y la encontraron allí. Tania no admitía ser tan educada, pues consideraba que esto no era bueno para su reputación.

Uno aprendía a distinguir con rapidez a los ladrones, prostitutas, a las “mancebas” de los pandilleros y a los demás. Los años que pasan cometiendo un pecado específico les dejan huellas profundas en sus almas. Por la forma en que hablan y su comportamiento, sin hacerles preguntas, sabía de inmediato con quién estás tratando. Pero Tania era independiente. Ella no era noble.

A mí me decía en son de broma: “No creas que los ladrones no tienen moral. En el campo moral, yo estoy en completo desacuerdo con cualquier fechoría que no sea cometida por mi propia pandilla.”

Yo trataba, con precaución, de tocar en las puertas de su corazón. Quería entenderla mejor. Le preguntaba si, como tantos se estaban yendo de Rumania, judíos y refugiados del comunismo, ¿no le gustaría a ella también poder salir?

“¡Al diablo con eso!” me miraba con desprecio. “Todo lo que estoy esperando es poder salir de este basurero y estar con mi novio. ¡Ellos no pudieron atraparlo a él! Les voy a enseñar a todos los comunistas lo que podemos hacer.” Hablaba de sus aventuras en el bajo mundo, de cómo era él y de sus habilidades, sin ningún respeto.

¿Qué pasó con sus padres?

“¡Ah, mis padres!” Hablaba de ellos como si fueran unos muebles viejos. “Son un par que no sirven para nada. Mi madre parece una joven, y ha tenido muchos hombres. Después me tuvo a mí. ¡Mi padre se fue! Quien quiera que haya sido. Ella terminó con un borracho viejo y sucio que la golpeó cada noche. Y muchos otros hijos.”

Tania condimentaba sus conversaciones con tantas obscenidades, que después de un rato uno las ignoraba. Era como acostumbrarse a un defecto al hablar. Yo le tenía lástima. Quería tocar por lo menos una cuerda de su corazón y hacer eco dentro. Odiaba ver como corrompía a otros sin ningún trazo de arrepentimiento.

Y resultó ser que su gran amante era su cuñado. La mofa de la prostituta había caído justo en su clavo. Tenía que compartir la habitación con seis personas, y una cama con su hermana y el esposo. Entonces sucedió. En ese tiempo ella tenía doce años. Y le enseñaron a robar cuando tenía cinco.

Otro día explotó:

“Sí, yo sé; ‘no robarás’. Eso fue lo que dijeron los policías cuando me golpearon, y me hicieron todo lo demás. Les dije que ellos eran los ladrones. Han hurtado todas las tierras, todas las casas, todo el país. ¿Me dicen a mí qué hacer? Sentados sobre sus traseros gordos en sus oficinas elegantes. Deberían tratar de dormir los inviernos y veranos bajo los puentes de Bucarest, y después venir a decirme que no robe.” Se reía con dolor. “Oh, me golpearon en la cara. Perdí mis dientes del frente. Ahora tengo nueva dentadura.” Se sacó la dentadura para que yo la viera.

Sus ojos brillaban. Algunos de sus seguidores se habían acercado para escuchar y le demostraban sus simpatías.

“Tania, eres maravillosa. Yo nunca hubiera tenido las agallas”, le decía Joana, una muchacha que había sido acogida por un pandillero de Bucarest. Él se escabulló cuando la policía llegó y ahora estaba a salvo en París.

Las otras me miraron buscando mi aprobación. Les dije:

“Tania, tienes mucho coraje. Con tu energía y tu inteligencia,

podrías hacer algo mejor de ti misma. Tan sólo porque tus padres fueron tontos, eso no significa que tú debas ser también tonta. Muchos grandes hombres y mujeres tuvieron padres que no sirven para nada, o crecieron siendo huérfanos. Si pusieras tu mente en el camino correcto, quizás podrías llegar a ser grande también.”

“¡Yo, famosa! ¿Haciendo qué?” Sugirió algunas posibilidades profanas. “No te equivoques conmigo. ME GUSTA robar. ¡Es mi vida, es para lo que nací!”

Me aventuré a decir un ejemplo: “Un gran hombre empezó su vida como un timador, como una persona que hace negocios deshonestos. Se llamaba Mateo. Cuando conoció al Señor, estaba tan conmovido, tan encantado con su bondad, que dejó todo lo que poseía y se convirtió en Mateo el Discípulo. Un ladrón convertido en santo, perdonado y amado por todos los de su época. Un mártir de la iglesia, el autor del evangelio que se lee en todo el mundo.”

“¡Discípulo, santo mártir! ¿De dónde saca ella todas esas palabras?” Tania se mofó.

La laguna que había entre los prisioneros criminales y los políticos era cruzada muy pocas veces. Siempre eran las mujeres convictas las que obtenían los trabajos como vigilantes de las normas, de jefe de los dormitorios, y hacían un infierno de la vida de aquellos que pertenecían a las clases media y alta. Los ladrones las llamaban con sarcasmo “Madán” y encontraban cientos de formas de tomar venganza contra ellas. Los políticos no querían ni trataban de hacer contacto con sus vecinos. Y gané muchos enemigos, pues ahí estaba en el medio, una gitana-judía, cristiana que hablaba de amor a los peores criminales de la choza y le reprochaba los pecados a las damas de alto rango.

Cernovada estaba llena de nombres famosos. La sociedad de la columna está compuesta por los quehaceres de cada uno. En tercera persona, quizás. “Cuando hacía fila para usar el baño esta mañana, Bystander notó a la Condesa X hablando con su antigua sirvienta, la Baronesa Y, sobre el último rumor de la cocina que dice que todas las tumbas de las personalidades de la sociedad real serán abiertas y que sacarán todo el oro y las joyas para el beneficio del Estado.” ¡Qué reuniones más extrañas podíamos ver!

Un partido de trabajo consistía de mujeres fascistas. La jefe era la señora Codreanu, la esposa de un líder de la Guardia de Acero que había ayudado a empujar a Rumania en el pacto con los Nazi. Él se jactaba en un libro de que nunca le había dado la mano a un judío, ni comprado nada en ninguna tienda de judíos.

Ahora la señora Codreanu estaba esclavizada por los comunistas junto a mujeres judías. Pero aun así sus prejuicios no cambiaban.

“¡Ese criminal Churchill!” se quejaba. “¡Un sionista, un chiflado judío! ¡Y Roosevelt, de seguro judío también! Es por culpa de ellos que estamos aquí hoy.”

Los guardianes eran crueles con estas mujeres. Los prisioneros que eran sus compañeros las atacaban. Pero ellas tenían coraje. Porque traté de enseñarles el entendimiento y el amor, una se me acercó y me dijo:

“Mis amigos y yo hemos decidido que cuando todos los judíos rumanos hayan sido exterminados, tú y tu familia deben ser perdonados.”

Estaba sorprendida de que yo no recibiera la noticia con entusiasmo.

Las esposas de otros políticos y las mujeres que estaban involucradas en política sostenían largas discusiones sobre cómo debía gobernarse el mundo. Una me dijo: “Estuve toda la noche despierta pensando sobre un plan para el futuro. ¿Quieres escucharlo?”

No me dio otra alternativa.

“Primero, debe hacerse una reforma militar completa. Todos los uniformes deben ser de color azul real con grandes cascacos...”

Le dije: “Muchas gracias. No hay necesidad de desarrollar más planes. Será suficiente con que todos los uniformes sean azul real.”

Pero a veces las personas que parecían ser tontas o completamente desquiciadas tenían lecciones que dar. Una hermana ortodoxa que estaba en nuestra choza, contaba historias picantes y robaba como una gitana.

Le pregunté: “Pienso, ¿cómo te salvarás?”

Se rió: “Un monje me enseñó como salvarme. Me mantengo sin fallar a dos mandamientos. Nunca juzgo a los demás. Y siempre perdono a aquellos que pecan en mí contra. Por lo tanto, Dios se verá obligado a perdonarme a mí también.”

No era la mejor teología, pero me dio gusto escuchar lo que dijo, porque en realidad tenía las virtudes que afirmaba.

En 1951 empezaron a aparecer más y más mujeres comunistas en los campos y las prisiones. En Cernavoda conocí a Mariora Dragoescu, quién había sido encarcelada por el antiguo régimen por ser líder revolucionaria. Ahora sus camaradas la habían enviado a los campos de labores forzadas por ser “contra – revolucionaria”.

Pero ella seguía peleando por los ideales comunistas. La Gran Sociedad Marxista estaba por llegar. Ella había amamantado su hijo de dos meses, en Mislea, la gran prisión de mujeres, después se lo habían llevado a un orfanato del estado. No sabía si lo vería de nuevo.

Se compadecía de George Cristescu, uno de los fundadores del Partido, quien cumplió su primera sentencia en prisión por ser socialista en

1907. También había sido el primer Secretario General del Partido Comunista. Ahora, con setenta y dos años, trabajaba junto a nosotros en los campos desde el amanecer hasta el anochecer, con nieve, lluvia y viento.

Algunas veces yo le llenaba su carretilla con tierra. Se enganchaba a la carretilla como si fuera una bestia. Era más fácil halar que empujar por las colinas. Recordé algo que Richard me dijo poco antes de su arresto y se lo repetí: “Bajo la tiranía, la prisión es el lugar más honorable donde se puede estar”.

Una sonrisa iluminó su cara. Un guardián le gritó y él se apresuró, enyuntado a su carga. El día siguiente cuando estábamos afuera juntos, le susurré: “Siento haberle causado problemas con mi charla”.

“¡No, hable! Es como música escuchar algo diferente después de tanto tiempo. Estoy tan hambriento de escuchar una voz gentil como lo estoy de ver colores después de tanto gris.”

Después me contó sobre su desilusión. “Este comunismo que ellos practican no es el ideal por lo que luché y sufrí. Sentí que sería deshonesto de mi parte no protestar.”

Aquellos que teníamos fe nos dábamos cuenta por primera vez de que tan ricos éramos. Los cristianos más jóvenes y los más débiles tenían más recursos para sostenerse que las damas más adineradas y los intelectuales más brillantes.

Personas con cerebros buenos, educación, inteligencia, cuando eran privados de sus libros y conciertos, parecían secarse como las plantas en interiores y expuestas al viento. Sus corazones y sus mentes estaban vacíos.

La señora Nailescu, la esposa de un profesor de Cluj, un día me dijo:

“¡Qué feliz debe ser usted de poder pensar y mantener su mente ocupada y de orar! Yo no puedo. Trato de recordar un poema, y llega un guardián gritando. De inmediato mi mente regresa a este campo sin final. No me puedo concentrar. No me puedo disciplinar.”

Las mujeres de “sociedad” eran muchas veces más dignas de lástima. La vida para ellas era más dura que para cualquiera. Ellas habían perdido más, en sentido material; y tenían menos recursos internos para llenar el vacío. Un montón de viejos juegos de naipes, sombreros, hoteles, noches de estrenos, fines de semana perdidos, y amantes retumbaban en sus cabezas como la basura en el asiento de atrás de un auto. Sus nervios les traicionaban primero, lo mismo que sus suaves y blancas manos.

Después del trabajo, las mujeres se acercaban a los prisioneros religiosos y preguntaban, hasta rogaban, que les contaran algo de lo que recordábamos de la Biblia. Las palabras les daban esperanza, consuelo, vida.

No teníamos Biblia. Nosotros teníamos más hambre de una que de la propia comida. ¡Cómo deseaba haber aprendido más partes de memoria! Pero diariamente repetíamos las partes que sabíamos. Lo mismo hacíamos en las noches que teníamos vigiliias para orar. Otros cristianos, como yo, le habíamos encomendado largos pasajes a la memoria, pues sabíamos que pronto seríamos arrestados. Nos dieron gran riqueza en la prisión. Mientras otros se enfrascaban en peleas, nosotros nos recostábamos en las literas y usábamos la Biblia para orar y meditar, y nos repetíamos los versos durante las largas noches. Aprendimos lo que los recién llegados sabían y les enseñábamos lo que ya sabíamos. Por lo tanto, en las prisiones rumanas circulaba una Biblia oral.

La meditación se hacía más profunda. En la primera etapa, lo que medita no es tu propio ser. Más bien es lo que erróneamente creemos ser; eso es, un conglomerado de lo que sabemos por los periódicos, libros y el cine. Lo que eres tú en ti mismo es muy pequeño. En la segunda etapa debes poner de lado más y más de lo que no eres tú, lo que es prestado, hasta que alcanzas la realidad final en ti. Una vez que te has convertido en ti misma de nuevo, se hace relativamente fácil comunicarse con las personas que amas. En cierto momento, como cuando al escritor le llega una idea a la mente, ves a aquel por quien meditas. Jesús dijo: “Benditos son los puros de corazón, porque ellos verán a Dios”, pero no sólo a Dios.

Yo a menudo conversé con Richard, especialmente durante los años que pasó en confinamiento solitario. Él me transmitía mensajes. Tenía una certeza profunda de que estábamos en contacto, que él estaba presente. Y también estaba segura que él recibía mis pensamientos. Esos momentos recurrieron a lo largo de sus catorce años como prisionero, y mucho tiempo después de que fui liberada. Tengo una nota en mi Biblia, escrita con lápiz y fechada en 1953, algunos meses después de que me pusieron en libertad: Richard vino a verme hoy. Se recostó en mi espalda mientras yo leía.

Siempre temí que él fuera también enviado a un campo de esclavos. ¿Cómo podría él aguantar tal trabajo? Su energía era consumida tan solo con escribir y predicar. Cuando una mujer me dijo que él estaba muerto, no lo creí.

Le pregunté a todos en el Canal si sabían algo sobre Richard. Temía siempre obtener una mala respuesta, nadie sabía nada. Entonces llegaron tres mujeres de Vacaresti, una prisión donde llevaban a muchos de los enfermos. Cada recién llegado era como un cartero. Les hacíamos las preguntas usuales, esperando obtener noticias sobre nuestros familiares que estaban en las cárceles también. Nadie sabía nada sobre Richard.

Unos días después una mujer de este grupo se me acercó.

“Cada vez que hablas sobre Dios, haces que recuerde Vacaresti”, me dijo. “Estuve ahí poco tiempo, pero teníamos un predicador también.”

Vacaresti era un monasterio convertido en prisión. Derribarón las paredes que dividían las habitaciones de los monjes, para hacer las celdas más grandes. Pero aún quedaban algunas alcobas donde podían incomunicar a los presos especiales.

“Estábamos esperando en el pasillo para usar el baño”, me dijo la mujer, “cuando escuchamos un hombre hablando tras de una puerta cerrada con llave. Estaba diciendo: ‘Ama a Jesús y confía en la bondad de Dios’. Estábamos muy sorprendidos. Todos los de la prisión preguntamos quién era. Pero lo mantenían en secreto, por supuesto.”

Ahora que me había conocido, estaba segura que era Richard. Parecía estar muy enfermo. Después de algunos días dejó de predicar. Ella escuchó que él había muerto.

Cuántas lágrimas cayeron por mis mejillas, en secreto. Cómo el dolor me destrozó el corazón. Pero mi esperanza creció a través de este sufrimiento. Continué orando, y le pedí al Señor que le diera más años de vida al hombre que aún en su celda de aislamiento le adoraba fielmente.

Me preocupaba que hasta Mihai pudiera ser arrestado y enviado al Canal. Él tenía doce años, y ahí había muchachos aún más jóvenes. Todos los días veía un niño llamado Marin Motza, de la edad de Mihai, y a su hermana de catorce años. Su padre era un antiguo líder de la guardia de Acero. Él mezclaba su anti-semitismo con su fe ortodoxa. Cuando los anarquistas profanaron las iglesias durante la Guerra Civil Española, él dijo: “Le están disparando en la cara a Cristo. No lo puedo soportar más.” Se fue a España y murió luchando junto al futuro dictador, Franco.

¡Qué contradicciones hay en el corazón humano! Él dejó un bello testimonio cristiano. En este dijo: “Cuando Cristo prometió que todas las puertas del infierno no prevalecerían contra su iglesia, él estaba contando con la lucha de la iglesia. Esto no se cumplirá si los cristianos no cumplen con su obligación.” ¡Qué pensamiento tan cierto!

Ahora su esposa y sus hijos eran prisioneros tan solo por haberle pertenecido. La señora Motza tenía una idea fija: “Mi hijo Marin será rey de Rumania cuando el comunismo sea derrotado, puesto que el Rey Michael no regresará de su destierro”.

Todo el movimiento de la Guardia de Acero estaba lleno de muchas contradicciones. Su fundador, Codreanu, asesinó y patrocinó la matanza de hombres que ni siquiera habían cometido el crimen de ser judíos.

Pero entre sus últimas palabras dijo. “No importa cómo muere un hombre; sólo cómo resucita”. Él fue estrangulado por sus adversarios.

En el campo Cernavoda nos daban tarjetas postales y nos decían que podíamos invitar a nuestros familiares en un cierto domingo. Yo sospechaba que esto era un truco. ¿No nos guiaban a nombrar a nuestros amigos para que después la Policía Secreta los vigilara y los siguiera? Entonces pasé muchos días preguntándome: ¿A quién escribir? ¿Y estarán todavía ahí para recibir mi postal? Tantos habían sido arrestados.

Todos a mí alrededor estaban escribiendo tarjetas postales. Todas se preguntaban si había alguien en casa para que les contestara. Si todavía había casa. Habría hijos que habían perdido su fe o habían sido arrestados, esposos en prisión o viviendo con otra mujer. Yo veía venir tantas tragedias.

Pero cuando llegó el gran día, no hubo tragedias; pues aunque nuestros familiares vinieron, no nos permitieron verlos.

Desperté el domingo mucho antes de que sonara el toque de diana, a las 5 de la mañana. La luz estaba encendida (pues estaba prohibido apagarla) y parecía ser medianoche afuera. Había hielo en los cristales las ventanas. Yo ansiaba que llegara la mañana.

Y al fin llegó. Corrí esperando ver a los visitantes aguardando en la entrada del portón. Ésta estaba a mucha distancia del campo, y separada por tres cercas de alambre de púas y una zona externa, tierra de nadie, a la que no podías entrar.

Allí vi a mi hijo; más alto, más delgado, con ropa pobre. Reconocí el hombre que estaba a su lado. Era el pastor de nuestra iglesia. (Desde ese entonces los trágicos eventos han creado un distanciamiento entre él y nosotros, pero le recordamos y estamos agradecidos por la gran ayuda que nos dieron él y su esposa, y si él nos odia ahora nosotros nunca dejaremos de amarlo.)

Les saludé con mi mano, pero ellos no podían verme entre las otras mujeres que se acercaban al alambre. Regresé con rapidez a la choza a decirle a la mujer que tenía su cama junto a la mía.

Ella me miró: con mi vestido manchado y roto, mis zapatos sin pareja, los restos de abrigo de verano, la tira de cordón que era mi cinturón.

“Asustarás al pobre niño si te ve así”, me dijo. “Ten, te presto mi blusa; por lo menos no está rota.”

Tania me ofreció una enagua gitana larga y de colores brillantes. Valia me puso una bufanda blanca en la cabeza. Me prestaron medias, aún un pañuelo sucio. Cuando estábamos admirando mi nueva elegancia, llegó un puñado de mujeres.

Rina estaba en el medio, cacareando triunfante. Estábamos siendo

castigados. Eran tantos los que no habían podido cumplir sus normas de trabajo la semana anterior que la visita era cancelada.

Ellos habían viajado desde Bucarest durante toda la noche, habían gastado los ahorros que necesitaban con desesperación, para nada. No podíamos hablar. No podíamos ni siquiera recibir la ropa y la comida que nos traían.

El grupo de visitantes, alrededor de treinta personas, esperó todo el día en los portones con la esperanza de que la comandante cambiara de idea. No lo hizo. No tuvimos la oportunidad de verlos ni saludarlos. Todo el día, los guardianes trataron de alejarnos de la cerca. Nos amenazaban con armas desde las torres de vigilancia. De vez en cuando alguna mujer que había podido pasar la alambrada nos reportaba: “¡Todavía están ahí!” Pero al anochecer se habían ido.

Me parecía que no podría ver a Mihai si insistían en que todos lograran su cuota de trabajo. Un gran número de prisioneros habíamos venido de Jilava. El hambre y las enfermedades nos habían dejado muy débiles para lograr las crecientes demandas que nos hacían.

Pero pudimos escribir de nuevo. Hubo otra repartición de postales.

Y muchos domingos después, Mihai hizo el viaje a Cernavoda de nuevo. Esta vez no hubo castigo. Pero las visitas se realizaban en orden alfabético, y mi nombre siempre era el último. El día podía terminar sin que mi visita se concretara.

Las ropas prestadas iban de una mujer a otra.

“¿Cómo me veo?”

“¡Perfecta!”

La mayoría habían estado despiertas toda la noche pensando lo que dirían, ensayando las palabras una y otra vez. Pero usualmente, cuando llegaba el momento, estaban demasiado impresionadas para poder hablar. Y si tratabas de preguntas por los familiares y amigos, los guardianes te detenían. Aun los regalos de ropa, que nos habían dicho que podíamos recibir, fueron devueltos con algún pretexto. Las reuniones les daba a muchas más miseria que alegría. Teníamos que regresar de prisa a devolver las ropas prestadas, para que la siguiente persona se la pusiera.

Las demás nos miraban con tristeza. Quizás, el próximo día de visita, en dos meses más, sería su turno.

Nos sacaban a otra barraca cerca de los portones. No era, por supuesto, “todo el día con los familiares” que nos habían prometido en Jilava. Eran quince minutos, de pie en la misma habitación, separados por diez metros, con los guardianes escuchando cada palabra.

Pero cuando vi a mi hijo, olvidé que era una prisionera y cómo me veía, y dónde estaba y simplemente lo abracé con mi mirada. ¡Qué delgado estaba, y serio! Lo contemplé y él a mí, y en un segundo los

quince minutos habían pasado. Nuestra emoción borró el tiempo. Casi no hablamos. No importaba porque no era permitido decir nada íntimo.

Recuerdo que le llamé entre el espacio que nos separaba: “¡Mihai, cree en Jesús con todo tu corazón!” Le daba el mejor consejo que podía darle; sabía por mi experiencia en prisión entre otra gente, viejos y jóvenes, que sólo Cristo puede dar la esperanza para iluminar el lugar más oscuro.

Él había quedado como otros miles de niños y niñas sin una guía. Los comunistas se beneficiaban de esto. Como sucedió en la parábola del hijo pródigo que gastó todo lo que tenía y después fue donde un viejo para que le ayudara, y este lo hizo alimentar a los cerdos, los hombres enviaban a los jóvenes a vivir con ideas hechas para cerdos. Le dije: “Cree en Jesús” pues sabía que sólo Jesús tiene las palabras de la vida eterna y que Él es el mejor que puede guiar a un niño sin madre.

Lo vi muy hermoso. Todas las madres están convencidas de que su hijo es el más atractivo. Lo importante de este encuentro floreció después, como un árbol que se forma de una pequeña semilla. Sólo después de mi liberación supe cómo había recibido mis palabras.

Los guardianes me empujaron con fuerza por los hombros y me guiaron fuera de la choza. En nuestra barraca todas me rodearon, preguntándome qué había dicho Mihai, cómo estaba. Pero sólo pude mover mi cabeza. No pude hablar durante horas. Estaba en otra parte. No estaba en prisión.

En la noche había muchos que todavía esperaban a los que nunca llegaron. Ahora lloraban con fuerza tirados en sus camas de paja.

El calabozo

Durante la noche, una mujer debía estar despierta, montando guardia en cada choza. Nunca nos dijeron lo que había que vigilar (imagino que era para prevenir los suicidios), pero teníamos que estar de pie. Los castigos para el que se dormía eran brutales.

Una lámpara desnuda, suspendida en medio de la habitación, se mecía suavemente en la corriente del aire. Las hileras de mujeres se movían y se daban vuelta. Algunas roncaban con fuerza. Algunas lloraban a causa de una pesadilla. Todas las caras mostraban las marcas del sufrimiento y el miedo. Las horas eran largas. El viento soplaba desolado afuera. Como si hubieran soplado hasta juntar a todos aquí, viejos, jóvenes, mujeres de alcurnia, vagabundos de debajo de los puentes. Todo lo que teníamos en común era el sufrimiento.

Me disgustaba la noche cuando era una niña. Ahora la añoraba, pues era la única salida del trabajo mortal. Aun así no podía dormir cuando llegaba la noche. Me levantaba y oraba por las mujeres de nuestra choza, y de nuestro campo, por los millones de prisioneros del mundo comunista, y también por los cristianos que dormían en paz en el oeste, y por aquellos que yo creía que oraban por nosotros.

Una vez, que estaba despierta como siempre, me ofrecí a tomar el lugar de la guardiana. Era Tania esa noche. Ella no tenía problemas para dormir. Pero se rehusó bruscamente.

Me dijo: “Duerme tú”. Pero lo dijo amablemente.

Después, como vio que todavía estaba despierta, se sentó en mi cama. Hablamos en susurros. Me contó una de sus historias de ladrones. Había estado en una prisión que tenía 4000 mujeres. Entre ellas había una que había sido gobernadora de esa misma cárcel bajo el antiguo régimen.

“Ella había tentado a los prisioneros comunistas durante la guerra”, dijo Tania, “y ahora estaba dentro, que era justo donde pertenecía. No era justo que hubiera falsificado los libros y robado el dinero de la comida. Todos lo hacían. Pero ésta fue acostumbrada a dejar salir a las chicas más listas durante algunos días, y después las traía de vuelta y tomaba parte de lo que habían robado.”

Cuando traté de hablarle de Dios, Tania me contestó:
 “¡Antes de alcanzar a Dios, los santos te matan!”

Era un dicho común en Rumania. No había falta de devoción hacia los santos, pero pocos tenían una idea real de quiénes eran. Le dije que los santos nos ayudan con su ejemplo para nosotros y que en realidad nos pueden acercar a Dios. Los santos no matan a nadie.

Le dije: “Existen dos mundos, el material y el espiritual; pero sólo en el mundo material la ley de Dios y del hombre dicen: ‘No robarás’. En el mundo espiritual, le ley dice que robes todo lo que puedas. Roba cualquier conocimiento, modales, inteligencia que puedas. En el mundo material si me robas, yo pierdo. Pero en el mundo espiritual no pierdo nada. No estoy en contra de que seas una ladrona. El problema es que no sabes qué robar. Cualquier cosa que tomes te hará perder hoy, o si no, mañana, cuando mueras. Pero una vez que tomas de alguien la sabiduría y el conocimiento de Dios, lo tendrás eternamente.”

Quizá el mundo no falló en vano. Dentro de nosotros hay un conocimiento profundo del “No robarás”, que sin contar lo antes dicho, es una de las leyes fundamentales del universo. Algo dentro de nosotros nos dice: “No codiciarás la propiedad de otro. Y sé discreto. No sólo sus posesiones sino también su ser son su propiedad sagrada.” Dios ha ordenado que las personas, como las estrellas en el cielo, estén a cierta distancia una de la otra. Nos ha dado la timidez, vergüenza, orgullo, dignidad, y miedo como una tapia alrededor de la individualidad de cada uno, y nadie debe saltar esta tapia. Cada hombre es como un átomo que no puede penetrarse por la fuerza sin desintegrarlo, una descarga de fuerza destructiva y revolucionaria podría destruir al mundo.

A pesar de que siempre estábamos hambrientos, Tania no se olvidaba de los pájaros. Todas las prisioneras comían su porción de pan sobre sus camas, atrapando con cuidado cada borona. Cada pedazo tenía valor; era el único sólido que teníamos. Pero Tania tomaba sus boronas y las lanzaba por la ventana para los gorriones.

Una vez le dijo a su vecina: “¡Qué clase de cristiana eres! Eres sólo habladorías. Nunca das nada a los pájaros.”

Ver a muchachas como ella deshacerse de las preciosas boronas, me hacía creer que no hay hombres completamente malos. La naturaleza humana, cuando se le deja por sí sola, mostrará buena voluntad por lo menos en cosas como esta: alimentar a los pájaros cuando te estás muriendo de hambre.

Estaba impresionada de encontrar en los ladrones una característica de carácter que es distintiva de los tibetanos, la gente que, durante miles de años, ha tenido el más fuerte sentido sobre la metafísica. Sven Hedin cuenta la historia de que mientras en Europa, nosotros sólo alimentamos

a los pájaros domésticos con el propósito de comerlos después. Los tibetanos ponen pequeños pasteles en las rocas para los pájaros salvajes. Sven Hedin mismo, cuando se perdió, se alimentó de esos pasteles. ¿No es la vida salvaje también parte de Brahman, el gran Todo?

Puedes encontrar una pequeña pizca de bondad desinteresada en las mujeres asesinas y en cualquier tipo de prisionero criminal.

En Cernavoda teníamos que soportar lecciones de adoctrinamiento cada domingo, cuando lo que queríamos era descansar. La jefe del dormitorio nos hacía marchar cada tarde al salón de asambleas. Ahí la mujer encargada nos daba un discurso. Empezaba por decirnos lo que pensaba de Dios, que no era mucho, y nos amenazaba diciendo que cualquiera que hablara de Él sería castigado.

“Ahora todos los que están afuera son comunistas”, nos explicaba. “Sólo ustedes persisten en este disparate de la religión, y lo que queremos es educarlas para que salgan de eso. El Partido está ahora en poder y sabe lo que es mejor. Ustedes no están en prisión. ¡Que ni siquiera escuche yo esa palabra! Están en una institución de reeducación. ¡Están construyendo la felicidad de sus futuros! ¡Trabajan para las generaciones futuras! Y al alcanzar sus cuotas de trabajo, lo que hacen es apresurar su propia libertad como ciudadanos rehabilitados.”

Después había un concierto de propaganda. Entre nosotras había cantantes de cabaret y actrices de poca experiencia, algunas de la minoría alemana. Ellas debían cantar canciones comunistas que se mofaban de Alemania, y que alababan la victoria soviética. Yo sufría el dolor de su humillación. El dolor físico pasa y se puede olvidar en unas pocas horas. Pero la humillación, aún cuando parece trivial, se queda en el corazón. Sólo ahora puedo entender por qué Cristo habló de ser “despreciado y crucificado”. Siempre me había preguntado por qué era importante mencionar la burla en la misma frase. Ahora sabía cómo podía doler, o seguir doliendo.

Una mujer alemana estaba de pie en la plataforma al final del salón de asambleas. Era de edad media, y había sido una vez bonita y regordeta. Cuando cantaba, apretaba sus manos patéticamente, su voz se quebraba en las notas altas.

Los oficiales de la primera fila estallaron de risa. ¿Qué podía ser más gracioso que la sombra de una señorita burlándose de sí misma? Las lágrimas corrían por su cara mientras se estremecía.

Después vino una mujer, todavía muy joven, que leyó un poema rebosante de gratitud hacia los soviéticos por habernos salvado de los Nazi:

“Madre Rusia, ¡gracias
por lo que has hecho hoy!

El glorioso Ejército Rojo
nos ha mostrado a todos el camino...”, etc., etc.

Su copla sin sentido era recibida con beneplácito por todos los presentes, con los jefes del dormitorio de primeros. Cualquiera que mostrara falta de entusiasmo estaba en problemas. Los informantes estaban mirando de cerca en busca de las reacciones de los “corruptos sociales”.

Yo no podía condenar las mujeres que tomaban parte de estas charadas. Estaban destrozadas de sufrir. Lo que para nosotros era miseria, para ellas eran horas de escape. Y todos lo hacían. ¿No había acaso el compositor religioso más famoso de Rumania, Aurel Baranga, vuelto su mano para escribir el himno comunista? Él estaba prisionero en uno de los campos del Canal ahora.

Pocos se resistían. Y aquellos que lo hacían no eran infectados por estas horas de adoctrinamiento que sucedían cada domingo en casi todos los campos del Canal. Algo de la basura que nos echaban ciertamente iba a pegar.

Yo no podía aplaudir en las reuniones. Todos decían: “Finge, ¿qué más da? ¿Vale la pena que te golpeen?” Pero cuando escuchaba que difamaban a Dios, a la madre patria y vi la belleza pisoteada en el suelo, no podía aplaudir. Siempre había gente de pie en la parte de atrás, y yo me escondía entre ellos.

Pero no escapaba. Alguien me reportó, y para el anochecer, estaba caminando a la oficina de la comandante. Sus ojos no parpadeaban bajo su gorra.

“Tengo información de que usted ha fallado a los aplausos durante la lectura de esta tarde y de la clase de reeducación, Wurmbrand. Todo su comportamiento la hace ver como una fuerza contra revolucionaria, incapaz de obtener una reeducación apropiada.” Me repitió las frases rituales, luego se mojó los labios. “Hemos tratado de ser buenos con usted. Ahora usaremos nuevos métodos.”

No me permitieron regresar a la choza esa noche. Me llevaron a la celda de los guardianes y me metieron en el calabozo. Era una especie de estante metido en la pared donde sólo se podía estar de pie. La puerta de acero tenía unos pocos hoyos para permitir el paso del aire, y la comida la pasaban por una portezuela en la parte baja.

Los calabozos existían en todas las prisiones. Ayudaban a romper la resistencia antes de la extorsión y de una confesión falsa. Era el tipo más común del castigo en el Canal.

Luego de unas pocas horas, mis pies se quemaban. La sangre de mis sienes se movía con pulsaciones lentas y dolorosas. ¿Cuántas horas me tendrían aquí? ¿Cuántos años duraría yo de seguir en estas condiciones? Pensé: “Esta maldad se está esparciendo por todo el mundo, atormentará

a millones, nadie escapará. Pero éste era el sendero de locura. Sabía que gente había sido enloquecida en estas cajas. Habían dejado que estos pensamientos de horror se apoderaran de ellos. Pero, ¿cómo escapar?”

Richard me había contado sobre los monjes del Monte Athos, que repetían sin cesar la “oración del corazón”. Ellos decían con cada palpar: “Señor Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí”. Yo había usado la oración yo misma.

Entonces recordé que Richard había pasado horas explicándome los secretos numéricos de la Biblia. Ni los hebreos ni los griegos tenían números aparte de las letras. Las letras de la Biblia son también números (a = uno, b = dos, c = tres, etc.) y cada número tiene un valor simbólico. Por lo tanto traté de contar.

De alguna parte del techo de la caja caían gotas de agua. Causaban un sonido desolador. Las conté para pasar el tiempo.

Uno: Hay un Dios.

Dos: Hay dos tablas de leyes.

Tres: es por la Trinidad.

Cuatro: Cristo reunirá a sus elegidos desde las cuatro esquinas de la tierra.

Cinco: por los Cinco Libros de Moisés.

Seis: el número de la Bestia en el Apocalipsis es 666.

Siete: es el número santo.

Pero el sonido del agua cayendo continuaba, y cuando llegaba a quince, dieciséis, los números no significaban nada y yo volvía a comenzar: uno, dos, tres, cuatro.

No sé por cuánto tiempo hice esto, pero en cierto momento simplemente empecé a llorar a viva voz para evitar la desesperación.

“Uno, dos, tres, cuatro”, gritaba, y de nuevo: “Uno, dos, tres, cuatro...” Después de un rato no podía articular las palabras. No sabía lo que decía. Mi mente estaba en blanco. Aun así mi espíritu continuaba diciendo algo a Dios.

Debo explicar esto mejor, pues es una de las claves para sobrevivir en prisión. Con todas las preocupaciones y miserias, uno quiere poder poner la mente en blanco. Luchas desesperadamente por encontrar una forma de escapar, pero está sumida y obsesionada por los pensamientos que te pueden llevar a tener problemas mentales más profundos. Al igual que ponemos un yeso a una pierna lastimada para que descanse, así una mente atormentada, una mente enferma, una mente afligida por los remordimientos, necesita descanso para ser sanada.

Se sabe que en la iglesia antigua existió (y también en los misterios griegos) un fenómeno conocido como glossolalia; hablar en lenguas desconocidas. La religión no puede hallar siempre la forma de

expresarse con tan solo palabras. Desde el principio se ha expresado también a través de la música, el baile, y la pintura. El lenguaje es una herramienta imperfecta; cuando digo: “Amo el pastel de manzana”, “Amo a mi esposa”, “Amo a Dios”, expreso tres sentimientos muy diferentes con una misma palabra. Y entre el amor y el odio hay tantos diferentes matices de sentimientos que no se pueden poner en palabras como hay fracciones entre uno y dos. Lo que una madre siente por su hijo no se puede decir con palabras, y con frecuencia no usa las palabras; ella dice: “calama-lumsi-tudilemo”, o lo que sea, y el niño está feliz de escucharlo.

Así existe el fenómeno de glossolalia, de lenguas desconocidas, de palabras inarticuladas. De lo profundo del corazón, en momentos de éxtasis o de sufrimiento terrible, llegan los sonidos, expresiones de amor hacia Dios, hacia la humanidad, hechas de palabras que no existen en ningún diccionario. La mente se pone en blanco; como la Biblia lo dice: “Aquel que habla en una lengua desconocida habla no para los hombres, sino para Dios”.

En el calabozo, este bloque de mi mente, como para permitir que los sonidos irrazonables salieran del fondo de mi subconsciente, me salvó de la locura. Después de una hora o dos, regresó mi mente, descansada. Me di cuenta, también de que hablar en estas lenguas inentendibles tenía una gran ventaja. Nunca mientes, no engañas a nadie.

Pocos días después de esto tuvimos una inspección del coronel Albon, un oficial que visitaba los campos del Canal. Era bajo y delgado. Caminó por Cernavoda, sin decir nada, dio un vistazo despreciativo a las filas de mujeres grises y fantasmagóricas y cuando estaba por irse, una mujer gitana corrió hacia él. No le tomó mucho tiempo decirle lo que tenía en su mente. La habían llevado a visitar en secreto al teniente de la Policía de Seguridad y ahora estaba embarazada.

Como resultado de esto, Albon hizo un reporte de esto a Bucarest, se realizó una investigación, y mucho de lo que había estado sucediendo salió a la luz. Por esto, todas las mujeres fueron sacadas de Cernavoda y llevadas a una colonia de labores apartadas de los hombres, unos kilómetros más lejos del Canal. Este era el Campo “Kilómetro 4”.

Campo K4: Invierno

S alíamos del campo temprano en la mañana para trabajar en la orilla del Danubio. Debíamos poner una capa de piedras en el agua. Desde la mañana hasta el anochecer cargábamos piedras pesadas sobre una barcaza. Después la barcaza era llevada al medio del río y las orcas caían al agua. Era imposible hacer esto sin salpicar y luego de unos minutos de haber empezado a trabajar, estábamos empapadas. El viento helado que soplaba por la planicie del Baragan hacía que nuestras ropas se congelaran. Era como estar metido en una armadura de metal. Mis dedos estaban rotos, encogidos de frío, y majados por las pesadas rocas.

Al atardecer, cuando retornábamos a la choza, sólo podíamos ir a la cama con la ropa húmeda. No había lugar para secarla, y si la colgábamos durante la noche, era seguro que la robarían. Por lo general yo dormía con mi vestido húmedo bajo mi cabeza, como una almohada, y me lo ponía en las mañanas aun estando húmedo. Se secaba de camino al trabajo, justo a tiempo para mojarse de nuevo. Cuánto añoraba un poco de sol, mientras temblaba por el viento que mecía nuestra barcaza. Estaba tan delgada como una caña, y el viento parecía soplar a través de mi cuerpo.

Durante la segunda semana, me pusieron a cargar piedras en carretillas. Otras mujeres las llevaban a las barcasas y las descargaban en el Danubio. Por lo menos estaba seca. Pero las piedras eran agudas y constantemente me rompían las manos. Mis nudillos estaban raídos, mis uñas rotas y sangrientas. El cansancio tan profundo de algún modo me diluía el dolor. Parecía flotar a unos pocos centímetros del suelo, como en un sueño.

Recoger una roca. Sostenerla, doblada por alrededor de 200 metros, hasta la pila de rocas. Recoger una roca... Me preguntaba si sería capaz de caminar erguida de nuevo.

En la tarde, un auto apareció en el horizonte a la altura del cinturón del guardián. Las mujeres lo miraron con rapidez, con miedo. Nadie dijo nada. Aún los guardianes estaban asustados. La luz parpadeó en su capota. Era un auto nuevo y brillante. Sólo podía significar una cosa: la policía secreta. Buscaban algún prisionero para llevarle de nuevo a un

interrogatorio. Todas las mujeres estaban orando. ¡No, de nuevo a las celdas, las noches de tortura!

Inmediatamente los guardianes empezaron a gritar. Los que revisaban las normas, todos aún más servilmente malignos que sus amos, se apresuraban a correr repitiendo sus órdenes.

Pero esta vez, para alivio nuestro, no se llevaron a nadie. En cambio, llevaron una joven mujer a los guardianes. El viento pegaba su fino vestido a su cuerpo delgado. Con la cara gris, nos miró con horror. Estábamos sumergidas en una nube de polvo de piedras blanco, con los grandes ojos en nuestras caras como si fueran máscaras de carnaval.

Los guardianes la empujaron. Pude ver que estaba descalza. Empezó a trabajar. Era una escena de lástima. Cargaba una roca unos pocos centímetros. Luego sus piernas se doblaban y caía sobre sus rodillas, y se las lastimaba. Luchaba por levantarse y se movía unos pocos centímetros. El pálido color cadavérico de su cara solo podía significar que había pasado meses, quizá años en una celda bajo tierra.

Fue imposible hablarle esa tarde. De algún modo logró sobrevivir para regresar al campo. Pasamos bajo la torre de vigilancia y el guardián que iba delante de nuestra fila gritó: "Reporto 350 bandidos de vuelta".

Tarde en la noche, después de haber completado dos horas de pelar patatas en la cocina, regresé a la choza y encontré a la joven recostada en su cama, que habían colocado entre la mía y la siguiente. El polvo blanco había tapizado su cara excepto donde las lágrimas habían cavado canales. Le traje algo de agua y le ayudé a lavarse. Parpadeó y me miró como si estuviera medio ciega.

Otras mujeres se acercaron mientras ella revivía un poco.

"¡Pobre cosa, apenas debe tener treinta años!"

"Es más bien hermosa, ¿no es así?"

"Debemos encontrar algo para su pies."

"Y ese vestido, es tan solo un harapo."

Una de las actrices alemanas, Clara Strauss, hurgó en sus cosas y encontró un vestido viejo arrugado. De alguien más, llevó un par de sandalias. Estos tesoros, dados con tanta generosidad, hicieron que las lágrimas brotaran de nuevo. Muy despacio comenzó a contarnos algo de su historia.

Había estado en confinamiento solitario durante dos años en las celdas bajo el Ministro del Interior. Durante este interrogatorio en Bucarest la habían mantenido diez días sin dormir, mientras los inquisidores trabajaban con ella tomando relevos. Sobre su cara brillaban luces poderosas y reflectores, día y noche. Ahora sólo podía ver cosas que estuvieran a la distancia de sus brazos.

Pero nada de esto parecía importar tanto como la gran pregunta:

“¿Es cierto que podemos ver a nuestros hijos aquí? Tengo un hijo y una hija, y no los he visto en dos años, ni oído nada de ellos. Los dejé con mi madre, pero tenía casi setenta años y no estaba bien. ¿Hay alguna forma de recibir noticias?”

Para nosotras, sus preguntas eran como tazas de mendigo. Tratamos de consolarle. Le conté sobre mi reunión con Mihai. Pero fue un error.

“¿Quieres decir que estaremos separados por el largo de una habitación! ¡No puedo ver tan lejos!”

Lloró, y volvió su cabeza a la almohada gris.

Algunas de las mujeres trataron de descubrir el resto de la historia, en los días siguientes. Pero se había escondido tras la pared de la reserva. Le dimos toda la ayuda que pudimos en la cuadrilla puesto que estaba tan débil. No era mucho. Hice que comiera un poco de mi pan, y charlé con ella.

“Ahora sabemos por qué Cristo en la última cena bendijo el pan y luego el vino. Usualmente, uno agradece al principio de toda la comida y eso es todo. Pero aquí hemos aprendido que cada cosa tiene su valor propio. Aquí nadie dice: ‘Tenía algo de sopa de frijoles’, si había algo de pan en ella. Dicen: ‘Tenía sopa de frijoles con pan’. Es algo por lo que debemos agradecer a Dios.”

De repente cayó en mis brazos, sollozando.

Después de un rato se calmó.

“Mi madre es tan religiosa como usted. ¡Cómo deseo poder verla ahora! O tocarla. Ella tenía toda la fortaleza. Era la roca de la cual colgábamos. Y he sido tan estúpida. ¡Si tan solo la hubiera escuchado!”

Me contó el resto de su historia. Era una variación del tema trágico que se estaba haciendo más común: el del Fiel Comunista. En 1951 más y más miembros del Partido fueron a prisión, arrestados por antiguos camaradas. Era lastimoso ver su confusión. Los fascistas podían revolcarse de desprecio y odio; habían tenido su día de gloria. Los cristianos podían amar, el de ellos estaba por venir. Pero las mujeres comunistas estaban perdidas. Ellas habían confiado en el partido como un dios. Ahora era como si observaran la masacre de los inocentes. Ellas sufrían más que la gente como yo, que estábamos listos para lo que iba a suceder, que habíamos visto qué tipo de régimen estaba sobre nosotros desde el principio.

¡Pobre Helena Coliu! Había estado muy alto en el Departamento Educativo. Su esposo era también un hombre leal al Partido con un buen puesto en el gobierno. Helena trabajaba tan solo por el comunismo. El “espíritu Proletario” era su guía. Los dos niños habían sido criados como pequeños miembros de la Juventud Comunista.

“Honestamente hubiera muerto por el comunismo”, me dijo. “Creí

que cuando el Partido llegara al poder cambiaría Rumania en un paraíso.”

Entonces tuvo un romance con un escultor.

“¡Tenía mucho éxito, si lo juzgas por la cantidad de bustos de Stalin que era capaz de entregar en una semana!”

Pero el escultor se aburrió y la dejó. Helena, que había tomado la aventura con seriedad, se sintió muy resentida. En un momento de descuido le dijo a una amiga: “Él es de la clase de basura que le ayuda a los guerrilleros en las montañas. Perdí mi tiempo con un contra-revolucionario.”

Su amiga era también una fanática comunista. Denunció al escultor a la Policía Secreta, y él fue torturado salvajemente. Tan torturado que enloqueció.

Entonces arrestaron a Helena. Ella había estado durmiendo con este hombre. Ella conocía cuales eran sus tratos con los contra-revolucionarios. ¡Ahora iba a hablar! Era inútil que dijera que lo había inventado todo en un momento de locura, que era un miembro leal del Partido. Empezó su pesadilla de dos años.

Al final la llevaron a juicio. El escultor también estaba ahí, para una audiencia de diez minutos y una sentencia de diez años. El hombre estaba completamente desecho. No la miró ni habló durante el juicio.

Lo peor de todo, su esposo estaba presente también, con sus dos hijos. La policía secreta, por supuesto, no tuvo compasión por ellos. Él había perdido su buen trabajo. Sus hijos habían sido expulsados de la escuela. Eran evitados por sus compañeros en las calles.

“Sueño sobre eso todas las noches. Aun de día tengo alucinaciones sobre Gregory. Lo veo como estaba en la corte, gris de cara, y sus ojos muertos como un pescado. ¿Por qué tenía que hacerlo? ¿Por qué lo conocí?

De nuevo recordé las palabras de Richard: “El infierno es sentarse solo en la oscuridad y recordar los pecados del pasado”. Los recuerdos viejos quemaron como el fuego. No tenía defensa; no hay libros, radio, distracción, no hay lugar donde ir cuando venían a buscarte. Aquí terminó la auto decepción. Las teorías sobre la nueva moral no ayudaron. Aquí sabías que la nueva moral era la antigua lujuria. Los remordimientos de Helena eran terribles. Yo sabía cómo se sentía.

Casi todas las mujeres en prisión sienten remordimientos que quemaban. Casi todas eran religiosas en algún grado. Los ateos declarados se sorprendieron al invocar a Dios. Todas querían que sus plegarias fueran escuchadas.

Pero sus plegarias estaban erradas. Era como pedir que dos más dos sea otra cosa que cuatro. La acumulación de pecados solo puede traer

desdicha y remordimiento. El mayor arrepentimiento era sobre fallas sexuales, adulterio, engaños, abortos. Las mujeres querían hablar sobre eso y terminar con el dolor. Recordaba las palabras de David que había cometido este tipo de pecado: “Bendito es aquel ... al que se le perdonan los pecados”. Tan perdonados por Dios que no hay necesidad de descubrirlos ante los hombres.

La señora Radu estaba en nuestra choza. Era esposa de un hombre de negocios muy conocido en Bucarest. Ella había sido una gran figura en la sociedad antes de la guerra, pero sus amigos nunca la habrían reconocido ahora. La alegre Zenaida Radu, de quien sus sombreros, sus vestidos y joyas de París habían sido la envidia de todos.

Su acento de moda sonaba extraño, viniendo de aquella cara demacrada.

En la noche, cuando nos sentábamos en nuestros camastros de paja, me descubrió mirando alrededor en el extraordinario grupo de criminales, prostitutas, monjas, campesinas y profesoras.

“¿Cuál es tu conclusión?”, me preguntó, mientras se cepillaba su cabello grasoso con un gesto que provenía de sus días de “gente chic”. “Lo has visto todo, ¿qué piensas? Para mí, tengo sólo una cosa en mente: si puedo salir libre, viviría feliz en una corteza por el resto de mi vida.”

Como otras de su tipo, ella tenía un profundo sentido de culpabilidad por haber malgastado su vida. Muchas veces me habló vacilante, como escondiendo algún tormento interno que quería revelarme. Se sentaba en mi cama. O me miraba desde otro lugar de la habitación. Yo siempre le devolvía una sonrisa.

Después de muchas semanas, me contó su problema. Cuando los comunistas tomaron el poder, ella quedó viuda con una hija pequeña. Terminaron las fiestas, el dinero se fue, su belleza se estaba yendo.

“Todas mis cosas queridas me fueron arrebatadas”, lloraba al recordar. “Tuve que trabajar. Mis manos estaban arruinadas. Todos mis amigos de antes me evitaban. Y entonces, tuve la oportunidad de casarme de nuevo.”

De nuevo aquel gesto de domar su cabello.

“Pero los hombres no quieren a los hijos de otros hombres. Yo sabía que mi pobre Jenny, quien tenía tres años para ese entonces, era un obstáculo. Y yo...”

Su frente se llenó de sudor. Era muy difícil de contar para ella, y dejar de contar también. Puse mi mano sobre la suya. Empezó a hablar de nuevo:

“Empecé a descuidarla. No la alimenté como debía. No era algo consciente. Al final... ella lloraba mucho. Solía gritarle: ‘¡Cállate,

pequeña desgraciada!’ Su puso más y más delgada. Pero a mí no me importaba.”

Era como si ella estuviera muriendo al contar esto. Apretó mi mano y la torció como si estuviera en la agonía de un parto. Y si se quedaba con algo, no habría alivio.

“No me importó”, su voz seca repetía lo mismo. “La dejaba sola y salía. ¡A divertirme! ¡Con él! Pensé que él era mi salvación.”

“Entonces durante las noches frías de invierno, después de que ella se dormía, yo abría la ventana. Quizá se descubriría y se resfriaría. Por supuesto, ahora me doy cuenta de eso. En ese momento me decía a mí misma: ‘El aire fresco es bueno para los niños, y no debo sobrealimentarla’. No la maté. Pero dejé que muriera por mi negligencia.”

Me susurró las últimas palabras de su confesión. No era porque alguien estuviera escuchando. Cincuenta voces se escuchaban por las usuales quejas, disputas, recuerdos, juramentos, y cantos de canciones obscenas.

“Nunca le conté esto a nadie. Y ya sé que no puede haber perdón para mí.”

Traté de persuadirla de que esto no era así. Le dije que en el Evangelio original en griego, Cristo es Christos, lo que es casi idéntico a la palabra chrestos, que significa “compasivo”. Nosotros no podemos pensar en él de otra forma. La compasión y el perdón están en su propio título.

Me dijo: “Si alguna vez salgo de aquí, solo tengo un deseo, y es ser buena; porque aquí he visto de todas las formas lo que significa no ser buena”.

Le contesté: “Pero nadie es realmente bueno. Por esto el Apóstol nos dice que si decimos que no tenemos pecados somos mentirosos. Pero si confesamos nuestros pecados, entonces él, Jesús, es justo y nos perdona.”

Zena terminó su historia. Su futuro esposo resultó ser un tenorio. Pero ella se convirtió en su amante y los pequeños favores que ella le concedió hicieron que no tuviera que trabajar en la fábrica. Esto, junto a su pasado “burgués”, era el único “cargo” en su contra. Había sido denunciada por una vecina envidiosa. Le dieron una ‘sentencia administrativa’ de dos años sin juicio por ser de origen “socialmente corrupta”.

Durante mi viaje por diferentes campos y prisiones, conocí muchos que habían sido arrestados por razones absurdas y fantásticas. En el Campo K4 había una dama vieja, universalmente conocida como Abuelita Apóstol, cuyo crimen era haber sido buena por una vez con un lunático.

El lunático era un viejo metalurgista que había fabricado unas monedas pequeñas con las palabras “NICOLAI, EMPERADOR DE RUMANIA”. Él, por supuesto, era Nicolai, y su mayor placer era darle estas monedas a la gente. “Guárdela”, les explicaba, “porque todos los que tengan una de estas será uno de mis ministros cuando yo ocupe el trono” .

La policía secreta arrestó este pobre emperador e investigó todas sus amistades y conocidos. Siempre que encontraban una moneda, el hombre o la mujer que las poseían eran juzgados. Los tribunales aprobaban ciegamente y dieron sentencias de quince y veinte años por esto.

“¡Qué vergüenza!” decía Helena, la devota trabajadora del partido. “¿No podían ustedes probar su inocencia?”

“Podía probarlo todo. ¿Pero a quién se lo probaba? Dios y el rey están muy lejos, como solían decir cuando yo era una joven. Todavía es lo mismo. ¿Qué puedes hacer con esa manada? Ignorantes, son. O tienen miedo.”

Abuelita Apóstol era una vieja muy inteligente, a pesar de haber pasado su vida como sirviente. Tenía una simplicidad que hacía que pudiera ver a través de la presunción y saber la realidad de las cosas.

No era que nuestros nuevos gobernantes fueran ignorantes, sino más bien que estaban muy presumidos en su ignorancia. Los ayudantes de oficina se habían convertido en agentes de la policía secreta. Y esta elevación de la ignorancia estaba presente en todo el gobierno hasta lo más alto donde Georghiu-Dej, el ex trabajador del ferrocarril, se establecía a sí mismo como el Jefe del partido. Había una broma que se escuchaba todo el tiempo: Georghiu-Dej alardeaba a de Gaulle que él había liquidado el analfabetismo en Rumania. Él preguntó: “¿Todavía tienen analfabetos?” El General le contestó: “Sí, pero no en el gobierno”.

Los oficiales del Canal no soñaban con conversar con mujeres haraposas y sucias. Pero si las circunstancias los forzaban a hablarnos, escuchábamos una y otra vez las consignas del Partido. Cuántas veces me han dicho: “La humanidad ha producido cuatro grandes genios: Marx, Engels, Lenin, y Stalin”. Si les podías preguntar que pasaba con Platón, o Bergson o Edison no tenían nada que decir, pues nunca habían oído hablar de ellos.

La torpeza de aquellos en el poder y el miedo de los burócratas perplejos que estaban bajo su mando se sumaban a la larga lista de gente inofensiva e inocente que estaba en prisión.

Había una mujer médico que había dicho casualmente que usaba un termómetro que había sido fabricado en el Oeste. Era mucho más fácil de leer que el modelo ruso. Muy poco tiempo después de que llegó a

prisión por hacer este tipo de declaraciones contra revolucionarias, se le unió una enfermera que había sido acusada por “dejar de denunciar”, pues no había reportado las palabras deshonestas de su superior como lo habría hecho una enfermera más “leal”.

Otra extraña confrontación era entre dos damas del placer. Una había sido, por poco tiempo, amante del Rey Carol, y la otra del Ministro Comunista del Interior, Georgescu. Ambas habían cometido el error de alardear de sus días de esplendor. La compañía real se contaminó automáticamente por su contacto con la Corte. La amante de Georgescu había revelado demasiado sobre el lujo con el que vivía el nuevo Ministro, sus cincuenta trajes, sus fiestas con champaña y caviar. Él la hizo arrestar y la envió a la cárcel. Después él también fue enviado a prisión por sus antiguos camaradas.

Conocí cientos de personas de sectas religiosas que se negaban a desistir. Damas de Ciencias Cristianas, Teósofos, Testigos de Jehová.

“Es sábado”, la pequeña Annie Stanescu gritaba. “Debe ser. ¡Están golpeando a los Adventistas del Séptimo Día!”

Cada sábado le ordenaban a las mujeres de esta secta desfilar y trabajar. Y cada vez estas se negaban. Eran tratadas con salvajismo, pero nada las hacía moverse. Ortodoxos, Católicos y creyentes protestantes trabajaban los sábados para evitar ser golpeados, pero los Adventistas seguían sufriendo semana tras semana.

Veintenas de mujeres fueron a la cárcel porque alegaban una aparición de la Virgen María. Ocurrió en una de las calles más importantes de Bucarest. Alguien señaló una ventana de una iglesia y gritó: “¡Miren! ¡La Virgen María!” E inmediatamente cientos empezaron a ver la visión. Los sacerdotes les advirtieron. La policía hizo arrestos. Y aún así llegaron multitudes.

La policía pensó que resolverían el asunto al quebrar la ventana. Inmediatamente, la Virgen María apareció en el siguiente vidrio. Quebraron todos los vidrios. ¡Entonces la Virgen se cambió a la Calle Victoria y apareció en la ventana del cuartel de Policía!

Fue entonces que los policías mismos empezaron a ver la visión (muchos de ellos tenían crianza ortodoxa) que empezaron los arrestos masivos.

Y así continuó. “Es una gran lotería”, decía Clara, la reina de cabaret alemana. “A veces sacas un tiquete marcado “Prisión” y otras veces uno marcado “Libertad”.

Zenaida Radu decía: “Él boleto que quiero dice ‘El Oeste’”. Se volvió hacia mí: “¿Y tú qué dices?”

Le dije: “Saqué mi boleto hace mucho. En él dice ‘Paraíso.’”

A las 11 de la noche la puerta de la choza se abrió de pronto. Media docena de guardianes entraron, gritando con fuerza.

“¡Todo el mundo arriba!”

“¡Inspección del comandante!”

¡Pum, pum! ¡Pum! sonó el riel de acero.

Mujeres deslumbradas y asustadas saltaron temblando de las sábanas grises. Luchamos para reunir y recoger nuestras cosas. ¡Quizá nos estaban cambiando de lugar!

Nuestra comandante de hombros anchos entró con su uniforme completo, su gorra y sus botas bien lustradas, como si ella estuviera inspeccionando una marcha militar.

“¡Mujeres! Quiero que todas las que sepan hablar un idioma extranjero den un paso al frente. Y quiero decir idioma extranjero. No ruso o serbio. Inglés, francés; ese tipo de cosas.”

Un número de mujeres dieron un paso al frente. Maestras, periodistas, antiguas damas de la Corte; una selección de los días de burguesía. Copiaron nuestros nombres con laboriosidad. Los guardias se perturbaban mucho por su esfuerzo de no parecer tontos. Su actuación era siempre una miseria. Por fin “Doble U. Wurmbrand” fui anotada como que podía hablar francés y alemán y se marcharon. Habíamos perdido dos horas de sueño, y durante dos horas siguieron las discusiones angustiadas. ¿Qué significaba aquello?

“Traductoras, eso es lo que significa”, afirmó Clara.

“¡Vienen los americanos!”

“¡Y los franceses!”

“Perras con suerte”, dijo una de las prostitutas. “¿Por qué deben ustedes tener un trabajo fácil sólo porque dicen saber unas pocas palabras de rana?”

“¿Qué no hablo francés?” Clara les dio su mejor risa ortatoria. “Queridas, mi Phèdre era famoso. Oui, prince je languis, je brule pour Thesée”, dijo poniéndose la mano en su garganta, miró a Abuelita Apóstol. “¿Que dis-je? Il n'est point mort puisqu'il respire en vous. Toujours devant mes yeux...” **

“¡Oh, por favor, durmamos un poco!”

Pero las prisioneras criminales ardían en malicia y celos. Y fue casi al amanecer cuando pude dormir entre sueños sin descanso.

Aún, cuando nos dirigíamos a trabajar esa mañana, mi corazón estaba contento. ¿Podía ser verdad? ¿Trabajar como traductora en una oficina tibia, lejos de este viento eterno? ¿Qué algún levantamiento internacional tome lugar? Nuestra fiesta de discusiones estaba llena de rumores.

Ese día trabajé junto a una diminuta mujer judía llamada Jessica. Le

había visto muchas veces en el campo. Tenía una sonrisa calmada y dulce que era como una promesa de paz entre tantas caras angustiadas. Con la mirada en los guardianes, le expliqué lo que había sucedido en nuestra choza esa noche.

“Sucede en todas las chozas”, me dijo. “Y en cada campo. A veces entran y preguntan quién es extranjero. Y los alemanes y los judíos se apresuran a decir sus nombres que no son rumanos, pensando que les permitirán emigrar. Pero esto no tiene sentido. Sólo es para hacernos sufrir.”

En corto tiempo descubrí que ella tenía razón. Era tan solo otro tormento para agotar la mente y socavar la voluntad. Muchas veces, pasada la medianoche, sacaban a todos de sus camas para perpetrar otra de sus amargas farsas. Una vez llegaron pidiendo listas de mujeres que practicasen algún deporte. El rumor decía que Rumania estaba con escasez de competidores para los Juegos Olímpicos. ¡Todas las que pudieran correr o saltar o nadar serían llevadas para entrenarlas! La mayoría apenas podía caminar, sin embargo aceptan esto como un artículo de fe.

Esto nos hacía más susceptibles a la reeducación. Habían reclutado un coro de mujeres y ahora estaban aprendiendo canciones comunistas, empezando con la Internacional:

“Levántense todos los hambrientos de la tierra...”

** “Sí, príncipe, yo me consumo, ardo en deseo por Teseo. ¿Qué dije? Él no está muerto pues respira por ti. Siempre delante de mis ojos. ¡Y hagan un comienzo con nosotros!” cantaba a coro Annie Stanesco.

También realizaron una obra llamada “La verdadera felicidad”. Mostraba como la verdadera felicidad consistía en construir un Canal para el socialismo. Tenía rimas que exponían el horror de la explotación capitalista. Y cuando nos pedían llorar por los millones de americanos que morían de hambre, vi mujeres que lo hacían en realidad.

Después de que los esfuerzos villanos del Tío Sam de sabotear el canal habían sido detenidos, un Comunista joven cantaba en la voz de un soprano, como un vidrio que tintinea decía:

“Como amamos a nuestro padre Stalin,

Nunca se desvanecerá nuestra alegría en el Partido...”

La parte más triste era el aplauso y las hurras al final. Algunas, por lo menos, eran genuinas. Entre el torturado y el que tortura puede aparecer una relación de amor y odio. A veces los guardianes que nos golpeaban y nos derribaban eran llamados con los diminutivos de sus nombres, como muestra de aprecio.

“¡Antes de poder construir una casa, debe limpiarse el pantano y todos los gusanos que en él habitan!” Los guardianes más jóvenes, a

quienes les habían enseñado que todos nosotros éramos “bandidos”, repetían estas frases engañosas que habían aprendido en las escuelas de entrenamiento. Y nosotros aprendimos a estar alertas con las muchachas veintiañeras de miradas vagas. Ellas podían ser más brutales que cualquier hombre. En tanto que permanecía su adoctrinamiento.

Pero entonces eran enviadas al Canal y durante meses y años vivían entre los prisioneros en este lugar desértico. Marchaban los tantos kilómetros con nosotras hacia las canteras. Se paraban a nuestro lado mientras laborábamos. Y, a pesar de estar estrictamente prohibido, a veces nos hablaban.

Después de cierto tiempo, se daban cuenta de que no estaban tratando con “gusanos” y “bandidos” sino con simples mujeres campesinas como las de sus familias. Era el momento de colectivización forzada, cuando las bestias y la tierra estaban siendo arrancadas de sus dueños. Cuando los guardianes llegaron a saber que sus propios familiares estaban muriendo de hambre y siendo arrestados, empezaron a dudar.

Perdieron el orgullo por su trabajo. Después su fe en el Partido. El asalto a las iglesias iba junto con todas las cosas a las que estaban atados. Esta repulsión contra las consecuencias del comunismo trajeron un cambio maravilloso en algunos de los guardianes.

Teníamos muchas muchachas colegiales en el Campo K4, que fueron enviadas aquí por haberse unido a grupos patrióticos de estudiantes. Entre ellas, estaba una de quince años, María Tilea, que tenía una gran belleza. El trabajo de esclava parecía mejorar su aspecto. La piel se le puso translúcida, los ojos más vivos, la delicada estructura de sus ojos más marcada. Ella tenía la confianza en sí misma que venía de saberse admirada por todos.

Nina, una guardiana de mejillas rosadas que me había demostrado alguna piedad en el pasado, estaba muy atenta a esta muchacha de naturaleza delicada que era como de otro mundo.

“¡Qué lástima, pobre chica, porque es tan sólo una niña! ¡Ellos me dijeron que estaría manejando sólo ladrones y asesinos, pero ella es una dama tan joven!”

Un día Nina le preguntó a Carine, una de mis amigas cristianas: “¿Eres de las monjas?”

“No, soy la esposa de un pastor.”

“Ah, me comentaron sobre ti. Que regalabas el pan y cosas así. Te enfermarás. ¡Escuche! Vaya al baño en un minuto y pon tu mano en lo alto de la ventana, hacia la derecha.”

Ella fue. Alcanzó con su mano y encontró algo envuelto en un papel. Un emparedado. Eso habría hecho que Nina misma fuera enviada a un campo, si se enteraban de su generosidad.

Carine y yo hablamos varias veces con ella. Nos contó que cuando era una niña, siempre fue a la iglesia. Y aun cuando se tuvo que unir a la Juventud Comunista continuó yendo; pero caminaba kilómetros hasta la aldea más cercana para no ser reconocida.

“Una vez, cuando venía de regreso, encontré una de las líderes de la Juventud. Me preguntó con insistencia de dónde venía. ‘Hoy es domingo. ¿No has estado en la iglesia, o sí?’ Le dije que había dejado eso años atrás. Deseo haber tener las agallas de decirle que se metiera en sus propios asuntos, pero eso no servía para nada. Lloré mucho cuando llegué a casa. Me sentí como Pedro cuando negó a Cristo.”

Ella había llorado, pero arrepentirse como Pedro era algo más allá de la fuerza de Nina. Dejó que la apartaran de la iglesia, llevada a la milicia y se convirtió en una guardián de campo. Se tragó el cuento sobre construir un mundo mejor (y de barrer la clase media de gusanos en el proceso). Ella había tratado mal y golpeado prisioneros cumpliendo órdenes. Ahora veía lo que el comunismo había hecho a villas como la suya. Y se sentía culpable.

Carine no fue a la única que ayudó. Yo sospechaba por ciertas señales que se había hecho amiga de María Tilea. Ella me contó, meses después cuando Nina ya no estaba con nosotras, lo que había hecho por ella.

“Mis padres todavía tenían algo de dinero. Y algunas cosas se salvaron de cierta forma cuando nuestra propiedad nos fue quitada. Le pregunté a Nina si ella les llevaría un mensaje diciendo que yo estaba bien. Cuando ella fue, Papá le prometió algo de dinero o un regalo si me traía algunas cosas, aspirinas, chocolate, un abrigo de lana.”

Esto pudo costarle la vida a Nina. Pero lo hizo, metió las cosas escondidas al campo, y se rehusó a aceptar el soborno. La visita a la casa de María fue una revelación para Nina. Las cosas bonitas, el hogar lleno de tranquilidad, la bondad de los Tilea eran una experiencia nueva. Su creencia en el comunismo se tambaleó aun más.

Cuando le hablé por primera vez, fue muy difícil. Después de todo ese tiempo, aún continuaba repitiendo las burlas sobre la religión que había aprendido en la escuela de entrenamiento. Su corazón estaba ciego. Cuando le hablé de Cristo me dijo: “¡Pero nosotros los comunistas somos los mejores amigos de Cristo! Si hay un cielo y Cristo es juez, seremos los más favorecidos de todos. Tu esposo es pastor; ¿cuánta gente crees que ha llevado a Cristo? ¿Unos pocos? ¿Unos cientos? Los comunistas se aseguran que miles de clientes cada año mueran con su nombre en los labios. Estamos llenando el cielo. ¡Él debe estar agradecido!”

Le dije que esto podía significar algo más de lo que ella creía. El

hombre malvado que hizo de María Magdalena una pecadora también la había preparado para ser una santa. El que puso en Saulo de Tarso tanto odio por la cristiandad también puso las bases para el futuro Pablo. La Biblia dice que donde abunda el pecado, la gracia abunda aún más. Y me preguntaba si los comunistas con sus bromas sobre enviar los cristianos al cielo no atraen la lástima del cielo sobre ellos por su maldad. Este fue un paso en su conversión.

Nina se convirtió en cristiana de nuevo, y esto no es algo que se logra esconder con facilidad. Un traidor como Kim Philby puede trabajar sin ser descubierto durante cuatro décadas porque maldad nos rodea por completo y el malo puede esconderse en ello. Bajo cada piedra hay otro insecto. Pero la bondad es una mariposa rara que pega hasta en los ojos insensibles. Nadie la deja de ver, y algunos querrán matarla.

En algún momento de 1951, Nina desapareció del Campo K4.

Durante mucho tiempo no supimos qué había sido de ella. Luego tres recién llegadas resultaron ser antiguas guardianes en otros campos del Canal que habían sido sentenciadas por aceptar sobornos de prisioneros. Nina había sido juzgada con ellas y le habían dado diez años.

La pobre María estaba completamente deshecha.

“¡Es todo por mi culpa!” decía entre sollozos.

Le dije: “No lo tomes tan mal. Era lo que su corazón quería hacer. Ella tendrá una felicidad más grande siendo prisionera de la que tuvo siendo guardiana.”

A menudo hablábamos de Nina. Carine decía que ella sabía lo que estaba en su camino y que saldría siendo una fuerte cristiana. El sufrimiento le daría gran autoridad para hablarle a los demás. Pero, ¿y qué si moría en prisión? Sería por una buena causa y Dios no dejaba sin recompensa aun un vaso de agua que había sido dado a alguien que sufría. Él la recompensaría también. Aquellos que mueren por su fe dejan detrás el más grande legado de influencia para el bien.

El Danubio

Nevaba con fuerza durante la noche. Los copos de nieve continuaban cayendo cuando nos formamos frente a las chozas. El guardián esquelético de la torre casi había desaparecido por entre el velo blanco. Pero el viento había decaído. Cada sonido era sordo y muerto.

Desde las cocinas distantes, se levantaba el vapor por entre los ventiladores. La promesa de calor era tan solo una aflicción más. Pocas “políticos” eran alguna vez llevadas a trabajar en las cocinas. La lavandería le seguía de segunda. La cuota diaria ahí era dura; treinta sábanas, treinta fundas de almohadas, más las camisas y ropa interior, todas lavadas a mano con pocos de jabón de baja calidad. Pero por lo menos era dentro.

Esa mañana, más de la cantidad usual de mujeres trataron de reportarse enfermas. Ana Cretzeanu, doctora del campo y prisionera, no estaba interesada en eso.

“¡No hay nada mal contigo!” decía. “Estás bien para trabajar.”

Cómo aborrecían las prisioneras aquella voz de látigo. La doctora Cretzeanu se había vendido para tener el derecho de estar dentro sin nieve ni lluvia. Tenía poderes de vida o muerte en un sentido que debe haber sido nuevo para la profesión médica. Sabía que al enviar a ciertas mujeres afuera a trabajar las estaba condenando a morir. Algunas estaban tan débiles que se desmayaban al escuchar que debían salir a trabajar a las canteras. Pero ella tenía sus órdenes de la junta médica. Entre a más mujeres les permitía quedarse por estar enfermas, era menor su oportunidad de sobrevivir o de ser liberada.

En la choza 10 había otra doctora prisionera que mantenía su integridad. Sus compañeras usaban cada subterfugio para mantenerla, aunque fuese por unos días, dentro del campo. Ella tenía más de sesenta años y no podía marchar tantos kilómetros hasta las canteras, sin mencionar trabajar allí. Y sabía su medicina mucho mejor que Cretzeanu. Pero el comandante del campo estaba muy satisfecho con su elección de médico. La doctora de la choza 10 tenía que empujar carretillas.

Una aspirina, un trago caliente, cualquier tipo de calmante para el dolor era tan solo un sueño para nosotras. Debíamos soportar el dolor de

muelas. El campo estaba repleto de una variedad de enfermedades femeninas causadas por el duro trabajo. Eran diagnosticadas correctamente por los grupos de doctoras prisioneras. El tratamiento era otra cosa.

Mientras caminábamos con dificultad por entre la nieve, Carine dijo. “No pensemos en Cretzeanu. Debemos tenerle lástima. Cada vez que la escucho gritar “¡Puedes trabajar!” recuerdo una de mis amigas, una doctora, que se unió a la milicia deliberadamente. Por amor a Cristo se puso ese odioso uniforme y jugó el papel de comunista convencida solo para ayudar a otros. Hizo un maravilloso trabajo por los enfermos antes de ser traicionada por un informante. Ahora está en prisión.”

“Pobre alma. Debe haber sido una santa.”

Nos tropezamos sobre la blanca planicie y bajo el cielo gris. En el vago silencio el sonido del martillo de la cantera se escuchaba con extraña desolación.

Durante la mañana, me rompí unos dedos con dos bolques pesados de piedra. Era una agonía levantar cada bloque y ponerlo en la carretilla. Una mujer vieja, recién llegada, se dio cuenta de mi problema y trató de ayudarme. Me preguntó si en prisión me había encontrado con una joven llamada Fanny Marisnescu.

“Sí”, le dije. “La conocía muy bien. Acostumbraba enseñarle francés en Jilava, y nos hicimos amigas.”

“¿Qué sucedió con ella?”

Le dije: “Se fue al Cielo. Murió de cáncer, que no fue tratado a tiempo.”

Entonces la mujer empezó a llorar, y de alguna forma comprendí que era la madre de Fanny.

Un guardián se paró junto a nosotras, y no pudimos hablar. Nadie dejaba de trabajar porque su hijo hubiera muerto. Tropezó ciegamente, agarrándose de los carros, con las lágrimas corriendo sobre su cara. Nuestros corazones y raspones sangraban con igual medida.

No fue sino hasta el día siguiente que pude tratar de ofrecer unas pocas palabras de consuelo. Estábamos esperando a que llegara la comida durante el descanso de mediodía.

“Fanny está ahora en el cielo”, le dije. “Murió con fe en el Redentor, quién es el dador de vida eterna.”

“¡En el cielo! Con qué facilidad lo dices. Si fuera tu hija...”

Le conté sobre como había perdido mi propia familia en la era Nazi y mis hijos huérfanos en el barco hacia Israel.

“Aun así nadie debe perder la calma y la serenidad. Todos somos seres transitorios; pero también hay una existencia eterna con Dios. Esto es nuestro consuelo.”

Nos sentamos juntas, curando nuestros dedos rotos, esperando la

sopa grasosa. Nuestros brazos y piernas temblaban del cansancio. Me dijo que su nombre era Cornelia.

Le dije: “Su hija ayudó a muchos prisioneros durante sus horas de depresión, contándoles sobre la vida eterna. Yo ayudé a otros. Y usted me ayudó a levantar estas piedras. En el cielo está el gran ayudante que se preocupa por los que hemos perdido.”

Parecía tener un poco de consuelo.

Una noche vino a mi choza. No muchos guardianes estaban afuera durante las noches frías y ella había atravesado el patio sin ser vista.

Sentí que alguien se sentó en mi cama y tocó mi brazo. Abrí mis ojos y me senté.

Cornelia sonrió. “Déjame sentarme aquí un ratito. Los demonios no parecen tener mucho poder junto a ti.”

Cada cristiano refleja un poco de la gloria de Dios. En momentos de sufrimiento otros puede verlo.

“Toda nuestra choza ha sido castigada”, dijo Cornelia. “No pude salir antes. Tuvimos que limpiar el piso toda las noches de esta semana.”

Se frotó los brazos dentro de su chaqueta de punto, para calentarse.

“Pero no he venido a quejarme. Quiero contarte algo que no le diré a nadie mientras viva.”

Su cara delicada se puso transparente, el sufrimiento se transfiguró en alegría.

“Me quedé dormida sin vestirme la otra noche. Y de pronto estaba en un gran campo, tan ancho como la planicie de Baragan donde trabajamos. Pero tan allá como el ojo podía ver, estaba cubierta de flores. El aire estaba lleno de una penetrante y dulce fragancia. Como muguets, y sentí que mi hija estaba ahí. A pesar de ser tan vasto, de alguna forma era familiar. Nunca he visto tantas hierbas y flores en un solo lugar. Había un sonido de avispas y abejas. Y nubes de mariposas, grandes masas de ellas, todas de brillantes colores, venían hacia mí. Sentí tanta tranquilidad de espíritu. Toda la belleza y majestuosidad de la tierra parecía estar reunida en un lugar.

Mientras estaba de pie en una esquina, vi una mujer que venía hacia mí. Tenía unos ojos que se veían con gentileza dentro de su corazón, y puso en mis manos un ramo de muguete blanco. ¡Oh, la fragancia era dulce! Todavía no me ha dejado. Desde el centro del campo escuché la voz de un hombre, fuerte y dulce, diciendo con claridad las palabras de la Canción de Salomón: “Como el lirio entre las espinas, así es mi amor entre las hijas”.

“Y entonces desperté y me di cuenta de que todavía estaba en el Canal. Y que esos temidos guardianes me estaban esperando. Pero cuando sonaron el riel a las cinco, me levanté y salí a las canteras como si

hubiera estado bailando en las praderas para entretener a mi Amado.”

“Todavía veo el campo de flores y huelo su fragancia y escucho aquella voz. Y la mujer, nunca la olvidaré.”

El recuerdo vivía en su corazón. Veía con nuevos ojos las miles de pequeñas bondades, bellezas, signos y maravillas que son evidencias de Su presencia.

Algunas veces las piedras de los recuerdos que tomamos del valle de sufrimiento eran bellas.

Días después, se derritió la nieve. Desperté por el sonido de las gotas que caían en los aleros de las chozas. La tierra de hierro se había convertido en barro. Los pequeños pozos de nieve ennegrecidos aun cubrían los muros donde habían estado las derivas, pero el viento suave las estaba derritiendo. ¡Cómo habíamos esperado todas estar libres para el fin del invierno!

Aun los guardianes se sentían felices. Gritaban y nos ladraban como perros juguetones. Una suave brisa del sur traía una esencia indefinida. Del mar, quizá. O de primavera.

Yo estaba trabajando de nuevo en las barcazas del río. Salíamos a las húmedas, negras aguas del Danubio para tirar nuestras pesadas piedras y hacer grandes olas en el riachuelo. Grandes pedazos de hielo negro pasaban junto a nosotras. Mis manos y pies estaban entumecidos, azules. Grandes cuchilladas del cielo azul y blando aparecían entre las nubes de nueva blancura.

Los guardianes siempre venían con los prisioneros de y hacia el campo. Eran los únicos hombres que las mujeres veían y a veces nacían bromas de rivalidad sobre ellos en las cabezas de las mujeres. Hoy eran más que nunca.

Annie Stanescu, una pequeña prostituta regañona, siempre empezaba estas secciones.

“¡Cómo te atreves!” dijo Zenaida. “Este Pedro tiene manos como de gorila. ¡Y todo ese pelo negro en las nalgas! Estoy segura que está cubierto por él, de pies a cabeza. Si uno pudiera ver.”

“¡Y hay mujeres aquí que han visto!” Annie mostró una boca cubierta de dientes de oro. Dejó salir una risa.

“¡Ugh!” Zenaida era toda horror refinado.

“Pero qué ven en nosotras que les atraiga”, se preguntaba Zenaida. “No puedo pensar. ¿Puedes imaginar una banda de criaturas más inapetitosas y poco sexuales que nosotras? ¡Estoy segura de que todas debemos oler a muerto!”

Annie repetía esto causando los gritos de risa de sus amigas. Las palabras sucias iban y venían, sin tapaduras.

“¡A nuestra pequeña santa no le gusta el lenguaje sucio!” gritó Annie. Los guardianes que estaban haraganeando y fumando mientras nos miraban trabajar, me miraron y gruñeron. “¡Cree que somos repulsivos!”

Me mantuve en silencio. Lo que fue, por supuesto, una reprobación. Pero Annie, cuyas hablaturías tontas eran raramente dirigidas con malicia, me había dado un golpe que esperaba.

Al final del día nos alineamos, agotadas y adoloridas.

“¡Derrumbe! ¡Derrumbe!” vociferaron los guardianes. Marchábamos hacia el puente de ensamble donde los camiones esperaban.

El camino enlodado corría al lado del río. Sabía que los ojos del guardián, el hombre Pedro, estaban puestos en mí. Una pequeña y fea sonrisa se dibujaba en su mirada. Él daba codazos a su compañero, un joven con cara de tonto que tenía la nariz chata. Entonces colocó su bota de manera que yo caí en el lodo que había hecho del camino un pozo.

Las mujeres guardianes reventaron de la risa.

Una mano me sacó del lodo. Yo estaba resbalosa a causa del lodo. Luché y grité, agarrada por Pedro.

“Lo que necesitas ahora, mi dama”, me dijo, “es un baño”.

“¡Tírenla al Danubio!” gritó una voz de mujer.

Sentía las manos de otro hombre sobre mí. Uno me sostuvo por los brazos y otro por los tobillos. Me sacudieron, me mecieron por el aire y me lanzaron al agua. Aterré en agua poco profunda, en un lugar rocoso. Me sacaron el aire del cuerpo. Estaba sin sentido, pero todavía consciente. El agua casi congelada me sacó a flote, y me arrastraba con fuerza por las rocas. La corriente daba vueltas a mi alrededor. Había gritos en la orilla, pero no podía entender lo que decían. Cada vez que trataba de salir del agua me hundía de nuevo. Daba tumbos en una forma inútil, y me hacía daño con las rocas.

Dos manos me tomaron por debajo de los brazos. Me arrastraron a la orilla. El hombre que me sacó cayó de espaldas, en el agua. Ahora yo estaba acostada en la orilla.

Alguien me forzó a sentarme, me daba golpes por la espalda. Me sentía hueca y enferma. Por primera vez me daba cuenta del dolor que sentía en mi costado. El mareo me hizo caer de nuevo. Cuando me pasó el dolor, me quedé un rato recostada escuchando el río. ¿No era ésta el agua que fluye hacia el Paraíso? Pero entonces miré hacia el cielo y vi las nubes por entre los arbustos húmedos y sin hojas. Todavía no era el cielo.

“Ella está bien. ¡Levántate!” Una voz de mujer. Estaba a mi lado mirándome. “Sigue caminando, o te congelarás.”

El hombre joven con cara de campesino me ayudó a levantarme. Pedro el peludo no se veía por ningún lado. Traté de recoger las puntas de mi larga enagua.

“¡Vamos, andando!”

Me jalaron. Ahora estaba temblando, pero del susto más que de frío. La fila se movía unos metros adelante. Cojeaba detrás de ellas, ayudada por la mujer que me daba empujones.

Cuando alcanzamos al grupo, las mujeres me dieron miradas de simpatía. Esperamos los camiones.

Pedro el peludo gritó: “Así está mejor. ¡No hay nada como un baño frío!”

Mi ropa estaba fría, húmeda y mis zapatos empapados. Me arrojé y me pregunté qué me causaba el dolor en el costado. Se ponía cada vez peor. Una vez que estuvimos en el camión, cada salto hacía que me recorriera un fuerte dolor por todo el cuerpo. El movimiento del camión hacía que sintiera ganas de vomitar.

“¡Ese Pedro bruto!” Zenaida murmuraba su indignación; nuestra jefe de brigada, una prisionera criminal estaba en nuestro camión. Me apretaron con rapidez después de reír un rato. Después de todo, tenían que reportar al guardia de seguridad el mismo número de prisioneros que habían sacado en la mañana. Un esclavo menos habría sido una pérdida para el Estado.

De alguna forma llegamos a nuestra choza, donde escurrí mi ropa húmeda. Mi costado estaba muy hinchado, y mi piel había salido casi arrancada de mis manos y pies. Levantar mis brazos era una agonía. Cada momento durante esa noche traté de encontrar una posición más cómoda. Pero no había ninguna.

En la mañana fui a ver a la “doctora” Cretzeanu. Tenía un enorme moretón amarillo y púrpura que parecía el mapa de África en mi costado y me era imposible levantar mi brazo más allá de la cintura.

“¡Puede trabajar!” dijo.

Me derrumbé con las otras.

“¿Qué pasa contigo?”

La mujer que nos vigilaba estaba atónita. Quizá me desmayé. Me sentí mareada. Dije: “No puedo ir a trabajar hoy. Tengo fuertes dolores. Creo que mis costillas están rotas.”

Pero Pedro el peludo me estaba vigilando. Me tomó de la muñeca y me sacó de la tienda. “Lo que pasa con ella es que no completó su norma de trabajo ayer. ¡Debe continuar con eso hoy!”

Me dio vuelta y me estampó su bota en la espalda. Me pateó y empujó hasta la línea de mujeres que se dirigían al trabajo.

Así que fui a trabajar ese día y todos los siguientes días. Me había roto dos costillas (los doctores establecieron esto después de mi liberación) pero Dios los sanó. Hemos visto muchas sanidades milagrosas en prisión.

Campo K4: Verano

La primavera llegó. Pedazos de verde pálido se extendieron por entre la hierba gastada que crecía a lo largo del camino a las canteras. Una pequeña cantidad de pasto oleroso en el agua tibia que se llamaba sopa era un gran deleite. Pero en aquella cruda planicie, aunque llovía y llovía, era más común ver la maleza que el pasto comestible. Sólo las formas de vida más fuertes sobrevivían en aquel viento sin piedad, que se llevaba la sopa de las cucharas antes de que pudiéramos tomarla.

Estaba prohibido comer pasto así como lo estaba cualquier cosa por la que los políticos pudieran mejorar su condición. Pastábamos, como el ganado, cuando los guardianes no nos miraban. Y nos cuidábamos de los informantes, quienes nos espiaban hasta en esto, pues creían que haciendo esto serían liberados con mayor rapidez.

Las ranas también eran un blanco legítimo, puesto que su carne cruda era considerada un manjar. Eran sorprendentemente muy difíciles de atrapar. Pero algunas veces un batracio aventurero saltaba en la cantera, donde pagaba una pena suprema por su astucia.

Vivían en grandes grupos en el río. Durante las noches sus voces fueron llevadas por kilómetros por los campos. Recordaba que la Biblia habla de “espíritus como ranas”. Muchas veces en el pasado cuestioné esta comparación. Entonces llegaron los comunistas con sus consignas que eran como croares sin final. “¡Larga vida al Partido, croac, croac! ¡Larga vida a la República del pueblo, croac, croac, croac! Abajo los Imperialistas belicosos, croac!” Y entonces comprendí.

Las serpientes eran menos populares. La variedad de serpientes verdes y gordas de los pastos eran devoradas, pero el ruido del trabajo las alejaba. Los que trabajaban limpiando los matorrales y que plantaban pasto para evitar la erosión, lograban comerlas de vez en cuando. Una vez un gato salvaje atravesó el camino con una serpiente en la boca. Le lanzaron una lluvia de piedras y baldes, escapó sin soltar su presa.

Añorábamos la carne, o cualquier proteína, como resultado de nuestra dieta a base de sopa. Puede llamarla patatas, frijoles o coles, ninguna era de gran ayuda. Las enfermedades por carencia de vitaminas eran comunes. Casi todas sufríamos de ataques de diarrea. El escorbuto

pasaba y causaba misteriosos problemas en la piel. Las cortaduras y moretones llegaban a ser infectas y formaban úlceras de hasta diez centímetros de diámetro en las piernas y los pies. Los venenos se esparcían por nuestros cuerpos causándonos gran cansancio.

Pero sufríamos menos que los hombres. Secciones especiales para los sacerdotes y los Guardianes de Hierro de los campos de la península estaban totalmente separados de los demás prisioneros. Trabajaban más horas y recibían menos comida. El mantenerse vivos dependía enteramente de su ingenio o de su crueldad.

Comían todo lo que se movía.

“El perro es muy bueno”, me aseguró un sacerdote que sobrevivió este campo. “Pero honestamente no puedo recomendar las ratas.”

En el Cabo Midia, la colonia de labores estaba compuesta mayormente por hombres muy viejos, muchos rondaban los setenta años. Les ponían arneses como a las bestias a carretillas llenas de tierra, muchas veces trabajaban descalzos, y nunca podían llegar a su cuota de trabajo. Pero si algún hombre lo hacía, entonces las cuotas eran elevadas. Esa era la política de exterminación.

Aquellos que no morían, eran golpeados hasta morir cuando colapsaban. “El cementerio de la península”, nos decían, “es el doble de tamaño del campo”.

Las normas de trabajo no son una invención comunista. La Biblia dice que los judíos en Egipto eran esclavos que también debían cumplir una cuota de trabajo, que era elevada constantemente. Al principio recibían paja para hacer ladrillos. Después debían encontrar la paja ellos mismos. Y debían producir la misma cantidad de ladrillos que cuando les daban la paja.

Lo que marca la diferencia entre el faraón y los rojos es que este no decía que esta explotación era el paraíso en la tierra.

Todas nuestras noticias brotaban de los recién llegados, los cuales no eran pocos. Una noche, la puerta de nuestra poblada choza se abrió para dar paso a otras veinte mujeres. Todas eran prostitutas, recogidas en las calles o sacadas de sus casas en redadas de la policía. Esta era la forma en que los comunistas “liquidaban los problemas sociales del capitalismo”. Como es usual, el remedio era peor que la enfermedad. El nuevo grupo había venido de la misma prisión y eran las mujeres más desvalorizadas que he conocido. Quizá era solamente porque habían sufrido su propia compañía sin cura por mucho tiempo.

Ahora con gritos, golpes y obscenidades salvajes se hicieron un lugar en la choza. Despojaron sin piedad un pequeño grupo de monjas de su lugar. Se aliaron con los políticos del otro lado de la habitación.

Con optimismo, los políticos trataron de razonar con las recién llegadas. Las prostitutas estallaron de risa, imitando sus acentos. Los convictos criminales les dirigieron miradas repugnantes. Para las gitanas los problemas de las monjas eran indiferentes, como lo era la mayoría de las intrusiones a su mundo de habladurías, canciones y riñas.

Muchas de las prostitutas tenían llagas en la boca causadas por la sífilis. Usarían las mismas jarras y platos que nosotras. Donde se congregaban, el aire parecía estar más fétido. Dolorosamente algunas tenían el corazón tan enfermo como su cuerpo.

Las monjas despojadas se reunieron alrededor de la luz de la bombilla eléctrica, como se reúne junto a su madre una bandada de jóvenes pájaros aún desnudos. La hermana María era una monja anciana de apariencia aséptica y espíritu límpido cuya llagada y esculpida cara, nariz larga, fina y sus redondos anteojos (los cuales estaban intactos gracias a algún milagro de subterfugio paciente) siempre me recordaba al Papa Pio XII. Su sonrisa beata, delicada como la de un niño, era un tesoro por sí misma.

“¡Si tan sólo dejara de sermonearnos sobre la carne!” se quejaba Zenaida. “No es como si, pobre alma, no tuviera alguna para preocuparse.”

Qué duro peleaba para mantener su bandada en la fe. Y noche tras noche las prostitutas volvían a despojarlas. La vieja hermana María nos contó sobre San Bernardo de Clarivaux quien, parecía, tuvo una vez un momento de descuido, y miró una mujer. Horrorizado por lo que había hecho, para mortificar su carne, se paró durante toda la noche en un lago casi congelado con el agua hasta el cuello.

“¿Para qué querría hacer eso?” Las prostitutas siempre estaban escuchando a medias. “Las cosas que hace la gente para tener emociones.”

Como se codeaban y se reían y hasta en ocasiones se rascaban.

La vieja monja advertía a sus hermanas más jóvenes que no podían siquiera posar sus ojos en los guardianes... algunos eran jóvenes y bien parecidos... ellas estaban en peligro mortal... aun abrigar un pensamiento era pecado... debían volver sus ojos a los ejemplos de los santos...

“Es gracioso como algunas personas tienen toda la suerte. Nunca conocí uno de esos santos. Pero lo he visto todo. Algunos trucos que usa la gente. ¿Recuerdan el obispo?”

Ellas recordaban al obispo muy bien. Las monjas se sonrojaron.

La mujer llamada Victoria era, las apariencias lo decían, una dama de la noche.

La marchita Victoria había de alguna forma convertido su ropa de

prisionera en algo holgado que era adornado y frívolo sobre la cintura y apretado bajo esta. No estaba claro si ella la había alterado o esta había tomado su personalidad temeraria.

“Cuando acostumbraba ir a mi revisión semanal (la prostitución era controlada por el Estado), el oficial de policía siempre me escogía y me sacaba de la fila. Ah, yo era admirable. Aunque ustedes puedan reírse ahora. El policía me conducía al palacio del obispo para que pasara la noche. ¡Viejo barba negra! Yo tenía que usar pantalones como un muchacho.”

Ellos aprobaban, eso parecía, al pícaro obispo, quien pagó bien, y confirmó la opinión de todos sobre el mundo.

“La castidad”, la vieja monja continuaba, poniendo una mano ajada sobre su vecina, “es como un espejo. Aun un respiro puede opacar su superficie. Nunca dejen que un pensamiento maligno dañe su mente...”

Ella debió haber sido esculpida de alguna madera duradera. Era la durabilidad la que invitaba a atacarla.

“¿Usted no sabe mucho sobre sus sacerdotes, no es así?” Una de las mujeres más jóvenes se unió a la charla. “A veces me llevaban a hacerlo con alguno de ellos. Ah, ellos sabían todo sobre las mujeres. Ellos nunca pensaban mucho sobre sus almas. ¡Un espejo de veras!”

“Y Santo Tomás recibió el regalo de la castidad con tanta grandeza que el ángel le prometió que no la perdería de nuevo, nunca sería tentado. Sin embargo, él evitaba mirar a una mujer por si la ocasión de pecar llegaba.”

Todas las prostitutas se revolcaron de la risa. Se retorcieron y gritaban y cayeron en enredos de la carne.

“¡Pobre viejo! ¡Bonita promesa! ¡No era lo que había rezado para recibir!” Se mofaba Victoria, poniendo una mano sobre su estómago indisciplinado.

Todas rieron de nuevo. Victoria se limpió los ojos.

“¡Ah, vemos a través de ti!”

No importaba quién era mirado a través, la hermana María abandonó su sermón por algo más límpido. Dijo con firmeza:

“Recemos el Rosario”.

Juntas murmuraron: “Santa María, llena eres de gracia...”

Y todas las prostitutas juntas hicieron la señal de la cruz. Se mofaban de todo lo sagrado. Pero lo ceremonial, el hacer los signos, las asustaba. O las llevaba a los principios del respeto.

Toma un tiempo decir el rosario, y ellas permitían que terminara. Pero no podían dejarlo en paz. Era como si María las mirara a la cara.

Una mujer más joven, con cabello rizado y rojizo como el alambre, empezó de nuevo. Pero esta vez con palabras blasfemas sobre la Virgen.

Pero esta vez se armaron tantas protestas y gritos entre las otras ocupantes de la choza que las prostitutas alarmadas tuvieron que hacer como una valla alrededor de la blasfema para socorrerla y protegerla.

“¡Ya tuvimos suficiente de ti!” le gritó Annie Stanescu. Y abofeteó a la pelirroja en la cara. Le dijo quién era, de dónde había venido, y adónde iría a parar.

“Algunas mujeres”, explicó luego, “son no más que bajas”.

Las prostitutas consideraban dudosamente su grado de bajeza, muy bien sofocadas al momento por la furia y la indignación. Al darse cuenta de que esta pequeña escupe fuego era de su misma profesión, se sintieron más degradadas.

Annie no era de las que dejaba que la religión interfiriera con su “trabajo”, ni tampoco estaba en términos amigables con el Evangelio de Dios; pero nadie iba a insultar a la Virgen María en su presencia. La Santa Virgen a quien ella entendía, veneraba y a quien defendía como su propia madre.

¿Por qué es que la Virgen inspira amor profundo a tantos, que de otra forma son ciegos a Dios?

Las prostitutas quitan de sus vidas todos los estándares de moral; pero tampoco yo podía estar de acuerdo con el punto de vista de las monjas, el cual simplemente contradice a la vida. Hay un potencial de bondad en el mal.

Dije que en hebreo, la palabra kedessa tiene una raíz que significa tanto prostituta como santa. Porque la santidad es darse con amor a todos sin distinción de raza o de credo; dar lo mejor de tu alma.

Santa María Magdalena era una kedessa. Pero cambió. Y ahora en lugar de pasar de los brazos de un hombre a los de otro, daba libremente lo que era bueno en su alma a todos.

Hay un amor verdadero que puede ayudar a los demás. Significa que vives y mueres en la lucha por ayudar a los demás a ser seres mejores. Y hay una manera vil de dar amor; estar atados un poco a la carne como una vaca. La carne se descompone y la comen los gusanos, el amor espiritual es eterno.

Así como el obispo a quienes las prostitutas habían ridiculizado, a quien yo conocía. Por todas sus debilidades, pudo decirle a los comunistas que lo arrestaron: “No he llevado una vida cristiana; puedo morir en una muerte cristiana”. El pecador al cual las mujeres ridiculizaron era ahora un santo en el cielo. Había muerto torturado.

Dos muchachas que llegaron con este grupo eran de una clase diferente. Eran conocidas por las mujeres de la calle pero hablaban poco con ellas, encontraron camas en un alejada esquina.

Eran hermanas, mujeres muy morenas con buenos modales y voces

suaves. Pero prostitutas, decían sus compañeras, habían sido recogidas como las otras para cumplir sentencias “administrativas” en el Canal.

Un aura de tristeza y misterio envolvía a estas hermanas. Nadie sabía mucho sobre su pasado. Pero muchas las curioseaban y las molestaban. Esperaban que dieran revelaciones personales.

Victoria decía mientras se humedecía el cabello con agua o se examinaba el desarrollo de sus venas varicosas:

“Algunas jóvenes no saben como mezclarse. Pero todas estamos en el mismo bote, digo yo. Si no podemos contar nuestros problemas a los amigos, entonces para qué son los amigos, ¿me gustaría saber?”

Pero Diana, quien tenía diecinueve años, y Florea de diecisiete no contaban los suyos, a pesar de que Victoria, quizá a fuerza de su hábito profesional, continuaba siendo solícita con las muchachas.

Tal ingratitud molestaba a Victoria. Ella pisoteaba con sus pies regordetes y delicados entre las cosas, personas y los pensamientos de los demás. Y reía de las historias obscenas, fumaba, asquerosamente. He visto mujeres pelear por una colilla de cigarrillo que tira un guardián, pero Victoria parecía tener sus propias fuentes de provisión.

Entonces las hermanas trabajaban como esclavas y dormían y no las hubiera conocido de no ser porque Diana escuchó mi nombre de labios de un guardián. De una vez me preguntó si había conocido a Richard Wurmband. Le dije que era su esposa.

“¡Ah!” me dijo. Luego agregó con rapidez: “¿Qué puede usted pensar sobre mí?”

Le pregunté lo que quería decir con eso. Me dijo que su padre era un predicador laico. Él acostumbraba leerle los libros de Richard, a los que llamaba su “comida espiritual”. Había sido enviado a prisión por su fe, y dejó a su esposa enferma y a sus seis hijos. Diana y Florea eran las mayores. Ambas perdieron sus empleos en la fábrica cuando su padre fue a la cárcel. Muy pronto la familia estaba casi muriendo de hambre.

Un joven llamado Silviu la llevó al cine una noche. Le dijo que podía conseguirle un permiso para trabajar. Fueron a un restaurante. Después de la cena y de beber mucho vino, le hizo el amor.

Pronto esto sucedió de nuevo. No se habló más del permiso de trabajo, pero le dio algo de dinero como regalo. Para ayudar a la familia, ella no rehusó aceptarlo. Ya una semana después le presentó un amigo y los dejó juntos. Cuando el hombre trató de hacerle el amor, ella se enfureció. Pero él también significaba el dinero que tanto necesitaban, y le dijo que sólo actuaba por la sugerencia de Silviu. Ella le dejó actuar.

La vergüenza se borró con el torrente de clientes que Silviu le traía. Se acostumbró a esa vida, y hasta la prefería al trabajo en la fábrica.

Yo sabía por la forma en que me contó los hechos que no me estaba

diciendo todo. Se detuvo y me miró a la cara.

“Pensé que estaría molesta. ¿No te molesta que me haya convertido en una – prostituta?”

Le dije. “No eres una prostituta, eres una prisionera. Y nadie es una prostituta o una santa o un cocinero y carpintero todo el tiempo. Todos somos nosotros mismos; las cosas que hacemos son atributos de tan sólo una parte de nuestro ser. Esto puede cambiar en cualquier momento. Y yo creo que ya has cambiado al contarme tu historia.”

Pero Diana no tenía consuelo. Se sentó en la angosta cama en la choza, estrechaba sus manos, su cara estaba tensa por la aflicción y la culpa.

“Si hubiera sido sólo yo”, me dijo al fin, “no hubiera sido tan malo. Pero hice que mi hermana se me uniera. Silviu lo sugirió, y me dijo que no era justo que yo cargara toda la responsabilidad de la familia. Por eso al final los presenté y le dejé que saliera con ella.”

Muy pronto, Florea también fue iniciada. Y la mayor dificultad era como mantener el secreto con su hermano mayor, un joven de quince años, que las adoraba. Como su padre, él era religioso, con un temperamento sensitivo, pero no conocía el mundo. “No permitiría que una mosca sufra”, como decía Diana.

Pero la nueva forma de vida de las hermanas, sus horarios de noche y el dinero que traían a casa, muy pronto alertó a los vecinos sobre lo que estaba sucediendo, y se lo dijeron al muchacho. El golpe lo volvió loco. Terminó en un instituto para enfermos mentales.

El padre salió de la cárcel poco tiempo después. Cuando descubrió la verdad, les dijo: “Sólo le pido a Dios una cosa; que me envíe de nuevo a la cárcel, para no poder ver esto”.

Ahora las lágrimas bajaban sin parar por las mejillas de Diana.

“Él tenía su deseo. Empezó a enseñar el evangelio a los niños y fue denunciado a la policía. El informante me dijo luego que fue para quitarlo de nuestro camino. Silviu lo denunció.”

Me era difícil encontrar qué decir ante tal tragedia de traición. Por fin le dije:

“Te sientes avergonzada por lo que has hecho, y tienes razón. En un mundo de sufrimiento, donde aun Dios es clavado en la cruz, no puedes permitir que se profane Su nombre, el cual llevas como cristiana. Pero este sentimiento de dolor y culpa te llevará a una brillante justicia. Recuerda, los soldados no perforaron el costado de Cristo tanto como para ‘abrirlo’, los pecadores pueden entrar con facilidad en su corazón y encontrar el perdón.”

Pensó y muy despacio me contestó: “Vergüenza, sufrimiento, sí, los conozco. Pero todavía hay algo que debo decir. No siempre odié el

trabajo que estaba haciendo. Y ahora los malos pensamientos llenaban mi mente todo el tiempo. No puedo evitarlos. ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?”

Diana oró por ayuda, y le fue dada. Dicen que cuanto más perfecta es el alma, tanto más siente el dolor. Era terrible ver como almas como la de ella piden con desesperación un lugar donde puedan encontrar refugio ahora que la concupiscencia había entrado en sus corazones. ¿Quién puede juzgar a Diana, hija de uno de los muchos mártires cristianos? Pecó para dar comida a su familia. Quizá era mayor el pecado de los cristianos del mundo libre que no se molestaron en enviar un pedazo de pan para salvar a muchos como ella.

Los días de primavera empezaron a hacerse más largos. Las maravillosas puestas de sol doradas y carmesí llenaban el cielo por el oeste, más allá del Danubio. El marchar al trabajo se convirtió en una alegría. Las nubes de bellas ortigas y flores blancas se esparcían por los diques, esparciendo olores húmedos de verde frescor. La tierra se puso más negra y suave. Los árboles se atrevían a dar hojas brillantes. Uno deseaba tocarlas, eran tan pequeñas.

El aire agradable nos afectaba a todas. Luz, hojas, pasto, el sol, todo estaba cambiando. No podíamos evitar cambiar un poco, también. Florecían nuevas amistades.

María se recogía el cabello en una cola de colegial mientras se sentaba bajo un rayo de sol en la mañana.

La maestra, Paula Vieru, a quien le gustaba que la vieran como a alguien cínico y duro, le ayudaba y le contaba sobre libros. María le hacía preguntas sobre un autor y sobre otras cosas, con los ojos iluminados de interés.

Zenaida y Clara eran duras como los ladrones, contaban historias de los trajes que usaban durante las noches de ópera de antes de la guerra. De las fiestas de la realeza a las que habían asistido, las controversias sobre los sombreros y las bastillas.

Todos estaban más dispuestas a amar, menos preparados para herir. Pero una de las guardianas que revisaban las cuotas de trabajo me sorprendió con una acusación:

“Wurmbrand deja todo su ser para ella misma. No hace amigos.”

Le dije: “Todos aquí son mis amigos”.

La mujer estaba enojada.

“Tú y tu forma de hablar inteligente.”

Me preguntaba si eso era verdad. Traté de ayudar a los demás. Algunas mujeres reaccionaban de manera exagerada, como si yo hubiera sido enviada directamente del cielo. Otras se cuestionaban, y sospechaban que yo tenía un motivo oscuro. En Rumania existe una

creencia generalizada de que había un plan de los judíos para destruir la cristiandad infiltrándola. ¡Yo era judía; quizá yo pertenecía a este plan!

Pero, si tenía una amiga muy cercana.

Lo que nos unió primeramente no fue nuestras charlas, sino el silencio. Cuando aun las monjas estaban bostezando y quejándose, ella estaba en silencio. Eso decía más que las habladorías de sus vecinas. Algunas veces mis ojos descansaban sobre ella mientras se sentaba, tratando de reparar su ropa en las noches. Ella levantaba la vista y captaba mi mirada con calma. O la sentía muy cerca mientras trabajábamos en las canteras. Entre nosotras existía un vínculo.

Ella estaba en sus treintas. Pequeña y morena, con ojos negros que eran profundos y bondadosos.

“Estaba muy segura de que eras cristiana.”

Levantó sus ojos y me miró con ojos retadores.

“Yo me he preguntado si quizá eras una de nosotros.”

Reí y casi me sentí feliz.

“¿Tienes que servir muchos años?”

“No, sólo doce.”

“Sólo. ¿Entonces no te molesta?”

“Dios puede liberarnos si lo desea. Y si él quiere que esté aquí, aquí estaré.”

La señora Djamil era la esposa de un maestro musulmán. Había trabajado para una organización llamada “Ayuden a Crimea”. La organización había tratado de ayudar a la gente que sufrió durante la ocupación nazi de esa área. ¡Conexiones fascistas! Ella y su esposo fueron arrestados, y encarcelados.

La comandante de Campo K4 una vez le preguntó por qué estaba ahí. Ella trató de explicarle. Pero la comandante nunca había escuchado sobre Crimea.

“Quieres decir Corea, por supuesto”, le dijo. “¡Has estado ayudando a los sur coreanos!”

La señora Djamil provenía de Ada – Kaleh, una isla en el Danubio, y no parecía estar molesta al encontrarse entre tantos cristianos.

Los Católicos, Adventistas, Testigos de Jehová, Teosofistas, explicaban los errores de la fe Musulmana, pero la señora Djamil no discutía.

Ella contestaba: “Mahoma es llamado al amin, ‘el digno de confianza’, por eso yo confío en lo que dice”. Ella no estaba de acuerdo con la Oración al Señor.

“Llamar a Dios Padre nos da una idea muy humana y débil como para que nos interese. Para nosotros Dios es el amo.”

Aun en nuestra condición, ella lavaba todo lo que comía, y no

tomaba su sopa si tenía sospechas de que había sido preparada con grasa de cerdo. Los judíos ortodoxos seguían esta regla.

“¡Perjuicio supersticioso!” decía Paula. “Hace dos mil años quizá había una razón...”

Pero la devoción de estas mujeres hacia su religión les hizo ganar el respeto. Las prisioneras les pedían, no Paula, que compartieran la comida por partes iguales.

Con tantas sectas y religiones diferentes, teníamos nuestra cuota de discusiones religiosas. Pero la virulencia de los días pasados se había ido, en gran parte. Creció un nuevo entendimiento, por lo menos entre las mujeres. Afuera, no podíamos compartir el mundo sin discutir. Aquí, compartíamos una choza, un cubo sanitario, todo. Éramos hermanas.

La planicie Baragan

Habían cometido un error al planear el Canal. Los proyectos de Irrigación más pequeños se inundarían con las aguas del Danubio a menos que se construyeran bancos más altos y se plantaran cosechas de raíces profundas para prevenir la erosión del suelo. Por esta razón nos cambiamos de las canteras a los campos, para excavar y azadonar en medio del verano.

El sol de agosto quebrantaba la vasta planicie del Baragan. Nos levantábamos a las cinco de la mañana y nos apresurábamos para la revista. Usábamos hazas y picos (la mayoría muy gastados).

Entonces la larga columna-serpiente partía, dejando una nube blanca de polvo como un pilar de fuego.

Yo trabajaba junto a Janetta, la hija de un antiguo mercader. Ella se convertiría en una de mis amigas y colaboradoras más cercanas en la Iglesia Clandestina. (Ahora es una de sus personalidades más reconocidas.) Ella completaba mi norma de trabajo y las de otras que no podían trabajar bien. Descubrimos que habíamos nacido el mismo día. Para nuestros cumpleaños, como un regalo, intercambiábamos una patata cruda.

Un extenso campo de perejil se extendía ante nosotros al horizonte. Se ponía más caliente a lo largo del día. Los árboles se mecían con el viento trémulo. Ni una carreta, ni una sola alma aparecía por allí.

Sólo la fila de 500 mujeres que luchaban, se extendía por entre la tierra.

Detrás los guardianes ladraban, fastidiados.

“¡Cierren la boca! ¡Trabajen más rápido!”

“¡Oye! Esto no es un rebuzno de mulas. Es un guardián dando órdenes. ¡Muévanse!”

Pasaban por ente la fila, croando.

Janetta decía: “¡Cómo solíamos añorar el verano!”

Trabajábamos mareadas bajo el sol que nos quemaba, en un sueño extraño de mujeres trabajando con el haza en una planicie desnuda. No había una simple sombra.

Recordaba las palabras de Job: “El sirviente diligente deseaba la sombra”.

La muchacha de colegio llamada María Tilea trabajaba junto a nosotras, tajaba la tierra polvorienta con sus brazos desnudos y quemados por el sol.

“¡No podemos llevar tu ritmo!” le decía Janetta.

“¡Prueba mi azada! Es mejor.”

“No, tan sólo me causaría un grupo de ampollas diferentes.”

“Trate usted, señora Wurmbrand.”

Así discutíamos, con educación. La muchacha de colegio, la dama de sociedad, y la esposa del pastor.

Los guardianes se acercaban, gritando amenazas.

Y pasaban. A María le gustaba escuchar sobre la vida feliz de Janetta. Los almuerzos, las reuniones de alcurnia, los bailes de caridad.

“Ahora nunca pienso sobre todo eso”, decía Janetta. “Cuando estaba en confinamiento solitario aprendí que una sonrisa amable vale más que todo eso junto.”

Arábamos otros cien metros. El sudor bajaba por nuestras caras, y se mezclaba con el polvo y el sucio. Valeria parecía usar una máscara trágica antigua.

“En solitario”, continuaba, “tuve un sueño. Vi uno de nuestros atormentadores comunistas tomando un baño en mi bañera. Y otros oficiales hacían fila en la puerta para hacer lo mismo. Le grité al hombre desnudo, ‘Sal de ahí. Ese no es tu lugar.’ Él me contestó, ‘Creo que ustedes los cristianos tienen una piscina como la de Bethesda en sus corazones. Los hombres entran en ella sucios y salen limpios.’ Él salió de la bañera. Su cuerpo desnudo estaba ahora más blanco que la nieve. Y ahora tenía una cara adorable. Ya no era el hombre que me había azotado. Los otros se desvistieron y entraron a la bañera. Con esto me desperté. Había tenido una revelación en mi sueño. Cuando cualquier hombre entra a la vida de un cristiano, aun por haberlo torturado, encuentra un lugar donde su imagen es limpiada, embellecida. Nosotros lo entendemos. Puede que sea un criminal para los demás. Para nosotros se convierte en un ser amado para la eternidad.”

La historia nos alegró. Y en ese lugar era una obligación divina de mantener la esperanza viva en otros.

Qué lentas que pasaban las horas en ese gran campo. Cómo nos lastimaba en la garganta el aliento y nuestras lenguas se convirtieron en fieltro. Seguíamos arando, como piezas de maquinaria que sólo pueden realizar un movimiento.

“¿Puedes verlo?”

Una voz croaba de más atrás de la línea.

“Debe venir pronto.”

Pero el camión del agua no llegaba.

Aun los guardianes, quienes cargaban las botellas, miraban ansiosos hacia el horizonte. Era tarde. Roncos de gritar y de hacernos marchar en línea, se relajaban.

Podíamos estirar las espaldas. ¡El alivio!

“Me desmayaré si no bebemos agua pronto.” María se veía pálida.

“No te desmayes. Te patearán.”

El sol se puso más alto.

Mientras trabajábamos, pensé en Mihai. Vi su pequeña figura, su cara delgada y con lágrimas. Al comunismo le encanta robar los jóvenes, y se lo robarían a él. ¿Qué harían con él, esos hombres que no conocen la bondad?

¡Cuántas oraciones desesperadas surgían de las madres en el Canal!

Me regresaron a la realidad con un grito. Más allá en la línea una mujer se había desmayado. Los guardianes le estaban golpeando para que se levantara. Ella se dejaba caer entre sus brazos como un pescado.

María estaba asustada, y raspaba con más fuerza el polvo.

“¡María, mira! ¡El camión del agua!”

Una mancha oscura se movía a lo lejos en el camino.

El campo se llenaba de voces sedientas.

“¡Cállense! Vuelvan al trabajo”, gritaban los guardianes.

El camión estaba expuesto al sol toda la mañana. El agua estaría muy poco refrescante cuando nos llegaba. Ahora, podía ver el viejo caballo que lo halaba.

Lo observábamos como si fuera una visión que podía disolverse en el aire trémulo de un momento a otro.

“Quisiera una docena de vasos de agua con hielo”, dijo Zenaida. “Una costilla de cerdo grasosa y una montaña de frutas. Naranjas, uvas...”

Habían gritos de “¡Para ya!”

Las prisioneras constantemente se retiraban para acuclillarse a lo largo del terreno, bajo la vista de los guardianes. La disentería era frecuente en el campo, vivía entre las moscas y las moscas azules. Afectaba a muchas. Sus extremidades eran tan delgadas como ramitas, y su piel se ponía gris por la enfermedad.

No habíamos comido ni bebido desde el amanecer. Ahora era pasado el medio día en la planicie desnuda. Ocho horas.

Un guardián se dirigió arriba sobre el camino hacia el camión. Luego se detuvo y se devolvió.

“Es el carro de la comida”, dijo Zenaida. Las mujeres empezaron a murmurar molestas.

Las prisioneras comunes, que trabajaban cerca del camino, pusieron sus herramientas en el suelo. Empezaron a gritar.

Los guardianes sacaron sus armas.

Una horda de mujeres gritando les amenazaron. Una ráfaga de tiros de una arma automática mataría a muchas. María escondió su cara en mis hombros.

La confrontación duró diez minutos. Las mujeres se resistieron a regresar al trabajo.

“¡Agua!” coreaban. “¡Queremos agua!”

Las armas apuntaban hacia nuestras costillas. Nos agruparon con las prisioneras comunes. Cuerdas hechas de brazos y acero frío empujaban hacia atrás la furiosa turba. Atraje a María hacia mí.

El camión de la comida ya había llegado al lugar. Pero el conductor asustado, al ver el enjambre revoltoso, actuaba sin cuidado. La carreta rebotó en una roca, él haló la rienda equivocada, el caballo viró y por un momento el vagón se tambaleó de ese lado. Los guardianes gritaron y trataron de salvarlo. El caballo retrocedió.

Las latas se volcaron.

La mitad de un ciento del peso de macarrones hervido rodó por entre el polvo.

Se levantó un remolino de rabia. Agua, guardianes, el calor fue olvidado.

¡La comida, la preciosa comida, estaba en el suelo!

Las mujeres rompieron el cordón, y se lanzaron hacia los macarrones.

Recogían los puñados y los metían en su bocas. Se empujaban, escarbaban y luchaban.

Otras mujeres miraban con horror el espectáculo temerario.

Janetta empezó a reír, una risa Homérica terrible, que estremecía su cuerpo delgado.

“¡El almuerzo está servido!” decía. Y ponía sus manos en la cabeza.

Los guardianes estaban contentos. El peligro había pasado.

Una hora después, sonaron los silbatos y volvimos al trabajo.

No hubo agua ese día.

Al atardecer llegaron dos camiones de seguridad de la milicia.

Mientras trabajaba, velos de oscuridad se movían ante mis ojos. Mi lengua parecía ser enorme. Recordé las últimas palabras de Cristo en la cruz: “Tengo sed”.

No hay agua en el infierno.

Recordé el pizzicato al principio de “Tengo sed” en el oratorio de Haydn, Las Últimas Palabras en la Cruz. Él deseaba transmitir la ilusión del Cristo Crucificado, quien parecía sentir sobre Sus labios gotas de agua de lluvia. Sentía envidia, de no tener siquiera la ilusión.

Al fin, casi al anochecer, nos formamos sobre el camino para la

marcha de regreso. Alrededor de una milla de distancia de los portones debíamos pasar por unos pozos de agua sobre una depresión en el terreno que era fangosa.

Una tras otra, las mujeres caían sobre sus rodillas y codos para llevar un poco del líquido estancado a sus bocas.

Había un guardián en ese lugar para evitar que esto sucediera.

El día siguiente empezó una investigación en el campo. Nuestra "rebelión" nos hizo ganar algunas horas de trabajo extra el domingo.

"¡Esto no es un lugar de curación!" dijo el comandante.

"¡Amigas, la lucha de clases está alcanzando el clímax!" Paula atrajo nuestra atención. "¡Sólo quedan dos clases en Rumania: optimistas y pesimistas! Los optimistas creen que toda Rumania será transportada a Siberia. Los pesimistas dicen que tendremos que caminar."

Pero ninguna sentía ganas de reír. Las mujeres colapsaban cada día en los campos. Durante las noches, en el calor sofocante de las chozas, se tendían medio desnudas sobre sus camas, en posiciones de agotamiento profundo. Parecíamos haber acabado de acostarnos antes de que sonara la campana de la diana. Era raro que tuviéramos un sueño ininterrumpido.

Una vez fui despertada por Paula que me movía el brazo.

"¡Han golpeado a Diana! Ven pronto, está mal herida."

La muchacha estaba tirada, inconsciente pero respirando con fuerza, sobre el piso desnudo. La sangre le corría por su nariz, y un mechón de su cabello estaba enmarañado y pegajoso. Sus labios estaban hinchados. Le abrimos la ropa. Encontramos su cuerpo cubierto de crueldades golpes.

"¡Qué tipo de juego han estado jugando estos guardianes!"

Paula estaba temblando. Diana gemía y se agitaba. Sus ojos se abrieron.

"Está bien...no los dejé", murmuró.

Le dimos de beber. Cuando se recuperó un poco, nos explicó que dos prostitutas la habían embaucado para que fuera de la puerta de la choza hasta donde estaban los guardianes esperando. Ella tenía diecinueve años, era bonita, y su modestia los provocaba. Ella no se rindió. Finalmente, la tiraron en la choza más cercana y huyeron corriendo.

Pusimos nuestras sábanas sobre su cuerpo, pero aún seguía temblando. Paula y yo nos sentamos a su lado hasta el amanecer, hablándole en murmullos.

"Tiene una cara inteligente. Debe haber sido maestra", Paula

siempre buscaba espíritus afines al suyo. Toda su vida había sido primero estudiante y luego maestra.

“Sueño con dar una clase”, decía a menudo. “Veo las filas de caras esperando a que yo hable. Me veo caminando por la entrada de pilares, escucho todos los sonidos de la escuela.”

Ella había escrito historias, que la hicieron ganar un lugar en La Unión de Escritores. Marchó con las tropas el 23 de agosto, en las celebraciones del “día de la liberación”. Conocía algunos de los autores rumanos famosos: el poeta Mihai Beniuc, novelistas – escritores aprobados que convertían los libros en elogios para el comunismo y denigración para el Oeste. Agitprop vio que todo lo que escribía contribuía para “llevar más allá al socialismo”. Uno producía propaganda recta, o escribía sobre temas que eran remotos para el mundo contemporáneo.

Paula asentía que los himnos que alababan al “Stalin lleno de genio” eran tontos. “¡Pero todos esos himnos de batalla para Dios no son diferentes!”

Le dije: “La diferencia es que uno glorifica al Creador de todas las cosas vivientes, y el otro elogia una criatura enferma que ha matado a millones”.

Le pregunté por qué la habían arrestado.

“Hice un comentario tonto sobre la falsificación en los libros de texto de historia. Escogían a la gente para que volviera a escribir las cosas como los rusos querían.”

“Todas las musas tienen cadenas.”

“Ah, pero tratan muy bien a los escritores. Teníamos privilegios especiales y un salario alto y centros de recreación...”

“Pero el salario alto, el cual es alto sólo para Rumania, es simplemente un seguro en contra de que escribas algo que no les guste. Arte y religión son igualmente perseguidos. Sólo sobreviven en lo subterráneo...”

Pasamos la noche discutiendo sobre el tema. Las prisioneras murmuraban y gemían en sus sueños. Se murmuraban nombres, o se gritaban; nombres de hijos, padres, amantes, amigos. Pero más que ninguna la palabra “¡Madre!” La edad y la clase perdían su sentido en los sueños, y el alma en desgracia murmuraba desde lo más profundo el antiguo grito.

Se hacía más profundo que tan sólo el nombre de la madre de la persona. Era un grito por la eterna ternura del cuidado maternal que existe para nosotros en el cielo. Recordé la visión de San Juan el Evangelista, a quien el Dios crucificado había encomendado su santa madre. A él sería dada la maravilla de ver en el cielo, una mujer vestida

con el sol y con la luna bajo sus pies.

Me llevaron donde la teniente comandante del campo, una mujer de cara roja con antebrazos curtidos de sol y grandes, espléndidos dientes. Su uniforme parecía encumbrar sus movimientos como una cota de malla.

“Usted les ha estado predicando sobre Dios a las prisioneras. ¡Debe detenerse!” me advirtió.

Le dije que nada podía detenerme. Levantó su puño para pegarme con furia.

De pronto se detuvo y me miró.

“¿Por qué está sonriendo?” me preguntó, su cara estaba aun más roja de furia.

Le dije: “Si estoy sonriendo es por lo que veo en sus ojos”.

“¿Y qué es?”

“A mí misma. Cualquiera que se acerque lo suficiente a otra se puede ver a sí misma. Yo también fui impulsiva. Me enojaba y pegaba con frecuencia. Hasta que aprendí lo que realmente significa amar. Significa que uno puede sacrificarse en nombre de la verdad. Desde entonces mis manos no se cierran como un puño.”

Bajó su puño.

“Si miras en mis ojos podrás ver en lo que Dios podría convertirte.”

Parecía haberse convertido en piedra.

Me dijo muy bajo: “Vete”.

Me he preguntado muchas veces si Pilato no miró en los ojos de Jesús y vio el gobernador al que se convertiría en el “rey de los judíos” quien su propia esposa le presentaba como justo e inocente. Los dos nombres habían estado juntos por siglos: “Cristo... sufrió bajo el mandato de Poncio Pilato”, decían los cristianos en todas partes.

Continué atestiguando sobre Cristo entre las prisioneras. La teniente comandante no volvió a interferir.

Mientras arábamos los campos, María trabajaba hacia mí, siguiendo la hilera, cambiando de lugar con las vecinas. Una vez los guardianes casi la atrapan. Pero al fin estaba junto a mí, ofreciéndome su ayuda.

Los guardianes nos vieron murmurando.

“¡Vuelvan al trabajo!”

Azadonábamos vigorosamente. Pero esa mañana me sentía enferma. Los mareos repentinos me hacían detenerme, y cada vez que me atrevía a estirar mi espalda, los guardianes me gritaban:

“¡Esta noche irás al calabozo!”

Me cubrían olas de oscuridad. La voz de María parecía venir de una

distancia lejana como si murmurara, tratando de hacerme olvidar cómo me sentía.

Me las arreglé para mantenerme en pie hasta mediodía. Tomé la taza de sopa aguada y rancia y mordisqueé el trozo de pan. Pero en la tarde me desmayé.

El sol radiante parecía dar vueltas en el cielo. Luego vi la cara de María sobre mí, sus labios se movían, como si me gritara en silencio desde un pozo de oscuridad.

Los guardianes me tiraron a sus pies. Vacieron agua en mi garganta hasta que se me atoró.

“Está bien.”

Amenazaron a María: “¡No te quedes mirando! ¡Vuelve al trabajo!” Después se fueron, rebotándose entre el aire tremulante.

“¡Me asustaste!” me dijo.

Me había asustado a mí misma. Hay algo que asusta mucho a los creyentes sobre el desvanecerse. Regresas a ti mismo, y te das cuenta de que has tenido un desmayo completo. Te hace dudar sobre la existencia del alma como una entidad separada, un pensamiento que te asusta más que el pensar en la muerte. Sólo con el tiempo me pude convencer de que no significa otra cosa que dormir sin soñar en nada. ¿Por qué debía el alma estar siempre auto-consciente, siempre diciéndose a sí misma, “Yo soy”? Es una existencia muy pobre si uno debe decirse constantemente a sí mismo que uno existe.

Volvimos al trabajo, cortando con azadas las raíces fuertes de las malas hierbas. El sol inmisericordioso nos socavaba toda la fuerza. Se me hacía difícil sostener la azada.

Al atardecer, nubes de tormenta se apilaron en el horizonte. Cuando sonaron los silbatos anunciando el fin de la jornada de trabajo, el cielo estaba bajo y pesado. No había llovido durante semanas, y esperábamos con ansias que lloviera.

Estábamos trabajando muy lejos del campo, y algunos camiones deteriorados nos esperaban para llevarnos de regreso. Mientras nos apuñábamos, sin poder sentarnos, pero al menos sin poder caer, hubo un estruendo de trueno, y cayeron las primeras gotas tibias sobre nuestras caras que las esperaban.

Entonces llegó la lluvia, moviéndose sobre la planicie como un muro. En segundos estábamos empapadas.

María decía: “¡Amada, amada agua!”

Pero el agua amada continuaba cayendo como si viniera de una gran tubería. Los truenos surcaban el cielo. Una luz de un rayo hizo a las mujeres gritar.

El camión se deslizó y se detuvo. Las ruedas traseras estaban

profundamente hundidas en el fango.

“¡Todas abajo! ¡Pronto!”

Los guardianes se reunieron.

“Buscar madera”, decidieron. Pero no había madera.

En el torrencial aguacero, con el agua hasta las rodillas, nosotras las mujeres pusimos nuestras espaldas contra el camión y empujamos, mientras los hombres nos miraban.

Las ruedas daban vueltas lanzando fango por todos lados.

El camión se quedó donde estaba. Trabajamos durante una hora en vano, hasta que el sargento nos ordenó regresar marchando al campo. Las botas rechinando, la ropa pegada al cuerpo, pisábamos con fuerza bajo la lluvia.

Los guardianes golpeaban a las mujeres que se tambaleaban.

Al fin la haraposa columna de fantasmas grises llegó a los protones. “Reportando sesenta y dos bandidas de vuelta, Camarada Comandante”, gritó el sargento.

Las bandidas mojadas luchaban por llegar a sus chozas. Algunas fueron puestas de inmediato a trabajar en la cocina. El resto trataron de secar la ropa y de dormir.

Qué extraña es la mente humana. Justo antes de acostarme recordé una broma que me había contado Richard una vez. Un hombre había decidido que quejarse era inútil. Decidió que en el futuro tomaría lo mejor de todas las cosas. Justo en ese momento su carreta perdió una rueda. “No hay problema”, dijo. “Los coches a caballo tienen sólo dos ruedas. Yo tengo tres, soy rico.” Entonces perdió otra rueda. “Por qué preocuparse”, dijo. “Una carretilla tiene sólo una rueda. Yo tengo dos.” Perdió la tercera rueda. “Bueno, los trineos no tienen ruedas del todo, y aun así se mueven”, dijo. Entonces perdió la última rueda. “Siempre quise ser un conductor de trineo”, exclamó con gozo.

Me dormí sonriendo.

El tiempo se detuvo. La esclavitud era nuestra vida, el Canal era nuestro mundo. Nos desataban hasta la aceptación sin esperanza de nuestra suerte. Aun las noticias de afuera no cambiaban nunca. Hambre, filas, y opresión. Y el eterno, “Vienen los americanos. No permitirán que sigamos siendo esclavos.”

El desánimo significaba que los niveles de trabajo caían, y nos jugaban extraños trucos con la intención de levantar el nivel de trabajo.

En una reunión, escogieron veinte mujeres del grupo, y les dijeron: “Han sido las mejores trabajadoras aquí. Por esto serán liberadas.”

La comandante dio un discurso.

“Entonces esto es un hasta luego y gracias, camaradas. ¡Juntos, hemos luchado por construir el comunismo y ahora ha llegado el

momento de compartir el fruto de nuestra labor! ¡Ahora son libres! ¡Como regalo de despedida les daremos una ración extra de pan a cada una!”

Las veinte heroínas se recogieron en la parte de atrás del camión, moviendo banderas Rojas y cantando La Internacional.

De nuevo, una decepción. Dieciséis kilómetros más allá sobre la carretera, en el siguiente campo de labores, las detuvieron y las pusieron de nuevo a trabajar.

El efecto sobre las normas de trabajo en el Campo K4 era eléctrico. Pero este truco era realizado en otros campos, y pronto supimos la verdad.

El tren

Una mañana justo después de la diana los guardianes irrumpieron. “¡Todas deben estar listas para partir en una hora!”

Esto no significaba dos o tres separaciones. Estaban alertando a todo el campo. Cientos de mujeres estaban alistando sus pertenencias, apresuradas como gallinas, tratando de abrazar a las amigas que podrían no volver a ver. Los guardianes agregaban tensión con su propia inquietud. No sabían más que nosotras.

¡Los americanos habían irrumpido la Cortina de Hierro! ¡Los rusos habían ocupado Berlín Occidental! ¡Nos llevaban a matarnos!

“¡No, botas reales!” decía Zenaida con voz clara. Nuestro primer par de calzado en progreso. El líder de cada choza los lanzaba de una carreta sin referencia de tamaño o gusto. Yo obtuve un par tres números más grande.

Cuando todo estaba listo, las pertenencias apiladas, las mujeres alineadas en filas de harapos, la espera comenzó. ¿Qué estábamos esperando? Nadie sabía. ¿Hacia dónde íbamos? Todas “sabían” algo diferente. La vida en prisión es una larga espera, y esta vez esperamos hasta casi el anochecer antes de abordar los camiones. Nos conducían hacia los patios marciales.

Sin motines en K4. Las vías muertas estaban desérticas sin contar unos pocos conductores del tren. Lo habían visto todo esto antes. El tren estaba compuesto de carros de comida y una larga hilera de carros negros de prisión. Todos estaban completos, cerrados por una puerta corredera y unas cuantas ventanas en lo alto, cubiertas con barras de metal. En apariencia eran carros de equipaje.

“¡Muévanse! ¡Todas adentro!” Los guardianes del tren se especializaban en ese trabajo. Hombres de apariencia desordenada, dejaron que los hombres de K4 nos zambulleran en los vagones, lo cual tomó tiempo. Casi no había espacio ni para estar de pie.

“¡No podemos poner a más aquí!”

“¡Dios mío, moriremos sofocadas!”

Pero empujaban más y más mujeres, hasta llegar a ser ochenta y cuatro en un carro que debía albergar cuarenta. Al fin, la gran puerta

corrediza se cerró y la aseguraron con una barra. Sonaron los acoples mientras el tren retumbaba tirándonos a todas juntas.

Nuestro carro tenía algunas bancas. Una, nos dimos cuenta, era el servicio sanitario; sin agua, por supuesto, ni papel, pero nadie pensó en quejarse sobre eso. ¡Y tenía tapa!

Las mujeres se preparaban a pasar la noche, o discutían, o lloraban; el por qué no era seguro. Las ventosas chozas de K4 se habían convertido en nuestro hogar. Y lo desconocido nos amenazaba. Las mercaderes de rumores estaban prediciendo nuestra ejecución en masa. Nos matarían a tiros y nos echarían en una fosa que nosotras mismas habíamos cavado. Y sería mejor para nosotras, decían las mentes más simples.

Pero no, aseguraba una mujer de Ploesti, con tono autoritario: nos llevaban al campo transitorio de Ghencea, que era una liberación temprana. Ella había escuchado que la pandilla de Ana Pauker había perdido el poder y que la línea del partido estaba siendo revisada.

El vagón sonaba con conjeturas. ¡Qué la repulsiva Ana probara un poco de su propio veneno! Pocas creían que fuera posible, pero a todas les gustaba la idea.

Contaron una broma. ¿Cuál es la diferencia entre una cebra y un comunista? “Con las cebras las líneas están sobre el animal; con el Partido los animales tienen que estar sobre la línea.”

Era difícil encontrar un lugar para sentarse, imposible estirarse. Nos tambaleábamos en grupo y nos despertaba a menudo el chillido de los frenos, que anunciaba otra parada misteriosa. Aparte de las ventanas angostas todo era oscuridad.

Lentamente vimos llegar el paisaje otoñal. Las vacas pastaban apacibles en los campos. El solo hecho de ver estas bestias hogareñas nos llenaban de esperanza, después de las grandes planicies desnudas del Baragan. Y árboles; ya sin hojas, pero con sus ramas extendidas hacia el cielo como si suplicaran. Luego algunos campesinos, hombres y mujeres libres, esparciendo estiércol sobre la negra tierra. Tres pequeñas niñas saludaban con sus manos una y otra vez, sin saber nunca que habían causado que un centenar de mujeres lloraran.

El tren resopló y se tambaleó a través de Rumania, siempre dirigiéndose al norte. Después de una hora, se detuvo en una intersección. Escuchamos el sonido de las puertas abriéndose y las barras al ser quitadas. Los guardianes nos dieron unos baldes con agua, mientras otros se mantenían en pie con sus ametralladoras listas.

Pero el joven de uniforme estaba acostumbrado a dar de beber a las bestias y sabíamos que no contestaría las súplicas. Y no había, de todas formas, pan.

Mientras el tren se movía, la especulación creció de nuevo. Las

gitanas hablaban cosas incomprensibles entre ellas, como siempre.

Las mujeres campesinas de los colectivos se habían entregado ya de añorar y lamentar su ganado y sus hijos.

Tan sólo algunas viejas conocidas estaban en los vagones. Helena Coliu, la muchacha que aun creía en el comunismo a pesar de las golpizas; Annie Stanescu, la entusiasta pequeña prostituta, y María Tilea estaban allí. Pero Zenaida no, ni Clara Strauss, ni la Abuela Apóstol, ni Cornelia Marinescu. No sabía aún si estaban en el tren.

Las políticas amateur cerca de mí estaban discutiendo sobre las elecciones americanas. Sabíamos que tomarían lugar ese invierno. Truman había servido sus cuatro años y Eisenhower, quien había sido comandante supremo en Europa durante tanto tiempo, nos salvaría a todas.

“Por supuesto que será elegido”, decía una dama muy bien informada de Ploesti. “Mi información es que él le pedirá poderes especiales como presidente para liberar a los presos en los países de Europa Oriental.”

¡Sensación! Y como esa mujer había pasado por el carapo transitorio de Ghencea solamente un mes antes, le creían más de lo que necesitaban saber sus escuchas para reconfortarse.

Yo quería decir que el mismo Eisenhower le había dado cientos de miles de refugiados del comunismo al “Tío José”, como solía llamar Roosevelt a Stalin. Algunos cometieron suicidio, otros fueron colgados, algunos perecieron en los campos de Siberia. Pero guardé silencio. ¿Por qué disipar las ilusiones, cuando la gente las necesita como el sediento necesita el agua?

Qué lentamente se movía el tren por entre los húmedos campos. Rugía y gemía sobre los puntos. Se detenía y seguía. Se quedaba por horas interminables en lugares sin nombre. Las mujeres tomaban turnos para agruparse alrededor de las ventanas. Saboreando el paisaje de granjas y de fogatas de humo espeso encendidas por los campesinos silenciosos, probando el primer sabor de frío en el aire del otoño.

La estimulación de estar en movimiento se había disipado, el pánico de ser forzadas en el ronroneo, el tambaleo del tubo negro se convirtió en disconformidad, y pronto con tantas mujeres enfermas, en miseria. A pesar de los numerosos hoyos, el vagón alcanzó un mal olor de aire encerrado.

Habían muchas mujeres letradas allí, escritoras, periodistas, poetas, publicadas o no, y aun algunas novelistas. Flaca y de pelo oscuro, Marina Capoianu, quien había enseñado literatura inglesa y francesa en Cluj, demostraba un regalo atónito de poder contar historias, retomando con lujo de detalles el incidente de las novelas clásicas que alguna vez había presentado a estudiantes sin deseos de escucharlas. En los

momentos dramáticos su voz fuerte, capaz de llegar a la parte trasera del aula, explotaba con las maldiciones de Bill Sykes a Nancy o de los gritos apasionados de Madame Bovary: “¡Léon, Léon! ¡Hasta el martes, hasta el martes!”

Una de sus historias más populares era el melodrama “El Retrato de Dorian Gray”. La novela de Wilde sobre el crimen y el castigo, que contaba durante tres horas mientras nos manteníamos quietas en el silencio de una vía muerta esa noche, era un éxito completo. En la escena del crimen se golpeaba los puños contra la palma de su mano como Dorian Gray apuñalara una y otra vez. Su audiencia casi estallaba en aplausos. (Oscar Wilde se quejaba de las condiciones de las prisiones de ese tiempo. Si hubiera visto a estas mujeres, viajando como ganado, ¿qué habría dicho?)

“¡Es maravillosa, ¿no? la educación!” Las campesinas estaban atónitas y entretenidas. “¡Ser capaz de decir todo eso sin el libro!” Las intelectuales también habían sido absorbidas, pero ahora empezaban a perseguir al pobre Oscar por su frivolidad, o su esnobismo y sus caídas más febriles. En la discusión Janetta dijo que Wilde había puesto un significado alegórico en el libro de un sentimiento religioso muy profundo. En Dorian Gray, el pintor personifica a Cristo, que pinta su imagen en el alma de cada hombre. Pero mientras la inocencia de Dorian se torna más corrupta, la imagen de Cristo se distorsiona más y más hasta que Dorian no puede ya soportar mirarla. La aparta de sí, como hacen todos los hombres. Luego un día el pintor llama a la puerta y pide ver la pintura. Pero Dorian no puede soportar que sea vista. Él la convirtió en lo que es. Entonces la gente hace lo que hizo Dorian: mató al pintor, Cristo es asesinado, y en el momento que lo hace, mata el sentido de su propia vida.

Es una alegoría de Deicidio, el crimen más grande, pero también aquello que al final da el perdón por todas las cosas, y el renacimiento. La sangre derramada en Gólgota salvó aun a los asesinos de Cristo. El simbolismo del pintor de Wilde continúa aquí: él sabía que la muerte era su destino al pedir ver la pintura, aun así vino. Por el sacrificio, la pintura de Dorian Gray recobró su belleza original.

Ahora era el turno de Marina de sobresaltarse. “¡Totalmente forzado!” gritó. “Es realmente un retrato inconsciente de la propia psicología de Wilde. Él era el gordo, espantoso, hinchado retrato, y Dorian Gray representa su juventud la cual añoraba tanto y estaba preparado para matar a su genio, representado por el pintor, para restaurarlo. Lo cual, por supuesto, es lo que hizo después.”

Otras con osadía comparaban el libro en término de la lucha de clases (aquel pobre, animal desechado y la caída del rico idolatrado).

Era tan solo una parábola, dijo la señora Capoiuanu, ambigua y con

muchos lados como todo el buen arte. “Pero no un libro muy inglés, más bien ruso, en muchos aspectos.” Por lo tanto ochenta mujeres, retumbando en un tren por Rumania, olvidaban el miedo a la ejecución por un momento y eran entretenidas por Oscar Wilde.

En una parada, las puertas se abrieron por completo y lanzaron un saco de raciones. Los bollos de pan negro estaban recién horneados y olían delicioso, pero tenían que ser repartidos con cautela entre los grupos. Los engullimos todo de un solo golpe. En cualquier momento puede ser que llegamos. La comida que se guardaba era comida perdida; era una regla de la vida en la prisión. Durante un momento la carga de mujeres del tren olvidaba como su pobre piel se maltrataba y molía contra las paredes de madera, como sus cuerpos dolían y picaban y las atormentaban.

Durante dos días seguimos sacudiéndonos, con paradas y arranques, a través de este limbo. Pero el tercer día, a pesar de que las paradas se hicieron más largas, no hubo ni agua ni pan. No fue hasta tarde que las puertas se abrieron dando paso al desaliñado sargento en persona. Había estado tomando. Tzuica, un brandy de ciruelas pegajoso rumano, no había duda. Sus botas crujían sobre los pedernales mientras se balanceaba sobre sus talones, mirando a la escolta áspera lanzarnos el saco de pan.

“Ustedes mujeres están de suerte esta noche.” Nuestro silencio era sólido de dudas. “Hay una cucharada llena de jalea para acompañar el pan.”

Tal vez el Tzuica lo induciría a tener más concesiones. María le preguntó con astucia: “¿Cuánto nos falta para llegar, sargento mayor?”

Adulado, el sargento dijo: “Otro día”.

“¿Y hacia dónde nos dirigimos?”

El hipó: “¡A ser asesinadas, por supuesto!” y se rió a carcajadas.

Las puertas corredizas se cerraron de golpe. Y el vagón se llenó de discusiones ruidosas. Aquellas que todavía no habían empezado a llorar o a lamentarse se hacían preguntas unas a otras. “¿Podría ser verdad?” Pero estaba borracho. ¡Esa era la razón por la cual había que creerle! Mujeres judías sollozando empezaron a abrazarse una a otras y a intercambiar besos de despedida. ¡Haber escapado de los campos Nazi y ahora esto!

El tren continuó su camino, con dolorosa lentitud. Y se detuvo una hora después. Y continuó moviéndose.

La señora Capoianu, quien había estado soñando despierta junto a mí, me preguntó de repente. “Sabina, ¿somos tan sólo las víctimas de un loco? ¿Qué significa todo esto? Dicen que se sienta detrás de puertas de acero cerradas con candados, aterrorizado, ordenando más y más muertes. Y cuando los embajadores extranjeros llegan, nunca habla, pero dibuja con un lápiz rojo sobre un trozo de papel. Una y otra vez, dibujos

de mujeres en posiciones de tortura.” Ella temblaba convulsivamente. “Y todos hablan de él como si fuera un dios. ‘¡Lleno de genio Stalin! ¡Padre Stalin!’ ”

Le dije: “No sería la primera vez que los hombres se han convertido en víctimas de un dictador que trata de sentarse en el trono de Dios. Lo acusan a Él. Y tratan de tomar Su lugar. Cuando pienso en Stalin, siempre recuerdo al Faraón. El campo de esclavos, los levantamientos contra los judíos, el terror; aquí está todo de nuevo. Un hombre ha tratado de robar el lugar de Dios. Tú sabes que el Faraón mandó a tirar a todos los niños judíos al Nilo. Y después él mismo crió, como si fuera de su propia familia, a aquel que llevaría a cabo el plan de Dios en su contra. Está escrito en el segundo salmo, que Dios ríe algunas veces.” (Después de muchos años pensé en que había escuchado la risa de Dios: ¡La hija de Stalin, una convertida en la Iglesia Subterránea en Rusia!)

“Sé que él no puede durar para siempre”, dijo la señora Capoianu. “Pero, ¿qué convierte a un hombre en un demonio como éste?”

“Muchas veces son las circunstancias”, le contesté. “No lo explican todo, pero sí muchas cosas. Él era el hijo ilegítimo de un oficial de policía. Su madre tuvo que trabajar como sirvienta en su casa, y así se embarazó del futuro Stalin. Su padre legal era un borracho que sabía que el hijo no era suyo, y que lo golpeaba sin piedad. Luego, Stalin entró a un convento ortodoxo donde los muchachos más que estudiantes eran prisioneros, y después hubo la circunstancia agravante de que él era de Georgia, para la época en que los rusos cerraron y oprimieron la Iglesia Ortodoxa de Georgia. Entonces se convirtió en un revolucionario. Ahora sabemos de donde vienen esos revolucionarios.”

Esa fue una noche de terror. Con cada parada temíamos que las botas aplastantes se detendrían, las puertas serían abiertas y las mujeres arrastradas hacia la muerte. Durante horas las prisioneras cristianas tratamos de tranquilizar y reconfortar al resto. Aun así nada sucedió el día siguiente, ni el próximo. Al atardecer pudimos ver los picos de las montañas distantes, como cubiertas de oro. Mientras caía la noche de nuevo, las mujeres cayeron en un estupor de cansancio y miseria.

“¡Fuera! ¡Todas FUERA!”

Los pestillos se movieron hacia atrás para revelar una noche tan oscura como un pozo. No había estación, ni vía muerta, ni nada a la vista siquiera. Querido Dios, era verdad, ¿nos iban a masacrar a todas? Llantos, gritos, juramentos, las mujeres saltaban y salían por los rieles duros. No había escaleras para bajar y caí con dolor sobre mis rodillas. A unas les ayudaban a bajar, pero no los guardianes, quienes estaban de pie moviendo sus ametralladoras y gritando como lunáticos a las aterrorizadas prisioneras. Probablemente habían tenido una larga espera en el

frío y la humedad, así que no había que culpar al humor.

Pero para nosotras parecían demonios salidos del infierno. Golpeaban a las mujeres en la cara, las empujaban hacia los lados, las abofeteaban, las golpeaban con el dorso de sus armas. No teníamos ni la mínima idea de lo que debíamos hacer.

“¡Alíniense, alíniense! ¡Manténganse cerca del sargento!” Pero no había lugar para formar las filas. Las mujeres se tropezaban y caían por un malecón fangoso y contra un alambre cerca. Un guardián asumía que estaban tratando de escapar y las golpeaba con sus puños. La señora Capoianu atrapó un golpe en el aire y se tambaleó entre sus vecinas.

Después de una hora de confusión total, varios cientos de nosotras fueron llevadas a unos campos al lado de los rieles.

“¡Todas al suelo! ¡Recuéstense en sus estómagos! ¡Abajo!”

Nos forzaron a poner nuestras caras contra el fango. Un círculo de guardianes sudorosos nos rodearon.

“¡Oh Dios, oh Dios, nos van a disparar!” murmuraban una y otra vez la mujer que estaba a mi lado. “No permitas que suceda, no permitas que suceda. Nunca me quejaré de nuevo.” Elevaba oraciones y súplicas. Creo que todas lo hicimos.

“¡A la calle! Bandidas, ¿están todas sordas?”

Marchamos muy aprisa entre la oscuridad, incentivadas por las amenazas y golpes. Luchando con nuestras pertenencias. Cayendo, saltando, casi sin aliento. Sin sentido por el choque después de cuatro días sin poder movernos, inactivas.

“¡Deténganse! ¡Llévenlas a ese campo! ¡Todas al suelo!”

De nuevo al suelo sobre nuestras caras y rodillas. La mitad de la columna se había quedado atrás, y debíamos esperarlas.

Por cuanto tiempo marchamos, no lo sé. Me parecieron horas antes de ver los muros de una nueva prisión, largas figuras de gran blancura bajo el brillo de las lámparas eléctricas. Las puertas de pesado acero y madera se abrieron y pasamos en desordenados grupos de cinco.

En el centro del patio nos dimos cuenta. Esto era Tirgusor.

Un nuevo nombre, nuevos guardianes. Las mismas maldiciones. La misma rutina.

La revisión de nombre y números empezó. Era mucho más de media noche cuando llegamos a nuestras celdas.

¿Por qué aquí? ¿Por qué Tirgusor? Nos preguntábamos todas. Era una prisión de seguridad máxima donde estaban los convictos por crímenes violentos. El nombre era famoso en Rumania. ¿Qué misterio! ¿Qué podía significar esto?

“Que no les quedan prisiones”, murmuró la señora Capoianu.

Pero nadie estaba confortada.

Tirgusor

Me pusieron a trabajar en el taller de costura en Tirgusor. Las mujeres trabajaban en turnos de doce horas, sentadas en bancas en una gran estancia con ventanas con barras cerca del techo.

Las máquinas de coser eran del siglo pasado y por lo menos se descomponían una vez al día. Pronto cesó de compartir el orgullo de Richard por Singer, el judío que inventó las máquinas de coser.

En la prisión cosíamos paños gruesos para los colchones. Debíamos dar vuelta y doblar el pesado material constantemente, mientras accionábamos los pedales de las máquinas con nuestros pies.

Las mujeres del turno de la noche se dormían regularmente sobre las máquinas. (No podías dormir durante el día por el ruido de la prisión.) Por esta razón los guardas patrullaban por las filas, y se manejaban a golpes y bofetadas. No eran pocas las que pensaban si la vida era mejor en el canal.

Tirgusor alojaba a los criminales más duros del país. Asesinos, abusadores sexuales, timadores, sádicos, algunos claramente eran dementes.

En la máquina junto a la mía se sentaba una mujer histérica. Había apuñalado a un médico con un par de tijeras hasta matarlo. Muchas veces durante el día usaba las tijeras que compartía la banca. Parecía no notar las miradas asustadas de sus vecinas mientras se alejaba. Muchas veces se quedaba mirando las tijeras antes de devolverlas.

La pobre 'Anna la loca' vivía en un mundo de fantasía. Creía que mantenía relaciones íntimas con el doctor que había asesinado. Ahora se escribía con una aguja sobre el jabón cartas de amantes imaginarios. Eran numerosos, y tenían caracteres diferentes. Las cartas de Pedro eran fluidas. Las de Juan apasionadas. Las de Enrique eran hogareñas. Las leía todas a viva voz a sus compañeras atónitas de la celda.

Anna tenía ataques de llanto histérico, pero la mayor parte del día pasaba feliz en su mundo de ilusiones. Era igual para ella estar libre o en prisión.

Cuántas escenas de reencuentros vi en prisión: cuando la puerta de la celda se abría parecía que siempre admitía a una madre o hermana o

prima de alguien que estaba allí. Ellas creían que las otras estaban libres, cuidando de sus hijos. Sin esa esperanza, era terrible ver su dolor.

También, vimos muchas reuniones extrañas. Una mañana se anunció a sí misma una recién llegada: "Soy la señora Cornilescu de Cluj".

Era una coincidencia. Ya habíamos tenido una señora Cornilescu de Cluj. Las cabezas emergieron de las literas para ver el enfrentamiento. Parecía que ambos señores Cornilescu se llamaban Emil. Y que ambos habían sido antiguos integrantes de la Guardia de Hierro. Pero el primero era alto y moreno. Un hombre encantador y de buena crianza. La segunda señora Cornilescu palideció. Su Emil también era alto y moreno. Con modales tan finos.

"Discúlpeme", dijo mi vecina. "Pero en la Celda 3 conozco a una tercera señora Cornilescu. ¡Su esposo también encaja en la descripción!"

Ninguna de nuestras señoras Cornilescu podía decirse que era bella. Una era baja y delgada con los dientes café, la otra alta y demacrada con las piernas delgadas como palillos. Ambas habían llevado la oferta de matrimonio.

Empezó una disputa furiosa. La primera señora C. abofeteó a su rival en la cara. La segunda haló a la otra por el cabello. Los guardianes se apresuraron a separarlas.

"Querida, esta es una vieja historia", dijo mi vecina. "El hombre está huyendo de la Policía Secreta como todos los antiguos Guardas de Hierro. No tiene hogar, ni papeles, ni dinero. Vivía de las mujeres una tras la otra, y se casaba con ellas o prometía casarse. Entonces las esposas son arrestadas y se encuentran en la cárcel. He visto algunas peleas terribles durante mi tiempo."

Las reuniones de familiares también se daban porque familias enteras eran arrestadas por ayudar a fugitivos en los montañas. El líder de la resistencia, el Coronel Arsenescu, era una figura popular y cientos de personas fueron arrestadas por ayudar a sus hombres. Su esposa estaba en prisión. Los soplones le dijeron que su esposo había sido muerto a tiros; le alimentaban con esta mentira para quebrantar su espíritu.

Escuchamos que el general Eisenhower había sido elegido presidente de los Estados Unidos de América. Después, muchos líderes comunistas habían sido destituidos del Partido. ¿Era este el principio de la liberación?

"¿De qué sirven estas marionetas?" dijo Silvia, una mujer periodista. "Rusia controla todo. Nada cambiará hasta que Stalin se marche."

Pero el rumor empezó a expandirse por todo Rumania: el Canal debía ser abandonado. Debían cerrar las grandes colonias de labores. El plan básico era un fiasco.

El rumor se convirtió en un hecho. Una testiga ocular del campo K4, nos contó que el campo estaba cerrado. Estaban arrestando a los oficiales. Los ingenieros del Canal serían enjuiciados por “robar fondos del Estado”.

El pensamiento surcaba cada mente: ¿Qué uso tendrían ahora para estas diez mil prisioneras? ¿Nos liberarían?

Pusieron una joven mujer de la oficina del ministerio de Ana Pauker en nuestra celda. Molestaba a todo el mundo con sus peroratas amargas. Nosotros éramos bandidos, ella era una víctima inocente. Jenny Silvestru no podía creer lo que había pasado.

“¡Soy una víctima de la injusticia!” declaraba muchas veces al día.

“¡Por injusticia, léase comunismo!” le dijo la señora Iliescu, esposa de un oficial de la Guardia de Hierro.

“El partido debería matar a los que son como ustedes. Ustedes son tratadas muy bien.”

“Mi querida muchacha, estuve en prisión bajo Antonescu. Me liberaron durante unos pocos meses antes de que el Partido me arrestara de nuevo. Este es mi sexto año en prisión. Tus amenazas no tienen sentido para mí.”

La señora Iliescu era tan problemática como Jenny. Su desprecio por los comunistas era enorme.

“Debemos mostrar nuestra superioridad sobre esta escoria trabajando más que sus mediocres normas. ¡Bajo el comunismo o no, lo que hagamos beneficiará la Patria!”

Trabajaba tanto en la tienda de ropa que las normas de todos eran elevadas y todos sufríamos. Era una actitud estúpida y revoltosa. Aun así era difícil no respetarla. Había sufrido mucho. Tenía tanto coraje.

Una de las historias que repetía era la de una mujer interrogadora que tenía un gusto sadista en torturar a los prisioneros hombres. Terminó en Jilava después de la primera purga del Partido. “Las mujeres cuyos esposos e hijos habían sufrido dolor de indignidad por su causa se abalanzaron sobre ella”, decía la señora Iliescu. “le lanzaron una sábana sobre su cabeza y le causaron moretones.”

Aun cuando existía tal odio indescriptible, todavía era posible la reconciliación. Hay un poder enorme en la Palabra de Dios. Una vez, cuando me pidieron que orara, me rehusé a hacerlo hasta que las mujeres en la celda hicieran la paz. Les mencioné Mateo 5:23:

“Por lo tanto, si traen esta ofrenda al altar, y recuerdan que sus hermanos sienten odio por ellos, dejen la ofrenda, y sigan su camino; primero reconcíliense con sus hermanos y después vengán a ofrecer sus ofrendas”.

Los hombres y mujeres se persuadieron por estas palabras después de muchas discusiones y disputas. Sus vidas cambiaron. Como la

palabra apócrifa de Jesús dice: “Nunca estarás feliz hasta que mires a tus hermanos con amor”.

Pero una atmósfera de miedo intenso y suspicacia reinaban en Tirgusor. No teníamos un método de comunicación tras las paredes. Los comunistas estaban tratando de usar esas cosas a su favor. En cada celda los soplones espiaban y pasaban mensajes falsos. Las respuestas que obteníamos de los recién llegados, que no eran sospechosos, eran usadas después en las interrogaciones ya en progreso.

Los comunistas en prisión estaban seguros que serían asesinados. Habían sido crueles; su crueldad les sería devuelta.

Mientras tanto ejecutaban a los que amaban y a los amables.

Un suceso en Jilava.

La hija de un alto oficial comunista, una cristiana, se da cuenta que debería enfrentarse al batallón de fusilamiento a medianoche. Las ejecuciones eran frecuentes, y las penas de muerte se daban bajo pretextos insignificantes, muchas veces por venganzas.

La muchacha, antes de ir a encontrarse con la “novia de la media noche”, como llamaban la ejecución, sostuvo una última cena con el engrudo de avena y el agua con sus compañeros de celda. Con calma elevó el plato enlodado donde había estado su comida.

“Pronto estaré en la tierra de nuevo”, dijo. “Del mismo material que esta taza. ¿Quién sabe lo que fue antes? Tal vez el cuerpo hermoso de un joven. Pronto crecerá pasto de mi cuerpo. Pero hay algo más que esto en la muerte, y es para esto que estamos en la tierra, para atender a nuestras almas mientras vivimos.”

Mientras se la llevaban alzó su voz diciendo el Credo. Al pasar por la galería con forma de bóveda, este hizo un eco de pared a pared. Las palabras fueron las mismas que decimos en la iglesia. Pero era un Credo diferente, porque ella creía en cada palabra. Fue a la muerte por el único Dios, y fue recibida por la vida eterna.

Pasaron las semanas. Nos contaban dos veces al día en Tirgusor. Pero eran muy pocos los guardianes que podían contar. Pocos podían sumar las filas delanteras y las de atrás. El asunto les tomaba horas. Después venían las revisiones de las celdas. Probaban las barras con catiporras de madera. El patio era muy frío en la mañana y orábamos para que no se equivocaran tantas veces al contar.

Un día el conteo pasó a una velocidad sorprendente. E inmediatamente después llegó la ominosa llamada:

“¡Recojan sus cosas!”

Estamos de nuevo en movimiento.

La granja de cerdos

En camiones abiertos, nos llevaron a la granja colectiva de Ferma Rosie. De una vez comenzamos a trabajar en los campos. Teníamos que cubrir enredaderas con tierra para salvarlas del frío. Pero la tierra era como el hierro y las pobres plantas estaban ya pasado del punto de congelarse del frío. Era demasiado tarde para este trabajo. No habría cosecha de uvas el próximo año. Y a nadie parecía importarle. No era su problema. Ellos cumplían su papel al llevar a cabo el trabajo sin sentido y devolvieron sus reportes.

El viñedo había sido uno de los más famosos de Rumania. Su dueño estaba ahora en prisión. Pero las víctimas de la colectivización forzada no eran de ninguna forma solo los grandes dueños de la tierra. Los pequeños agricultores y campesinos eran los más golpeados. Sus intentos de volverse en contra del sistema eran cruelmente aplastados y se convirtieron en resentidos e indiferentes. Trabajaban lo menos posible. Luego, “por haber dejado de lado sus obligaciones con el Estado” eran puestos en prisión por centenares. La tierra se quedaba incauta. La antigua “granea de Europa” enfrentaba la hambruna. Y la respuesta del Estado era enviar prisioneros de los campos de esclavos a los colectivos.

Lo mismo sucedía en todas partes: los campos eran cultivados tan mal que nada crecía. Los guardianes que ponían a vigilarnos eran campesinos. Uno nos contó como le habían ordenado disparar al primer hombre que viera en la villa. Entonces reunían e invitaban a los aldeanos a unirse a los colectivos bajo su propio deseo.

Los oficiales registraban los hogares de los aldeanos que no querían unirse. Siempre encontraban que ellos estaban “escondiendo armas”, armas que la policía había puesto allí.

Las esposas de los campesinos contaban como los equipos de colectivización tomaban todo lo que poseían, ganado, carretas, herramientas de trabajo.

La señora Manuila, una mujer campesina de grandes huesos que trabajaba junto a mí me dijo. “Cuando nos quitaron todo, mi esposo me dijo: ‘Todavía nos queda nuestro libro de himnos. Cantemos al Señor y demos gracias por las grandes posesiones que tenemos en el cielo.’”

La señora Manuila tenía una vaca favorita. Hablaba de ella con ternura. Cómo abrazaba su cuello en las mañanas frías. Cómo su calor se extendía por todo su cuerpo.

“Las vacas no dan buena leche a menos que las ames”, decía. “Ahora es tan solo una bestia entre las demás bestias.”

Nada era hecho con amor en los colectivos; no había bendición de Dios.

Una mañana, me desmayé mientras trabajaba en los campos. La fábrica y los colectivos habían acabado con mi resistencia. Los guardianes me pusieron en una camilla improvisada. Me pusieron en un camión y me llevaron al hospital de la prisión de Vacaresti. Durante el camino mi cabeza se hinchó hasta que descubrí que estaba del tamaño de un melón.

Conocía bien la prisión. Richard había predicado ahí en los viejos tiempos. Yo había venido una vez durante la Navidad con regalos, para ayudar a preparar el árbol. En lugar de ponerme en un salón del hospital me llevaron a una celda donde todo lo que había era una cubeta sucia en una esquina. Dormí en el concreto.

La mañana siguiente, al mirar por la ventana, vi los prisioneros hombres haciendo sus ejercicios. Cuando pasaban por la ventana les preguntaba si sabían algo sobre Richard Wurmbrand. El primer y segundo hombre movieron sus cabezas. El guardián estaba tomando una siesta. El tercero, al escuchar mi pregunta, dijo: “¿Wurmbrand? ¿El pastor?” “Sí”, le dije, “él es mi esposo”.

Él me hizo una reverencia con la cabeza como lo hacen los ortodoxos en la iglesia. “Lo conocí”, me susurró. “No me arrepiento de mis diez años en prisión. Valieron la pena porque el pastor me llevó a Cristo. ¡Y ahora conozco su esposa!” Tuvo que continuar pero no me dijo si Richard estaba con vida.

Le dio la vuelta al patio, con la cabeza baja, las manos en su espalda. Cuando pasó de nuevo por la ventana, agregó: “Lo conocí en Tirlgul-Ocna. Estaba en la celda de los moribundos. Siempre hablaba de Cristo.”

Durante la siguiente vuelta descubrí que mi nuevo amigo era maestro de escuela. El guardián bostezó. Su siesta había terminado y ordenó a los prisioneros a volver a sus celdas. Pero yo sabía que Richard seguía siendo Richard, exaltando a Cristo, ganando almas. ¿O se estaría refiriendo a un pasado muy lejano?

Con respecto a la señal de tanto respeto, no me extrañaba. Los rumanos en general sienten un profundo respeto por aquellos que los llevan a Cristo.

Estuve un día más en la celda. Ningún doctor vino a examinarme, pero estaba feliz de estar allí, deseando ver al maestro de nuevo. No

creía que Richard estuviera muerto. No puedo decir por qué. Pero un versículo de la Biblia venía a mí como música. Se trataba del hijo de Jacob, Rubén, el cual es el nombre de Richard en hebreo: “Dejen que Rubén viva y que no muera”. Para mí era una promesa.

Después de cuarenta y ocho horas las autoridades del hospital recordaron que yo había sido admitida como un caso urgente. Me pusieron en una cama con sábanas y frazadas.

Una doctora con gabacha blanca y limpia caminó por los pabellones.

“Ahora usted debe comer todo lo que le den”, me dijo. La bondad de su voz hizo brotar lágrimas de mis ojos.

La Dra. María Cresin acababa de graduarse de la escuela de medicina. Con coraje y paciencia trabajaba con la falta de personal e instrumentos, en la sobrepoblada Vacaresti. Sus pacientes la adoraban.

Yo tenía un horrible problema en la piel. Era un tipo de escorbuto, decía, como resultado de la mala nutrición. Debía comer: era la única cura. Me dio inyecciones, y el problema empezó a desvanecerse. Las escolladuras y raspones empezaron a sanar. La colitis y la diarrea cesaron. Hasta podía ver mejor; la falta de vitaminas juega trucos con la vista, y muchos prisioneros no podían ver de noche.

En la cama a mi lado estaba una mujer que alguna vez había sido rica. No le molestaba mucho estar en prisión. Estaba segura de que la liberarían pronto. ¿No era Eisenhower el presidente de América? ¿Y Winston Churchill el Primer Ministro Británico? Dos grande soldados que no permitirían que Europa del este siguiera en la esclavitud.

“Cuando vengan los americanos, haré que los rusos me paguen una compensación por la guerra. Tomando en consideración mi antiguo ingreso, deberé pedirles 5.000 leis por día durante los seis meses que he estado en prisión. ¡Eso es un millón de leis! Estaré segura por el resto de mi vida.

Le sugerí que podía pedir 10.000 leis por día. Así tendría dos millones.

“Esa es una buena idea”, me dijo. “¡Ustedes los judíos son gente inteligente!”

Las demás prisioneras la llamaban “La millonaria”.

Jugábamos en los pabellones. Dichos juegos terminaban muchas veces con lágrimas. Tratábamos de imaginar cómo sería la vida cuando fuéramos ancianas sordas. Las palabras pasaban de un lado de la fila a otro. Cada paciente las distorsionaba un poco, hasta que surgía como algo diferente. Pero la risa y la diversión nos molestaba. Y una vez que cambiaba a llanto el pabellón, entraba en una crisis de dolor. Muchas

eran jóvenes, y veían como pasaba su juventud. El juego se convertía en realidad.

Vacaresti era supervisado por un oficial político. (La medicina, como todo lo demás, debía ser practicada en el espíritu de la lucha de clases.) Una noche, él vino al pabellón con algunos coletas uniformados y dio un pomposo discurso sobre las gracias del comunismo. ¿Quién necesitaba a Dios, cuando se podía contar con hospitales como este con la mayor libertad? preguntó.

Le dije: “Teniente, mientras haya gente en la tierra, habrá necesidad de Dios y necesidad de Jesús, que dan la vida y la salud”.

Estaba furioso. “¿Cómo se atreve a interrumpirme? ¿Cómo puede seguir creyendo en tales cosas?”

Le dije: “Todos los que viven en una casa saben que fue construida por un arquitecto, igual que cualquiera que asiste a un banquete sabe que fue preparado por un cocinero. Todos estamos invitados al banquete de este mundo, que está tan lleno de cosas maravillosas, el sol, la luna, estrellas, y lluvia y frutas de todas las clases, y sabemos que el que preparó todo esto fue Dios.”

El oficial político se rió y se mofó y salió con sus amigos, tirando la puerta.

El día siguiente un guardián vino y me pidió que empacara mis cosas. El mismo día fui enviada de vuelta a las colonias de labores.

Esta vez fue a una granja de cerdos del Estado, donde cincuenta mujeres atendían varios cientos de cerdos. Los años habían sido duros, pero este fue el más duro de todos. Estábamos a punto de morir de hambre. Nos arrastrábamos fuera de nuestras camas a las 5 a.m., con los harapos con los que habíamos dormido aún puestos, y salíamos en la oscuridad y el frío a alimentar a los cerdos.

Las pocilgas de los cerdos estaban llenas de líquido mugroso hasta la altura de los tobillos, la única sustancia que nunca se congelaba. Un vil, nauseabundo olor inundaba el lugar y penetraba cada ángulo de nuestras chozas. Se colgaba de nuestros cuerpos y cabellos. Hasta la comida que sorbíamos con las cucharas de madera sabían a este olor. Estábamos mejor que el hijo pródigo: llenábamos nuestros estómagos con las cáscaras que los cerdos comían.

Las cosas perdieron sentido. La muerte me miraba en la cara. Todo el mundo estaba hecho de lágrimas y desesperación como nunca antes, un grito emergió de mi corazón: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Tratar de limpiar las pocilgas era tan difícil como tratar de limpiar el mundo. Cada día empezábamos de nuevo, húmedas, hambrientas y medio muertas, a sacar con carretillas las montañas de mugre.

Sabía que no había esperanza para mí, ni para el mundo, y estaba esperando la muerte.

Y quizás, en una condición psicológica como ésta, no habría sobrevivido por mucho tiempo. Pero felizmente esto no duró más que unas cuantas semanas. Estoy convencida de que el Señor escuchó mis oraciones y me sacó de acuerdo con su plan para mí. Tan solo debía aprender una lección muy profunda, tomar una copa de su más amarga escoria; y ahora estoy agradecida de haber pasado por esta escuela tan difícil, la cual te enseña el amor más alto, el amor a Dios, aun cuando no te da nada más que sufrimiento.

Miré la granja de cerdos alejarse desde la parte atrás de un camión abierto, un grupo de chozas entre la blancura del terreno. El viento era como una mano fría de acero. Tiraba de nuestra ropa y enviaba pequeños copos de nieve a través de la tierra. Nadie sabía o preguntó o tan siquiera se preocupó por saber hacia dónde nos llevaban. Un colectivo era idéntico al siguiente.

Pero de manera inesperada nos llevaron a Ghencea, el campo transitorio desde el cual, hacía más de dos años, me habían enviado al canal.

“¡Qué multitud de mujeres! El lugar está más bullicioso que nunca”, nos susurrábamos unas a otras mientras esperábamos que nos revisaran y nos dieran un número. “¿Qué está sucediendo?”

Fue después del atardecer que pudimos salir hacia nuestras chozas. La circulación regresó a nuestras extremidades entumidas. Dentro, con esta comparativa calidez, la esperanza empezó a penetrarnos como por un deshielo. Los cientos de mujeres que llenaban ésta y todas las otras chozas de Ghencea venían de campos de prisioneras de todo Rumania. O planeaban un esquema de campo de labores gigantesco o...

Pero nadie se atrevía a expresar la esperanza. Habíamos pasado por muchas cosas, nos habíamos engañado a nosotras mismas tantas veces.

El segundo día el rumor se esparció; en las oficinas de Ghencea dos hombres de la seguridad de los cuarteles estaban trabajando en los expedientes. ¡Nuestros expedientes! Habían llegado de Bucarest dos días antes. ¿Podía acaso esto significar en realidad la liberación?

Miré alrededor de la choza. Bajo las tenues e intermitentes luces, se sentaban y hablaban bajito muchas mujeres espantapájaros, esparcían el rumor, lo sacaban de dentro, hablaban, hablaban, mientras nuestras mentes hacían planes para el futuro. El olor a comida amarga y a cuerpos amargos colgaban del aire como vegetación putrefacta. Le habían agregado al equipo del campo unos parlantes. De vez en cuando daban vastos sonidos crujientes, como sonidos amplificados de huevos

al freírse, y rugidos de mensajes incomprensibles y distorsionados. Cuando la primera sensación pasó, podías ver mujeres sentadas con la mirada perdida, a veces durante horas, esperando. No, no podían creer que dejarían todo esto atrás; nunca.

Algunas de las jóvenes gitanas que había conocido en Cernavoda estaban allí. Y un día escuché que me llamaron.

“¡Sabina, Sabina!” Era Zenaida, quien había reinado en el Bucarest de pre-guerra, desde el K4. Ella también había hecho una ronda por los colectivos. Tratamos de estrechar nuestras manos, pero nos detuvimos. Pues todos nuestros dedos estaban hinchados y llenos de ampollas.

Nos reímos y nos contamos nuestras historias, o las partes que podíamos soportar. Insistió en que yo tomara un par de pantalones de hombre y una chaqueta que había conseguido en alguna parte. Los tomé agradecida.

“¡Eres Charles Chaplin en persona!” las demás se levantaron para poder verme mejor. “¡Hasta sus botas tienen lengüetas en la parte de atrás!”

Muy pronto, llegamos a la discusión del tema vital.

“¿Cuánto tiempo más?”

“¿Significa esto lo que creemos que significa?”

Entonces los guardianes empezaron a llevarnos a un interrogatorio con los oficiales del campo. Zenaida estuvo en uno de los primeros grupos. Me contó:

“Fue como cualquier vieja interrogación, en realidad, sólo que era muy educada. ¡Y en lugar de preguntarte sobre ti, preguntan lo que nosotras pensamos sobre ellos!”

Los tres oficiales de costumbre estaban uniformados y sentados tras una mesa llena de papeles, dijo Zenaida. Después de unas pocas preguntas sobre su salud, de cómo habíamos pasado nuestra estadía y si teníamos familiares fuera, las cosas tomaban un giro inusual.

Preguntaban: “¿Sabe lo equivocada que ha estado al oponerse al aparato socialista? ¿Qué piensa de nuestra reeducación en prisión? ¿Comprende que el estado estaba en lo cierto al darle la oportunidad de reformarse? ¿Qué nada ni nadie será capaz de parar la ola del comunismo?”

“Naturalmente les dije que había disfrutado cada momento”, dijo Zenaida. “¡Qué estúpido el jefe a cargo. Hablando sobre los logros nacionales y las buenas granjas y espléndidos campos. A mí, querida, después de tres años y nueve meses de estar aquí!”

Como la mayoría de los prisioneros, ella hizo lo mejor que pudo para que creyeran que había enmendado su error, y que estaba dispuesta a trabajar para tener un lugar en la sociedad.

Antes que acabara el mes, pequeños grupos de mujeres empezaron a dejar Ghencea. Como siempre, no sabíamos hacia dónde las llevaban. Leían listas de nombres, los grupos marchaban a las oficinas del campo, después se las llevaban en camiones. Pero era otro pequeño signo de esperanza.

Eventualmente llegó mi turno. El mayor detrás del escritorio era corpulento y tenía la piel rosada como un bebé. Tenía las manos como un grupo de salchichas gordas y pequeñas y con ellas se empeñaba en ordenar las cosas del escritorio mientras hablaba, como si fuera a necesitar saltar sobre él al terminar su discurso.

Había reservado unas pocas preguntas para los prisioneros religiosos.

“En este lugar, señora Wurmbrand (¡Sra.!), usted debe saber que yo soy más poderoso que Dios. Al menos, él no ha realizado ninguna intervención en esta oficina.” Tomó como muestras de aprecio las sonrisas de sus dos ayudantes. “¿Pero ha aceptado usted realmente esto? ¿Usted realmente ha visto a través de la farsa de la religión? ¿Se ha dado cuenta de que en la sociedad comunista, Dios es superfluo? ¿Que no lo necesita más? Si alguna vez la liberamos de este lugar se quedará atónita de los logros que hemos obtenido en los años recientes. ¡Y esto es tan solo el principio!”

La trenza de oro de sus charreteras era nueva y deslumbrante. Bajo sus manos de salchichas había un expediente anteaño, lleno de papeles que posiblemente eran míos.

Le dije: “Puedo ver que usted es poderoso. Y probablemente usted tiene papeles y documentos ahí sobre mí que yo nunca he visto y que pueden decidir mi futuro. Pero Dios tiene archivos, también, y ni usted ni yo tendríamos vida sin Él. Por lo tanto que Él me mantenga aquí o me libere, acepto o que sea mejor para mí.”

El mayor golpeó con sus dos puños la mesa, como si hubiera algo que pudiera herir. “¡Mal agradecida, señora Wurmbrand, mal agradecida! Lamento ver que usted ha fallado en aprender la lección, y haré reporte sobre este efecto.” Gritó con furia durante algunos minutos.

Pero tres días después dijeron mi nombre. Autoridades más altas que el mayor estaban, en efecto, decidiendo mi futuro.

Estábamos de pie en el patio cubierto de nieve fuera de las oficinas del campo con nuestro pobre poco de pertenencias. Aun ahora no estábamos del todo seguras de que nos liberarían. Sino hasta que pasamos por los portones de alambre de púas vibrante y nos quedamos fuera del campo, que un oficial nos empezó a dar pedazos de papel.

El viento se llevaba su ronca voz lejos.

“Wurmbrand, Sabina, nacida en Cernauti, 1913...residente de...”

Tomé el documento que ordenaba mi liberación. “Certificado de Liberación”, era el encabezado, pero estaba muy oscuro para leerlo. Las últimas barras de cobre se vieron en el cielo mientras nos apilábamos en un camión y nos íbamos. Ghencea queda tan sólo a unos kilómetros de Bucarest, pero nos bajaron lejos de las afueras de la ciudad.

Caminé con mi fardo grasiento y oloroso por los suburbios de la ciudad. Por primera vez en casi tres años veía gente, que se apresuraba a regresar a casa después del trabajo, haciendo compras con sus familias.

“¡A casa!” Hacia allí me dirigía. Si existía.

Si algo existía. Casas, amigos, familiares; no sabía lo que había sucedido con todo ello. Mihai tendría catorce años ya. ¿Qué le habían hecho los años? Casi estaba temerosa de saber, y al mismo tiempo deseaba verlo.

Cómo me herían los ojos las luces, ¡y el olor de la comida de los restaurantes hería mis sentidos! Quería taparme los oídos para evitar el chillar del metal de los tranvías, me encogía de miedo por las chispas azules que lanzaban. Al ver que los grupos de gente pasaban indiferentes se apoderó de mí una gran tristeza. Busqué la parada del tramo número 7. Quizás ya no existía. Si, ahí estaba. Suprimí mi pánico y abordé, después me di cuenta que no tenía dinero.

Dije en voz alta: “¿Habrà alguien tan amable de pagar mi pasaje?”

Todas las cabezas se voltearon a ver quién había hecho una petición tan inusual. Y con tan sólo una mirada se daban cuenta por qué la había hecho. Una docena de personas se ofrecieron a pagar mi pasaje. Se amotinaron junto a mí, con sus ojos llenos de simpatía. Este tipo de cosas era común en esos días. Todos ahí, parecía ser, tenían un familiar o amigo en prisión. No hacían preguntas, tan sólo mencionaban nombres de las personas amadas que yo podría conocer.

Pasamos por la calle Victoria con recuerdos tristes de la estación de policía donde me tuvieron primero. Nada había cambiado. Los retratos gigantescos de los cuatro genios de la humanidad; Marx, Engels, Lenin, Stalin, todavía miraban hacia abajo a la muchedumbre que caminaba entre la nieve a medio derretir. Bajé del tranvía cerca de la cuadra de apartamentos que conocía y subí las escaleras. Una amiga me abrió la puerta.

“¡Sabina!” Se llevó las manos a la boca y dio un paso atrás. “¿Es posible?” Nos abrazamos. “Casi me desmayo”, me dijo. Y empezó a llorar.

Alguien corrió a ir a buscar a Mihai. Mi corazón pareció detenerse cuando le vi pasar por la puerta. Era alto y pálido. Y tan delgado.

Pero ahora era un hombre joven.

Mientras nos abrazamos, las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Él me las limpió con sus manos.

“No llores demasiado, madre”, me dijo.

En ese momento me parecía que todos mis problemas estaban resueltos y que nunca tendría que llorar de nuevo.

TERCERA PARTE

De nuevo en casa

Caminamos juntos el día siguiente en el parque grande de Bucarest, Cishmigiu. Tenía que descubrir a mi hijo de nuevo. Ya no lo conocía. Cuando Mihai estaba muy joven casi temíamos por él. Parecía estar consumido por sentimientos religiosos. Nos hacía preguntas tan profundas. Era precoz, un evangelista entusiasta a la edad de cinco años. Cuando tenía siete años convirtió a un profesor que se hizo miembro de nuestra congregación.

¿Habría sido destruido lo bueno de él durante nuestra ausencia por los comunistas, por hombres que no sabían lo que era la bondad?

Me regocijé al encontrar en él de inmediato los finos tratos de carácter. Hablamos sobre mis años de prisión y de labores forzadas. Me dijo: “No criticamos a la naturaleza por el hecho de que contiene a ambos el día y la noche, luz y oscuridad. Por eso acepto la maldad de los hombres. Tratemos de no llamarles brutos.”

Yo, con dudas todavía, le conté sobre el Camino del Calvario. Me escuchó atento, hasta que un árbol que estaba lleno de brotes captó su atención mientras caminábamos. Era uno de esos días celestiales de primavera que llegan antes de tiempo, como si el buen clima no puede esperar para nacer. Las gotas de nieve rompían los lechos neglectos. Los jacintos se abrían.

Cuando terminé me dijo: “Tú, madre, y mi padre también, han elegido el Camino del Calvario como el mejor camino para servir a Dios. No sé si lo elegiré, también. Me siento más cerca de Dios en lugares como este. En algún lugar que es bello. Sin sufrimiento ni vergüenza.”

Tenía tan pocos placeres de la vida y valoraba los gozos pequeños que tenía al alcance. No cuesta dinero ver los lirios de Dios. Me dijo: “¿Por qué no tan sólo quedarse en un jardín, oler las flores y amar a Dios en esa forma?”

Le contesté: “Tú sabes que cuando Jesús fue crucificado se dice que había un jardín cerca. ¿Qué harías si estando en el jardín, escuchas los gritos de un hombre inocente que está siendo crucificado? Las celdas Vacaresti y Jilava no están lejos. La gente está siendo torturada en esos

lugares mientras miramos las flores, y en el Ministerio del Interior en la acera del frente.”

Me preguntó, muy bajo: “¿Fue muy duro para ti, Madre?”

Le contesté: “Mihai, somos hebreos y somos hijos de Dios. Lo que más nos oprime no es el dolor físico. Lo que sucedía era que nos ponían a trabajar en campos del mundo ilusorio y nos alejaban del mundo espiritual. La historia del Canal muestra cuan ilusoria puede ser esta labor física si Dios no está tras ella.”

“El Canal no llegó a ser nada al final. Al igual que el imperio Romano, y las repúblicas Griegas, el primer estado judío, las civilizaciones egipcias y chinas. Ahora el imperio británico está yéndose, también. Todas pertenecieron al mundo de ilusiones.”

“Así fue nuestro sufrimiento más grande. Tener que vivir en este mundo ilusorio, no en nuestro propio mundo hebreo espiritual de ‘aquellos que vienen del otro lado’, el cual es el sentido etimológico de nuestro nombre.”

Una noche vino a mi habitación y me leyó de “La Vida de Cato” de Plutarco. Decía que el palacio del tirano Sulla no era más que un lugar de ejecuciones, muchos eran torturados y muertos allí. Cato tenía ahí catorce años como Mihai ahora. Y cuando vio cómo llevaban las cabezas de hombres ilustres y observó que los hombres suspiraban en silencio al ver esto, Cato preguntó por qué alguien no mataba a Sulla. Su precepto le contestó que la gente le temía más de lo que lo odiaban. Cato entonces dijo: “Denme una espada que yo mataré al hombre y liberaré mi país”.

Mihai bajó el libro.

“Es cierto. Me siento un poco como él. Me gustaría tan solo disfrutar la vida, pero algunas veces me pregunto por qué tanta gente joven no hace nada. Tan solo un joven como yo podría liberar el país de la tiranía. De eso se trata todo el Antiguo Testamento. ¿No es acaso de Dios?”

Le dije que esto no funcionaría en las circunstancias modernas. Y no era la mejor forma. Debíamos tratar de matar la tiranía, no al tirano. Debíamos odiar al pecado pero amar al pecador.”

Mihai respondió: “Madre, eso será lo más difícil”.

Durante esos primeros días, yo era como una mujer que volvía de la muerte. ¡Era libre! Durante tantos años en prisión, todos los problemas habían sido insignificantes comparados con esto. Sin preocuparnos, solíamos decir: “Si puedo salir de aquí, viviré feliz con pan y agua por el resto de mis días. Nunca diré una palabra de queja.” Y casi todas vivíamos de pan y agua.

Ahora empezaban los verdaderos problemas, con las preocupaciones, grandes y pequeñas.

Era un golpe muy duro ver la necesidad y el hambre a nuestro alrededor. La gente que visitaba estaban reducidos casi a nada. Frazadas gastadas sobre las camas, pero no había sábanas ni fundas de almohadas. Algunos días no podían comprar pan negro ni usar un poco de electricidad para calentar sus hogares.

“Tuvimos que vender todo”, me explicaba una amiga. Cuchillería, linos, alfombras. Aun los libros. ¡No! ¡No te sientes en esa silla! Tiene una pata rota.

La mayor parte del dinero había sido usada para comprar preciosas medicinas para su padre, quien vivía con la familia en el diminuto apartamento.

“Sabina, ten cuidado con lo que le cuentas a la gente”, me rogó. “¡Hay informantes en todas partes! La iglesia está infectada de ellos.”

Un grupo de amigos y desconocidos venían a verme, todos rogando en una forma que rompía el corazón que les diera noticias sobre familiares en la cárcel. Sólo en raras ocasiones les podía ayudar o contestar sus preguntas: ¿Había amnistía? ¿Un ablandamiento? ¿Una nueva política? ¿Por qué me habían liberado? ¿Cómo podían aplicar ellos para que los liberaran?

Muy pronto aprendí todo sobre “aplicar” a las autoridades. Las filas en las oficinas del gobierno eran peores que las de las tiendas de comida. Necesitaba una tarjeta de raciones. Sin una, no podía comprar ni siquiera pan. Esperé en la fila durante cuatro horas una mañana. Cuando llegué a la pequeña ventanilla, un joven me dijo:

“¿Dónde está su carné de trabajo? Sin él no puede obtener una tarjeta de ración.”

“Pero soy una ex prisionera.”

“No puedo hacer nada. No hay carné de trabajo, ni número, no hay libreta de ración.”

Por lo tanto que tuve que sobrevivir de la caridad de los demás.

Durante un tiempo, compartimos una habitación con una amiga. Pero Mihai era un joven adulto ahora. No era posible para nosotros vivir todos revueltos. Empecé una larga, larga búsqueda de otra habitación.

Nuestra antigua casa había sido confiscada. Al igual que todos sus contenidos, muebles, ropa de cama, libros. Pero unos amigos vivían en la casa donde había estado nuestro apartamento una vez. Me dijeron que había un pequeño ático libre. Era ciertamente pequeño: una habitación de cuatro por cinco metros, la otra de tres por dos.

Después de días de hacer filas y llenar fórmulas, me permitieron ocupar este “lugar de vivienda”. Los únicos muebles eran unas camas viejas y con los resortes rotos. Sin agua, ni sanitario. En el invierno era muy frío, en el verano muy caliente. La ventana daba a una pared de

ladrillos blanca.

Aquí vivíamos, cocinábamos y dormíamos. Mihai y yo nos instalamos. Janetta, cuando la liberaron, vino a quedarse con nosotros. No teníamos cama por lo que compartíamos un sofá. Después vino Marietta.

Llegó a nuestra puerta un día. Se paró allí, sonriendo como una niña, con timidez, con marcas azules bajo sus ojos, con un abrigo negro que se veía sarnoso. Sostenía un pequeño paquete atado con una cuerda.

“No es nada, en serio”, dijo. “Dos pasteles franceses.” Por los cuales había hecho cola dos horas para poder comprarlos. Y que no eran muy franceses.

Marietta era una antigua miembro de nuestra congregación. Era una muchacha dulce, de buena apariencia, pero no muy brillante. La gente le tenía un poco de miedo. Sufría de ataques epilépticos.

Yo estaba feliz de verla. Tenía una calidad de inocencia que siempre era una delicia.

“Pasa y siéntate, Marietta.” Di un paso atrás para dejarla pasar y la puerta se golpeó contra la esquina de la cama de Mihai. “No hemos estado en casa durante mucho tiempo y estamos un poco desordenados.”

Nos estrechamos para pasar y nos sentamos en unas sillas destartaladas que había comprado. La parte de atrás de la silla se cayó. Mihai ayudó a Marietta.

“¡Qué cómodos que están aquí!” dijo, mientras miraba a su alrededor y veía la estufa donde yo estaba cocinando unas patatas en grasa barata.

“Sientes lástima por el techo”, dijo Mihai. El techo maltrecho estaba marcado por grandes parches de humedad sobre la cual crecían hongos de moho cada día más. Cada vez que alguno de nosotros se movía los otros debían moverse para darle paso.

Compartíamos con Marietta nuestras patatas frías. Más tarde, cuando Mihai se había ido a su habitación para estudiar, me dijo que no tenía a nadie en el mundo ahora y que dentro de una semana no tendría techo sobre su cabeza. La familia con la que estaba le había pedido que se fuera. Venían unos familiares de Cluj, necesitaban la cama...

“Bueno, Marietta, como puedes ver, esto no es un apartamento. Es tan sólo una habitación donde guardábamos antes las cosas invisibles cuando vivíamos abajo. Pero si quieres podemos estrecharnos más y poner una cama aquí. Espero que podamos encontrar un colchón en alguna parte.”

Su cara se iluminó con felicidad. “¿De verdad?” “Estás segura de que el muchacho no se molestará?” Tengo unas pocas cosas, sábanas y algunos platos y cubiertos. ¡Estoy tan contenta de estar con ustedes!”

Entonces Marietta vino a vivir con nosotros en la calle Olteni.

Era una semana o dos después de mi liberación. El aire estaba fresco, los carros del tranvía parecían arremolinarse como si estuvieran en una feria, la gente ordinaria y gris se movían en las calles dando pasos más ligeros. Hubiera sido un invierno muy crudo, uno de los peores en treinta años. Ahora el sol suave y tibio derretía aún nuestros corazones.

De repente, las campanas de la Iglesia empezaron a sonar. Cuántos años han pasado que no escuchara este sonido. Una profunda, solemne nota muy baja de duelo, que venía primero de la catedral, después de San Espiridión, y luego de todas las otras iglesias de Bucarest que permanecían abiertas.

La ciudad tiene muchas campanas. (En la Edad Media, Rumania había sido un bastión del cristianismo contra los Turcos y el país está lleno de monasterios e iglesias.) Ahora todas sonaban juntas. Pero el bello sonido también causaba miedo. Las personas se detenían en las calles y se preguntaban unos a otros qué estaba pasando. A pesar de la prohibición policial sobre las reuniones públicas, pequeñas multitudes se reunieron en las esquinas y susurraban.

Entonces los parlantes de la calle Victoria tomaron vida:

“¡Queridos camaradas y amigos! ¡Trabajadores de la República Rumana! La presidencia de la Suprema República Soviética de U.S.S.R. informa al partido y a todos los trabajadores rumanos con gran pesar que el 5 de marzo de 1953, el Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética y Secretario del Comité Central del Partido Comunista, Josef Vissarionovich Stalin, murió después de una grave enfermedad. La vida del ilustre líder y maestro de la Gente, camarada de Lenin y su discípulo fiel, ha terminado.” Los parlantes lanzaron música marcial fúnebre.

Los sonidos de las campanas no significaban muerte, más bien el amanecer de una nueva esperanza para nosotros. “¿Pero por qué están haciendo esto?” se preguntaban todos. En especial cuando ellos sabían que habían ordenado a todos los servicios religiosos anunciar la muerte del Presidente de la Organización Mundial de los Ateos del Mundo, quien había dedicado tantos esfuerzos a destruir la cristiandad.

Se esparcieron los rumores de que Stalin, lleno de pánico en su lecho de muerte, había pedido los santos óleos y rogado para que lo enterraran con una cruz. La sombra de sus millones de víctimas (el autor soviético Ilya Ehrenburg escribió más tarde que si él hubiera usado su vida para escribir una lista de los nombres, no hubiera tenido tiempo para terminar la lista) cayeron sobre su cama, y le pidió a todos los

cristianos que oraran por él. Así decía la gente.

Cerraron las escuelas y las tiendas. Mihai llegó a casa con una edición especial de Scintea. Él solo y único periódico, el órgano del Partido, que contenía nada más que columnas de elogios. Todos los letrados grandes y banderas en las calles, teatros y cafés predicaban la amistad entre soviéticos y rumanos. La radio sonaba la misma tonada.

Bajo gran riesgo escuchábamos las emisoras extranjeras. En una de ellas, escuchamos que leían el capítulo 14 de Isaías, un capítulo terrible que describe la muerte del opresor. Él baja al infierno, donde se mofan de él y le dicen:

“Tú también te debilitaste como nosotros y llegaste a ser como nosotros.” “Gusanos serán tu cama y gusanos te cubrirán.” “Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones.”

El capítulo es triunfal y vengativo.

“¿Qué opinas de eso?” me preguntó Mihai cuando terminó.

Le dije que no me sentía así. En los últimos momentos de un hombre, cuando enfrenta la muerte cara a cara, pueden suceder grandes cambios. Le recalqué que la madre de Stalin era una gran devota y buena mujer. ¡Cómo debe haber orado por él! Un obispo le dijo a Santa Mónica, quien lloraba por los pecados de su hijo: “El hijo de esas lágrimas no puede perderse”.

Y ahora teníamos el testimonio de su hija, que se convirtió en cristiana a pesar de todas sus enseñanzas y escapó al Oeste. ¿Quién sabe lo que el Stalin moribundo quiso decir por su “gesto incomprensible y pasmoso” que describe Sventlana cuando él “de repente levantó su mano izquierda como apuntando hacia algo ... el siguiente momento el espíritu se liberó de la carne”? El Papa ofreció una misa por el alma de Stalin. ¿Debió Jesús amar menos el alma de Stalin que el Papa?

Por otra parte, había regocijo por el comienzo de lo que esperábamos que fuera una era nueva, el final de los campos de concentración y de proyectos como el Canal. Porque todos los rumores se estaban convirtiendo en verdad, el Canal está siendo abandonado. Después de cuatro años el proyecto fue tirado, con tan sólo una séptima parte completa de trabajo terminado. Más de 200.000 hombres y mujeres habían sido esclavizados allí. Nadie sabe cuántos miles murieron. Miles de millones se desperdiciaron y la economía del país se hundió. Para nada.

Leímos en el Scintea que el estado estaba ahora volcándose a la construcción de trabajos de bien social para producir bienes de consumo. Debían subir los niveles de vida. Pero el hecho era que el Canal fue un error; nunca hubiera funcionado. Los ingenieros hicieron una gran investigación final. Algunos dicen que descubrieron que la

planicie del Baragan se hubiera inundado. Otros, que nunca hubiera existido suficiente agua como para suplir ambos el Canal y los proyectos de irrigación.

Lo que sí es cierto es que los jefes y los ingenieros fueron arrestados. Les dieron sentencias de muerte por “sabotaje económico”. Al menos dos hombres fueron ejecutados en el sitio. Otros treinta recibieron sentencias de hasta veinticinco años cada uno.

Me dije a mí misma la oración de pascua de los hebreos: “Fuimos esclavos con el Faraón en Egipto, y el Señor con su mano poderosa nos liberó”. De nuevo era realidad. Cerraron las barracas y los campos de labores. Derribarón las chozas, irrumpieron césped y hierbas al concreto. Le devolvieron a la naturaleza la gran planicie desnuda.

Hoy es un lugar salvaje y solitario. Las serpientes se arrastran bajo el suelo, nadie las caza para comerlas. Y nadie tira migas a los pájaros migratorios. El equipo oxidado yace en los desérticos campos de vegetales y el viento frío del Mar Negro erosiona los últimos rastros de lo que sería una maravilla del mundo.

Poco a poco recobré mi salud y algo de mi antigua energía. Me dolían las costillas que me quebraron cuando fui lanzada al Danubio, pero el doctor dijo que tan sólo se debía a que no habían sanado por completo. Me recomendó algunas semanas en cama. Y me dijo que era un milagro que hubiera sobrevivido. Pero era mucho lo que quedaba por hacer.

Un día, caminando en la calle Olteni, vi un hombre andrajoso y pequeño con el cabello fino. Me miró con insistencia cuando pasamos. Cuando metí mi mano al bolsillo después, encontré un pequeño panfleto doblado. Lo había puesto allí sin que yo me diera cuenta, después desapareció.

“Y sucederá que el Señor le dará descanso a tu sufrimiento, y a tus miedos, y de su gran bondad en ti nacerá una vasta ayuda...”

Leí el texto, y supe que la lucha continuaba. Quizás no se notaba, pero en todas partes a mi alrededor estaba el amor de Dios. En las caras que pasaban que no revelaban nada. En los corazones que ningún Stalin podía tocar.

Brotó una nueva felicidad dentro de mí. Yo era miembro de la Iglesia Subterránea.

No encontrarás su nombre en los directorios, o sus edificios en las ciudades de Europa del Este. No tiene catedrales. Sus sacerdotes usan trajes gastados. No tienen entrenamiento teológico. Saben muy poco de riñas sectarianas. La Iglesia Subterránea no tiene nombre detrás de la Cortina de Hierro. Fue solamente después de que llegamos al oeste que

me di cuenta de que este era el nombre empleado entre los pocos en el extranjero que sabían algo del trabajo que estábamos realizando. Si antes me hubieran preguntado: ¿Tienen una Iglesia Subterránea en Rumania? No hubiera comprendido la pregunta. Como el Monsieur Jourdain de Molière, quien habló toda su vida en prosa sin saber que lo hacía. Nosotros simplemente cumplíamos nuestro deber como cristianos. No le prestábamos atención a las leyes del comunismo. Y no necesitábamos darle nombre a nuestra actitud.

Durante los siguientes doce años, esta fue mi vida.

Al principio estaba molesta por la situación de los que iban a la iglesia. Eran perseguidos por la policía, atormentados por los informantes. Llevaban a cabo una campaña en las escuelas, radio, cines, teatros y la prensa para derrocar la fe. Los viejos podían adorar, con dificultad, y bajo supervisión. Pero los jóvenes no podían creer.

Vi como muchos antiguos amigos, por miedo a perder sus trabajos, no se acercaban a nuestra casa. Otros ni siquiera admitían que alguna vez habían adorado junto a nosotros.

Una vez, al pasar por la universidad, vi a un maestro que conocía muy bien y me acerqué a saludarlo. Él estaba con un colega.

“Está cometiendo un error, señora. No la conozco.” Se di vuelta, sin poder mirarme a los ojos.

La gente tenía tanto miedo, mientras estaban ‘libres’. En prisión, aun en los peores tiempos, pudimos ver la mano de Dios actuando. Nos dimos cuenta de que a pesar de nuestro sufrimiento, Él no nos abandonaría. Podíamos confiar en Él. Por esto una parte vital del trabajo en la Iglesia Subterránea era enseñarle esto a la gente. Y con el antecedente de haber estado en prisión era más fácil ganar su confianza.

También debía mantener mi lugar. Nuestra iglesia era dirigida por dos pastores luteranos jóvenes. Pero era vergonzoso ver a tanta gente que tocaba mi puerta en busca de consejo o para contarme sus problemas. Los creyentes que habían sufrido por su fe eran tratados con algo de idolatría por los otros cristianos. Todo lo que decíamos era ‘evangelio’.

Esta era una idea peligrosa. Los mártires no construyen la verdad. La verdad hace al mártir. Debía ser muy firme con las personas y detenerlas para que no me trataran con reverencia exagerada.

Tampoco era fácil callarme mis opiniones. Los dos jóvenes pastores hacían lo mejor que podían, pero sólo sabían lo que habían aprendido de los profesores luteranos y en libros que estaban basados muchas veces en otros libros, escritos muchos siglos antes, en un mundo que no se parecía al nuestro. Ya no tenía tanto respeto por estas ideas como solía

tener. No todo lo que enseñaban los libros coincidía con las lecciones que había aprendido en prisión.

Los métodos comunistas de lavado de cerebro y de adoctrinamiento eran nuevos. Se necesitaban nuevas respuestas. Y la Iglesia Subterránea las encontró, con el tiempo.

“Madre, he terminado con la escuela.”

Mihai llegó temprano un día a casa, con los ojos brillantes y con determinación.

“¿Qué quieres decir, terminado?”

“No regresaré.”

“Pero debes continuar con tus estudios.”

“¡No ahí!”

Comprendí la historia de grado en grado. Estaban aumentando el Movimiento de Juventud Comunista y los mejores alumnos obtenían el privilegio de usar una corbata roja. Le pidieron a los muchachos proponer a alguien como candidato de honor. Y propusieron a Mihai, que se rehusó. Les dijo: “No llevaré una corbata roja. Es el signo del Partido que mantiene a mi padre en prisión.”

¡Consternación! La maestra, una joven judía, no sabía qué decir. Pero debía jugar un papel de comunista. Por lo que reprendió a Mihai y lo envió a casa.

Pero el hecho era que los maestros, casi todos, odiaban lo que debían hacer y la gente que los obligaba a hacerlo. El día siguiente, la maestra de Mihai lo entró a la clase a escondidas y le dio un abrazo.

Desde ese día, fue el muchacho más protegido de la escuela. La propaganda atea empezó en el aula y cada vez Mihai se ponía de pie y discutía con sus instructores. Algunas veces perdía las discusiones, porque no podía dar seguimiento a los giros y distorsiones, pero seguía sin convencerse. Y los profesores, que sabían que era hijo de un prisionero político, lo amaban por esta razón. Rumania no es un país comunista, sino un país oprimido por los comunistas.

Mientras estuve en prisión, nuestra amiga Alice, una maestra de la escuela dominical, había cuidado de él. Ella había sido la jefe de un departamento de un importante Ministerio, pero cuando se rehusó a unirse al Partido, la echaron. A duras penas se ganaba la vida dando clases de francés y ayudando a prepararse para los exámenes. Después de que me arrestaron, Mihai simplemente fue a casa de “Tía Alice” y le dijo: “Ahora serás mi mami”.

Ella era muy pobre y también debía cuidar de su anciano padre. Los tres vivían en una sola habitación. Como no tenía más espacio para acoger otros niños que quería llevar a casa, les ayudaba dándoles amor

y cuanto penique podía ahorrar. Se habría muerto de hambre de no ser por la caridad de los cristianos que se sacrificaron por ellos.

Gracias a Alice, Mihai pudo resistir todas las desgracias que lo abatieron entre sus nueve y trece años, y aun así cuando regresé me dijo: "Madre, estoy a tu lado y amo al Señor".

Pero la propaganda era muy intensa en las escuelas. Los maestros debían trabajar muy duro con cuadros y películas para probar que Dios no existía. Por esto Mihai me preguntaba muchas veces sobre las pruebas que él tuvo.

Recordé que Richard había dicho que nadie pide pruebas que la naturaleza existe. Está ahí, somos parte de ella. Y las cosas espirituales son tan evidentes como las cosas materiales. ¿Un genio dice que ha sido inspirado, por qué? Por algo superior que él mismo. Una experiencia espiritual, una cercanía con Dios.

En cada escuela había una "esquina sin Dios" con cuadros y libros que desprestigiaban al clero. Y Mihai sabía que algunas de las historias eran reales. El había conocido pastores que se comportaban mal, que traicionaban a los demás.

Traté de enseñarle que la Iglesia tenía un lado humano y uno divino. Y que todos los cristianos tenemos una naturaleza doble.

Día tras día, llegaba a casa con ejemplos que le habían dado sobre las fallas de la iglesia y de los errores de los sacerdotes.

Yo le decía: "Pero nunca te dicen que el pastor se siente arrepentido cuando hace algo malo. Tan solo te muestran el lado pecaminoso. Esconden el lado bueno. Cualquiera puede equivocarse. Es cuando nos arrepentimos de algo que mostramos nuestro lado divino." Así disipaba sus dudas. Hasta el próximo ataque violento.

Todas las madres cristianas tienen su lucha. La vida es un campo de batalla, y cada noche retomábamos el lugar que ganaban los comunistas durante el día.

"Nuestro profesor dice que José era un gran especulador de grano."

"¿Por qué el rey David quería casarse con la esposa de Urías?"

Yo le contestaba: "La Biblia no esconde la verdad. Nos dice que los hombres pueden pecar y cometer errores. Pero cuando lees estas historias para ti mismo, te das cuenta que son los comunistas los que mienten y distorsionan."

En esta lucha por ganar la juventud, parecían tener todas las armas a su favor: las escuelas, la radio, la prensa. Pero Mihai siempre tuvo el ejemplo de la cristiandad en acción frente a sus ojos.

Cuando estuve en el Canal en 1951, la gente de nuestra iglesia arriesgó su libertad para ayudarlo. Una pareja de ancianos viajaban durante dos días, tomando rutas con rodeos para evitar que los detuvieran,

y le daban a alguien la mayor parte de sus ahorros para que ayudaran a Alice.

La vieja señora Mihailovici, quien siempre había sido como una tía para Mihai, viajó cientos de kilómetros desde su aldea después de mi arresto, con un saco de patatas, todo lo que tenía para ofrecer. Los informantes, quienes siempre vigilaban a los parientes de los prisioneros políticos, reportaron su visita. Cuando regresó a su hogar, la milicia la llamó y la golpearon tanto que nunca recobró la salud.

A pesar de estos tratos, la gente de la Iglesia Subterránea nunca olvidó su deber hacia los hijos de aquellos que estaban en prisión. Algunas veces perdíamos la batalla.

Recuerdo una mujer que llegó a mí llorando.

“Mi hijo está trabajando para la Policía Secreta”, me dijo. “Se reúne con regularidad con un hombre que le hace preguntas sobre todos los que llegan a la casa. No sé qué hacer.”

No podía echar a su hijo. No podía permitirle que traicionara a los cristianos que venían a verlos. Le aconsejé que evitara el contacto con nosotros durante un tiempo.

Algunas veces tarde de la noche, un hombre, o más a menudo su esposa, venía a mi ático y me confesaba que ellos estaban informando. “Estamos en una trampa”, me dijo una mujer. “Amamos al Señor. Te amamos a ti y a Mihai; pero no podemos resistir todas las amenazas. Mi esposo perderá su empleo o lo enviarán a prisión. Debemos reportar a todos los que asisten a la iglesia y repetir lo que dicen. Tratamos de decirles sólo lo que no les hará daño, ¡pero debes tener cuidado!”

Otros se iban de Bucarest y andaban de pueblo en pueblo para evitar estos llamamientos de la Policía Secreta.

Tu casa siempre está dividida bajo el comunismo. Si no pueden encontrar un niño o un familiar que les diga cuánto pan estás comprando, lo que cocinas y a quién visitas, siempre hay un vecino o un colega que lo hará. Les preguntan a las muchachas sobre los muchachos con los que salen. Y todo va a un expediente para ser usado de una forma u otra contra ti.

De este sistema sale el fenómeno de miles y miles de cristianos que llevan una corbata roja o la banda del Partido en el brazo. Algunos tienen altos puestos en el partido aunque pertenece a la Iglesia Subterránea. Le piden a los sacerdotes que vengan de noche a bautizar a sus hijos. Viaja a un pueblo remoto para que lo case un pastor en secreto. Y muchos informantes venían a mí para decirme todo lo que debían hacer y a buscar el perdón por sus traiciones.

Yo les decía. “Prueben la sinceridad de su arrepentimiento diciéndonos ahora cómo nos espían. Permitánnos tener los nombres de los

oficiales que les dan órdenes. Dígnoslos cuándo y dónde se reúnen.”

Si tenían el hábito de dar información en determinada esquina, uno de nosotros se sentaba en un café cercano para tomarle fotografías al oficial de la Policía Secreta en cuestión. Y luego lo seguíamos para ver con quién se reunía después. Si las reuniones se daban, como solía pasar, en una casa “segura” de un oficial de la Policía Secreta, observábamos el lugar y tomábamos fotografías de los que entraban y salían.

Era un trabajo arriesgado, pero por estos métodos podíamos tener listas de la mayor parte de los informantes, incluyendo al coronel Shircanu, quien encabezaba la red de espionaje en contra de la Iglesia. Lo vigilábamos de cerca como él lo hacía con nosotros. Identificábamos a sus principales informantes.

Logramos que algunos se arrepintieran. Otros teníamos que tratar con medios severos. De esta manera defendíamos la Iglesia Subterránea y le permitíamos seguir trabajando.

Yo era afortunada en tener a Mihai. Mi hijo era más que leal. Estaba en una edad muy difícil para los jóvenes y le dábamos las tareas más duras. Además de sus obligaciones, debía estar siempre alerta. Debía tomar decisiones que podían llevarnos a ambos a prisión. Aun así siempre podíamos reír juntos sobre las cosas que sus maestros le obligaban a decir, y las cosas extrañas que pasaban.

Una noche, pocos meses después de que vino a vivir con nosotros, Marietta llegó más tarde de lo usual y casi no habló durante la noche. Yo notaba que había llegado tarde en varias ocasiones en las últimas semanas. Y que estaban no más contenta, pues era una chica feliz, pero sí más calmada, más segura de sí.

De repente dijo: “Hay algo ... No sé bien cómo decirles ... Bueno, tengo un amigo que quiero mucho”.

Lo había conocido en el hospital mientras visitaba a un primo. Era lisiado. Todo el lado izquierdo de su cuerpo se había paralizado por un accidente en una fábrica, y esto afectaba su forma de hablar. Durante meses había estado mudo, e incapaz de moverse sin una silla de ruedas.

“Pero ahora está mucho mejor y puede moverse con sus muletas muy despacio. Sin embargo, todavía no habla bien. Lo entiendo pero la demás gente no puede al principio.”

La noche siguiente el hombre vino a visitarnos. Con dificultad subió los tres escalones. Como nos dijo Marietta, era difícil entenderle, y esa noche teníamos muchos amigos de otro pueblo que nos visitaban, y que dormirían en el suelo. Pero, nos dimos cuenta, que tampoco Peter tenía donde ir. Había dormido en el sótano de alguien desde que salió del hospital, pero ahora no tenía ni eso.

Marietta, la epiléptica, se casó con el lisiado mudo, y Peter vino a

vivir con nosotros. Ahora éramos cuatro, sin contar los invitados nocturnos que usualmente dormían en nuestro diminuto apartamento: las esposas de los pastores que habían arrestado, cristianos que no se atrevían a encontrarse con una ex prisionera a la luz del día.

Uno de ellos era un joven que trabajaba como cocinero en las barracas de la policía. Nunca les faltaba comida ahí, y él muchas veces traía su pan.

La iglesia subterránea

Mihai llegó a casa con un cuento que de seguro no había aprendido en su clase de historia. Hitler, Napoleón y Alejandro el Grande se tomaron el día libre en el infierno para ver un desfile en la Plaza Roja de Moscú. Mientras pasaban las columnas de tanques frente a Hitler, éste dijo: “Si yo hubiera sabido que el ejército Rojo era tan poderoso, nunca hubiera atacado Rusia”. Alejandro comentó: “Si yo hubiera tenido un ejército como éste, habría conquistado el mundo”. Napoleón, al estudiar un periódico, miró hacia arriba, y dijo: “Si tan sólo tuviera un periódico tan obediente como el Pravda, el mundo no habría sabido sobre Waterloo”.

Mihai estaba recolectando bromas sobre el comunismo. Al haber terminado su escuela elementaria, no podía seguir. No se le permitía a los hijos de prisioneros políticos obtener educación superior, y tenía el tiempo en sus manos mientras buscaba un trabajo. Entonces un viejo amigo de Richard le escuchó tocar el piano y le ofreció trabajo.

“Cuido los instrumentos de la Casa de la Ópera del Estado”, dijo. “Necesito un aprendiz con manos finas y buen oído.”

Para obtener este trabajo, Mihai tuvo que llenar un cuestionario de dieciséis páginas. Tuvo que aportar, entre muchas otras cosas, la dirección de dos vecinos de cada calle y pueblo en los que hubiera vivido “durante los últimos veinte años”. Él tenía quince.

“Y mejor que estés seguro de que saben qué decir cuando llegue la Policía Secreta”, le aconsejó el afinador.

Después de recibir la fórmula, Mihai regresó a la oficina del jefe de personal y le dijo al encargado que había echado a perder la primera con manchas de tinta y que si sería posible que le dieran otra. Entonces llenó las dos copias, para guardar una y saber lo que había escrito en los años siguientes. El cuestionario lo siguió durante años de trabajo en trabajo, si contradecía en cualquier forma la información, estaría en problemas.

Había una pregunta: ¿Ha sido su padre arrestado alguna vez? Simplemente escribió: “No”, diciéndose a sí mismo: “Él fue secuestrado en la calle. Eso no es un arresto.” ¿Estaba equivocado?

Lo emplearon, con un salario de ocho libras por mes. Era una suma

muy alta para nosotros. Y tenía una tarjeta que nos permitía comprar pan.

El afinador se dio cuenta de que Mihai tenía un oído excelente y podía identificar el tono y sonido con facilidad. “Es mejor que yo, y he hecho esto durante cuarenta años.”

Y se convirtió en experto en reparar todo tipo de instrumentos musicales. Por eso, después de 18 meses, cuando se dieron cuenta de que era hijo de un prisionero político, tenía una pequeña clientela entre los músicos de Bucarest. De esta forma, a pesar de que perdió su trabajo, fue capaz de ganar un poco para estudiar y compró unos libros para hacerlo en casa.

Realicé todo tipo de trabajos extraños para mantener la familia.

Primero fue la Cooperativa de Criaderos de Gusanos de Seda.

Marietta leyó sobre esto en una revista. “Cultive gusanos de seda en casa. Suplemente su ingreso y ayude a construir el Socialismo.”

Mihai sonrió. “Marietta se ve envuelta en un traje de seda diseñado hecho en casa”.

“No, en serio”, dijo Marietta. “La seda vale mucho dinero.”

Mihai tomó la revista. “Ah, pero debes darle todo lo que produces a la cooperativa del estado. ¿Qué supones que te darán ellos a cambio? De todas formas, ¿dónde podríamos ponerlos? Si creen que voy a comer mi comida con una caja de gusanos sucios y viejos en medio de la mesa están equivocadas.”

“Podrías tenerlos bajo tu cama.”

“Bajo tu cama.”

“¿Qué comen los gusanos de seda?”

“¡Hojas de mora, todo el mundo sabe eso!”

“Mihai, ¿recuerdas cuando vivías con la tía Alice, en la siguiente esquina estaba el hospital y en la calle frente a la casa, estaba el cementerio?”

“Sí. Eso me daba mucho ánimo.”

“Pero el cementerio estaba lleno de árboles de mora. Al menos siempre podríamos alimentar a los gusanos.”

Entonces decidimos comprar una caja de 100 orugas y el folleto de instrucciones de la Cooperativa de Criaderos de Gusanos de Seda.

Mihai nos leía partes: “ ‘Cuando el gusano de seda está listo para cambiar a polilla, se da vuelta sobre sí mismo y se convierte en un capullo hecho por un material que produce su propio cuerpo.’ ” Dijo: “Que nunca supe que se convirtieran en polillas. Mejor tienes cuidado, madre. Un día quitarás la tapa y se habrán ido volando.” Él estudiaba el folleto. “ ‘Cuando el capullo se desenvuelve, da un hilo de seda de varios metros de largo.’ Este lugar será un poco enmarañado, ¿no crees?”

Los atisbamos en la caja, en la cual Mihai abrió unos agujeros. Las orugas no eran precisamente hermosas, eran color gris cenizo y medían alrededor de tres pulgadas de largo, tenían un apetito voraz. La vida de los gusanos de seda parece ser una continua comida comunal, al final de la cual se enrollarán en su capullo hecho con un hilo de seda producido por ellos mismos. Este hilo puede ser enrollado en una carrucha.

Al principio, Mihai ayudaba, trayendo hojas de mora del cementerio. Pero muy pronto el cuidador lo miró y lo sacó del lugar.

“Tendremos que tomar un paseo cubiertos por el manto de la oscuridad”, dijo Mihai.

La noche siguiente, armado con bolsas de papel, subió el muro del cementerio y regresó triunfante con una reserva para varios días.

“Los muertos no las necesitan”, dijo.

Le dije que el libro de la Biblia “Apocalipsis” dice que en el Jerusalén celestial las hojas del árbol de la vida se usan para sanar.

“Estoy contenta”, dijo Marietta. “Eso prueba que todas las almas enfermas también pueden tener un lugar ahí.”

La larva del gusano de seda son criaturas peludas, que han sido cultivadas artificialmente durante 400 años. No les gustan las temperaturas de más de 78° F o menos de 62°. Les gusta la luz, pero no mucha. Cuando están tejiendo su hilo, lo cual sucede cada unos pocos días, no se les debe molestar.

“¡Ssh!” susurraba Mihai, haciendo referencia al libro: “ ‘¡La larva debe estar libre del ruido durante cada periodo de cambio!’ ”

Después de casi un mes, y de repetidos paseos al cementerio, teníamos alrededor de cien pequeños capullos. Los llevamos a la Cooperativa, y nos pagaron lo suficiente para comprar comida para dos días. Bien, la comida de dos días era bienvenida. Me llevé a casa otros 100 gorgojos recién salidos del huevo.

“¡Oh no!” gruño Mihai.

Pero nuestra granja de gusanos de seda sobrevivió durante varios meses.

Hasta que un día encontré a los gorgojos pálidos e hinchados, como si estuvieran a punto de estallar. Mihai silbó la Marcha Fúnebre de Chopin, y se fue a la biblioteca para buscar información en un libro de cultivos de gusanos de seda que había encontrado.

“Sí”, reportó. “Es muy común; lo llaman ‘grasserie’. Se produce por dejar las pobres estar expuestas a las corrientes de aire.”

Le dije: “Pero ‘grasserie’ sólo significa que están gordas”.

“Estás en lo correcto, el libro dice: ‘una forma de hidropesía’.”

Jesús sanó a un hombre de la hidropía, pero no había ninguna señal de que repetiría el milagro con mis gusanos de seda. Por eso tuvimos

que tirarlos.

Pasé de una a otra aventura industrial como coser y tejer abrigos. Y entre las pequeñas sumas que ganaba yo y lo que ganaba Mihai, sobrevivimos.

Ese fue el año del Festival Internacional de la Juventud. Jóvenes comunistas y simpatizantes de muchas partes del mundo vinieron a Bucarest; y tres meses antes de que comenzara no había nada, nada en las tiendas. Las filas para conseguir pan y cualquier tipo de comida eran interminables. Sólo algunas veces, después de una espera interminable, podías encontrar un poco de mantequilla o unas pocas onzas de harina.

Entonces empezó el festival. Y las tiendas se llenaron de artículos. Durante tres semanas maravillosas vi cosas que no había visto en Rumania desde antes de la guerra. Mihai entraba: “¡Vi cajas de dátiles en la Tienda del Estado! ¡Y hay chocolates envueltos en papel dorado, también!”

Después terminó el festival. Durante los meses siguientes, la escasez fue peor que antes. Habían gastado todas las reservas por esta exhibición prodigiosa para engañar a los visitantes extranjeros.

Mihai dijo que estos jóvenes comunistas extranjeros estaban tan infectados con la decadencia del espionaje como lo estaban nuestros jóvenes. Muchos rumanos que dijeron cosas negativas a jóvenes de Italia o Francia fueron reportados a la Policía Secreta. Un conocido de Mihai fue arrestado.

¡Estaba todo tan mal, falso y desagradable! Cuando escuchaba tales cosas, odiaba el sistema demoníaco que había destruido el sentimiento decente y la vida de más de un tercio del mundo. Campesinos forzados a robar cosas de la tierra que antes era de ellos. Trabajadores aterrizados en las fábricas y privados de sus derechos. La corrupción recorría la vida de arriba abajo. Los gerentes de las grandes tiendas del Estado eran los líderes del mercado negro de sus propios productos que valían millones. Las mentiras y los espías llenaban nuestras vidas. A veces les tocaba a los ex prisioneros, justo aquellos que habían sufrido más, enseñar a los demás que el odio hacia los comunistas era negativo y que estaba mal. Sólo el entendimiento y el amor podrían triunfar.

Mihai contaba una historia que muestra como odiaban a los comunistas.

Dos amigos se encontraron en un autobús. Susurrando, uno le dijo al otro en el oído: “¿Qué piensas del Primer Ministro, Georghiu – Dej?” Su vecino se lleva dos dedos a la boca: “¿Estás loco?” le dice entre dientes. “La gente escucha.” Se baja del autobús y caminan por un parque. “De verdad”, insiste el primer hombre. “¿Cuál es tu opinión?” Hay algunos extraños sentados como a 500 metros de distancia. “Shis”,

dice el vecino. “Podrían escuchar.” Por fin, llegan a un lugar solitario donde no hay nadie a la vista. “Ahora, dime qué piensas de Georghiu – Dej”, dice el primer hombre. Su vecino le responde: “Tengo la opinión más alta sobre él”.

Los subterfugios y la manera en que arañaban para vivir no eran en realidad algo importante. Lo importante era reunirse, mantener una vida de oración y confianza en nuestros hermanos cristianos, y las esposas e hijos de los prisioneros. Éste era el verdadero trabajo mío y de Janetta durante los años en que Richard estuvo en prisión.

Puesto que tantos pastores buenos y honestos habían sido arrestados, echaba más y más sobre las espaldas de las esposas construir la Iglesia Subterránea. Decenas de nosotras nos convertimos en “pastoras” auto-didactas, hablando con la gente aprendimos a predicar. Las mujeres venían de todas partes a Bucarest a pedir consejo y reportar como estaban las iglesias por medio de ellas. Pronto nos dimos cuenta de que todo nuestro tiempo lo dedicábamos a este trabajo.

En el occidente, todavía se está discutiendo sobre el hecho de que se deben ordenar mujeres. En el oriente este problema encontró su propia solución. Pues en todas partes, bajo el comunismo, arrestan a los pastores, sus esposas se convierten en pastores para llenar el espacio, ordenadas por las manos pinchadas de Jesús.

La Iglesia Subterránea tenía innumerables lugares de reunión en la ciudad. Muchas veces en sótanos o áticos como el nuestro. En las noches oscuras, una luz brillaba en la ventana y la gente subía las escaleras y tocaban la puerta de manera especial. Se juntaban en espacios tan pequeños y calientes que no había suficiente aire para la llama de la lámpara en la ventana. Se alteraba, y la habitación quedaba casi en tinieblas.

Las ideas de usar las tácticas de las células comunistas en contra del Partido surgió en una conversación con el pastor Grecu, quien a veces se nos unía por las noches. Era Pastor de una iglesia aprobada, y le daban licencias pues sabían que a veces bebía. Los sacerdotes alcohólicos le hacen buena propaganda al comunismo. No sabían que bebía para poder mantenerse, y sólo lo suficiente para engañarles.

El corazón del pastor Grecu estaba con nosotros. Él fue de enorme ayuda. Llevaba un ministerio secreto que iba más allá de los límites permitidos por el Estado. Muchos sacerdotes hacían esto: no había una división clara entre la Iglesia Mostrada y la Iglesia Subterránea; estaban entremezcladas.

Bajo la persecución, caían más y más las barreras sectarias: católicos, ortodoxos o luteranos, caíamos a los elementos puros de la fe. Era como la iglesia del primer siglo.

El pastor Grecu y yo teníamos muchas discusiones sobre las tácticas. Janetta se convirtió en un pilar de nuestra iglesia. Ambas leímos el libro de Lenin, “¿Qué debe hacerse?” en el cual propone su plan para conquistar el mundo. Fue escrito en 1903, cuando todos los bolcheviques que existían podían sentarse en el mismo sofá; de hecho, existe una foto donde hacen esto. Uno de los primeros principios de Lenin es infiltrar las organizaciones de los rivales; ésta, al menos, es una regla que funciona. Después de que los comunistas tomaron el poder en Rumania, supimos que se habían insinuado en ministerios “burgueses” y en la dirección de las organizaciones de los cuerpos anticomunistas. Los seminarios y el clero estaban infiltrados.

Era el momento de invertir los papeles. Ellos eran los jefes. Y nos dimos cuenta de que la Iglesia Subterránea no podría trabajar a menos que infiltráramos las organizaciones comunistas que estaban tratando de destruirnos.

Esto parecía ir en contra de nuestros principios. Pero el pastor Grecu tenía una forma de explicarlo:

“Cristo comparó el templo con una guarida de ladrones, pero los apóstoles deliberadamente trabajaron ahí después de su muerte y resurrección. Las circunstancias extrañas llevan a soluciones inusuales. A pinchar un voleur, vous avez besoin de un voleur et demi – para atrapar a un ladrón, debes ser un ladrón y medio.”

Aún, yo dudaba. “Muchos de nuestros hermanos y hermanas tendrán escrúpulos morales. Si se unen a las organizaciones comunistas les pedirán que hagan muchas cosas que están mal. La gente que tiene antecedentes religiosos tienen forzosamente que traicionar. Van a ser extirpadas en un mes.”

El pastor Grecu dijo: “Algunos de ellos pueden ser buenos actores. Los jóvenes lo harán con más facilidad. No habrá problema para enrolosarlos en la Juventud Comunista. Y de allí hacia la guardia nacional. Y luego en la Policía Secreta y en el Partido.”

Estuve de acuerdo en que debíamos seguir el ejemplo de los rusos. Y aplicarlo con los que venían a nuestras reuniones secretas.

La gente que venía a estos servicios estaban muy entusiasmados y dispuestos a ayudar, pero mientras estaba entre ellos, los dividí mentalmente en dos grupos.

La mayoría echarían marcha atrás al realizar un falso papel. Sabía qué contestarían si yo les proponía que se infiltraran en los comunistas. Dirían que se necesita una gran decepción que no se justifica.

El segundo grupo, mucho más pequeño, pensarían como San Pablo, el gran ganador de almas. Se convirtió en judío con los judíos y en griego con los griegos y así ganó personas de los dos grupos. Aun en

este grupo, sólo unos pocos serían escogidos por nuestra confianza en ellos. Estuvieron de acuerdo en que no podrían dejar la Iglesia Subterránea desprotegida para preservar su propia integridad. El fin egoísta, hacer lo correcto a nivel personal, no justifica el permitir que muchos cristianos fueran a prisión. Solo una persona entre cien de nuestra congregación sabía lo que estábamos haciendo. Ésta era la manera de protegernos.

El pastor Grecu se preguntaba si los padres no objetarían que sus hijos tomaran riesgos que parecían ser muy grandes para ellos.

Le dije: “Cuando estaba en la escuela, acostumbraban contarnos sobre el Rey Esteban el Grande. Una vez estaba herido y llamó a los portones de su palacio. Su madre dijo: ‘¿Quién está ahí?’ Él dijo: ‘Es tu hijo Esteban’. Ella contestó: ‘Tú no puedes ser mi hijo. Él no dejaría el campo mientras su ejército siguiera ahí. Él se queda a pelear. No conozco otro hijo.’ Muchas madres que conozco fueron creadas en esta tradición.”

“Deben ser mujeres dedicadas.”

“Sé cómo se sienten las madres que vienen aquí. Si los comunistas quisieran hacerme creer que Richard ha muerto en prisión, no estaría tan solo triste. También estaría orgullosa. Este sentimiento crece día con día por aquí. Si alguien puede estar orgulloso de un hijo que muere por su país, cuánto más orgulloso puede estar por un hijo que muere siendo mártir por Cristo.”

El pastor Grecu sonrió, una sonrisa un poco amarga. “Al menos morir es un proceso rápido. Hay otras formas de martirios.”

Janetta dijo: “Sí, hay muchas. Y puede ser algo más noble sacrificar la propia integridad por una causa, que sacrificar la libertad, o quizás la vida.”

Él se levantó para irse y se sacudió unas migajas de su traje gastado. “Qué curioso debe ser vivir en un mundo donde no se te pide ceder estas cosas.”

Marietta tenía una amiga, una muchacha bonita de un pueblo en el campo, a la que llamaremos Trudi. Tenía dieciocho años, su cabello era oscuro y sus ojos chispeantes. Cuando nos había visitado ya varias veces le dije: “En prisión los guardianes solían decirnos antes de golpearnos: ‘¡Querían ser mártires, ahora sufran!’ Y eso hacíamos. Y aun en las peores épocas nos regocijábamos al saber que era por Jesús. Como los primeros cristianos. Pero ahora hay algo que va más allá. Y, Trudi, nos puedes ayudar aquí.”

Me miró con sus ojos café. Trudi era una muchacha callada, e inteligente. El trabajo no la asustaba. Sus miembros grandes pero bien

formados y la forma deliberada en que te daba un plato o cerraba una puerta, te inducían a creer que era alguien que no se quebrantaría con facilidad. Era la mayor de los hijos de su familia. Durante años, había sido su enfermera y su espíritu guardián.

Le expliqué que le había estado observando, y que estábamos buscando muchachas que se unieran a la Juventud Comunista.

“Ahora hay algo nuevo. Podría ser una maravillosa oportunidad. El coronel Shircanu, que trabaja en la Policía Secreta, ha estado preguntando a su sargento si conoce a una joven para ayudar en el trabajo de la casa. Tienen una casa grande en la mejor parte de la ciudad. Su esposa es más bien extravagante y tonta, pero es lo suficientemente amable. Si encuentras la forma de aplicar para este trabajo a través de su agencia especial de trabajos, de seguro que te darías cuenta de muchas cosas que podrían ayudarnos.”

Ella no dijo nada y su cara no cambió. Pero los ojos morenos brillaban. Continuó: “Ellos no sospecharían nada. El sargento le ha pedido a su esposa que le pregunte a sus amigas, y una de ellas viene a nuestros servicios. Nadie sabe que es cristiana.”

“¿Qué tendría que hacer?”

“Nada al principio. Percibir los sentimientos de la casa. Conocer a todos. Me doy cuenta de que la gente disfruta contándote sus problemas. Mira cómo la vieja señora Tomaziu te mostraba ayer sus venas varicosas.”

Trudi se rió.

“Como si fueras una enfermera.”

Pensó un momento. Luego aceptó.

Una noche el pastor Grecu me contó que había encontrado un pasaje curioso en el evangelio de San Juan que aludía a la infiltración de los discípulos en la corte del sumo sacerdote.

“Dice que uno de los discípulos era conocido del sumo sacerdote Caifás; tan bien conocido, de hecho, que la misma noche que estaban juzgando a Cristo, este discípulo pudo entrar a los precintos del tiempo con Pedro, también.”

Él sugirió que era algo que debíamos contar a los jóvenes que estaban empezando a hacer el trabajo secreto, si se oponían a hacerlo. Pero muy pocos se rehusaron a hacerlo.

Envié unas pocas muchachas a unirse a la Juventud Comunista, pero no le permití al pastor Grecu saber sus nombres. El clero de la iglesia oficial estaba bajo una presión constante para que informaran sobre las congregaciones. Era mejor para él no saber los nombres.

Habíamos visto muchas tragedias causadas por el eterno espionaje.

Una vez en nuestras habitaciones la “Tía Alice” de Mihai nos preguntó: “En la Biblia dice que ‘todas las cosas trabajan juntas para el bien’, ¿pero cuál bien, me gustaría saber, hacen los informantes? Me da tanto miedo abrir la boca en estos días.”

Al principio no tuve respuesta. Sólo podía pensar en el daño terrible que causaban. Pero la pregunta me preocupaba. Recostada en mi cama esa noche, vi que hasta en esto hay significado espiritual. Los informantes nos enseñan que estábamos vigilados mientras estamos vivos. Los ángeles miran todo lo que hacemos y decimos: pero son invisibles, así no nos preocupa. Estos informantes pueden recordarnos que cada una de nuestras acciones cuenta.

Tenía mi propio sistema de detectar. Los agentes policiales llegaban a nuestra casa a espiar, pretendían ser cristianos. La primera vez que esto sucedió, sospeché del hombre de inmediato.

Me detuvo en la calle Olteni.

“Disculpe, ¿es usted la hermana Wurmbrand?”

“Sí, pero temo que no recuerdo donde...”

Su abrigo para la lluvia era muy nuevo, y él estaba muy ansioso. Sus ojos eran furtivos. Estaba entrando a los treinta años.

“En Cernavoda. Estaba con el grupo 4. Acostumbraba a verla algunos días el mes anterior a que me cambiaron a Cabo Midia. Usted fue de gran ayuda para nosotros; la gente que la conoció todavía la recuerdan hablando de Cristo.”

Me hizo algunos cumplidos excesivos. Mientras caminábamos, le hice algunas preguntas sobre su estadía en el Canal. Sus respuestas fueron vagas. Estaba segura de no haberlo visto antes. Pero no pude lograr descubrirlo.

Me preguntó dónde vivía, lo que hacía, cómo me ganaba la vida, y otras cosas.

Me dijo: “Soy creyente, usted sabe. Me convertí en prisión.”

Me contó una historia extraña sobre un cristiano que lo persuadió en el Canal de regresar a la fe que tenía de niño.

Su propósito era que lo invitara a nuestra habitación. Le permití que llegara a las escaleras oscuras y le dije: “Bienvenido a nuestro hogar”.

Empezó a preguntarme sobre mis pensamientos políticos y sobre los de mis amigos que solo un provocador haría. Así que le hice una pregunta:

“¿Lee usted la Biblia muy seguido?”

“Sí, sí, muchas veces.”

“Entonces, ¿le gustaría leer algo para nosotros?” Y le di mi Biblia. En la habitación estaban Mihai, Janetta, Marietta, Peter y una mujer que estaba de visita.

Nos leyó algo de los Salmos, y hasta se las arregló para agregar algunas palabras santurronas. “Ahora oremos”, le dije. “¿Guiaría usted la oración?”

Nos arrodillamos a su alrededor, y esperamos a que empezara.

Balbuocé algunas palabras y después se detuvo. Su cara se tornó roja, y hubo un silencio largo. No pudo encontrar qué decir. Sabía que todos conocíamos su trabajo ahora.

Janetta fue la que rompió el silencio. “¡Lo que haces está muy mal!” le dijo enojada. “Te harás un favor si dejas de hacerlo.”

Richard me dio una Biblia en 1938, el año de mi conversión. Tenía una página de por medio en blanco para hacer anotaciones. Y cada vez que nos reuníamos a estudiarla y a leerla durante los primeros años, yo escribía mis ideas, comentarios y experiencias espirituales; por esto, después de un tiempo tenía un libro lleno de palabras y recuerdos preciosos, que me traían de vuelta a los amigos vivos y muertos de todas partes del país.

Muchas de mis notas estaban escritas en un código secreto, convirtiéndolo en objeto de sospechas. Aun después de mi arresto Mihai pudo recuperarla y mantenerla a salvo.

Cuando la abría y leía los pensamientos que Richard y yo habíamos anotado en el pasado, era como si él estuviera conmigo en la habitación. Tenía la sensación más fuerte de su presencia, recostado sobre mí, alentándome y reconfortándome. Anoté estas visitas en mi código. Y ahora cuando abro mi Biblia, vuelvo a vivir esos días. Está vieja y andrajosa pues tiene más de treinta años, pero siempre está conmigo; puesto que es la suma total de mi riqueza. Un mensajero de nuestra Misión la sacó de contrabando.

Las Biblias son una rareza en Rumania (antes igual que ahora), y muchas personas venían a nuestras habitaciones a escuchar lecturas. No podía ir con facilidad a las reuniones de la Iglesia Subterránea en todas partes. Me vigilaban y no me permitían salir de la ciudad.

Pero Mihai podía ir a las reuniones secretas y a las públicas. Éstas se realizaban con la excusa de que eran fiestas. A veces hasta treinta jóvenes se reunían en el hogar del que tuviera el apartamento más grande. Se saludaban ruidosamente en la puerta. Luego encendían el tocadiscos. Sonaba una balada pop y los que pasaban cerca los podían ver bailando. Luego de un rato, apagaban el tocadiscos. Alguno hablaba del evangelio. Y había oraciones. Luego ponían unos discos más y hacían ruidos de fiesta para el beneficio de los vecinos.

“Emil ha cumplido años tres veces esta año”, se reía Mihai. “Y su hermana ha tenido dos aniversarios de boda. La próxima vez vamos a ir de día de campo.”

Y se llevaban el tocadiscos al campo durante estas excursiones de domingo, que se convertían en reuniones de oración. Ponían vigilantes en los caminos que llegaban al lugar donde se reunían. Si alguien se acercaba, se daba la señal de aviso.

Todo esto daba gran intensidad a los cultos. Planeaban cada detalle de antemano: el lugar, la hora, la contraseña. Los que asistían sabían que podría ser la última vez. Era muy diferente a un culto en el mundo libre. Y cada predicador decía su sermón como si fuera el último; las palabras podían significar prisión y muerte, había un gran peso en ellas.

La mayoría de nuestros pastores eran miembros de la iglesia oficial. Se enfrentaban a controles que hacían mofa de la “libertad de religión”, y llevaban a cabo un ministerio secreto. Era la única forma que tenían de alcanzar a los jóvenes, la única forma de predicar sobre Cristo con libertad. Era posible que fuera reportada cada palabra que decían en la iglesia.

Mihai nos contaba la última broma: “El Ministerio de Vivienda ha ordenado que todos los edificios de apartamentos nuevos sean construidos con paredes especialmente delgadas para que los vecinos puedan espiar uno a otro”.

¿Era una broma?

En las reuniones, me preguntaban a menudo sobre mi vida en prisión en el Canal. Al principio no podía hablar mucho sobre eso. No encontraba palabras.

Poco a poco, Mihai logró que hablara. Cuando se dio cuenta en la manera en que me habían golpeado, o forzado a comer pasto para mantenerme con vida, me preguntó: “¿Cómo pudiste soportar todo esto sin darte por vencida o sin negar a Cristo?”

Le contesté diciéndole una peculiaridad del idioma hebreo. En hebreo, sorprendentemente, algunos eventos futuros se describen en tiempo perfecto. Bien, el tiempo perfecto se llama así porque se refiere a acciones que se han completado, perfectas, en el momento en que se habla. Por esto, en el grandioso capítulo 53 de Isaías que anticipa los eventos de la venida del Mesías y sus sufrimientos, el autor habla sobre estas cosas como si pertenecieran al pasado, no al futuro. Aun así, estas palabras fueron escritas 800 años antes de la venida de Cristo.

Cuando Jesús leyó la predicación de estos sufrimientos celestiales, ya habían empezado. Entonces fue negado y despreciado por los hombres. Éste era su presente, y su futuro. Pero los leyó en hebreo como si pertenecieran al pasado.

Así fue como me sentí entre la niebla del sufrimiento. Traté de explicarme: el gozo es el regalo eternal del espíritu cristiano. Estaba en

un lugar celestial de donde nadie podía moverme. ¿Dónde estaba la aflicción por la que estaba pasando? Para la parte más inviolable de mi mente, estaba en el pasado. Había vivido esos sufrimientos hacía mucho tiempo, mientras que en la realidad presente estaba deleitándome en la cercanía del Señor.

Esta certeza de que todo había pasado ya, me salvó. Las catástrofes nos afectan a todos, pero una vez que pasan, han terminado completamente. Así lo enseña esta rareza del hebreo. Experimentamos hoy los dramas del pasado.

Años después, discutí esto con Richard. Estando en confinamiento solitario dijo haber sentido lo mismo de manera exacta. Me pregunté si esto no sería otro ejemplo de la comunicación de nuestros espíritus.

Un mes después de que Trudi se instaló en la casa del coronel Shircanu, luego de muchas entrevistas que le hizo la Policía Secreta y de llenar muchos formularios, me envió un mensaje urgente. No pudo venir más a nuestra casa, pero me dejaba información en una casa en particular. La señorita Landauer, la maestra, me daba la misma.

Eran malas noticias. Había escuchado a Shircanu mencionar por teléfono el nombre del pastor N., quien venía a menudo a nuestras reuniones. “Estoy seguro que ayudará”, había dicho.

Al presionarlo, el pastor nos contó que había sido amenazado con una larga sentencia en prisión. Su salud no era buena. No podría enfrentarse a eso. Hacía algunos días que había prometido “cooperar” con Shircanu. Pero todavía no había hecho nada por él.

Con una pena profunda, el pastor N. salió de Bucarest hacia un lugar en la provincia.

Entonces Trudi nos mencionó el nombre de una muchacha estudiante que Shircanu había mencionado en términos similares.

Al principio lo negó todo. Le tomé las manos.

“Por favor, dime la verdad. Conocemos bien el tipo de presión que ejercen sobre ti. Mucha gente nos ha contado antes, por su propia voluntad, como fueron forzados a informar. Le debes a tus verdaderos amigos la verdad sobre lo que ha sucedido.”

Se echó a llorar y se arrodilló junto a mí.

“Tan sólo caminaba por la calle”, sollozó, “cuando un auto se acercó y dos hombres me dijeron: ‘Somos de la policía. Sube.’ No me llevaron a ninguna parte, tanto solo dieron vueltas durante horas. Seguían diciéndome que debía reportar cada semana sobre todo lo que se decía y hacía en su casa y en la iglesia. Si no lo hacía, me dijeron, le sucederían cosas horribles a mi familia.”

Entonces aceptó. Pero me juró que nada de lo que reportó era

perjudicial. Sólo podía esperar que fuera así.

Una y otra vez, Trudi nos daba información valiosa. Pero su logro más espectacular fue convertir la casa del coronel en un refugio secreto para la gente que él estaba tratando de atrapar.

Ahora que había "llegado" a la cúpula de la jerarquía comunista, Shircanu empezó a disfrutar de sus privilegios. Llevó a su familia a viajes a las montañas o la playa durante los días festivos. Confiaban en Trudi como para dejarla a cargo del cuidado de la casa. La señora Shircanu la llamaba "Mi pequeño tesoro".

Un día llegó un mensaje con la señora Landauer: "¿Por qué no tenemos la reunión aquí, en la casa de Shircanu? Estarán lejos varios días y es una casa grande con varias salidas. Nadie sospechará."

Y, de hecho, ¿quién podría sospechar que algunos cristianos tendrían una reunión secreta en casa de un hombre que presidía el espionaje en contra de ellos? Pensé que estaría bien intentarlo. Un poco nerviosos, media docena de los líderes de la Iglesia Subterránea llegaron la noche de la cita, uno a uno, a intervalos espaciados. La sonriente Trudi nos recibió. Todo sucedió a la perfección.

Desde esa vez, nos reunimos con frecuencia en la casa de Shircanu cada vez que salía.

Trudi jugó su doble papel muy bien. Mientras pasaba el tiempo, más y más personas de nuestro grupo aprendieron a hacer lo mismo. Debían cantar canciones Rojas y las alabanzas al Partido. La mayoría de ellos triunfaron. Muchos obtuvieron altos puestos.

Aprendimos de la experiencia de la Iglesia Subterránea en Rusia la cual había sobrevivido a treinta años de persecución. Los hermanos de Bessarabia, una provincia que nos fue robada durante la guerra contra los soviéticos, nos contaron sobre cómo se resistieron los cristianos allí. Entonces supimos cómo actuar en condiciones similares.

Inevitablemente, tuvimos nuestros fracasos. Para algunos la tensión de vivir una doble vida era demasiado pesado. Otros se confiaron mucho y pagaron su precio.

Uno de nuestros hombres era el gerente de la librería del Estado, un lugar inmenso de varios pisos. Por supuesto él no tenía Biblias a la venta, pero sí una gran cantidad de libros contrarios a Dios, que contenían un preciado tesoro de citas y textos bíblicos. Estos eran acompañados de comentarios que los ridiculizaban, pero la mayoría de los que los leían, simplemente reían de las críticas. Se vendían mucho.

Fue este suceso, quizás, que estimuló al gerente a pasarse de la raya.

El 23 de agosto, el "Día de la Liberación", sus escaparates atrajo grandes multitudes. Pero cuando la gente continuó llegando a verlo, sonrientes, y hasta aplaudiendo, la policía secreta se interesó. Fue el

coronel Shircanu, nos contó Trudi después, quien resolvió el acertijo. Empujando a la gente para llegar al frente de la multitud en la calle Victoria, inspeccionó los retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin, los cuales llenaban casi todo el espacio del escaparate. No había nada por qué sonreír. Después vio abajo un letrero, anunciando una edición barata de la obra maestra de Víctor Hugo. Había dos grandes palabras en negro: LOS MISERABLES.

Hizo que arrestaran al gerente y lo envió a los campos de labores donde lo pusieron a cortar cañas, otro proyecto de moda del Estado, en la boca del Danubio.

El contraataque

Unos meses después de mi liberación, llegó a las escaleras del ático un oficial del Ministerio del Interior. Un hombre gordo con voz atronadora y cabello negro partido por la mitad. Cargaba una maleta, a punto de reventar de papeles.

¿Tenía yo hijos? quería saber. ¿Los tenía? ¿Pero qué clase de madre podía ser yo? ¿No me preocupaba por mi hijo ni un poco? ¿No quería acaso ver que tuviera la mejor educación? ¿No quería verlo obtener un buen trabajo con buena paga y pensiones del Estado y tarjetas de ración? Por supuesto lo quería, entonces, ¿POR QUÉ NO CAMBIABA DE NOMBRE? ¿CÓMO ME ATREVÍA A LLAMARME MADRE!

Me gritó y me amenazó fuerte por algunos minutos. Me senté en silencio y lo escuché. Entre menos hablara, él llegaría al punto más rápido. Y sabía de qué se trataba.

Divorcio. ¿Qué caso tenía, dijo al fin, mantenerme atada a mi esposo? ¿Un contrarrevolucionario, que quizás, no vería nunca más? Era un asunto de sentido común para una mujer joven e inteligente como yo obtener un divorcio de un enemigo del Estado. Si no lo hacía ahora, con certeza lo haría después. ¿Cuánto tiempo creía que podría levantarme en contra del Estado en esta estúpida y ciega desobediencia?

Entonces me dio imágenes que rompían el corazón sobre mi destino fatal. ¡Amor, se burlaba, amor! Todo era falso, no existía. Lo que necesitaba era un nuevo esposo y padre para mis hijos. No había amor para los contra-revolucionarios.

Pensé: “Te atreves a decirme esto en mi hogar”.

Pero mi mejor defensa era mantenerme callada.

“No me casé con mi esposo sólo por los momentos felices. Estábamos unidos para siempre, y cualquier cosa que viniera no me hará divorciarme de él.”

Discutió y discutió durante otra media hora y en todo ese tiempo no le contesté nada. Ni Dios puede contradecir a alguien que se queda callado. Finalmente el hombre se retiró, moviendo su cabeza para todos lados.

“Tarde o temprano vendrás a nosotros”, me dijo. “Todos lo

hacemos, usted lo sabe.”

Le escuché bajar las escaleras de manera ruidosa. En busca de su nueva víctima. Con quién, casi imposible, tendría más suerte.

Hacia todo el esfuerzo posible por hacer que las esposas de los prisioneros pidieran el divorcio. Primeramente, el deseo de los prisioneros a resistirse, aun a vivir, era más fácil de romper si escuchaban que su esposa lo estaba abandonando. Luego, era una forma de involucrar a las esposas en la vida comunista. Una vez que se lograba el divorcio, las mujeres estaban ansiosas de olvidar a sus esposos y la forma más fácil de lograr esto era enrolarse en el Partido. Conocía casos de mujeres divorciadas que repetían como cotorras los slogan para mofarse de los prisioneros políticos, los hombres que habían amado y los padres de los hijos que habían tenido. En tercer lugar, los hijos sin padre estaban a merced del Estado, para ser adoctrinados desde las edades más tempranas.

Sólo se necesitaba una palabra para romper el vínculo. Decías “Sí” cuando el oficial llamaba. Él se encargaría del resto.

Unos días después, le informaban al esposo delante de sus compañeros de celda: “Tu esposa ha decidido divorciarse”.

El hombre pensaría: “¿Quién se preocupará de mí ahora? Soy un tonto por no darme por vencido y firmar cualquier papel con cosas sin sentido que quieran, y así me liberarían. Pero aun si lo firmaba, podría ser que no lo liberaran hasta muchos años después, y mientras tanto su esposa tenía hijos con otro hombre. Así destruían hogares y familias. Un solo libro no podría contar sobre las tantas historias que supe después de mi liberación.

En prisión, las mujeres siempre decían: “¡Qué estúpida fui, al pelear con mi esposo por nada! ¡Qué buena y amante esposa sería, si me liberaran!”

Pero afuera, cambiaban el tono muy pronto. “¿Por qué no divorciarme de él, si eso es lo que quieren? Podría estar en prisión toda su vida. ¿Cómo puedo alimentar a mis hijos sin tarjetas de ración, cómo puedo conseguir un trabajo? Él no se preocupó...” Entonces se convencían a sí mismas a decir “Sí” al oficial del Ministerio.

Les decía a mujeres como éstas que debíamos amar a los hombres como son, no por lo que creemos que deben ser. Les aconsejaba pensar en los momentos felices de su vida de casadas, y que lo usaran para combatir la tentación.

Muchas veces, fallaba. Las presiones eran muy severas.

Pero algunas veces ayudaba a las personas a ver los problemas matrimoniales con otra disposición con una simple broma. Recordaba una vieja historia judía. Un esposo desconcertado venía donde el rabino

a quejarse de que su esposa había dado a luz un hijo tres meses después del matrimonio. “¿Debe haberme traicionado!” le decía. El rabino le contestó: “Para nada. Has vivido con tu esposa tres meses. Ella ha vivido contigo tres meses. Han vivido juntos tres meses. Esto da un total de nueve meses. Todo está en perfecto orden.”

Muchas veces recurría a compromisos un poco como éstos intentando arreglar un matrimonio.

O cuando mujeres venían a mí diciendo que querían divorciarse de su esposo que estaba en prisión. Les contaba la bella historia de como es en los Malagasis, la gente del Madagascar. Ahí, cuando una pareja desea divorciarse, van por separado ante un juez quien les hace preguntas con gran detalle sobre lo que han vivido. El juez escribe sobre las dos declaraciones y cuando llega el día del juicio, él dice que sí el divorcio es posible, pero primero la pareja debe leer lo que ha escrito.

La esposa leía: “Mi amada, en este día cuando nos divorciamos, recuerdo el bello día cuando nos conocimos. ¡Cómo deseaba estar entre tus brazos, convertirme en tu esposo! No podía esperar a que terminara el trabajo para estar cerca de ti. ¿Recuerdas nuestro primer beso... Y así él describe todos los momentos más felices y los recuerdos compartidos en la vida juntos. Mientras tanto el esposo está leyendo una declaración similar hecha de los recuerdos de la esposa, la cual termina con una gratitud profunda por todos los buenos momentos, a pesar del conflicto actual. Muchas veces la pareja termina llorando, y van a casa en paz.

Nunca llegas al final de un matrimonio y el rompimiento de una amistad, cuando recuerdas las cosas bellas que sucedieron. Pero no recordamos muy a menudo.

Janetta y yo conocimos una mujer atractiva llamada Maura Dalea que tenía dos hijos pequeños, y el esposo en la cárcel. Un prisionero político. No había escuchado nada durante siete años. Se involucró con otro hombre. Los niños crecieron, llenos de propaganda comunista.

Después, al fin, llegó una tarjeta de la prisión. Ella le envió un paquete, pero no le contó nada sobre su relación.

Después de once años lo liberaron. Buscó a su familia. Los hijos, un niño y una niña, tenían doce y trece años.

“No sabemos quién eres”, le dijeron con crueldad. “¿Padre? ¡Ya tenemos un buen padre!”

Trató de conquistar a Maura de nuevo. Pero fue muy tarde. Ella se divorció de él y se casó con el otro hombre.

Eso acabó al esposo. Lo vi varias veces en la calle, con su terrible, cara demacrada. Pero él me evitó. Unos años después, destrozado por los años en la prisión y la decepción, murió.

Janetta dijo: “Lo que está pasando en la prisión es lo menos

importante de esta tragedia. Cientos de miles de personas, toda esta generación y la generación concebida en estos años, llevarán las marcas de lo que el comunismo nos ha hecho.”

Algunas veces podía ayudar a la gente en estos problemas, porque yo también los tenía. Fui tentada en más de una ocasión durante los catorce años que estuvo Richard en prisión.

La ocasión más seria se dio cerca de un año después de mi liberación. Un hombre que venía a nuestras reuniones se enamoró de mí. Yo tenía cuarenta y tres años y estaba sola con un hijo que debía ayudar en la etapa más difícil de la adolescencia cuando los muchachos necesitan un padre. Los años pasaban a una velocidad increíble. Y no sabía ni una noticia sobre Richard, ni una palabra.

Era un soltero que tenía casi mi edad, un hombre fuerte, y sólido a quien Mihai le tenía gran cariño. Un judío cristiano, vivía en una habitación con sus padres ancianos. Nos visitábamos, y algunas veces llevaba a Mihai al cine o le ayudaba con sus estudios. Mihai estaba trabajando muy duro con sus libros en casa.

Era un hombre gentil y agradable, que sabía hacerme reír. La idea cruzó mi mente: aquí hay un hombre con el que una mujer podría vivir con amor y confianza. Algunas veces me daba su mano mientras hablábamos, y me miraba a los ojos con tanto cariño. No podía retirar mi mano. Nunca llegó a ser lo que la ley y la Iglesia llaman adulterio. Pero era adulterio a los ojos de Dios. Y en mi corazón.

Por suerte, el pastor Grecu vio lo que estaba pasando y me habló como desearía que cualquiera que vea a un amigo caer en tal situación lo hiciera.

“Sabes cuánto te quiero y te aprecio”, me dijo. “Y eso no cambiaría pase lo que pase.”

“Los conozco a ti y a Richard desde hace muchos años. Y espero que sepas que ya sea que cometas un pecado o no, que mantengas tu fe o la pierdas, te seguiré queriendo de la misma forma. Porque sé lo que eres, y no por lo que haces.”

“Entonces, perdóname si te pregunto, ¿qué hay entre tú y Paul?”

Guardé silencio por un momento.

Continuó: “No creas que yo no he tenido tales pruebas también. Por favor contesta mi pregunta.”

“Él está enamorado de mí.”

“¿Y lo estás tú de él?”

“No lo sé. Quizás.”

Me dijo: “Recuerdo algo que Richard solía decir: ‘Ninguna pasión se resiste a la barrera de la razón. Si tomas tu tiempo, si te das tiempo para pensar todo el daño que le puedes causar a tu esposo o esposa, a tus

hijos también.' Quiero que tomes una decisión difícil, la más difícil de todas. No veas más a este hombre."

Sabía que él estaba en lo correcto. Con algo de dificultad, evité a Paul semana tras semana. Entonces dejé de tratar de verme.

Después me di cuenta de que el pastor Grecu le había hablado, también, recordándole a Richard, en prisión. Sólo entonces pude ver qué tan cerca había estado de traicionar todos los años de espera y confianza. Me arrodillé y oré.

Hubo otras tentaciones. Catorce años es mucho tiempo. Muchas veces estuve cerca de caer. Muchas veces fue tan sólo la debilidad de la carne. La sexualidad es una fuerza que atrae sin remordimientos, y uno debe, en ocasiones, evitar juzgar con rudeza. Uno puede recordar entender la debilidad propia tanto como la de los demás.

Una mañana estaba en la iglesia, fregando el piso, cuando Marietta entró apresurada, moviendo una tarjeta en su mano.

Las lágrimas bajaban por su mejillas. "Creo, creo que es de..."

No pudo continuar, pero se arrodilló en las húmedas bancas junto a mí, sin aliento.

Le di vuelta a la tarjeta. Estaba firmada "Vasile Georgescu", pero era la letra de Richard, grande e irregular y bella, era inconfundible. Mis ojos se empañaron.

Sabía que los presos políticos sólo podían escribir diez líneas censuradas. ¿Qué podría decir, después de tantos años, sin saber si su esposa y familia vivían? La vi.

Este mensaje tan querido y anhelado en mis sueños decía: "El tiempo y la distancia disipan un amor pequeño, pero un gran amor se hace más grande..." Y me pedía que fuera a verlo en una fecha indicada a Tirgul-Ocna, un hospital para prisioneros.

Muy pronto la noticia se propagó por la Iglesia Subterránea. La gente de todo el país aprendió de memoria el mensaje. Se convirtió en un talismán de fe.

En prisión, le habían quitado a Richard hasta su nombre. Era "Vasile Georgescu". No les permitían a los guardianes saber su identidad. Si el secreto se escapaba, podía ser que les hicieran muchas preguntas. Debía desaparecer sin rastro. Pero eso fue en 1948.

Ahora Khrushchev estaba trabajando para conseguir el poder supremo en Rusia y había señales de grandes cambios por venir. Durante 1954, después de la muerte de Stalin, ansiamos que el Occidente viniera e hiciera algo por nosotros. Pero en 1955 llegó el Comunicado de la Conferencia de Génova, y luego la entrada de Rumania a las Naciones Unidas. Estábamos impresionados con las noticias del país.

Nadie podía imaginar que Rumania podría convertirse en miembro de las Naciones Unidas sin que fueran liberados.

Pero aunque las demandas de las Naciones Unidas sobre la liberación de los presos políticos y religiosos no eran escuchadas, al menos hubo cambios en las prisiones. Supimos que la comida era mejor y que ahora tenían medicamentos. Había rumores de amnistía. Permitían más visitantes.

La tarjeta de Richard fue la mejor noticia que pude haber tenido. Pero, yo, que ansiaba tanto verlo, no podía ir. Debía presentarme a la estación de policía cada semana. Se rehusaban a retirar la restricción de que no podía salir de Bucarest. Entonces Mihai tuvo que tomar mi lugar.

Tirgul-Ocna era un pequeño pueblo alejado en el norte, al otro lado de las Cartapianas. El tren hacía el viaje a través de las montañas. Arreglé las cosas para que la "tía Alice" pudiera acompañar a Mihai. Esto no significaba que ella podría ver a Richard, pues la esposa y los hijos eran las únicas visitas que permitían.

Esperé. Estuvieron lejos dos días, y todo el tiempo las preocupaciones llenaron mi cabeza: ¿Podrían verlo? (Recordaba lo que Mihai había viajado para verme y cómo había tenido que regresar sin lograrlo.) ¿Le permitirían a Richard recibir alguna ropa caliente y la comida que le había empacado? Puesto que estaba en el sanatorio de la prisión, debía estar muy enfermo. ¿Sería capaz de levantarse, o de hablar con Mihai?

Regresaron, tarde en una noche de diciembre. Les escuchamos cuando subían las escaleras.

"¡Lo vimos! ¡Lo vimos!" gritó Alice antes de llegar a la puerta. Y continuó: "¡Está vivo! ¡Está bien!"

Entraron con los hombros cubiertos de nieve.

"¡Mihai!"

"¡Madre! Papá está bien y dice que te diga que sabe que regresará pronto. Él me dijo: 'Si Dios puede realizar un milagro y permitirle verme', dijo, 'puede hacer dos y reunirnos a todos'."

De repente estábamos todos llorando. Luego les dimos algo caliente para tomar, y nos contaron la historia. Marietta y Peter estaban allí. Nos pusimos muy contentos. Aunque éramos un lisiado, una epiléptica, la esposa e hijo de un prisionero, no había impedimento para nuestro gozo. Las mejillas de Alice se tornaban rojas y sus manos delgadas se movían con excitación mientras hablaba.

"Tuvimos que esperar horas y horas en la nieve. Nos dejaron pasar por el portón principal, después tuvimos que esperar en un recinto de alambre de púas lejos del edificio del sanatorio. Los prisioneros debían pasar por un espacio abierto para llegar a una gran choza de latas donde

recibían a los visitantes. Era terrible verlos. ¡Escalofriante! Grupos de formas tambaleantes entre la nieve. Como fantasmas grises. Y entre ellos, siguiéndoles, vi a Richard. No podías dejar de verlo, es tan alto. Le saludaba con las manos como loca, pero él no podía verme. Estábamos todos apuñados, y todos saludábamos. Sólo le permitieron a Mihai hablarle.”

Cuando al fin salieron, no había tren de regreso, y tuvieron que quedarse con unos campesinos en un pequeño pueblo.

Mihai estaba tan emocionado por haber visto a su padre que al principio no pudo decirme mucho. Pero yo estaba muy contenta para pensar en eso. Le permitieron dejar la comida y la ropa.

Sólo después me di cuenta de qué tan chocante fue para él ver a su padre. Ver al padre que amaba y respetaba tras las rejas, con la cabeza afeitada, delgado como un esqueleto.

Mihai había explotado de inmediato con las palabras que había estado preparando: “Mami dice que no te asustes, pues si no nos reunimos de nuevo en la tierra, lo haremos en el paraíso.” ¡Palabras reconfortantes! Richard sonrió y le preguntó: “¿Tienen suficiente comida?” Mihai le respondió: “¡Oh, sí, nuestro Padre vela por nosotros!” El oficial político de la cárcel, que estaba escuchando, sonrió. Pensó que significaba que me había casado de nuevo.

En tales condiciones, podían decir muy poco. Las últimas palabras de Richard fueron: “Mihai, el único regalo que puedo darte como padre es decirte esto: ‘Persigue siempre las más altas virtudes cristianas, las cuales son mantener siempre la medida indicada de todas las cosas’.”

Puse la tarjeta de Richard entre las hojas de mi Biblia. De vez en cuando la vuelvo a leer por más de la centésima vez. En prisión se convirtió en un maestro de la escritura minúscula. Me dijo después que los demás venían a él pues podía poner tanto significado en poco espacio. También se preguntaban unos a otros lo que podían decir, y las palabras de Richard se propagaron. El resultado fue que docenas de prisioneros comenzaban sus tarjetas: “El tiempo y la distancia pueden apagar los amores pequeños, pero engrandecen los grandes”. Así los mensajes de amor y esperanza se iban a lugares distantes en todas partes.

El año 1956 inició una rebelión en todo el bloque comunista. Los “Planes de Cinco Años” no habían llegado a nada. La comida escaseaba como nunca. Los salarios se mantenían bajos. Todas las esperanzas se levantaron después de que la muerte de Stalin se desvaneció.

Entonces, en febrero, en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista, Khrushchev dio un discurso secreto denunciando a Stalin y

sus trabajos. Los rusos nunca lo publicaron, pero en poco tiempo en cada país de Europa del Este se sintió la brisa tibia del deshielo en Moscú.

Cada vez más rápido llegaron las señales de la destalinización. Las enormes fuerzas de la milicia y de la Policía Secreta fueron reducidas de tamaño. Negociaban contratos de negocios de millones de dólares con países de Occidente para salvar la economía. Se redujeron las colectivizaciones. Empezaron los problemas en muchos de los países del bloque comunista para ver quién se quedaba con el poder del Partido. Y lo más maravilloso de todo, estaban liberando cientos de prisioneros cada día debido a la amnistía.

No me atrevía a pensar que Richard pudiera estar entre ellos. No teníamos ninguna pista, ninguna noticia. Todavía le quedaban doce años de sentencia.

Una hermosa mañana en junio de 1958 salí a visitar a unos amigos. Y cuando regresé, ahí estaba. Puso sus brazos sobre mí.

Fue una noche de risas, lágrimas y saludos de amigos que habían venido de todas partes de Bucarest. Muy pasada la medianoche, pedimos prestado un colchón de unos vecinos e hicimos una cama. Richard es tan alto que tuvimos que poner una almohada en una silla para que pusiera los pies.

No durmió. Lo sé porque Janetta y yo no pudimos dormir tampoco. En pocas horas se levantó, caminó en silencio y miró a Mihai por largo rato, como para asegurarse que en realidad estaba allí.

Richard había sufrido golpizas y mutilaciones en prisión. Tenía dieciocho cicatrices en su gastado cuerpo, pero no había hablado. Los doctores descubrieron que sus pulmones estaban cubiertos con las heridas sanadas de tuberculosis. Simplemente no podían creer que había sobrevivido ocho años y medio (casi tres de ellos en confinamiento solitario en una celda bajo tierra) virtualmente sin tratamiento. Ahora le daban la mejor cama en los salones de los hospitales. Todos los prisioneros que habían sido liberados eran tratados con amabilidad y generosidad por todas las personas donde quiera que iban. Eran el grupo más privilegiado en Rumania, lo cual enfurecía a los comunistas.

Richard tenía que moverse continuamente. Los hermanos se reunían y venían de todas partes del país para verlo. Tenía que ir de un hospital a otro para evitar la atención de la Policía Secreta.

Muy pronto después de que se puso mejor, celebramos el vigésimo aniversario de nuestra boda. Richard no tenía un centavo para comprarme un regalo. Pero consiguió un hermoso cuaderno y en él, cada noche, escribía versos, poemas de amor, para mí. Mihai y otros amigos cercanos también escribieron pequeños mensajes en él. Y el día

de nuestro aniversario, me lo dio. Pero este preciado regalo no sería mío por mucho tiempo.

Durante la primera brisa de suavizamiento político, le dieron a Richard una licencia para predicar. La persecución había unido a las iglesias, y fue invitado a hablar en una catedral ortodoxa en Sibui, donde el sacerdote era un viejo amigo.

“El único problema es que debo pensar en la Metropolitana”, le dijo. “Esperarán que hagas la señal de la cruz y todo lo demás.”

Richard le dijo: “Haré tantos signos como sean necesarios por la prescripción del rito ortodoxo mientras que me permitan hablar sobre Su Cruz”.

Fui a Sibiu con él. Todavía estaba débil y debieron buscar algo para que se sentara mientras hablaba. Decidieron llevarle el trono metropolitano. Y cuando vieron esto, se esparció el rumor que el mismo Metropolitano iba a predicar. Y a cambio llegó este hombre. Que era, como decía la gente, un judío.

Richard no sólo hizo la señal de la cruz, también predicó sobre la cruz y su significado. Era un sermón que no tenía significado político, en la superficie. Sin embargo los informantes de la iglesia reportaron cada palabra, y la Policía Secreta entendía su significado oculto, a veces mejor que los cristianos.

La próxima vez que habló, dando una serie de charlas a los estudiantes de la universidad de Cluj, enviaron a uno de los hombres importantes del Ministerio de Cultos a escucharlo. Este hombre reportó que los sermones de Richard eran “torrentes de sedición”. La sedición consistía en el hecho de que respondía a cada uno y todos los argumentos marxistas en contra de la religión y los desacreditaba. Presionaron al obispo luterano, contra su voluntad, a privar a Richard de su licencia para predicar en Rumania. La había tenido tan solo seis meses.

El representante del Ministerio de Cultos dijo en la siguiente reunión de los pastores luteranos, con odio en su voz: “¡Wurmbrand está acabado, acabado!” Y salió del edificio.

Pocos minutos después se escuchó un ruido de frenos de auto y un terrible estruendo. El hombre había sido arrollado y estrellado contra el muro por un auto que inexplicablemente subió a la acera.

Richard continuó predicando en secreto. Iba con rapidez de un lugar a otro. Hablaba poco en iglesias pequeñas y en las reuniones clandestinas y se iba de inmediato antes de que alguien pudiera reportarlo con la policía local. Salía de la casa sin decirme siquiera a dónde iba, y vivía con un miedo constante.

Mihai lo apodaba “El Fantasma Predicador”, pero sabía que no era broma. Podían arrestarlo en cualquier momento.

Antes de que terminara el año, los levantamientos en Polonia y Hungría fueron aplacados con rapidez. El suavizamiento político tuvo una vida muy corta.

Pero en los cuatro meses entre su liberación y las revoluciones de octubre, tuvimos un respiro. Un pequeño seminario teológico en Sibiu fue autorizado a entrenar unos pocos pastores jóvenes. Mihai decidió que se uniría.

Ahora tenía dieciocho años, y tenía un carácter de acero. Se parecía muy poco al niño que Richard había dejado años atrás. Había pasado por tantos problemas espirituales tantos como duro trabajo físico durante ese tiempo. Pero, entre todas sus dudas y a pesar de la adoctrinación, había permanecido siendo cristiano.

Richard le ayudaba ahora a fortalecer sus creencias. Pero para empezar le dijo: “Te amo, y te respeto, pero tú eres tú y yo soy yo. No pensamos igual en todo. ¡Tengo personalidad propia!”

Mihai había pasado todas sus pruebas de secundaria sin un día de escuela después que cumplió quince. Ahora estaba dispuesto a entrar al ministerio.

Richard le dijo: “¿Estás seguro de que quieres ir al seminario? En realidad no lo recomiendo a un hombre tan joven.”

“¿Por qué no?”

“Porque la forma en que enseñan los seminarios en estos días es más bien destructiva. No te enseñarán a amar a Dios, o a la Biblia, o la mejor forma de seguir a los santos. Disectarás la Biblia, te alejarás de la Palabra de Dios. Podría ser dañino para tu alma. Algunos de los profesores son santos, otros están lejos de serlo.”

Pero Mihai estaba decidido.

Cuando fue a casa a pasar la Navidad, tuve un choque. Durante la oración familiar, Richard leyó un pasaje de los Evangelios, en los cuales Jesús hace mención del Antiguo Testamento.

“Oh”, dijo Mihai después. “No creo que signifique eso. De todas formas, Jesús no tenía el conocimiento y el estudio que se necesita para dar una interpretación del Antiguo Testamento bajo las medidas científicas.”

“¿No lo tenía?” le dije, queriendo estallar en llanto. “Demos las gracias por eso.”

Mihai superó sus ímpetus tempranos. Le hablamos, y al final se opuso a las enseñanzas inspiradas en el comunismo, lo cual le trajo muchos problemas.

Su ideal era convertirse en un misionero en la India en ese entonces. Estudió las religiones hindúes y sus prácticas. Yo tuve un poco de miedo cuando le vi pararse de cabeza durante muchos minutos, de acuerdo con

las reglas del Hata-Yoga. Le pregunté: “¿No crees que Dios nos dio las piernas para pararnos sobre ellas?”

Para su tesis empezó a trabajar en un estudio sobre los predicadores británicos no conformistas, Booth y Spurgeon, hombres que se preocuparon muy poco sobre los estudios teológicos oficiales.

Los comunistas deseaban mantener la escuela abierta para impresionar al Occidente (Rumania acababa de entrar en el Concilio Mundial de Iglesias) pero con la menor cantidad de estudiantes posible. Cuando 400 aplicaron para unirse, las autoridades se alarmaron. Les dijeron que si insistían, sus padres podrían perder los empleos. Por eso muchos se alejaron “voluntariamente”. Para el año 1965 quedaban sólo cinco estudiantes en el seminario de Cluj. Había seis estudiantes en el seminario bautista de Bucarest.

Mihai se las arregló para llevar sus estudios durante tres años en Sibiu. Había una buena biblioteca y algunos de los profesores eran excelentes hombres. Por esto no estaba en casa cuando arrestaron a su padre por segunda vez.

Sabíamos que esto estaba por suceder. La nueva ola de terror empezó en 1958. Y ahora todos podíamos ver como nos habían engañado. Muchos realmente creyeron que los comunistas estaban interesados en tener algún tipo de trato con el Occidente. Que cambiarían. La gente había vivido toda la decadencia en el pasado y aun ahora no creían en lo profundo que era esta mentira.

En julio de 1958, una serie de leyes se dictaron con más fuerza de la que alguien hubiera visto en los países vecinos. Ordenaron la pena de muerte por las más pequeñas ofensas, e iban a practicarse sin restricciones para el otoño. Regresaron los arrestos masivos. Enviaron a miles a nuevos campos de labores de proyectos nuevos, tales como la limpieza del delta del Danubio. Todos los delincuentes juveniles (o sea, los jóvenes que criticaban al gobierno) era enviados a las “redes”.

Empezó una nueva purga en los rangos oficiales. Todos aquellos con orígenes sociales dudosos, que habían conseguido trabajo durante la “suavización” eran despedidos ahora. Una regla les prohibía, y a sus hijos, que pudieran trabajar en alguna dependencia política de servicios públicos.

La lucha contra la religión se inició de nuevo. Por órdenes de Khrushchev se cerraron todas las iglesias y arrestaron a los sacerdotes por toda Europa del Este como parte de la campaña del sétimo año “para erradicar las supersticiones”.

Nuestro ático era en ocasiones más que el centro de la Iglesia Subterránea. No podría escapar de la atención durante mucho tiempo.

Cada noche Richard oraba: “Dios, si sabes de algún prisionero que requiera de mi ayuda, envíame de vuelta a la prisión”. Yo decía un Amén lleno de dudas para estas plegarias.

Una noche de enero de 1959, llegó una mujer de nuestra iglesia llorando. La semana anterior se había llevado prestados unos sermones de Richard. Cientos de estos, copiados circulaban por toda Rumania. Era estrictamente contrario a la ley. Ahora la policía había irrumpido en su apartamento y se habían llevado unas copias.

También nos dimos cuenta por medio de un informante del Partido que un joven pastor había denunciado a Richard. Quizás lo habían chantajeado – obligado a firmar una declaración bajo amenazas de enviarlo a prisión. De cualquier forma, hizo eso y no es mi deber juzgar sus motivos. Lo apreciábamos mucho y es mejor que siguiéramos queriéndolo.

El miércoles 15 de junio, a la 1 a.m., la policía golpeó la puerta y entró a nuestro ático antes de que pudiéramos salir de la cama. Encendieron las luces.

“¿Es usted Richard Wurmbrand? Vaya a la otra habitación y quédese allí.”

Nuestro diminuto apartamento estaba lleno de hombres que abrían gavinetas, volcaban las gavetas. Sobre el escritorio de Richard, donde escribía, encontraron papeles con notas, sermones escritos a máquina, Biblias gastadas. Todo fue confiscado.

Entonces encontraron mi regalo de aniversario, el cuaderno en el cual Richard y Mihai me habían escrito versos.

“Por favor no se lleven eso. Es algo personal, un regalo. No tiene valor para ustedes.”

Se lo llevaron.

El capitán a cargo, sacó a Richard de la otra habitación. Lo habían esposado.

Les dije: “¿No se avergüenzan de tratar a la gente inocente de esta forma?”

Richard se movió hacia mí. Le tomaron las manos. Les advirtió: “No saldré de esta casa sin dar pelea, si no me permiten abrazar a mi esposa”.

“Déjenlo ir”, dijo el capitán.

Nos arrodillamos juntos a orar, con la Policía Secreta a nuestro alrededor. Luego cantamos un himno, “La base de la iglesia es Jesucristo, nuestro Señor”.

Una mano cayó sobre el hombro de Richard. “Debemos irnos. Son casi las 5 a.m.”, dijo el capitán. Pero lo dijo con suavidad y sus ojos brillaron.

Los seguí por las escaleras. Richard se volvió y me dijo: “Dale todo mi amor a Mihai, y al pastor que me denunció”. Lo empujaron a una camioneta.

Cuando la echaron a andar, empecé a gritar: “¡Richard! ¡Richard!”

Corrí tras la camioneta, gritando y llorando. A lo largo de la calle helada. Luego se esfumó en la esquina. Tuve que detenerme, sin aliento, confundida.

De vuelta al ático, la puerta estaba abierta. Llorando, caí al suelo.

Grité: “Señor, entrego a mi esposo en tus manos. No puedo hacer nada, pero tú puedes atravesar puertas que están cerradas. Puedes poner ángeles a su alrededor. ¡Puedes traerlo de vuelta!”

Me senté en la oscuridad, orando. Hasta que el nuevo día llegó. Entonces empecé a recordar que todavía tenía que hacer. Alice vino a verme. Le dije: “De nuevo me han robado a mi Richard”.

El nuevo terror

Primero debía decirle a Mihai. No sería fácil. Había pasado por tantas tragedias. Y debía mantener la noticia en secreto por los informantes en la escuela, o podrían expulsarlo. Por esta razón yo no podía ir a Sibiu. Allí mi conocían.

Temprano, la mañana siguiente, Alice tomó el tren, y esperó en un pequeño parque cerca de la facultad de teología, por donde Mihai debía pasar. No podía atreverse a preguntarle a otros estudiantes. Si reportaban su visita (y era una ofensa no hacerlo) la noticia se sabría.

Solo podía desear que Mihai pasara por allí. Estaba muy frío en el parque. La nieve colgaba de las ramas y caía a pocos en las bancas. Casi al anochecer, llegó.

“Sí”, le dijo. “Lo estaba esperando. Dile a mi madre que regresaré de inmediato a casa. Podrían llevársela también.

“Pero tus estudios”, le dijo Alice. “casi tres años has trabajado...”

“¿Qué importan? Muchas veces son los pastorees con diploma los que traicionan y destruyen lo que los verdaderos “pescadores de hombres” han construido. Mejor sin un diploma. Me sacarán pronto, de todas formas. Cuando se les antoje.”

Era muy tarde cuando Alice regresó al ático, y me dijo lo que habían hablado.

Pude ver a Richard una vez más antes de que desapareciera durante otros seis años. Era un juicio. Los familiares podían asistir. El Partido se había puesto un poco más formal desde la última vez en 1948. Le decían al mundo que no encarcelaban a los hombres por nada; tenemos nuestros tribunales, nuestros jueces.

Ahí estaban sentados, cinco de ellos, en una plataforma elevada bajo un letrero rojo que decía: JUSTICIA PARA LA GENTE EN SERVICIO DE LA GENTE. Sobre este estaban los retratos de Gheorghiu-Dej y de otras caras bien alimentadas del partido.

Los enemigos de la gente entraban por una puerta y salían por otra; escuchaban el caso, ofrecían una defensa, dictaban una sentencia en minutos. Sacerdotes, campesinos, gitanos, periodistas se movían como

si estuvieran en una faja de transporte.

Un barrendero se había embriagado y había gritado: “Gheorghiu – Dej es un viejo idiota. ¡Debería regresar a pilotar su “puf – puf!!” (Dej era un antiguo ferrocarrilero.) Se discutió el insulto en la corte mientras que el abogado clamaba por clemencia. “Dos años”, dijo el Presidente. Salí el barrendero, y entró Richard.

No pude escuchar una palabra de lo que se dijo, él tampoco. Tan solo nos miramos uno al otro. Esta podría ser la última vez.

Mihai me contó después que era como escuchar de nuevo su juicio secreto que tomó lugar en 1951. Le cancelaban la amnistía, le restituían de nuevo la antigua sentencia. Y mientras salía, volvió su cabeza y nos sonrió. Tomo un par de minutos.

El ayudante, un hombre cansado, vino y me dio un papel. Decía que Wurmbrand, R, nacido en 1909, etc., etc., era sentenciado veinticinco años. Un aumento de cinco años.

Después nos dimos cuenta de que la sentencia también incluía una multa grande, más “gastos legales”. Y de nuevo confiscaron toda nuestra propiedad; esto le sucedía a todas las familias de los prisioneros políticos. No teníamos dinero, por lo tanto dos oficiales de la oficina de impuestos vinieron y discutieron el asunto. Luego se fueron con las pocas cosas de valor que habíamos reunido desde que me liberaron en 1953.

Nos dejaron las camas, una mesa y dos sillas. Pensamos que teníamos suerte. Pero durante los siguientes seis años vinieron una y otra vez, exigiendo dinero, confiscando. En invierno y verano, luché contra la burocracia por nuestras pobres pertenencias. Era un momento de miedo frenético. Cada día arrestaban a nuestros amigos. Casi todas nuestras personas amadas estaban de nuevo en prisión. Día y noche cesaron de existir. La gente venía de todas partes del país con historias de terror, de iglesias cerradas y de amigos secuestrados.

Mientras todo esto nos sucedía, Khrushchev realizó su visita a los Estados Unidos para “romper el hielo”, y se hablaba de una reunión al más alto nivel en París para mayo de 1960.

Estábamos discutiendo los prospectos del apartamento de la señora Landauer.

“Ya verás, Sabina”, me decía. “Después de esta reunión liberarán a tu esposo. Llegarán a un acuerdo. Abrirán las puertas de la prisión.”

Entonces sonó el teléfono; un vecino para decir que la policía estaba en el ático.

“No regreses esta noche. De seguro te arrestarán. Ya se llevaron a Alice.”

Alice era quizás la mujer menos egoísta y la más generosa que conozco. Todo lo había dado a los demás. Cuidaba a los hijos de los

prisioneros políticos. Niños que eran literalmente lanzados a la calles. Este era su crimen.

La golpearon con furia porque se negó a informar sobre amigos durante los interrogatorios. Le quebraron los dientes y los huesos. Luego, la sentenciaron a ocho años de cárcel.

La policía buscó en nuestro ático durante dos horas. Además de Alice, arrestaron a una muchacha que llamó a la puerta, lo cual sucedía a menudo.

Regresamos más tarde al maltrecho ático. Había papeles y ropa tirada por todos lados. Las camas vueltas al revés. Hasta acuchillaron los colchones.

Mihai me dijo: “¿Sabes lo que se llevaron? ¡La gran Cura para el Reumatismo!”

La vieja señora Tomaziu había copiado páginas de un libro médico alemán, que explicaba como dar tratamiento dudoso al reumatismo. Insistió en prestármelo. “Es un libro muy raro, querida. Solo podría tenerlo un día. Por lo tanto, hagas lo que hagas, no pierdas mis notas.” Pasé un rato difícil tratando de explicarle lo que había sucedido y que la Policía Secreta se lo había llevado. No creo que logré convencerla por completo.

Pasamos horas y días tratando de obtener información sobre Alice y otros amigos que eran arrestados día tras día. Era raro lograr algo. Desaparecían en el fondo del pozo de las prisiones. Quizá algún día sabríamos de ellos de nuevo. (Pasó un largo tiempo después del arresto de Alice para que supiéramos lo que le había sucedido).

Parecía que todos nuestros amigos se estaban yendo.

El anciano señor Trifu, quién había sido como un abuelo para Mihai. Era poeta en el grupo de W.H. Davies; sin educación formal, un hombre de campo que escribía líricas con celestial simpleza y profundidad. Mihai, fue, por decirlo así, criado en su regazo.

Y Nailescu, quizás el mejor compositor de música religiosa del país. Dejó a su esposa y cuatro hijos, a quienes lanzaron a la calle.

Y el pastor Armeanu. Le he contado a la gente del Occidente su historia. Piensan que es una broma. Fue sentenciado a veinte años por predicar: “Lancen sus redes por la derecha..”

“Ah”, dijeron. “¿Por qué no del lado izquierdo? Propaganda imperialista!”

Un informante reportó este sermón. Lo tomaron como un pretexto para su arresto.

El pastor Armeanu dejó atrás a su esposa y a cinco niños pequeños. Los deportaron a un lugar desértico, Baragan. Un día, la señora Armeanu llegó a nuestra puerta, exhausta y enferma. La hicimos

quedarse. No era un problema. Por el contrario, su manera dulce, que tomaba todo sin quejarse, nos ayudó a todos.

Pero ahora éramos cinco.

El hombre que sospechábamos reportó al pastor Armeanu, llegó una noche a la reunión de la Iglesia Subterránea.

La señora Armeanu susurró: “Déjenlo estar aquí. Lo forzaron a hacerlo. Quería olvidar y perdonar.”

Pero yo no. Y le pregunté: “¿Por qué lo hizo?”

Se resolvió a hablar. “Me molestaron durante meses, de cualquier forma no dije nada que no fuera verdad. Dijo las palabras que yo había reportado y aunque yo no lo hubiera hecho, eran palabras contra – revolucionarias. Era mi deber.”

“Pero entonces, estás del lado de un régimen que no se detiene ante nada? Que mata y arresta hombres inocentes, que envenena los niños con el ateísmo!”

Se conmovió molesto: “Oh, no. Por supuesto que no.”

“Entonces, ¿por qué no informaste que estás en contra del régimen, en vez de decir que tu hermano está en contra?”

Había amargura en mi corazón. Sabía que los pastores, los amigos e incluso el obispo tenían algo de culpa por el arresto de Richard. Se amaban a si mismos más que los principios que predicaban. Luché contra mi misma, sintiendo odio en mi corazón porque se habían llevado a mi esposo. Y a tantos esposos. Oré, pero no pude encontrar paz.

Entonces Marietta recortó una imagen de Cristo en la cruz de algún libro de los maestros italianos. Mis ojos miraban hacia el clavo donde estaba en la pared del ático. Y recordé sus palabras: “Padre, perdónales, pues no saben lo que hacen”. Y también: “Tengo sed” .

Cuánta sed tenían, los que engañaban, de perdón. El cual no les daría. El cual me guardaría en mi amargura.

Y con ese pensamiento algo cambió en mi. Sabía que aun para los santos llega el momento en que el amor hacia ellos mismos es más grande que el amor a Dios. El obispo luterano Mueller, un buen amigo, acostumbraba decir que esos a los que los demás llaman traidores pueden ser ante los ojos de Dios los santos más débiles. Decía esto, no importa que los demás pensarán que era un obispo débil por esta razón. Resolví dar amor sin esperar nada a cambio.

En el invierno de 1960, la nieve llegó más temprano. Las calles estaban inundadas y nadie salía si podía evitarlo. Una parte del vidrio de la ventana estaba roto. Mihai había clavado un pedazo de alfombra vieja sobre el agujero para evitar el paso del viento. Entraba un frío espantoso por debajo de la puerta.

“Sería lo mismo si estuviéramos afuera. No está ni un poco más caliente aquí”, dijo Marietta.

La alfombra bloqueaba la luz y a pesar de la oscuridad, nuestro ático olía a encerrado horriblemente en las noches, con cinco personas en él.

Cuando no estaba ocupada con la Iglesia Subterránea, me metía en las oficinas del gobierno, tratando de ganar un respiro y algo de tiempo para pagar la multa impuesta a Richard. A menos que pagáramos tanto en un cierto tiempo, vendrían y se llevarían lo poco que teníamos. Esperaba en bancos o en pasillos para ver oficiales que llenaban docenas de formularios complicados.

Esto no servía de nada.

Un día golpearon la puerta dos oficiales del departamento de impuestos. Mihai abrió y me llamó. Querían más dinero. ¿No podía pagarlo? Qué mal. Tenían una lista de los muebles y utensilios que podría reclamar cuando tuviera el efectivo.

“No les tomara mucho tiempo”, les dije.

Anotaron las sillas, mesas, cuchillos, un gabinete del viejo fonógrafo que no estaba completo (una reliquia de los tiempos en que Mihai reparaba instrumentos). Podíamos quedarnos con las camas. De todas formas estaban muy rotas como para poder moverlas.

“Alfombra, café, pequeña”, dijo el primer hombre, y le dio un tirón. Se desprendió y dejó entrar el aire helado.

“No. Mejor cuéntalo como parte de la ventana”, dijo. “Tenemos personas durmiendo aquí”. Y la pusieron de vuelta.

Les agradecí. Pero fue un error. Recordaron su deber.

“Tiene tres días para pagar. De otra forma tendrá su merecido”.

Perdí la mañana siguiente tratando de ver al funcionario correcto. Por fin llegó mi turno. Estaba sentado en un cubículo con las paredes empapeladas.

“Quiere decir que no le han quitado las cosas todavía.” Estaba furioso. “¿Qué tengo que ver yo en este asunto?” Las instrucciones de la corte son claras. O paga de inmediato o su propiedad estará confiscada. ¿No puede pagar? Eso es todo. Llegarán mañana temprano.”

Bajé las escaleras. No podía detener las lágrimas. Temblaba y tosía, me detuve en una gran sala un momento antes de salir al hielo de las calles. Entonces alguien me tocó el brazo.

Un hombre, con traje negro me había seguido por las escaleras. Supuse que era otro oficial, con un nuevo trato. Miró hacia todos lados.

“Conozco su caso”, me dijo. “Tome, tenga esto.”

Y desapareció, por donde había venido.

Miré las notas dobladas que me había dado y encontré suficiente

dinero para pagar lo de varias semanas.

De vuelta a casa, no noté mis zapatos rotos, mis manos congeladas, y mi cansancio. Mi corazón estaba lleno de calma. Qué hombre tan generoso, que me había dado una señal del amor de Dios. ¿Quién podría ser?

Mihai hizo algunas preguntas discretas y descubrió que era del departamento de impuestos. Uno de los muchos amigos de la Iglesia Subterránea. No podíamos reunirnos, era muy peligroso, pero cada mes mientras Richard estuvo en prisión nos envió una parte de su poco salario.

Habían expulsado a Mihai del seminario. Nuestro amigo, el obispo Mueller, hizo todo lo que pudo para mantenerlo ahí. El Dr. Mueller era despreciado por muchos de sus colegas por sus abiertas colaboraciones con los comunistas, quienes hasta lo honraron con condecoraciones. No sabían que reportaba a la Iglesia Subterránea cada reunión que tenían los altos oficiales. También en secreto protegía y ayudaba a las familias de los mártires cristianos. Ahora puedo decir esto abiertamente, pues ya está muerto.

Mihai se las arregló para entrar a la facultad de ingeniería y construcción de la universidad. Sin admitir, por supuesto, que era hijo de un prisionero político.

“Se enterarán en unos pocos meses”, decía. “Entonces me echarán y tendré que entrar a otra cosa.”

Yo estaba tratando de ganar un poco de dinero en casa. Había encontrado una vieja máquina de tejer, diseñada para hacer suéter y camisetas. El problema era, que cuando yo quería trabajar, la máquina no funcionaba.

El amigo que me la dio comprendió pronto que no solo me había dado la máquina sino también a sí mismo. Puesto que era mecánico y no pasaba un día sin que lo llamara para que le hiciera alguna reparación.

Un día mi dijo: “Se acabaron los cojinetes”.

“¿Qué quieres decir?”

“Lo que estoy diciendo es que la tiraremos. No hay más repuestos.”

“Que pena!” Mis abrigos, aunque a veces un poco inusuales en su forma, se han vendido bien.

“Voy a buscar. Quizás le pueda conseguir otra barata.”

Una semana después, llegó con un par de máquinas más simples para hacer calcetines. Ahora la señora Armeanu y yo estábamos muy ocupadas. Las agujas eran el problema. Se quebraban a menudo y los repuestos eran muy difíciles de encontrar en las fábricas. El mecánico trató de obtener unas de su lugar de trabajo. Pero registraban a los empleados cuando salían. La producción de calcetines se detenía por

meses en algunas ocasiones.

Teníamos un mercado negro de calcetines. Como nadie podía vender bienes sin el permiso del estado (era ilegal hacerlo en privado) nuestros amigos las vendían en las entradas de los autobuses. En cualquier lugar que ofreciera la garantía de una multitud.

Finalmente, nos dimos por vencidas. En los sesentas, las barreras económicas con el Occidente se habían acabado. Rumania obtuvo maquinaria occidental y las técnicas. Cuando aparecieron las medias de nailon, las mías tuvieron que desaparecer. Estaba muy contenta con esto.

Después de esto, mantuve mis aventuras para hacer dinero tan solo dedicadas a enseñar idiomas.

“¿Camarada Sabina Wurmbrand?”

Un hombre joven con traje negro llegó a mi puerta después del anochecer.

“Yo soy la señora Wurmbrand.”

“Debe reportarse mañana a las 9 a.m. al Ministerio del Interior. Les mostrará esta tarjeta a los guardianes y les preguntará por la habitación que está indicada aquí.” Me dirigió una mirada fría. “¡Buenas noches!” y bajó las escaleras.

No había avisos más temerosos. Los visitantes al ministerio usualmente se convertían en invitados por largo tiempo. ¿Me había denunciado alguien? Era una pequeña triste familia esa noche en el ático.

La mañana siguiente empaqué un pequeño bolso con objetos personales y ropas calientes. Me despedí de todos y partí.

La oficina era grande, con cortinas, alfombras y secretarías bonitas. Los retratos de Lenin y Compañía eran a colores y estaban bien enmarcados. Detrás de un escritorio del tamaño de un piano estaba un hombre gordito con ropa de civil, tenía como cuarenta años.

“Tome asiento, camarada Wurmbrand.” Se mecía en su silla con brazos. “Le hemos pedido que venga pues estamos interesados en su caso. Cuénteme sobre usted y su familia. ¡No se preocupe! Nada saldrá de estas paredes. Usted tiene un hijo (miró los papeles sobre su escritorio) Mihai... ¿Cómo le va en los estudios...?”

Me daba cuenta de todo. Era otro intento para que me divorciara. Aplicaban la educación, cuando fallaba la presión.

Estaba cómodo y confiado en su silla, se recostaba mucho sobre ella.

Le contesté: “Amo a mi esposo, y pase lo que pase seguiré siendo su esposa. Estamos unidos para siempre.”

“Bueno, ahora, le haré una pequeña proposición. Usted quiere que

su hijo termine su educación. Usted quiere el derecho a trabajar, a vivir su propia vida. Puede tener todo esto, muy simple. Solo déjeme su carné de identidad. Y en cuarenta y ocho horas se lo enviaremos de vuelta endosado con su propio nombre. Olvídense de grandes palabras como divorcio. Esto es tan solo una formalidad que el Estado pide. ¿No es algo inteligente de hacer?" Se detenía a jugar con el lápiz. "Por supuesto, si usted no coopera, hay otras formas. Cuando queremos algo, lo obtenemos..."

Miré al oficial político, justo a sus ojos.

"Suponga que un día está usted en prisión, como muchos otros oficiales. ¿Le gustaría que su esposa se divorciara de usted?"

Esto le molestó. Explotó.

"¿No sabe usted quienes somos, quién soy yo? ¡Cómo se atreve a interrogarme!" Lanzó el lápiz en la chimenea. "¡Ahora, salga, salga! ¡Y no olvide lo que le he dicho! ¿Comprende?"

Recogí la pequeña bolsa y fui a la puerta sin contestarle.

"¿Comprende?"

Pero él había entendido, puesto que fue el último intento para hacerme divorciar de Richard.

En cambio me dijeron: está muerto.

Sucedió en dos ocasiones.

La primera, una pareja de hombres jóvenes llegaron a la puerta diciendo que eran ex prisioneros. Creí que lo eran. Pero no podían mirarme a los ojos. Cuando empezaron a describir cómo habían visto a Richard en prisión, comprendí de inmediato que estaba tratando con provocadores.

"¡Pobre pastor Wurmbrand!" dijo uno de los dos. "No sabemos exactamente lo que le sucedió. Se puso tan temperamental al final. No hablaba con nadie. O algo así escuchamos en la prisión de Gherla."

"¿Qué están tratando de decirme? ¿Qué cometió un suicidio?"

"Nunca se puede estar seguro. Pero lo sacaron primero por los pies. ¿Y quién podría culparlo si lo hizo?"

Trató de ser creíble, pero no pudo escoger una mentira más estúpida.

"Pobre pastor Wurmbrand. Era un verdadero santo. Todo mundo decía lo mismo."

"Por favor, váyanse ahora." No pude encontrar otra cosa que decirles.

"Queremos decirle, señora Wurmbrand, cuanto lo sentimos..."

"Por favor, váyanse."

Se veían terriblemente apenados y culpables. Probablemente lo hicieron por un carné de ración, o por la promesa de un trabajo.

La segunda vez, fue declarado oficialmente que Richard había muerto. Pero no directamente a mí. Un hombre de civil llamó a la puerta de la casa de unos amigos. No querían darle la triste noticia a la señora Wurmbrand personalmente. ¿Lo haría este amigo? Entonces tan solo díganle que el Pastor Wurmbrand murió después de varias semanas de estar enfermo y que fue enterrado en la prisión.

Estaba contenta de que me hubieran evitado otra horrible entrevista.

Pero no se detuvieron aquí. Ahora estaban susurrando el nombre de Richard por todo el país. Se estaba convirtiendo en una leyenda. Los niños no iban a la cama sin pedir por su seguridad. Para terminar con el asunto, liberaron unos prisioneros y los enviaron a los hogares cristianos de algunas de las ciudades más importantes para persuadir a la gente de que había muerto por su propia mano. Nadie les creyó.

Entonces expulsaron a Mihai de la facultad. Se había rehusado categóricamente a cumplir con las enseñanzas y prácticas comunistas. Ahora descubría que sabían todo sobre él, sus horarios, sus amigos. Tenían registros de todos los cristianos. Debías ser un virtuoso del trabajo subterráneo, lo cual éramos pocos, para mantener las cosas escondidas de la Policía Secreta. Sabíamos que la gente informaba sobre nosotros. Era parte inevitable de la vida. Pero Mihai decía que la iglesia había sido infiltrada muy profundamente.

“Madre, odio decirlo, pero eres muy suave de corazón. Permites que toda esa gente venga al apartamento: solo tienen que decir ‘¡Alaba al Señor!’ y les permites entrar. Pero debemos ser duros con estos informantes.”

Me hubiera gustado discutirlo pero él continuó: “Tengo miedo de que te arresten de nuevo, Madre. Y a mí. Saben que estoy hasta el cuello en el trabajo secreto. Pero no solo son personas como nosotros, que por lo menos tienen un propósito en la vida y toman sus riesgos. Pienso en los muchachos con los que me reunía en Sibiu a los que se llevaban dos veces a la semana hasta que prometían informar. Sobre los niños en Brasov que trataron de formar un partido libre. Era un juego tonto. Hasta mantenían un diario y una lista con los horarios de las reuniones que hacían. Pero a los comunistas les gusta jugar también. Todos están en prisión ahora. Quizá los están golpeando casi hasta la muerte.”

Pensé en Alice. Esa dulce y gentil mujer. Atada a una banca por los pies y las manos con los dientes rotos. Habían torturado a Richard terriblemente, también, durante su primer arresto. Sin embargo nunca habló. ¿Qué estaría sufriendo ahora?

Sabía que aunque algunas de las reuniones de la Iglesia Subterránea habían sido interrumpidas por la policía, otras habían sido dejadas de lado deliberadamente. Para que los informantes pudieran trabajar en

paz. Ahora haríamos un nuevo esfuerzo contra ellos.

Nuestras reuniones crecían en número. Más de cincuenta o sesenta personas a la vez. Teníamos que ser especialmente cuidadosos si alguien en la reunión tenía rango, un profesor universitario o un oficial de miembro del Partido. Lo estarían vigilando. Entonces esto nos llevó a menos de media docena de amigos de confianza.

Una forma de descubrir informantes era plantando noticias falsas. Le dábamos la información al sospechoso sobre una reunión que se realizaría en la dirección de un amigo. Si notábamos un número inusual de personas vestidas de civil, sabríamos que era culpable.

Generalmente, manteníamos la información solo para nosotros. “Lo sentimos la casa está vacía”, y sonreíamos. “Debíamos cambiar la dirección en el ultimo minuto; no tuvimos tiempo de informarte.” Conocer a un informante es valioso. Por esto la regla era: sigue siendo amigable.

Algunas veces rastreábamos a los informantes con la información de las personas a las que arrestaban. Las preguntas que los interrogadores no les hacían eran más importantes que las que hacían.

Uno de nuestros miembros había estado imprimiendo Evangelios en ruso. Aún así nunca le preguntaron sobre eso en la interrogación. Averiguamos el porqué, su amigo, el ayudante de impresión, era el informante. Era un cristiano atrapado en la red del correo negro y los tratos.

Aún así continuó reuniéndose con nosotros y orando con amor; aunque fuera su agente.

Así continuamos. Por un lado la lucha para detener la lluvia y la nieve, los recolectores de impuestos, y la Policía Secreta; y por otro lado la batalla para mantener la Iglesia Subterránea unida. Vivíamos en el peligro. Y nunca estábamos aburridos.

En noviembre realicé un viaje a Cluj. Habían arreglado un espectáculo - juicio en contra de los líderes del Ejército del Señor, una organización religiosa prohibida por la que Richard había hecho muchas cosas. Escuché que una amiga cercana a nosotros, una maestra, sería juzgada entre ellos.

El Ejército está formado por gente del campo y cientos de ellos fueron a Cluj el día del juicio. Estuvieron de pie junto a los portones del tribunal militar. Estaba lloviendo muy fuerte,

Habían venido de toda Rumania, a pesar del peligro de ser denunciados, para mostrar su lealtad a aquellos que estaban siendo masacrados por su fe.

Cuando llegaron las camionetas de los prisioneros, la multitud se

arremolinó para echar un vistazo a sus amados. Con ropa sucia de la prisión, los hombres y mujeres acusados fueron hostigados en la corte.

Esposas y familiares gritaban por ellos, les llevaban paquetes con ropa tibia y comida.

“¡Retrocedan! ¡Retrocedan!” Los militares los apartaban con sus rifles. Una pareja de soldados más jóvenes, se mecieron como si fueran a disparar. Fue un momento de pánico.

Un oficial le gritaba a alguien en el edificio. “Pide refuerzos por teléfono.” Usaban sus armas como espadas, los guardianes apartaron a la multitud del patio y los sacaron del jardín, entonces los hombres, mujeres y niños trataron de cerrar el portón. Empezaron a gritar: “¡Llévennos también a nosotros, somos sus hermanos. Creemos igual que ellos!”

Apareció un auto al final de la calle, lleno de policías con armas en pociones amenazantes. La gente corrió y se escondió entre las puertas. Pero en el momento en que el auto terminó de pasar frente a ellos, volvieron a presionar los portones.

Al final los policías que estaban completamente sin preparación para situaciones como esta, permitieron que se acercaran solo los familiares. Permitieron un puñado de esposas e hijos. El resto se mantuvo en los portones, tratando de persuadir a los guardianes de que los dejaran pasar. Tarde en la noche la multitud era más grande que nunca.

La corte estaba tratando de evitar más problemas por apresurarse a tener todos los juicios en un mismo lugar.

Al anoecer, llevaron a los prisioneros de vuelta a sus celdas. Un oficial salió a decir que las sentencias no se conocerían hasta el día siguiente. A aquellos que habían venido de lejos, las personas del pueblo les ofrecieron una cama. La mayoría estaba llorando. No permitieron a ninguna de las esposas que les dijeran las últimas palabras o que les dieran los paquetes.

A mi me llevaron a la casa de un miembro de la Iglesia Subterránea, junto a media docena de esposas de los que habían sido arrestados. Decidimos pasar la noche orando por ellos.

“Haya o no anuncio mañana”, dijo entre bostezos una de las esposas, “será muy duro”.

No era el primer juicio contra miembros del Ejército del Señor. Más bien lo contrario. Gente entre los veinte y los sesenta, los habían perseguido durante años.

Fuimos a la corte la mañana siguiente. Habían pegado una lista a los portones, los cuales estaban cerrados. El grupo desanimado se mantuvo alrededor. La sentencia de mi amiga era de ocho años.

Caminé a la estación del tren bajo la lluvia y me senté a esperar el tren de vuelta a Bucarest.

Me pidieron ir con rapidez a la casa de una cristiana secreta. Trudi estaba allí. No era la muchacha sonriente y amable que era bien conocida por todos, que nos daba la bienvenida en la casa del coronel Shircanu y que espiaba en su teléfono, más bien estaba desfigurada. Por un momento creí que la habían descubierto.

“¿Qué sucede?” le pregunté. Los demás se habían ido y podía hablar libremente

Era su prometido, un joven de su misma edad. Todavía no tenían suficiente dinero para montar una casa y en todo caso Trudi creía que debía mantener su posición por el peligro, por lo menos durante un tiempo. Ahora el muchacho la presionaba a que le demostrara su afecto. “Si realmente me amas”, le decía cada vez que se veían, “no me mantendrías alejado como ahora”. Estaba desesperada, con temor de perderlo. ¿Qué podría hacer?

Con Trudi, como con muchas otras chicas, emergía el problema de la pureza. ¿Tocar, o no tocar? Ahora, mirando al pasado a la pregunta que había enfrentado siendo una muchacha en París, después de haber visto tantas cosas, de haber pensado tanto sobre ello en prisión, y de esperar a Richard, sabía la respuesta.

Preguntar, ¿Por qué la pureza? Está tan mal como preguntar, ¿Por qué la vida? Es uno de los grandes regalos de la naturaleza. Desde que empezó la vida, uno de los grandes ideales de los hombres era las mujeres puras, en las grandes religiones de China y en los misterios de Grecia, había habido pureza: el sueño de una mujer pura. El Evangelio empieza con la historia de una virgen, que se opuso al Messalinas de la época. Juana de Arco debió ser una virgen para salvar a Francia. Al leer la vida de Santa Teresa de Lisieux, aprendes a amarla por esa virtud. ¿Habrían Spinoza o Beethoven sido capaces de producir tan grandioso trabajo si no hubieran sido puros?

Preguntarse, ¿Por qué ser puro?, es como preguntarse, ¿Por qué ser honesto? Hazte la pregunta y revelarás un poco de tu alma.

En todo el mundo de la literatura tengo dos personajes favoritos: Solveig de Peer Gynt, y Gretchen del Fausto de Goethe.

Peer Gynt era un ladrón y borracho, pero se encontró en su camino con una mujer pura y devota. Peer estaba seguro de que ella lo esperaría. Pasaron las décadas y Peer fue de mal en peor, pero siempre recordó que había conocido una mujer pura. Su imagen estaba continuamente delante de sus ojos. Cuando él regresó a ella estaba viejo, pero ella había sido su salvación.

Fausto veía a Gretchen cuando iba a la iglesia, y ella no volteaba sus ojos hacia él. En un momento de locura, tentado por Mefistofeles, pecó con él, pero pagó su pecado en prisión (la cual llamaba un lugar sagrado) y ganó su pureza de nuevo. Esperó a Fausto en el cielo, y pensar en ella lo puso en el camino de la salvación.

¿Por qué una muchacha debía mantenerse pura? Porque de esta manera podría inspirar y guiar a la humanidad. Vi el valor de la pureza en la cárcel, donde las mujeres más puras tenían más capacidad de ayudar a las otras.

Vivimos como si estuviéramos alejados de Dios. Cada vez que exponemos nuestra alma a Su luz y amor, esta crecerá.

Pero debemos entender las fallas humanas (en nosotros o en los demás). El Talmud dice que Dios es paciente con respecto a cada pecado, excepto a la pérdida de la castidad. El rabino que pensó esto no conocía a Dios. Lo contrario es la verdad. No hay pecado que Jesús no pueda perdonar con más facilidad que este. Jesús sabía qué tan irresistible era la sexualidad. Por lo tanto no condenaba a los adúlteros. Nos dice que debemos hacer lo imposible para evitarlo, pero nos sigue amando si lo cometemos, no nos desatiende. Puede ser que después tengamos éxito en lo que hemos fallado hoy. No hay límite para la inmensa paciencia de Dios y no hay pecado por el cual la iglesia tenga pleno entendimiento y perdón.

Podía dar a una persona joven como Trudi un consejo práctico. Cuando luchas para librarte de los pensamientos eróticos o de sexualidad pecaminosa, los resultados son lo contrario a lo que esperas. La concupiscencia tiene un gran poder. Los esfuerzos para escapar solo hace los lazos más fuertes.

Ésta es la forma indirecta en que triunfa: No trates de eliminar pensamientos que añoras. No se irán. Han llegado para quedarse. Pero llena tu mente de ideas puras y bellas. Lánzate a pensar en cosas llenas de corazón, en religiones que absorban tu tiempo y tu energía, temas políticos, sociales, filantrópicos o trabajo educacional. Tomar tus responsabilidades cristianas en algún campo te hará mejor cristiano.

Los nuevos ideales tienen esta gran fuerza expulsiva. Pero si caes, recuerda no hay límite para el perdón. Nadie se convierte en santo en tres días. Le tomó a San Antonio treinta años.

En 1962, un viento más tibio empezó a correr desde Moscú. Lo oímos con precaución. Era un nuevo suavizamiento. Recibíamos más cartas del extranjero. Se dispersaban los rumores de la amnistía.

La gente hacía bromas más seguidas.

Khrushchev: “Sr. Kennedy, qué puedo hacer, he tratado el lavado de cerebro, he tratado de aprisionar a esos estúpidos cristianos que todavía van a la iglesia. ¿Cómo puedo detenerlos?”

Kennedy: “Trate de reemplazar las imágenes religiosas en las iglesias con su retrato.”

Hacia la libertad

En cada festival comunista escuchábamos la radio con atención, con la esperanza de que anunciaran sobre la liberación de prisioneros. No podía dormir en las noches pensando en eso.

Primero de mayo de 1962, Día del Trabajador. Nada.

Veintitrés de agosto, Día de la Libertad. Nada.

Siete de noviembre, Día de la Revolución Rusa. Unos pocos cientos de criminales convictos fueron liberados. Sin noticias de los presos políticos.

Y sin embargo, se empezaban a multiplicar los pequeños signos. Se negociaba un gran tratado comercial con Yugoslavia. El “Instituto de Estudios Rusos” se convirtió en una tienda del estado; se convirtió en la “Librería Universal”.

En agosto de 1963, el entrabamiento de los medios de comunicación rusos hacia el oeste cesó.

Cómo nos sentábamos sin aliento ese 23 de agosto a esperar noticias. No hubo noticias.

A inicios de 1964, sin anuncio, un puñado de presos políticos fue liberado. Algunos eran amigos nuestros.

Les preguntamos: ¿Qué significa esto?

Ellos no sabían. “El guardián llegó y leyó una lista de nombres, ¡y eso fue todo!” ¿Cuántos nombres? “Cerca de ochenta.”

¡Ochenta! ¡Tantos! Ahora estábamos seguros que la amnistía estaba llegando. Algo así sucedió en 1956. ¿Sería el primero de mayo?

Pero no hubo noticias ese día.

Una mañana estaba en el ático cuando Marietta entró a prisa, sin aliento:

“¡Alice está en casa!” ¡Después de cuatro años! Agarramos nuestros abrigos y corrimos afuera y tomamos el tranvía.

Ahí estaba, delgada gastada y sonriente. ¡Cuántas cosas tenía que decir! Pero no tenía nada, nada. Solo sus remendados harapos sobre su espalda.

“Mañana te traeremos algunas cosas”, le prometí.

“Pero yo sé que ustedes no tienen nada”, dijo.

“¡Ah, pero si vivimos rodeados de lujos!”, rió Mihai. “Deberías ver nuestro apartamento sobradillo.”

“Alfombras en las paredes”, dijo Marietta.

“¡En las ventanas, también!”

“Agua corriente.”

“¡Directamente hasta el techo!”

Qué suerte teníamos, pensé, comparadas con tantas. Estábamos rodeadas de amor. Trabajaba para nosotras por todos lados, corriendo en secreto como la savia del gran árbol de la Iglesia Subterránea.

No pude cerrar los ojos durante toda esa noche. En la mañana reunimos algunas cosas y se las llevamos a Alice, al apartamento de su prima donde tenía que dormir.

Ahora, en efecto, teníamos razón para creer que nuestros seres amados volverían a casa. Pero pasaron las semanas, y los meses.

Casi todas las semanas una amiga llamada Marcia llegaba corriendo al ático.

“¡La amnistía! ¡Llegará la próxima semana! ¡Esta vez si es verdad!”

Muy pronto le dieron el apodo “Hermana Amnistía”. Marcia trabajaba duro en la iglesia, y su esposo estaba en un puesto oficial. Por esta razón le ponía más atención a sus rumores.

La amnistía real, cuando llegó, nos tomó a todos por sorpresa.

Me había levantado temprano y fui a hacer compras para la familia. Fue un miércoles en junio, tibio y azul. Cuando llegué a casa encontré el periódico esperándome. Un amigo lo trajo cuando venía a trabajar.

En un espacio modesto de la página uno, estaba la noticia: AMNISTÍA.

No era para todos los prisioneros políticos. En efecto, no estaba claro para quien era. Lo leí y lo volví a leer. El anuncio estaba restringido con frases protectoras. No podían admitir que miles de personas, que habían sido encerradas por razones injustas, serían liberados. Les hacía parecer muy tontos. Y Moscú los observaba.

Corrí a la habitación de una amiga. Ya se había formado un pequeño grupo para discutir la noticia.

“¡Ah, será como el año pasado! Sólo criminales”, dijo la señora Landauer.

Pero la Hermana Amnistía estaba también ahí.

“¡No, no! ¡No les he dicho muchas veces! ¡Oremos y agradezcamos a Dios, y ya verán!”

Entonces oramos, y yo regresé a casa. No habían pasado cinco minutos cuando llegó la vecina corriendo. Había atendido una llamada telefónica de un viejo amigo que habían liberado esa mañana de Gherla.

“¡Él dice que tu esposo estaba en la lista de esta mañana! ¡Él lo vio

mientras esperaba en el patio! ¡Viene hacia acá!”

Cuando se fue traté de pelar las patatas. Pero mi corazón latía tan fuerte que tuve que sentarme. Las horas pasaron.

Otra llamada a la puerta. El señor Ionescu, un viejo amigo que vivía en el piso de abajo y que tenía teléfono, estaba de pie sonriendo.

Me tomó la mano y me dijo: “Es alguien que te llama de fuera del pueblo”.

Entonces bajé y tomé el auricular y del otro lado estaba Richard. Cuando escuché su voz, no podía hablar. Sentí como si cayera y cayera, un fuerte ruido llegó a mis oídos como el mar y después me cubrió la oscuridad.

Abrí de nuevo los ojos rodeada de caras preocupadas que me miraban.

“¡Está bien!”

“¡Te desmayaste!”

Habían traído a Mihai. Estaba riendo y hablando en el teléfono. Richard estaba en casa de unos amigos en Cluj.

“No sabía si todavía tenía esposa e hijo”, dijo. “¡Pensé que debía averiguar!” Él estaba bien y libre. Vendría a casa tan pronto como pudiera. Gherla estaba a cientos de kilómetros de distancia en las provincias del oeste. Había tomado un tren a Cluj, el punto más cercano en al ruta del tren, pero no hoy. Su primera reunión clandestina estaba siendo preparada para esa misma noche.

Durante esa tarde llegaron otros amigos a casa, de prisiones de todo el país. Una veintena de nosotras, esposas y amigas, esperábamos y hablábamos en el ático, ansiosas, esperanzadas. Había una conmoción en las escaleras. Un telegrama había llegado. Lo rasgué para abrirlo.

“Richard dice que vendrá en el tren nocturno. ¡Estará aquí a las 8:30 mañana en la mañana!”

Con un gemido, la Hermana Amnistía cayó al piso. ¡Esta vez ella se había desmayado! Nos reunimos a su alrededor, le dábamos palmadas en las mejillas, le rociábamos agua fría.

Por supuesto no dormimos esa noche. Cada hora llegaban noticias de más liberaciones. Mujeres y hombres que no habíamos visto de diez y quince años llegaban a mi puerta. Como si regresaran de la muerte. La casa entera estaba llena de gente saludándose unos a otros, recordando, haciendo planes en una fiebre por hablar. Seguían llegando flores. Grandes puñados de rosas que costaban mucho dinero. De amigos que no podían venir por el peligro.

No podían ser vistos en la estación esta gente, por eso llevábamos las flores en su lugar, para demostrar su amor. No me había dado cuenta de que eran tantos. La Hermana Amnistía tenía las manos llenas de

gladiolas. Marietta cargaba rosas. La señora Armeanu y Alice tenían grandes margaritas blancas de San Miguel. El sol empezó a brillar con la frescura de la luz de la mañana.

Las multitudes de gente ansiosa a la expectativa estaban esperando cada ten. Con la esperanza de que sus prisioneros llegaran. No tenían noticias.

Entonces llegó el tren. La gran, ruidosa máquina de diesel se deslizó frente a nosotros y mis ojos buscaron entre los vagones. El anuncio de los parlantes sonó como trompeta. La multitud se arremolinó, empujando y abriéndose lugar.

Vi a Richard antes que él a mí. Estaba recostado a la ventana del vagón. Delgado, pálido, con la cabeza afeitada.

Dios me lo había devuelto.

Su ropa estaba gastada. Sus botas no tenían cordones, no era permitidos, y eran muy grandes. Se acercó a mí, caminando, despacio, alto, sonriente, nadando en sus botas y nos abrazó a mí y a Mihai. La estación rugió con los gritos y los saludos. Alguien que tenía una cámara nos alineó a los tres y nos tomó una fotografía.

La gente se arremolinaba y preguntaba a Richard sobre sus amigos y familiares, los que no habían regresado en ese tren.

Entonces recordé cuántos no habían regresado, y nunca lo harían, pues habían muerto en prisión.

“No hables”, dijo Richard. “Déjame tan solo mirarte.”

El ático estaba lleno de gente de día y de noche; conocidos y extraños que venían de todo el país a ver a Richard de nuevo. Sentados, de pie, apretándose por la puerta siempre abierta; todos tenían algo que hablarle. La Policía Secreta no trató de detener esto, pues sólo podrían haberlo hecho con una ametralladora. Miraban y tomaban nota.

Richard estaba tan delgado como una ramita y pesaba alrededor de 65 kilos. Había sobrevivido a torturas y lavados de cerebro. Tuvo que ir al hospital de inmediato. Pero aun allí, la gente seguía reuniéndose a verlo, hasta que el director dijo de manera educada que debería irse. La Policía Secreta se estaba quejando. Fue de hospital en hospital, y finalmente llegó a un sanatorio en Sinaia, uno de los más bellos pueblos de las montañas, donde había estado el palacio Real de veraneo. Pero aún llegaba la gente, en motocicleta, bicicleta y autobús. La Policía Secreta envió otra advertencia. Él decidió marcharse. No había nada más que hacer.

En Bucarest, las cosas eran caóticas. Liberaron miles de prisioneros ese año. Buscaban trabajo y esposas e hijos, y trataban, algunas veces con resultados terribles, de encajar en una vida que no habían conocido

durante quince o veinte años. Había tragedias en los corazones, en los hogares y en las calles.

La policía no podía hacer frente a toda la confusión. Por esto Richard aprovechó la oportunidad para predicar, en secreto, en cualquier iglesia donde los pastores le permitieran hacerlo. Y pudimos ayudar a muchos amigos.

Enviamos a la señora Armeanu hasta Constanza por unas vacaciones al Mar Negro. No habían liberado a su esposo.

Richard pudo hasta arreglarse para conseguir una licencia para predicar. Pero estaba limitada a la iglesia en la aldea de Orsova, que tenía una congregación restringida de treinta y seis miembros.

“Si hay uno más”, advirtió la Policía Secreta, “habrá problemas. Los corremos y los estamos vigilando.”

Richard me dijo: “No creo poder hablar allí. Se acerca mucha gente cuando se dan cuenta de que estoy predicando. Tan solo causaré daño a los habitantes de Orsova.”

Entonces decidimos no ir por el momento. De todas formas el trabajo de la Iglesia Subterránea en Bucarest nos tenía muy ocupados. En reuniones secretas aquí y allá, porque reunirse en casas era ilegal, Richard trajo a muchos cientos de almas a Cristo. Pero aun así parecía creer que no estaba haciendo suficiente y no sabíamos durante cuánto tiempo sería capaz de mantenerse fuera de las manos de la policía. Cuando le pregunté cuáles eran sus planes para el futuro, me dijo:

“Idealmente, me gustaría ser un recluso, retirarme a un lugar desértico como las ermitas de antaño y usar el resto de mi vida contemplando a Dios y meditando. Pero las cosas están muy lejos de ser ideales.”

Una vez más veía la poca libertad que tenía la iglesia, y como estaba infestada de informantes, desde los obispos de más alto rango hasta los miembros más humildes de la congregación. Los sacerdotes decían que si no informaban sobre los fieles, les cerrarían las iglesias. Adoctrinaban a los niños y a los jóvenes en el ateísmo con más furia que antes.

Pero lo que más molestaba a Richard era darse cuenta de lo ignorantes y cuan ingenuas y crédulas eran las personas en el Oeste sobre el comunismo y sus intentos de destruir la religión.

En esa época empecé a tener conexiones con ciertos altos dignatarios de la Iglesia Rusa, por algunos medios que no puedo revelar. Muchos eran herramientas del Partido, y nos lo contaban tan abiertamente y con dolor. Decían que no tenían opción.

Otros prelados de detrás de la Cortina de Hierro que iban a conferencias internacionales, hombres electos por el Partido y haciendo un papel que les asignaban los comunistas, estaban en realidad

trabajando para la Iglesia Subterránea.

Cuando regresaban, nos daban sus impresiones. Estaban horrorizados de saber qué embaucados estaban algunos de los delgados británicos y americanos en esas conferencias. “Creen absolutamente todo lo que se nos dice”, decían. “Algunos están más entusiasmados con el comunismo que los propios comunistas.”

¿Qué podía hacerse al respecto?

Los líderes de la Iglesia Subterránea se reunieron y decidieron que Richard debía realizar un intento de llegar al Oeste. Su misión sería hacer a la gente entender la realidad de lo que nos estaba sucediendo a nosotros, y que podía sucederles a ellos también.

Desde 1948 Rumania ha estado vendiendo judíos a Israel. Nuestras esperanzas de salir se enrubaban hacia este tráfico. Miles de miles de judíos todavía estaban tratando de salir. Miles esperaban en el cuartel general de la milicia para que les dieran sus formularios. El éxodo ya había ofendido a las naciones árabes y el gobierno actuaba con cautela; pero los escrúpulos oficiales podían ser revocados si se les pagaba una fuerte suma a las autoridades.

Las negociaciones eran largas y tediosas para nosotros. Y todo lo que produjeron fue una gran propina para el oficial y que sellaran nuestros expedientes con NUNCA SALDRÁN. Pero no nos rendimos. Los amigos nos sugirieron que Mihai debía salir primero. Para ese entonces él parecía correr el mayor peligro. Otros decían que yo debía salir primero y recoger el dinero en el Oeste para “afianzarnos”.

Ahora que la primera confusión de la liberación masiva fue terminada, las medidas opresivas regresaron. Se vigilaba a Richard dondequiera que fuera. No podía entrar en una iglesia sin que su pastor fue avisado o amenazado.

Cerraron nuestra antigua iglesia y la convirtieron en un estudio de grabación de caricaturas. Tiraron los bancos y los altares, y bloquearon las ventanas. En un sentido esto sería una bendición para nosotros. Esto hizo que nuestro ático en el piso de arriba del edificio, era muy difícil de observar de cerca. Entraban y salían tantos técnicos, músicos, secretarías durante el día que no nos podían distinguir con facilidad de nuestros hermanos.

Recibimos noticias por medios secretos de nuestra amiga Anutza que estaba en Noruega. Ella se dispuso a recolectar dinero para nuestro rescate. También nuestras familias en el exterior hicieron lo mejor que pudieron por nosotros. Pero la mayor ayuda para poder salir la obtuvimos de Anutza. Ella persuadió a los noruegos de otorgarnos visas. Obtuvo US\$7.000 de la Misión Noruega Israelita y de la Alianza

Cristiana Hebrea (a las cuales expreso mi agradecimiento). Otra fuente proveyó US\$3.000. Mi familia también contribuyó y ayudó de muchas formas. Eran todo amor.

Nuestros primeros visitantes del Oeste, el Rev. Stuart Harris, director de la Misión Británica para el Mundo Comunista y el pastor americano John Moseley, llegaron en secreto durante una noche, llevando el primer alivio para las familias necesitadas. Mihai vio la policía afuera. ¡Nos habían dilatado! Los visitantes se quedaron con nosotros hasta la 1 A.M. Para ese entonces, los agentes, creyendo que había sido una falsa alarma, se habían ido. El día siguiente recogimos unas Biblias de dos hombres en un parque. Nos espiaban aun ahí. Un informante vino más tarde al piso haciéndonos preguntas inquisidoras. El día siguiente, también le permitieron a Harris y a Moseley llevar Biblias al seminario Bautista. Se enteraron después, por mí, de que hicieron que los estudiantes las devolvieran el día siguiente de que Harris y Moseley se fueron.

Nuestros próximos visitantes salieron de la nada, algunos americanos y un suizo. Ni siquiera sabían la dirección de Richard. Por lo tanto fueron a una organización oficial religiosa para averiguar.

¿El pastor Wurmbrand? De cierto, sí, conocían al pastor Wurmbrand. Enviaron a uno de sus hombres como guía, ayudándoles con gusto. Ah, no hay problema, mucho gusto en ayudar. Entonces este hombre los acompañó al ático. Obviamente, él regresaría a informar todo lo que habláramos.

Pero la reunión se tornó algo cómica. El guía hablaba francés pero no inglés. Entonces Richard hablaba con los visitantes en inglés y yo tenía que traducir para el informante.

“Ahora mi esposo les explica la libertad que tiene la iglesia aquí, y ahora les habla sobre las grandes posibilidades para el turismo y ahora sobre el clima...”

Mientras tanto Richard les hablaba como un tren veloz sobre todo lo que nos había sucedido a nosotros y la condición real de la iglesia. Él les habló vivamente y de forma brillante hasta hacerlos reír con la forma en que decía las cosas que no eran vistas como algo gracioso en el momento que pasaron.

Entonces uno de los americanos dijo: “Bueno, esto es muy interesante, señor, pero tenemos poco tiempo y quisiéramos hablar con el pastor Wurmbrand antes de irnos”.

“¡Pero yo soy el pastor Wurmbrand!”

“¡Imposible!”

“¡Pero cierto!”

“Si usted lo dice, debe ser verdad. ¡Pero después de catorce años en

prisión! Esperábamos encontrar a alguien en las últimas etapas de la depresión. Y en cambio, encontramos un hombre feliz.”

Por fin, después del trabajo de más de un año y de presiones de los amigos en el Oeste, nos dijeron: “Sus visas han sido concedidas; hemos recibido los dólares”.

Llamaron a Richard a un último encuentro con la Policía Secreta. Le dijeron: “Ahora puede irse. Predique todo lo que quiera fuera del país. Pero hable en nuestra contra, y será silenciado.”

Hemos tenido evidencias desde ese entonces de que no han olvidado esa amenaza.

Yo, también, tuve una última reunión con los oficiales. Era el alguacil, tocando a mi puerta, con una lista de propiedades a confiscar en sus manos: “¡Esta es absolutamente su última oportunidad para pagar!”

“Vengan mañana”, les dije. “Y pueden llevarse todo.”

Los hermanos y hermanas llegaron de aldeas y pueblos lejanos para despedirse. Los amigos de Bucarest llegaban a cada momento a desearnos bien.

Temprano, la mañana siguiente estábamos en el aeropuerto.

Era el 6 de diciembre, la fiesta de San Nicolás, patrón de los prisioneros en el calendario rumano ortodoxo. Una niebla húmeda parecía disolver los edificios y los aviones grises en la pista.

El nuestro era un DC 7 viejo, y estaban alrededor de sesenta personas, todos rescatados, y en la mayoría judíos. Habíamos estado allí desde el amanecer, con un sentimiento tibio de unión, de profunda gratitud por nuestra buena fortuna por poder escapar del comunismo, y de un dolor aun más profundo por aquellos que dejábamos atrás en este cautiverio, ambos sentimientos nos mantenían unidos. Los oficiales, los hombres de los pasaportes, las muchachas uniformadas con listas en sus manos, nos miraban con celos. ¡Íbamos a vivir en el Oeste! ¡En el Oeste!

Trataban de detener la multitud que se había formado en el aeropuerto. Pero de todos modos, la multitud había venido a ver nuestra partida. Mirando hacia atrás, les saludábamos por entre las láminas de vidrio, marchamos por el asfalto húmedo gris. La niebla se estaba disipando.

Abordamos el avión. Mihai se sentó junto al único pasajero extranjero, un hombre de negocios italiano, quien de inmediato empezó a hablar. Le hizo a Mihai algunas preguntas, de manera alegre. Él no habría creído que las cosas estuvieran tan mal como decían, todas esas historias que uno escuchaba sobre la vida en el comunismo. Él había disfrutado algunas buenas comidas en el Athenée Palace (el hotel más lujoso de Bucarest, durante los días anteriores a la guerra).

Mihai guardaba silencio.

Bajaron juntos las escaleras en el aeropuerto de Roma.

Mihai le preguntó: “¿Es esto realmente Roma? ¿No es Berlín del Este u otro lugar?”

“¡Seguro, seguro!” se rió el hombre de negocios. “Mira aquel letrero allá: Bevete Coca-Cola. Estás en suelo italiano.”

“Entonces, soy un hombre libre”, y empezó a llorar.

Finalmente, le dijo: “Ahora, si usted quiere, le contaré como es realmente en Rumania, pero no sé si podré hacer que usted, o cualquier persona, me crea, o me entienda.”

Y con eso, avanzamos hacia la aduana. Mi cuñado y mi cuñada nos esperaban en el aeropuerto. El amor los había hecho venir especialmente desde París.

Epílogo

De Roma volamos a Oslo. A Richard le hubiera gustado pasar a Génova, a reportar la represión en Rumania. Pero el secretario de la Federación Mundial Luterana le rogó, por teléfono, que no lo hiciera porque “los rusos lo sabrían”. Me preguntaba por qué alguien temería a los rusos en el Consejo Mundial de Iglesias, si nosotros no les temíamos cuando ellos fueron los dirigentes.

En Noruega, el país encantador que nos ofreció un hogar, nos encontramos con miembros de la Misión Israel, que habían pagado parte de nuestro rescate, y con otros oficiales de la Iglesia, pero antes que todos, por Anutza. Ella había trabajado 15 años por esta reunión. Tampoco nos olvidó el pastor Hedenquist, líder de la misión Israelita Suiza. Él vino especialmente de Estocolmo. Oró todos los días por nosotros durante años. Los miembros de la Alianza Cristiana Hebrea, que pagó otra parte del rescate, nos preguntaron inmediatamente sobre lo que necesitábamos.

Luego fuimos a Inglaterra. Allí, nuestro amigo Stuart Harris nos abrió las puertas de las universidades y de infinidad de iglesias de todas las denominaciones. Al fin, la gente escuchaba sobre los mártires y las victorias de la Iglesia Subterránea, que hasta entonces era casi desconocida. Los cristianos británicos no tenían conocimiento de los hechos: la persecución de sus hermanos del tercer mundo bajo el dominio comunista, la cual les mencionaban raramente. En la mayoría de los lugares, mi esposo hablaba, en algunos lo hice yo. El despertar tomó lugar en Gran Bretaña.

Mientras ellos se enteraban del mundo desconocido del “Subterráneo de Dios”, nosotros conocíamos aquí, y después en América, al mundo anglosajón. Ahora podíamos entender al Papa Gregorio el Grande. Quien siendo un joven diácono, notó las caras bellas y la blanca piel en el mercado de esclavos de Roma, y preguntó: “¿De qué país son?” Le contestaron que eran ingleses (English, que en latín es “Angles”). “Ángeles”, dijo, “no ángulos. Sus caras son como de ángel. ¿Cuál es el nombre de su rey?” La respuesta fue de “Aella”. Gregorio dijo: “Debería cantarse el aleluya en la tierra de Aella”.

Cuando él se convirtió en la cabeza de la iglesia, hizo eso. Ahora escuchamos los Aleluyas de miles que daban la cara por la Iglesia Subterránea con amor como de ángel. Fundamos la primera misión para el mundo comunista.

Los amigos que hicimos en Oslo, los pastores Sturdy y Knutson, nos hicieron ver que debíamos ir a América. De nuevo, Richard y yo hablamos en iglesias, en grandes reuniones, seminarios, asociaciones de damas.

Llamaron a Richard a testificar ante los comités del Senado de Estados Unidos y después del Congreso. Me senté junto a él mientras hablaba. No solo estaban los senadores, sino también los representantes de muchos periódicos y estaciones de radio de todo el mundo. Las cámaras de televisión lo enfocaban mientras hablaba del sufrimiento de la Iglesia Subterránea:

“Un tercio del mundo tiene el derecho de recibir un tercio de sus oraciones, sus preocupaciones, de sus regalos... En prisión vi hombres con cadenas de 25 kilos atadas a sus pies, orando por América. Pero en América ustedes raramente escuchan una oración por aquellos que llevan cadenas en las prisiones comunistas.”

Cuando un senador le preguntó si tenía alguna marca de la tortura, él se descubrió la cintura y mostró 18 heridas sobre su cuerpo. La gente lloraba al escucharlo: “No me jacto de estas heridas. Muestro el cuerpo torturado de mi iglesia y de mi país. Hablo por los héroes y los santos que no pueden hablar por sí mismos, protestantes, católicos, ortodoxos y judíos que murieron torturados a causa de su religión.”

Las lágrimas bajaban por mi cara, mientras lo escuchaba, sentada junto a él. Tenía frente a mis ojos las mujeres campesinas, las monjas, las muchas muchachas jóvenes, las protestantes y las católicas, las damas sionistas que fueron esclavizadas en trabajos faraónicos nuevos porque esperaban ver la promesa de Dios hacia el pueblo judío convertida en realidad. Recordé aquellos que murieron. Sabía que por su muerte habían pasado a las manos amorosas de Él que hace los lirios y los claveles. Pero aún no podía dejar de sollozar.

Richard me dijo después: “Tus lágrimas causaron una impresión más grande que mis palabras. Las lágrimas minan las paredes más fuertes.”

Richard dictó su primer libro, “La Iglesia mártir de hoy, torturada por Cristo”. Le escuchaba, sentada en el sofá, tratando de tejer. Él lloró. Yo lloré, también. Era un libro muy simple. Pero no estaba escrito con tinta sino con las lágrimas y sangre de los mártires. Inesperadamente, se convirtió en el libro de mayor venta en una variedad de idiomas. Este libro y nuestras visitas a diferentes países y continentes se convirtieron

en el punto de partida de la creación de diecinueve misiones en las naciones libres de Europa, Asia, en Australia y América. Las misiones trabajan juntas para llevarle literatura, transmisiones de radio en sus idiomas y alivio a la Iglesia Subterránea Cristiana y a las familias de sus mártires.

De la pluma de Richard brotaron un libro tras otro. No se cansaba de predicar, pero no sólo hablaba; creó organizaciones eficientes para trabajar en secreto en el territorio Rojo. Algunos cuestionaban sus métodos, pero sus críticas siempre llegaban muy tarde. Richard actuaba, considerando que habría tiempo después para las justificaciones.

Estábamos felices con todas las personas, en cada país que visitamos. Nos sentíamos como en casa con nuestros hermanos alemanes. Entre los alemanes y los judíos hay ríos de sangre. Pero quizá no fue accidente que el mar que Dios partió en dos para los judíos se llamara Mar Rojo. Aquellos que aman pueden atravesar hasta un mar de sangre. Sólo los que persisten en su odio se ahogan en él. Estábamos felices con nuestros hermanos australianos, hermanos Maori, con blancos, negros e indios en África. Tuvimos reuniones sin políticas de segregación racial en Sur África. Entremezclados, cristianos de todas las razas y colores de piel escucharon con lágrimas el mensaje de Cristo como lo enseña la Iglesia Subterránea.

Recordaba una reflexión triste de Mihai, hecho unos años atrás: “Aun si mi padre regresa, no será nunca más el hombre que conocíamos, sino un fantasma, incapaz de servirle a nadie”. En África, un periódico local escribió sobre nuestra visita: “Nos golpeó un huracán llamado Richard”.

La enseñanza de Richard, “Odien el comunismo, pero amen y ganen a los comunistas para Cristo” fue aceptada por millones en muchos lugares. Ahora existe la oración, la preocupación y la ayuda activa para la Iglesia Subterránea. La iglesia abraza a sus opresores en el amor de Cristo, a pesar de que la pelea contra sus actuaciones malvadas continúa. En esta pelea, Richard ataca también a los líderes de la iglesia que se comprometen con el comunismo, o que se convierten en su marionetas.

Richard es Richard y yo soy yo. Para mí, su pelea contra tanta gente es demasiado. Me gustaría que fuera más callado. Algunas veces le digo: “En el Canto de Salomón, se compara a Cristo con una flor. Arranca la flor, o se marchita, sin haber hecho otra cosa en su vida que deleitar a los que admiran su perfume y su esplendor. No se opone a aquellos que desean matarla. Esto, pienso, es el ideal de la vida cristiana.”

Richard me responde: “Si no peleamos contra el comunismo y su infiltración en las iglesias, los opresores nos vencen”. Me preguntaba

porqué se preocupa por esto. ¿No nació la iglesia crucificada, vencida? ¿No era más hermosa en las catacumbas que compartiendo los tronos con los emperadores? ¿No se comparan favorablemente los servicios subterráneos con aquellos celebrados en las catedrales del Occidente, donde nadie llora cuando se menciona la pasión del Señor, ni gritan de gozo cuando escuchan sobre su resurrección?

Mi esposo no se puede alcanzar con estos argumentos. Me preguntó: “¿Con cuál flor comparan a Jesús en el Cantar de Cantares?” Mistificada le dije: “Con la rosa”. Me contestó con rapidez: “La rosa tiene espinas. No la toques, te pinchará.”

Lo conozco desde hace más de cincuenta años. No lo cambiaré. Por eso elijo la parte callada. Le organizo los asuntos de los que enviamos de nuestra misión que van y vienen a los países comunistas. Debes instruirlos, recolectar información sobre el estado de la iglesia de ellos, les provee Biblias, literatura, cintas de audio, y dinero para aliviarles.

Miles de cristianos están en prisiones comunistas de los Chinos y Coreanos del Norte. Y las noticias de lo que la gente está sufriendo en todas partes a diario, me hacen vivir de nuevo el pasado. En junio de 1969, la prensa soviética ostentaba sobre los arrestos, por su fe, de un hombre llamado Rabinchuk y de todos sus cinco hijos. No pude apartar mi mente de la señora Rabinchuk. Qué terrible debe ser su sufrimiento en su casa vacía. En Albania, han hecho rodar al clero en barriles por las calles y los han lanzado al mar. En el Medioeste los creyentes nuevos son mutilados o matados por haberse convertido a Cristo. En Corea del Norte, mataron a cuarenta y cinco cristianos en un día en 1969. Las familias de esta gente, y otras innumerables, se mueren de hambre; y en todas partes las almas sedientas piden un poco de la Palabra de Dios.

Tomando muchas medidas de precaución, me reúno con los mensajeros y escucho estas cosas personalmente. El trabajo ha continuado durante más de treinta años hasta hoy.

También me he reunido con otra gente. Los religiosos vienen al mundo libre, a conferencias del Concilio Mundial de Iglesias, a conferencias bautistas y ortodoxas, o simplemente a predicar o a mentir en el Occidente sobre las libertades religiosas inexistentes en el territorio comunista. Estos líderes de la iglesia oficial en el territorio Rojo son una especie de gente diferente. Richard los llama “traidores”. Yo no los llamaría así. ¿Quién soy yo para juzgarlos? Son seres infelices. Son títeres Rojos. ¿Pero qué opción tuvieron? Algunos esperaron durante décadas con la esperanza de ver a sus países liberados. Los presidentes de Estados Unidos les prometieron mucho, pero no cumplieron. Desesperados por obtener ayuda de Occidente, han aprendido a vivir en el régimen. Sus hermanos eligieron ser mártires en la prisión. Ellos han

elegido la martirización de la mentira consciente para mantener algunas iglesias abiertas, poder realizar unos cuantos bautizos, matrimonios, entierros. Viajan por el mundo libre hablando sobre la completa libertad de que disfrutaban en la China o en otras naciones oprimidas, con la esperanza de que bajo sus forzados gritos de entusiasmo los cristianos de occidente perciban que tan mal están las cosas realmente. (¿Acaso los británicos y los americanos van por el mundo hablando sobre la libertad que tienen?) Pero las iglesias occidentales no pueden ver dentro de sus corazones. No se dan cuenta de la tragedia, y propagan lo que escuchan: “¡Existe la libertad en el territorio comunista!” Se desconoce que estas criaturas infelices deben denunciar a la policía a aquellos que son creyentes. Es parte de la “moralidad” comunista, la cual parece que el Occidente no puede entender.

Aun los enemigos de Cristo usaban vestidura clérica, la Iglesia Subterránea que ha ganado a Svetlana Stalin, a la señora Kosygin y al más grande escritor ruso contemporáneo, Solzhenitsyn, ha probado que sabe cómo trabajar.

Nuestra vida personal también ha cambiado mucho. Richard ha sido durante años un prisionero tratado con desprecio, acostumbrado a la burla y a las golpizas. Ahora le dan adulaciones que podrían cambiar la cabeza de un hombre. Pero Richard ha pasado por el horno encendido. Sabe que el aplauso no se debe a él, esa gloria pertenece solo a Dios. La publicidad ayuda a aquellos que tienen pocos que hablen por ellos. La fama, así como la vergüenza, pueden sobrellevarse con humildad.

Al inicio temí la bonanza a nuestro alrededor en Estados Unidos. Aunque al principio nuestra casa era la más pobre del suburbio californiano, era palaciega comparada con el ático en Bucarest. Algunos de los muebles los compramos. Nos dieron un auto como regalo. Me preocupaban estos “lujos”. Pero Richard citaba al místico alemán, Meister Eckhardt: “Si desprecias el dinero, trata de ser rico, porque serás capaz de usar tus posesiones bien”. ¿Por qué no ser rico? La Biblia dice: “El Señor estaba con José y él era un hombre próspero”. Tengamos las cosas, sabiendo que lo que tenemos no es nuestro sino del Señor. Y que él nos permite no solo darle a los demás, sino tener algo para nosotros. ¿De dónde viene esta idea estúpida de que Dios creó a las abejas para producir miel sólo para los pecadores? Los Santos tienen también derecho a disfrutar las golosinas. Hemos aprendido a vivir en abstinencia; aprendamos a vivir en abundancia.

Adoro el ascetismo de las almas elegidas como la de Santa Teresa de Lisieux. Pienso en el hermano ruso en la ciudad de Nijnaia-Tagila, que ha ayunado sin interrupciones durante una semana, orando para ser exonerado del pago de las multas altas (ya para pagar tales multas ellos

han vendido los muebles, herramientas, casas). La comida se pega en tu garganta cuando los recuerdas. Richard se preocupa de muchos como ellos en cada forma práctica que puede. En prisión hubo días que ayunó cuatro días por semana.

Pero, conociendo a Richard como yo lo conozco, veo en él lo que he visto en todos los que han pasado por años de terrible tortura. Las leyes inevitables de reacción entran en juego, y después de tales privaciones en la vida, de hasta la simple luz del sol, tienes el impulso furioso de probar todo en cada oportunidad que hay. No estaba asustada; Dios no es injusto, no olvida viejos sacrificios. Richard es consciente del peligro. Y cada peligro del que estás consciente, deja de ser peligro real.

Le dije esto sin embargo: "Estoy contenta de oírte despreciar el dinero; me molestaría si no te detienes cuando hayas hecho tu primer millón". (No hay peligro de esto por el momento.)

Hemos tenido grandes alegrías. También hemos tenido nuestras ansiedades. Cada vez que estoy lejos de Richard siento miedo. Pero si es peligroso hacer el trabajo de Dios, cuán más peligroso es dejarlo sin hacer. Ningún hombre puede detener un huracán. Tampoco yo puedo parar a Richard para que deje de exponer más y más las crueldades y las infiltraciones ocultas del comunismo, y así levantar la furia de los líderes comunistas y de sus instrumentos en la iglesia. Que los ángeles de Dios lo protejan.

Aquellos a quienes Richard ataca no se quedan pasivos; ponen barreras en su camino. ¡Si han estudiado su carácter antes de actuar, se habrán dado cuenta de que esto no sirve de nada! Si más alta es la barrera, más alto es su salto. Inició su vida cristiana enfrentando graves obstáculos externos, y los cambió a logros.

Mis viajes de trabajo por la misión me llevaron también a Israel. Allí vi los lugares sagrados. Vi muchos de nuestra antigua congregación, mi familia y la prima que me dijo el día de mi arresto: "¡Leshanah habe-Jerushalaim!" (El año próximo en Jerusalén.) Han pasado casi veinte años.

En Jerusalén los hombres pisan suelo santo. Hay un decoro que lo detiene a decir lo que uno experimenta cuando adoras en el lugar donde una vez estuvo la cruz de Cristo. Magdalena lloró en silencio aquí; nunca le dijo a nadie lo que sintió en ese momento. De seguro no me puedo comparar con ella. Pero también prefiero guardar silencio.

Me apenó ver que parte de la capilla pertenecía a una denominación (¡palabra que me suena un poco como "maldición" en inglés!) y parte a otra. Tengo me fe evangélica, pero esta no me haría pelear con un cristiano de otra denominación. Las rosas esparcen su fragancia por todos

los países, aunque les den diferentes nombres. Lo mismo hacen los cristianos.

Dejé un Israel libre, libre aunque rodeado de enemigos. Esto debía enseñarme a valorar los enemigos de nuestro trabajo: lo hacen prosperar. El sueño de los sionistas se cumplió y mis amigos judíos de la prisión no sufrieron en vano. Su sueño es mi sueño también; me siento como uno de ellos, pues la cristiandad me ha enseñado a amar más a mi gente y a trabajar por su bien.

Lo que estas personas no sabían es que Dios estaba realizando otro trabajo poderoso a través del pueblo judío. Boris Pasternak arriesgó todo, y solo él, un judío, llevó a Jesús de nuevo a la literatura rusa, pues él fue desterrado desde la revolución comunista. Daniel y Ginzgurg, escritores rusos, y Litvinov, un luchador político judío, fueron a prisión por la libertad rusa. Allí los judíos encabezaron la lucha contra el comunismo. Dos sacerdotes ortodoxos (ambos descendientes de judíos) se atrevieron a protestar contra la colaboración del Patriarcado con el gobierno soviético. El héroe más grande de la Iglesia Subterránea Rumana es un judío, Milan Haimovici. Él pasó por siete años de prisión y tortura. Qué a menudo pasé noches con su esposa Monica, hablando de nuestros esposos desaparecidos. Ahora la iglesia luterana lo ha premiado. Él es el custodio de un edificio de iglesia en Alemania Occidental. Era considerado como uno de los mejores predicadores y pastores en Rumania. Pero podía ser “peligroso” en un púlpito alemán: podía exponer atrocidades del comunismo. Debía ser silenciado.

Dios le devolvió Israel a los judíos. También les dará grandes hombres dedicados a Cristo, Rey de los Judíos.

Y ahora estoy de vuelta al trabajo: el trabajo de un contrabandista. No es una palabra bonita, excepto que los contrabandos son Biblias. El trabajo es de ayudar a las familias de los mártires cristianos y de pastores subterráneos. El trabajo también es la lucha contra el veneno anticristiano en la juventud occidental.

Este trabajo crece día a día. Los nombres de los mártires son conocidos ahora en todo el mundo y los niños van a la cama recordándolos en sus oraciones. ¿No serán acaso escuchadas estas oraciones?

Como la esposa del pastor, le he contado a los jóvenes una historia del muchacho que se paró en la orilla de la costa y saludó un barco que estaba en el mar. Un hombre junto a él le dijo: “No seas tonto. El vapor no cambiará su curso porque tú le saludes.” Pero el barco cambió su rumbo, llegó a la orilla y recogió al muchacho. Desde el puente éste gritó: “Señor, no soy un tonto. ¡El capitán es mi padre!”

Nosotros sabemos que Aquel que lleva el curso del universo es Nuestro Padre también y que escucha nuestras oraciones.

Para informes o pedidos, comuníquese a la siguiente dirección:

Help for Refugees

PO Box 5161

Torrance, CA 90510, USA

<https://helpforrefugees.com>